

# ¡Juárez!

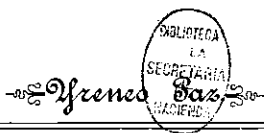
TOMO PRIMERO.

Undécima  
Leyenda  
Histórica  
Segunda  
de la  
3a. Serie



ESCRITA POR  
**IRENEO PAZ.**





Paz

---

# • JUAREZ!

---

Undécima Leyenda Histórica.

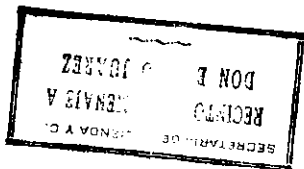
---

MÉXICO.

IMPRESA, LIT. Y ENCUADERNACIÓN DE I. PAZ.

2a. del Relox número 4.

1902.



22132  
1932

972.0511

P3 J

U. A.

816

11

— — — —  
/ /

41.5

---

PROPIEDAD ASEGURADA.

---





## Introducción.



*El público mexicano ha comprendido perfectamente cuál es el espíritu que ha guiado al autor de las leyendas históricas, que es poner al alcance de toda clase de personas y de toda clase de fortunas, el conocimiento pleno de los importantes sucesos que se han venido desarrollando á través de los siglos en el suelo mexicano, desde la conquista, cuyos interesantísimos episodios están descritos con hermoso colorido en la novela histórica que lleva por título AMOR Y SUPPLICIO, hasta las guerras de Reforma y de la Intervención francesa, que tanta sangre, tantos sacrificios y tantas lágrimas costaron á los habitantes de la República, y cuyas encarnizadas luchas están también descritas con sus principales detalles en la obra MAXIMILIANO, ya publicada, y en la que se va á publicar con el nombre de ¡JUÁREZ! á la que sirven de introducción las presentes desaliñadas líneas; y decimos que*

*el público mexicano ha comprendido cuál es la mente del autor, porque ha secundado con toda eficacia sus esfuerzos, procurando que se haga efectiva la circulación de esos libros cuya lectura es útil, á la vez que entretenida é interesante para las masas en general de la población, y especialmente para los niños, que se enseñan en aquellos á conocer y estimar las altas virtudes de nuestros héroes, aprendiendo á la vez, en sus hazañas, lecciones altísimas de denuedo, de abnegación y de patriotismo. Así hemos podido ver que se han agotado sucesivamente cinco ediciones de la famosa novela histórica AMOR Y SUPLICIO, en que con tanta delicadeza están tratados los asuntos más escabrosos, y en que tan bién delineados están los caracteres de los principales personajes: Cuauhtemoc, Otila, Doña Marina, Hernán Cortés y Xicotencatl, y así hemos visto también cómo desde los rincones más apartados del país no dejan de pedirse constantemente las diez leyendas históricas que van publicadas con los títulos de «El Lic. Verdad,» «La Corregidora,» «Hidalgo,» «Mina,» «Morelos,» «Guerrero,» «El Tigre de Alica,» «Antonio Rojas,» «Su Alteza Serenísima» y «Maximiliano,» en las que no sólo desfilan uno á uno los acontecimientos, sino cuantos personajes han figurado con cualquier título en nuestra historia, viéndose claramente quiénes hicieron bien á la patria y quiénes fueron funestos como tiranos, como bandidos ó como traidores.*

*La leyenda ¡JUAREZ! que es quizás la última ó una de las últimas que se ha propuesto escribir el autor, tiene un caracter enteramente peculiar, y se puede decir que por su estilo, por su método y por su*

desarrollo, así como por el vivo interés que despierta desde los primeros capítulos, es distinta de las anteriores. No sólo nos va haciendo asistir el autor á todos los acontecimientos delineados de manera que nos hace formar la ilusión de estarlos presenciando, sino que á los personajes nos los hace ver tales cuales fueron, con todos sus defectos y con todas sus virtudes, física y moralmente. Testigo presencial del movimiento político y militar que hubo en el país desde el Plan de Ayutla hasta la época en que pone punto á su narración, y conocedor de las personas que en ese largo período figuraron, á algunas de las cuales trató muy de cerca, excusado es decir que restaura las escenas tales cuales pasaron, dándoles el debido prestigio de la verdad histórica y de la verdad de carácter á casi todos los personajes, en lo que se hace consistir siempre el principal mérito en esa clase de relatos.

Hasta la parte novelesca tiene su gran fondo de verdad, pues el autor, que estuvo en diversos sitios como testigo ó como actor durante aquella época, tuvo oportunidad de conocer mil episodios conmovedores ó de gran interés, entre los cuales escogió sin gran trabajo los que le parecieron más importantes, así las escenas terribles de amor, de celos, de peligros, de venganzas y de heroicidades que va á ver representadas muy á lo vivo el lector, son casi las mismas que él presenció con sólo las variantes indispensables para la novedad de los asuntos, tratándose en el fondo de personas reales que se vieron envueltas en aquellas tremendas luchas.

*Pero el interés principal de la leyenda JUAREZ*

*está en los mismos acontecimientos: en aquella sangrienta guerra de tres años que costó tanta sangre para que pudiera triunfar la Reforma, y en aquella otra no menos terrible de seis años llamada de la Intervención y el Imperio, en que sólo por un milagro debido á circunstancias que en la obra se hacen patentes, se salvó la nacionalidad mexicana. Ese pelear de diez años casi continuados desde el 57 hasta el 67 en que se vieron desfilar tantas personalidades importantes y en que fueron sacrificadas tantas víctimas ilustres; ese periodo de nuestra historia tan lleno de lances conmovedores y de episodios sangrientos, esa etapa en que nuestra patria y nuestro pueblo y nuestros hombres públicos pasaron por las pruebas del valor, de la abnegación y del sacrificio; ese torbellino, esa tempestad, esa borrasca asoladora de una década, es la que forma el imán, el encanto, la vida de la leyenda JUAREZ, cuyo solo nombre es de por sí legendario.*

*Mucho más pudiéramos decir en estas líneas, no en abono del autor, cuyo nombre es tan conocido en la República como literato y como patriota; no en abono de otra obra más, para cuyo éxito basta y sobra con el éxito de las anteriores, sino respecto al mérito de esta leyenda especialmente; pero con lo dicho basta para nuestro propósito que es sólo el de que vayan unidas las pobres ideas de un principiante, de un neófito, de un amateur desconocido en las letras mexicanas; la satisfacción, en suma, de unir nuestro nombre al de un veterano de la prensa que tiene conquistada con su labor enorme y gloriosa, la más justa nombradía.*

*El sólo permiso que hemos tenido para realizar*



*este golpe de audacia, obliga inmensamente nuestra gratitud, y nos priva de ser más expresivos en nuestras apreciaciones, cosa que por otra parte seguramente no se nos permitiría, y concluimos por lo mismo haciendo votos, votos muy humildes por cierto, para que la leyenda ¡JUAREZ! tenga en el país la grande acogida que merece.*

RICARDO JUAN DURÁN.





## CAPITULO I.

---

*Guelatao.*

**D**ECLINABA la tarde: el sol parecía hundirse detrás de la próxima montaña en los momentos en que un muchacho de doce á catorce años, descalzo, vestido apenas con un pedazo de manta que en forma de calzones le cubría de la cintura á las rodillas, llegaba jadeante al bordo del arroyo, bebía agua en la palma de la mano y luego se dejaba caer en un pedazo de un tronco de árbol carcomido por el tiempo, que yacía recargado sobre la arena.

El día había sido caluroso, de tal modo que todavía á aquellas horas el agua del arroyo vaporizaba, sintiéndose que las piedras estaban candentes después de doce horas en que había estado cayendo sobre ellas el fuego del cielo.

Aquella pobre criatura de color cobrizo, después de haber satisfecho la sed en una forma tan rústica y después de haber estado descansando unos cuantos minutos

sobre el tronco de árbol carcomido que se encontraba al borde del río, se levantó, cogió varias piedrecitas y empezó á arrojarlas sobre el agua, divirtiéndose con las burbujas que aquella formaba y con el gran número de gotas que saltaban á todos lados, como si cada piedrecita fuera una pequeña granada que hiciera explosión.

Así permaneció en el sitio como una media hora, unas veces sentándose en el pedazo de árbol derrumbado y otras haciendo estallar el agua con las piedras de todos tamaños que le arrojaba, hasta que volvió la cara, y notando con cierto asombro que ya el sol había desaparecido, echóáandar por la vereda que conducía del arroyo al próximo poblado.

El encuentro que tuvo al llegar cerca de uno de los primeros jacales, decidió de la suerte futura del muchacho.

—¿De dónde vienes, Benito Pablo?

Benito se estremeció al oír aquella pregunta, porque caminaba muy distraído, y no contestó de pronto ni una palabra.

Quien dirigía la pregunta era una anciana que acababa de salir de entre las milpas, á donde había ido á recojer unas yerbas que cocer para la cena. La mujer volvió á decir con cierto tonillo de mando.

—Te pregunto de dónde vienes ahora, Benito Pablo.

—No vengo de ninguna parte, madrina Apolonia, contestó el indito en el mismo dialecto en que la vieja le hablaba.

—Esa no es respuesta: de alguna parte has de venir.

—Fui al cerro después que me almorcé mi «taco de fri-



*—¿De dónde vienes, Benito Pablo?*

joles y allí me he estado tirando pedradas á los pájaros y á las lagartijas.

—¡Miren qué gracia! pues esa ocupación no te ha de hacer hombre: es necesario que sepas que ya tienes trece años: hace un mes y medio se cumplieron, desde el día en que te llevé á Santo Tomás con el señor cura D. Ambrosio Puche á que te echara las aguas bautismales.

El indito solamente abrió la boca; pero como Apolonia García, su madrina, era de suyo incansable cuando le daba por ser locuaz, prosiguió diciendo:

—Era un día domingo cuando salimos de aquí, de este rincón de la tierra que se llama San Pablo Guelatao, porque así le pusieron nuestros mayores, tu padre D. Marcelino Juárez y tu madre Doña Brígida García, que de Dios gocen, llevándote yo en brazos, como que iba á ser tu madrina, y á las cinco de la tarde que llegamos, nos dirigimos al curato y allí el sacristán D. Mariano Cortabarrín recibió los doce reales, escribió en los pergaminos é hizo todo lo que había que hacer para que á tí se te hiciera cristiano. ¿me parece que ya sabías esto?

—Sí, madrina, su mercé me lo ha contado varias veces.

—Nos volvimos á nuestro pueblo esa misma noche, nos recibieron los vecinos con cohetes y músicas, algunos se pusieron una buena borrachera y toda la noche estuvieron tocando, bañando y cantando. Mi marido Francisco García no fué al bautismo porque estaba enfermo de la enfermedad misma de que seis meses después había de morir. Tus padres también murieron cuatro años más tarde, y tú y yo nos quedamos solos en el mundo.

—Yo me quedé con mis abuelitos, madrina.

—Que también murieron, dejándote en poder de tu tío Bernardino Juárez que es quien te mantiene, aunque no con toda su voluntad, y que está pensando ya en ponerte en cualquier trabajo.

—Sí, ya me dijo ayer que me estaba consiguiendo un empleo de guardador de ganado.

—A mí también me dijo que si no podía recojerte como tu madrina que soy, que él por su parte ya estaba enfadado de darte la comida de balde y que ya estabas entrando en edad de trabajar.

—Yo lo que hubiera querido, madrina, era aprender á leer y escribir, aunque tuviera que ir á la escuela hasta Ixtlán.

—Yo también quería inclinar á eso á tu tío, y le he hablado de lo conveniente que sería que aprendieras algo de lo que enseñan en la escuela; pero me ha contestado que para nada sirve eso y que también manejan el arado los que tienen como los que no tienen esas letras.

—Sin embargo, madrina, yo quiero aprender.

—Pero como tu tío no quiere dejarte. . . .

—Mi tío no quiere dejarme porque dice que primero tengo que ayudarle á trabajar, que entre los dos debemos ganar el maíz para la familia. .

—Pues ahí tienes. . .

—Por eso yo he pensado en una cosa que. . no. . . no es imposible.

—¿Qué es lo que has pensado?

—He pensado irme á Oaxaca con mi hermana que está allí sirviendo.

—¿Y dices que eso no es imposible?

—No lo es; en caso que haya quien me enseñe el camino.

—El camino es lo de menos, ya te juntarías con algunos arrieros ó carretoneros que fueran de Ixtlán y que solemos encontrar por las veredas inmediatas: las dificultades son otras.

—¿Cuáles, madrina? Dígamelas, usted que sabe tantas cosas.

—Desde aquí está muy lejos Oaxaca y luego se necesitaría algún bastimento y algún dinero para el viaje.

—Mi tío me ayudaría con algo y usted. . . .

—Yo también, yo también tengo por allí enterrados como unos doce reales que para cuando fueras hombre te los estaba guardando y no dejaría de darte un pollo y algunos «blanquillos» para tu bastimento; pero falta una cosa todavía.

—¿Qué cosa falta?

—Conocer la voluntad de tu hermana. . . . Conque si no quiere recibirte ni tiene recursos para mantenerte?

—Estando yo en Oaxaca ganaría dinero.

—¿Qué habías de ganar! ¿Qué sabes tú hacer para ganarlo?

—Allí aprenderé luego un oficio.

—No se aprende un oficio ni en dos meses.

—Mientras puedo ganar algo yo procuraré comer muy poco, muy poco.

—En fin, pide la licencia á tu tío á ver qué te dice.

—Si yo supiera escribir, madrina, hoy mismo le escribiría á mi hermana Crisóstoma.

—Aquí hay un indio que se llama Juan Antonio, que tiene tintero, pluma y papel y suele poner renglones aunque muy chuecos: á ese veremos en caso de que tu tío apruebe nuestro plan.

—¿Me ayuda usted, madrina?

—Sí, yo misma te acompañaré para que entre los dos le hablemos.

Y la anciana y el muchachito de trece años, cogidos de la mano, ella preocupada y este brincando lleno de gusto, se encaminaron al jacal que servía de vivienda á Bernardino Juárez y su familia, en el que se encontraban cerca del fogón rezando el rosario.

TIA POLONIA, como llamaban en Guelatao á la madrina de Benito Pablo, y el muchacho, se arrodillaron en la puerta respondiendo las Aves Marias según el uso transmitido de generación en generación hasta nuestros días. Cuando se terminó el rezo, Benito que era el menor, besó á todos la mano y poco después abordaron la cuestión madrina y ahijado.

Al principio el tío Bernardino hizo una oposición que parecía llevar el carácter de invariable, porque no podía convenir en que se le fuera el muchacho en los momentos en que iba ya á desquitar el pan que se había comido; pero á fuerza de reflexionar que de todas maneras se quitaba de encima una carga y una responsabilidad, convino en que era necesario prevenir á la sobrina Crisóstoma.

Aquella noche Benito Pablo, por primera vez en su vida, soñó y soñó cosas agradables, como personas, trajes y cosas que nunca había visto; como templos, plazas, mercados de que apenas había oído hablar; como dilatados campos, elevadas montañas, risueñas campiñas, ríos caudalosos que era necesario cruzar en los largos viajes, y en fin otras muchas cosas demasiado fantásticas para su edad.

Se pasaron veinte días cuando se recibió en San Pedro Guelatao, procedente de Santo Tomás Ixtlán en donde había dormido ocho días, una carta cuadrada pegada



con varias obleas, que se abrió en presencia de todos los vecinos y que fué deletreada por el único que sabía leer, cuya carta decía en traducción corriente:

«Querido tío Bernardino, mándeme á Benito Pablo y que traiga lo necesario, pues aunque yo estoy sirviendo, soy muy pobre y apenas me mantengo sola; pero no me faltará un pedazo de pan que darle á mi hermano, y al cual tiene muchas ganas de darle un abrazo su hermana Crisóstoma.»

Todo fué oír aquello y soltarse el muchacho Benito Pablo dando de brincos. No sabía hablar ni podía expresar con las pocas palabras que tenía aprendidas todo su júbilo; pero lo expresaba demasiado con sus saltos y con decir de cuando en cuando:

—¡Qué bueno! ¡qué bueno!

Benito Pablo sin pensar en que se manifestaba hasta cierto punto ingrato con su tío Bernardino, dijo que su deseo era partir inmediatamente.

Sí, ¡facilito era salir de Guelatao así como quiera!

Su madrina se encargó de llevarlo á confesar el próximo sábado para que hiciera su primera comunión el domingo; pero ese deseo fué malogrado porque el niño indígena no sabía la doctrina cristiana, ni podía, según el cura, acercarse todavía al tribunal de la penitencia, sino cuando estuviera un poco más instruido en religión y llegara á comprender lo que era el pecado.

¿En qué forma podía pecar en Guelatao una criatura de trece años, que no usaba zapatos ni camisa? Fué precisamente por lo que se detuvo un poco más, porque sus parientes y madrina tomaron empeño en que fuera á Oaxaca el muchacho, siquiera con una camisa y unos calzones nuevos. También había de ponerse, para que no se

hiciera pedazos los piés en el camino, unas sandalias (unos «huaraches» de zuela y correas.)

Ya provisto de todos esos menesteres, el indito Benito Pablo salió de San Pablo Guelatao el 5 de agosto de 1818; el 6 del mismo mes á las cinco de la mañana, partió de Ixtlán recomendado á unos indios que llevaban huacales de huevos y pollos á Oaxaca, y el día 12 del mismo mes y año se echaba en los brazos de su hermana Crisóstoma, que todos los días salía al camino á esperarlo, desde que supo que ya no debería tardar su arribó.

—Ya estás aquí, Benito Pablo, le dijo abrazándolo; mañana veremos de qué manera te acomodo.

Y el muchacho le contestó muy serio:

—No te apures por mí, que traigo mucha ropa, mucho dinero, y mucho bastimento.

El dinero eran seis reales y el bastimento cinco tortas rellenas de frijoles.





## CAPITULO II.

---

*Se cierra el prólogo.*

**C**ORRÍA el año de 1834: hacian 16 años justos que el indito Benito Pablo había salido de su pueblo natal, y en estos 16 años había visto desfilar ya una multitud de acontecimientos notables: se había realizado la independencia, se había elevado un imperio de poca duración, se había fusilado á Iturbide que tuvo la audacia de apropiarse la investidura de emperador, y allí cerca se había fusilado también al último de los héroes de la independencia, D. Vicenté Guerrero, á quien sacrificaron ciegos de ambición y de mando, Sánchez Facio, D. Lucas Alamán y el General Bustamante, sirviendo de vil instrumento Picaluga; se había establecido la República de 24 y se habían estado sucediendo toda clase de gobiernos por medio de pronunciamientos militares que tenían en constante agitación á los Estados, perjudicando las carreras literarias de todos

los estudiantes de la Nación, que frecuentemente las vieron cortadas por desgracias irreparables de familia. Fué aquella época, desde que el indio Benito Pablo tenía 4 primaveras el año de diez hasta el de 1834, en que reanudamos nuestra relación, como un panorama de fuego y sangre en que se vieron pasar todos los cataclismos imaginables llenos de matanzas, de destrucción, de odios, de tiranías, de maldades, de oprobios, de injusticias, de incendios, de luchas y de atrocidades de todo género. En esos 24 años perecieron en el patíbulo millares de mexicanos, entre los que se encontraban los nombres de Hidalgo, Allende, Matamoros, Morelos, etc., etc., y en ese mismo tiempo se vió perdida varias veces la causa de la independencia, y otras tantas renació de sus propias cenizas, hasta llevar su bandera triunfante el año de 21 al palacio de los virreyes.

En ese año de 1834, reinaba, á lo menos en Oaxaca, una aparente tranquilidad, y el día á que nos referimos, desde muy temprano se vió á dos *viejos mozos* sacudir y barrer con empeño los estrados del tribunal, mientras que otro empleado de mayor categoría veía si el dosel de antiguo terciopelo carmesí estaba sin polvo y bien puesta el águila dorada en el centro, arreglando á la vez los tinteros, las plumas y los sillones, para que cada cosa estuviera en su sitio y no fueran los señores magistrados á hacer algún extrañamiento, principalmente el Presidente, que era un letrado de muy pocas pulgas.

Cuando todo estaba bien regado, bien barrido y bien sacudido, el escribano mandó que se cerrara la puerta del salón hasta nueva orden.

—¿Pues qué hay aquí ahora? preguntó al secretario de acuerdos un viejo escribiente, que al pasar para su oficina, había notado aquel inusitado movimiento.

—¡Qué ha de haber! contestó el secretario guiñando los ojos de un modo particular, que vamos á tener un examen famoso.

—Famoso, eh?

—Ya lo creo. Se le va á dar el título de abogado á un indio que ha dado mucha chispa.

—¿Qué indio es ese?

—Se llama Benito Juárez.

—No lo conozco.

—Nadie lo conoce en Oaxaca, más que los catedráticos del Instituto, los que han quedado hace cinco días asombrados con el acto que sustentó.

—¿De veras?

—Fué el examen general á que se le sometió, y cinco abogados de los más notables le han estado haciendo preguntas por más de dos horas, y á todas ha contestado de un modo brillante, distinguiéndose así en el derecho canónico, como en el civil y de gentes.

—¡Cáspita!

—Sí, señor mfo, y es la persona de quien se trata un indito, un pobre, que al verlo cualquiera, no ofrece por él ni cuartilla.

—Tanto así....?

—Muy humilde, muy obscurito de color, muy poca cosa como particular; pero sabio como un Cicerón.

—Ah! ya comprendo! ahora viene á sufrir el examen de pura ceremonia en el Tribunal.

—No, señor, no de ceremonia, porque los magistrados se han estado preparando, temerosos de que vaya á trepárseles encima.

—¡Cómo!

—Esto es: temen que estando tan aventajado como

dicen, así en la teoría como en la práctica del derecho, vaya á dejarlos patitiesos con alguna inesperada contestación. Ha estudiado, se ha preparado mucho; ha leído más de cien libros y más de doscientos expedientes; ha pasado los días y las noches dilucidando las cuestiones más difíciles y más intrincadas, de modo que su examen público de las aulas, fué de los más lucidos.

—Yo había oído decir que ya el examen del tribunal era solo de *poteforme*.

—Pues no señor: ahora va á ser un examen en toda regla y están dispuestas á venir todas las notabilidades del foro, á cuyos oídos ha llegado la fama del sustentante.

—Vaya! pues me voy á convidar á mis compañeros de oficina.

—Sí, que vengan todos: vale la pena.

Y diciendo esto, el oficinista se fué por un lado y el escribano por el otro, este último á preparar los papeles que debía llevar al acuerdo extraordinario del tribunal.

Cuando dieron las nueve, empezaron á llegar algunos señores de barba blanca, de aspecto muy grave, vestidos de negro, entre los que había unos con levitones que les llegaban hasta las corbas. Unos eran los magistrados; otros eran los miembros de la curia, los demás eran los amigos ó simpatizadores del candidato.

Después que los letrados se dirigieron saludos muy ceremoniosos, empezaron á ocupar sus asientos: unos arriba de la plataforma, debajo del dosel; esos eran los magistrados; otros abajo de la barandilla, esos eran los abogados practicantes, hasta una media docena. También llegaron como otra media docena de curiosos.

El Presidente se arrellenó en su sillón, y después de esparcir una mirada indagadora en torno del salón, tocó la

campanilla. El escribano corrió á ocupar su puesto detrás de una mesa pequeña, á la izquierda del estrado.

—Se abre la sesión extraordinaria del Supremo Tribunal de Justicia, dijo el Presidente con voz estentorea.

Y en seguida, á una seña suya, se levantó el escribano de diligencias y fué á traer al candidato que se había quedado en la Secretaría, esperando á que se le llamara.

Cuando entró en el salón no produjo sensación ninguna. Ya se le conocía por algunos; pero los que no lo conocían, lo esperaban de mayor talla, de más lucida apariencia. El que se sentó en el banco que designó el escribano, dando frente al tribunal, era un indillo insignificante, vestido de negro. Notaban los pocos concurrentes, como que se le despegaba la ropa al examinarlo.

—Señor Benito Juárez, dijo el Presidente, comienza el examen.

Y como Benito Juárez se levantara de su asiento medio aturdido, el Presidente tornó á decirle bondadosamente:

—Sentado, sentado.

El examen comenzó en efecto, por el primer magistrado de la izquierda, que con voz muy hueca preguntó:

—¿Qué entiende usted por jurisprudencia, Señor Juárez?

El Señor Juárez dió la definición aprendida en el Serena, pero agregando de su cacumen algunas explicaciones.

El magistrado siguió menudeando las preguntas que traía preparadas, y los demás magistrados siguieron dirigiendo un verdadero fuego graneado al candidato, que contestó á todas sereno, sin que un solo músculo de la cara se la alterara, sin cambiar el tono de la voz, como una tuerca que da vueltas ó como el acompasado golpeo de las olas.

El Presidente preguntó al último con suma habilidad respecto de cánones: el examinando contestó con más tacto que si hubiera sido un obispo, y al decir el primero «Muy bien,» dando por terminado el examen, un aplauso moderado resonó en el salón dado por los seis curiosos ó amigos del candidato, el cual se salió para dejar á los magistrados en libertad de echar sus bolas negras y blancas.

Todas las bolas fueron blancas y no sólo la votación unánime dejó á todos satisfechos, sino que más asombro causó que el Presidente del Tribunal, que era de carácter agrío y altivo, llamara á Benito Juárez y le diera un abrazo.

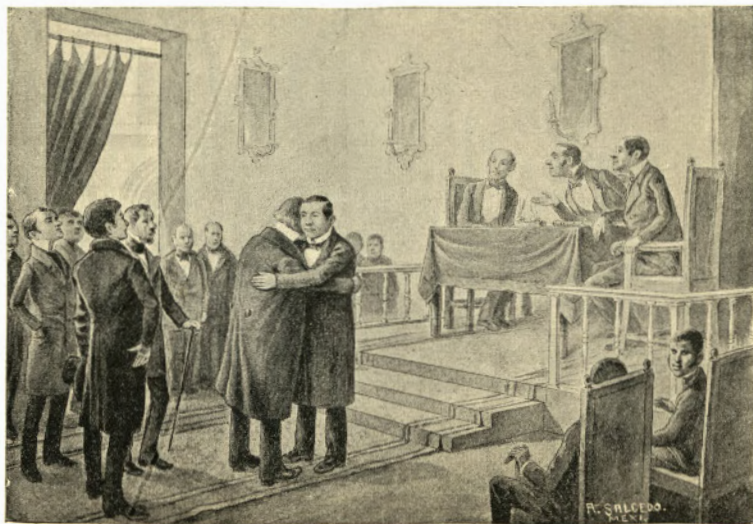
El secretario dijo á uno de sus amigos por lo bajo:

—El indito de Guelatao tiene la túnica de Cristo. En veinte años, es él la primera persona que abraza el Presidente.

Cuando Benito Juárez salió á la calle, allí se encontró á su hermana Gerónima con diez personas más, amigos y parientes, que esperaban al ruevo abogado para llevarlo en triunfo á su casa.







—*El indito de Guelatao tiene la túnica de Cristo, dijo el secretario.*



### CAPITULO III.

---

*La dictadura de Santa-Anna.*

SE puede decir que los dos capítulos anteriores forman el exordio de nuestra relación, pues que ahora damos otro salto de veinte años para presentarnos en México en el momento en que reinaba S. A. S. D. Antonio López de Santa-Anna, adueñado del poder otra vez más, como lo había estado con intermitencias desde la primera década de nuestra emancipación de España.

Sabido es que aquel general, que nunca llegó á tener conciencia política de ninguna clase porque era completamente analfabético, sostuvo todas las banderas, se rodeó de todos los partidos, gobernó con todos los círculos, según se presentaban las circunstancias, engañando á todos porque era astuto é insinuante, haciéndose querer de muchos porque era simpático y haciéndose temer de los que no estaban con él porque era terrible en sus venganzas, en sus odios y en sus castigos.

Ya en una leyenda anterior, hemos dado á conocer su carrera, su carácter, su política y su conducta, de manera que ahora sólo por incidente vamos á referirnos á los últimos años de su atroz gobierno, con los que da realmente principio esta leyenda.

Entraremos desde luego á la residencia dictatorial de Santa-Anna, en donde lo encontraremos rodeado del fausto que era posible en aquellos tiempos de miseria, esto es, de media docena de ministros que lo obedecían de rodillas, de otra media docena de generales á quienes mandaba como si fueran lacayos, de unas dos docenas de oficiales que le servían de edecanes y la correspondiente buena mesa y el correspondiente cortejo de aduladores de todas las clases.

Ya en este tiempo nadie le llamaba *Señor Presidente*, aunque se diera ese título en los draconianos decretos que publicaba, sino Exmo. Señor, y ya pensaba en el título de *Alteza Serenísima* como vamos á verlo, teniendo que inclinar la frente casi hasta el suelo todos aquellos que comparecían en su presencia. Según todas las exterioridades que ya se notaban, tenía la mira manifiesta de llegar á titularse Emperador, como Iturbide, con el nombre de Antonio I.

En una mañana del mes de Octubre, había tomado asiento en su sillón dorado bajo un pabellón de damasco carmesí lleno de borlas de oro, tenía una mesa de ébano á su frente cubierta de papeles y los ministros le rodeaban con sus carteras sobre las rodillas: se celebraba un consejo de ministros, que para cualquiera extraño que lo presenciara podía ser una escena de ópera bufa, pero que para aquellos actores parecía revestir inmensa gravedad,

por la manera con que hinchaban los carrillos así como por la rigidez de sus bustos.

Formaban su consejo de nombre, porque él era quien inspiraba y quien imponía casi todas las determinaciones que eran aprobadas: un tal Bonilla, ministro de relaciones; un general Lino Alcorta, ministro de guerra; un Teodosio Lares, ministro de justicia; un Sierra y Roso, de hacienda, y un Joaquín Velázquez de León, ministro de fomento. No había ministro del exterior y el de comunicaciones no se había inventado.

—Señores ministros, les dijo Santa-Anna, los he citado á junta porque tenemos muchos asuntos importantes que tratar, según la lista de ellos que he formado y con la cual voy á darles cuenta.

Los cinco se inclinaron ceremoniosamente.

Santa-Anna dió un vistazo al papel que tenía delante y continuó diciendo con voz hueca:

—Se me ha ocurrido, leyendo un cuaderno que se me remitió de Madrid, que aquí debemos hacer algo parecido. Trata de las ceremonias que se verifican en aquella corte y de las que podemos apropiarnos muchas, por más que aquí todavía no tengamos una corte en toda forma. ¿Qué les parece á sus excelencias?

Los ministros se inclinaron por segunda vez, sin atreverse á despegar ninguno los labios, temiendo que aquello no fuera sino una celada de las que su pérfido jefe acostumbraba para burlarse de ellos ó para *tantearlos*: era el término que usaba en tales ocasiones el Exmo. Señor Don Antonio.

—Bueno: ya veo que no les parece mal, según el signo de asentimiento que acaban de darme. Quiero, en primer lugar, que establezcamos la plaza de un maestro de cere-

monias para el palacio. Creo firmemente que un maestro de ceremonias nos hace mucha falta. ¿Qué piensa de esto mi primer ministro?

Todos se vieron unos á otros como preguntándose: vamos á ver, ¿quién es aquí el primer ministro?

Bonilla, que era el más audaz ó el que quería darse la importancia de jefe, fué el que dijo con sonrisa empalagosa:

—La idea es sublime, Exmo. Señor.

—Ya lo creo que es sublime, exclamó Santa-Anna formando con la boca una especie de explosión, y no se cómo ni á mí ni á ninguno de sus excelencias se nos había ocurrido. Un maestro de ceremonias á estas alturas á que hemos llegado, es indispensable. Si tenemos la orden de Guadalupe con todas sus capas, ceremonias y condecoraciones, ¿por qué hemos de carecer de un maestro de ceremonias en la vida ordinaria?

—Positivamente, dijo Lares estirando mucho el hocico, es de absoluta necesidad.

—Pero el maestro de ceremonias, continuó diciendo el jefe supremo, no es más que un incidente, yo quiero que tengamos también ceremonias para que no nos salga sobrando el maestro y esas abundan en este librito que me he estado leyendo anoche. Por el estilo de esto, nuestro ministro de fomento podrá redactar muchos artículos, estableciendo insignias para los consejeros, sus esposas y sus servidumbres, marcando los sitios que deben ocupar en las asistencias y reuniones, las armas que deben llevar sus carruajes, las prerrogativas que estos han de tener en las calles y en los paseos, etc., etc., etc. Aquí, aquí hay mucho paño de donde cortar.

—En efecto, aprobó Bonilla una vez que comprendió

que el dictador no se burlaba sino que hablaba con toda formalidad; hasta ahora hemos carecido de regla fija para la etiqueta oficial y nos parece que el señor Velázquez de León podrá hacer para el caso un magnífico reglamento.

—Para todos los casos, agregó Lares.

—Esto es, yo lo quiero para todos los casos, dijo Santa-Anna, porque en todos ellos se dará mayor respetabilidad al poder, ya que nosotros nos sacrificamos por el país: es necesario que el país se acostumbre á vernos con el mayor respeto.

—Y si es posible hasta con veneración, exclamó Velázquez empezando á posesionarse del importante papel que iba á desempeñar.

—Queda, pues, encargado nuestro ministro de fomento, de redactar una ley de muchos artículos que abarquen todo cuanto se tenga que abarcar, no sólo respecto á los actos oficiales, sino á las diarias funciones del poder ejecutivo, de los sujetos que lo forman y de cuantas personas tengan elevado carácter.

—Comprendo, comprendo Exmo. Señor: procuraré inspirar mi trabajo en el ceremonial observado en la corte española.

—Pasemos á otro asunto.

—Pasemos, Exmo. Señor, dijeron todos los ministros en tono muy respetuoso.

—Tiene la palabra el de la policía, que está á cargo del ministerio de la guerra.

—Ha quedado establecida ya la *Sección de Operaciones*, dijo Don Lino Alcorta, que el Exmo. Señor Presidente se sirvió ordenar se pusiera en mi departamento.

—Sí, pero esa Sección se ha mostrado hasta hoy de-

mucho más tibia, sin dar con todos los descontentos para aplicarles el correspondiente castigo.

—Se han desterrado en los últimos dos meses unas cuatrocientas personas de la capital y los departamentos, unas de la corte para el interior, otras del interior para la corte y las más peligrosas están encerradas en San Juan de Ulúa.

—¿Y crees tu señoría que con esas cuatrocientas personas están agotados los descontentos y que esas personas confinadas no siguen conspirando?

—Se les vigila. . . . Exmo. Señor.

—Quiero que á los desterrados se les vigile más, quiero que no se oiga ya pronunciar en la nación de mi mando la palabra descontento.

—Se desplegará más energía, Exmo. Señor.

—Eso quiero: que se expidan circulares, pero muy tronantes, muy ejecutivas, muy severas, si es preciso hasta crueles, á los comandantes militares para que castiguen sin contemplación y sin misericordia, no sólo á los conspiradores sino á los que murmuren del gobierno ó no reciban con toda sumisión sus medidas.

—Mañana mismo someteré á la aprobación del Exmo. Señor Presidente, un proyecto de circulares sobre la materia.

—Quiero que al efecto se multiplique el número de espías. Es necesario echar mano de mujeres, de oficiales, de personas decentes y hasta de los ricos, si algunos quieren servir, para que sepamos cómo piensa del gobierno cada uno de los mexicanos, si esto es posible. Todos tienen el deber de obedecernos y de amarnos y á los que siquiera aparenten la menor resistencia, debemos aniquilarlos. Si con Arista, si con Suárez Navarro, si con Ceballos

y otros no hemos sido indulgentes, que son personajes, ¿por qué hemos de mostrarnos tibios con la canalla? Señor ministro de la guerra: esa *Sección de Operaciones* debe operar con mayor actividad, debe tener ojos de Argos para estar en todas partes.

—Así se hará, Exmo. Señor.

—Pida su excelencia cuanto dinero necesite, para que se extienda su esfera de acción hasta lo infinito. ¿Hay que pagar á dos mil, á cuatro mil, á veinte mil espiones? pues que se paguen, que se gaste cuanto dinero sea necesario; para que vivamos en paz sin temor á las conspiraciones que siempre cuestan más cuando estallan que cuanto pueda costar una policía bien ordenada. ¿Por qué se han descubierto los manejos solapados de algunos hombres del Sur? ¿No lo saben ustedes?

Los ministros abrieron mucho los ojos é hicieron un movimiento negativo con la cabeza.

—Pues voy á decírselos, porque yo con mi perspicacia natural sospeché algo y mandé á un coronel, á un comandante y á otros capitanes de toda mi confianza para que hicieran allá el papel de descontentos y obtuvieran confidencias.

—¿Y las han obtenido, Exmo. Señor? preguntó Lares.

—Allá vamos, porque de esto también quiero decirles cosas grandes y maravillosas que mis ministros ni siquiera se imaginan; pero ya, ya tengo tomados los hilos y ninguno se me escapará. ¿En qué íbamos? . . . ¡Ah! en la buena policía dependiente del ministerio de la guerra. Quedamos en que el jefe del ramo nos presentará mañana mismo un plan completo de seguridad para el Estado.

—Sí, Exmo. Señor.



—Ahora, antes de que se me pase, voy á decir á sus excelencias lo que creo haber descubierto en el Sur.

Todos los ministros estiraron el pescuezo para oír mejor. El Presidente continuó así con aire de misterio:

—Primero, mis espías no pudieron descubrir nada: los hombres del Sur se mostraban muy recelosos con todos cuantos iban de México, y nada querían decir delante de ellos; pero uno de mis capitanes, á quien me propongo hacer más tarde coronel, fué más astuto que mis otros enviados; se hizo de la confianza de una mujer á quien enamoró y por ese medio ha logrado saber que D. Juan Alvarez y Comonfort se cartean, que Moreno no sólo me es infiel sino que dice pestes de mi gobierno y que hay también un Villarreal que casi es un conspirador.

—¡Gran Dios! exclamaron á una voz los ministros.

—Señor, dijo el general D. Lino, desde mañana obra rá la *Sección de Operaciones*.

—Desde mañana no, señor general, ahora mismo.

—Ahora mismo, Exmo. Señor.

—Primero que todo quitarles los empleos: no debemos mantener ingratos.

—¿Con quién quiere el Exmo. Señor Presidente que comencemos?

—Con Moreno el Comandante de la Costa Chica que es el más peligroso. Después de que ya no sea nada, cuando no tenga autoridad ni soldados, se le mandará aprehender. Ahora todavía no, porque se nos escaparía de las manos. Se necesita desplegar mucha habilidad, mucha maña y mucha energía con esos hombres del Sur.

El ministro de la guerra ofreció ocuparse desde luego en mandar las tropas que fueren necesarias, de modo de atrapar á los hombres peligrosos del Sur, sin que sospe-

charan el golpe que iban á recibir, y dictar las medidas más convenientes, concluyendo sus ofrecimientos con esta frase que puso muy alegres á todos los del gobierno:

—Puede contar el Exmo. Señor Presidente con que ya los tenemos á todos ellos en la bolsa.

—Bueno, contestó el dictador, confío en la malicia del hábil consejero que tiene á su cargo los ramos de guerra y policia.

Y á poco continuó diciendo, después de haber paseado dos ó tres veces la vista sobre el papel en que estaban los apuntes.

—Hay todavía otra cosa que me preocupa y que debe preocuparnos á todos vivamente.

Los ministros alargaron aún más los pescuezos y el amo continuó diciendo:

—Dentro de poco tiempo concluyen los poderes que me dió la revolución triunfante y si no se busca una buena solución tendré que dejar el gobierno.

—Eso no, exclamó Lares.

—Imposible, exclamaron los otros.

—Necesitamos por lo mismo que en alguna parte se haga un pronunciamiento en mi favor.

—¿Un pronunciamiento? preguntó Bonilla fingiendo sorpresa.

—Sí, dijo el dictador guiñando un ojo; una acta cualquiera en que se desconozcan las bases de la revolución que me trajo al poder, que sea secundada por todos los comandantes de los departamentos.

—Eso es lo más facil, se apresuró á decir D. Lino; se les ordena por la secretaria de mi cargo lo que sea conveniente y todos obedecerán.

—No es tan sencilla la cosa, hizo observar Lares, al-

gunos de esos comandantes militares que fungen á la vez de gobernadores, son algo quisquillosos y pueden darnos un dolor de cabeza coaligándose en favor del plan que triunfe.

—Por eso debe comenzarse con las plazas que cuentan con más elementos y con más prestigio, dijo con cierta negligencia el general Santa-Anna. Mi plan es que el pronunciamiento, ó mejor dicho, el acta de proclamación se haga simultáneamente en Guadalajara y Veracruz: de esta manera los demás doblarán las manos.

—Lo que es con Jalisco contamos, exclamó el general Alcorta.

—Ya lo creo que contamos: allí está el viejo Ortega que es mío, lo mismo que todos los canónigos.

—Pero entonces no es pronunciamiento lo que necesitamos, objetó humildemente Lares, sino una proclamación.

Santa-Anna, que no gustaba ni de que aún humildemente se le hicieran objeciones, dijo con voz fuerte y tono de impaciencia:

—El nombre poco hace al caso, señor ministro; yo lo que quiero son actas, muchas actas levantadas en las ciudades y villorrios, en que se diga que debemos continuar nosotros en el poder, aun después del año fijado por la revolución, próximo á fenecer; y que se me dé ya el tratamiento oficial que en otras veces se me ha ofrecido, inherente al cargo de capitán general, único en la República.

—El de Alteza Serenísima, se apresuró á opinar Bonilla.

—Su excelencia, con su penetración acostumbrada, ha comprendido cuáles son mis deseos, dijo Santa-Anna

con voz melosa, como queriéndole dar por ello la enhorabuena.

—Y si me es permitido asociarme al ministro de la guerra. . . . .

—¿Qué? . . . . .

—Creo que entre ambos desarrollaremos un plan que abarque todo lo que se necesita para dar subsistencia, solidez y duración al poder, así como el esplendor que conviene al jefe supremo de la Nación.

—El señor Bonilla queda pues encargado, unido al general Alcorta, de hacer que en Guadalajara se levante y firme una acta con todo eso que se ha iniciado, para que la secunden todos los Departamentos rápidamente, á fin de que podamos publicar el bando en tiempo oportuno.

Todos se inclinaron casi hasta el suelo. Santa-Anna les dijo:

—Y por ahora, nada más tenemos que tratar. . . . .

¡Ah! se me pasaba: será bueno que el señor Lares, por su parte, organice alguna fiesta muy ruidosa con el pretexto de mi cumpleaños ó con cualquiera otro motivo.

—Lo haré con mucho gusto, serenísimo señor, contestó Lares que quería con esa adulación enmendar el desagrado que había causado poco antes al Dictador.

Se despidieron haciendo muchas ceremonias, y apenas en la puerta, y en voz alta de modo que pudieran ser oídos, iban diciendo:

—¡Qué talento de hombre!

—Si tiene un sol por cerebro.

—Es el político más perspicaz que se conoce.

—Un perfecto hombre de Estado.

—Es la notabilidad del siglo.

—Es el astro de todas las Américas.

—¡Ilustre entre los ilustres!

—En suma, dijo Alcorta que quería echar el tapado á todos, es una Minerva mexicana.

El Dictador, que se vió tentado á correr tras ellos para callarlos á puntapiés, y que lo hubiera hecho á no estar cojo, exclamó cruzando los brazos:

—Si estos imbéciles son los ministros, y por consiguiente la gente más conspicua entre toda la que me rodea, ¿cómo serán los demás? ¿No tengo, pues, razón en poner el pié en el pescuezo á tanto canalla adulator? Ya, ya irán sintiendo quién soy y de lo que soy capaz, y entonces hasta estos mismos miserables que me ayudan á oprimir á las turbas de mentecatos, llegarán á temblar en mi presencia. ¡Y vaya si temblarán!

Se rió nerviosamente, se levantó y se dirigió para el comedor en donde lo esperaba la mesa de Estadó, é iba así murmurando:

—¡No suena mal eso de Alteza Serenísima.





## CAPITULO IV.

---

### *Incienso y lágrimas.*

**E**L exterior de la ciudad de México era brillante. El general Santa-Anna, en aquella época, (ya declarado Dictador y Alteza Serenísima) se había sabido rodear de las personas acaudaladas, de los miembros del alto clero, de los políticos de más nota del partido conservador, de algunos liberales tímidos ó acomodaticios, y finalmente, del elemento militar en que no faltaban los jefes de distinción.

Las tropas, vestidas con uniformes chillones, recorrían las calles llevando á la cabeza sus músicas, Su Alteza Serenísima iba al paseo acompañado de generales llenos de entorchados y seguido siempre de numerosa escolta, concurría á su palco en el teatro en donde se veían los gastadores con sus gigantescas gorras de pelo y con sus barbas que les cubrían el pecho; por las mañanas había suntuosas fiestas en las iglesias, y por las noches sa-

raos á que concurrían las damas principales cargadas de joyas; los caballeros de la Orden de Guadalupe lucían con cualquier pretexto sus capas blancas, y todo presentaba el aspecto de una constante fiesta, como si ya todas las necesidades estuvieran satisfechas y vivieran felices los habitantes de la Capital, á virtud de reinar también el bienestar en toda la Nación.

Nos formaremos una idea mejor de aquel entonces, entrando al palacio en una noche de baile.

No había luz eléctrica, porque ni siquiera el gas se conocía entonces; pero en cambio había un enorme número de velas de esperma ardiendo en arañas de cristal y candelabros esparcidos por el inmenso salón de recepciones, que además estaba tapizado de espejos y vestido con colgaduras encarnadas. El dosel con el sillón dorado y cubierto de terciopelo carmesí, lleno de flecos y borlas de oro, estaba en el fondo destinado únicamente para Su Alteza.

Una valla de tropas atravesaba la plaza hasta la embocadura de la calle de Plateros, y por esa valla pasaban hasta entrar en el patio del palacio, los coches que llevaban á las familias invitadas, todas de primera calidad.

El pueblo, muy paciente, contemplaba en silencio aquel lujo, como si no estuviera muriéndose de hambre á consecuencia de la falta de trabajo, de la carestía de los víveres y de lo crecido de las contribuciones, que todas iban á parar, como siempre, sobre las clases miserables.

Eran las nueve y media de la noche, y ya las sillas de medio salón estaban ocupadas por las damas jóvenes y viejas que se habían apresurado para ganar lugar lo más cerca posible del Dictador, que era el que atraía todas las miradas y el que arrancaba todas las exclamaciones; ya se

vefan en el centro muchos grupos de generales, de altos empleados, de magistrados y demás gente de pró, cuando se notó un gran movimiento cerca de la puerta de entrada: ¡era que llegaba el ministro de la guerra vestido de gran uniforme!

Los más próximos formaron dos alas compactas inclinando la cabeza para saludar al recién venido, mientras los de más lejos corrieron en tropel á encontrarlo: á muy pocos de todos aquellos se dignó el personaje tenderles la mano, mientras que todos á la vez se disputaban la delantera para que les dirigiera la palabra.

—Exmo. Señor Ministro! repetían cien voces, mientras que otras, muy pocas, las de los amigos de confianza, le decían simplemente:

—Señor general.

—Buenas noches, señores, les contestaba á algunos con negligencia.

—Y la salud, Exmo. Señor? se atrevió á preguntarle un rico.

—Regular, regular, le contestó el ministro pasando adelante.

Después que hubo saludado á algunas señoras, sus preferidas, fué á colocarse en el centro del salón en donde luego le rodearon veinte ó treinta sujetos muy sumisos que parecían beber el aliento de sus palabras. Aunque de suyo no fuera chistoso, todo lo que decía caía en gracia y lo festejaba aquella multitud abigarrada con exclamaciones llenas de inoportunidad.

Cada llegada de un ministro nuevo producía igual sensación, iguales demostraciones, iguales bajezas; pero ninguna fué tan estrepitosa como la de Bonilla, ministro de



Relaciones, á quien se suponía el director de la política y el hombre de más influencia en el gobierno.

Cuando este ministro apareció prodigando saludos y sonrisas, las extremidades del salón se despoblaron y se formó á su paso casi un tumulto: ninguno quería quedarse sin el saludo, sin la sonrisa, ó cuando menos sin la mirada del grande hombre.

—No hay funcionario más popular que Su Excelencia, le dijo el Presidente municipal que, quisiera que no, le había cogido del brazo.

—Todos lo adoramos, exclamó un magistrado que había podido oír el anterior piropo.

Y como un capitalista que iba en la bola no quería quedarse atrás en lisonjas, dijo por su parte en voz alta:

—Sus altas cualidades hacen que lo distinga con un cariño especial Su Alteza Serenísima.

—Y á propósito, preguntó el ministro, ¿no ha entrado aún al salón el Exmo. Señor Presidente?

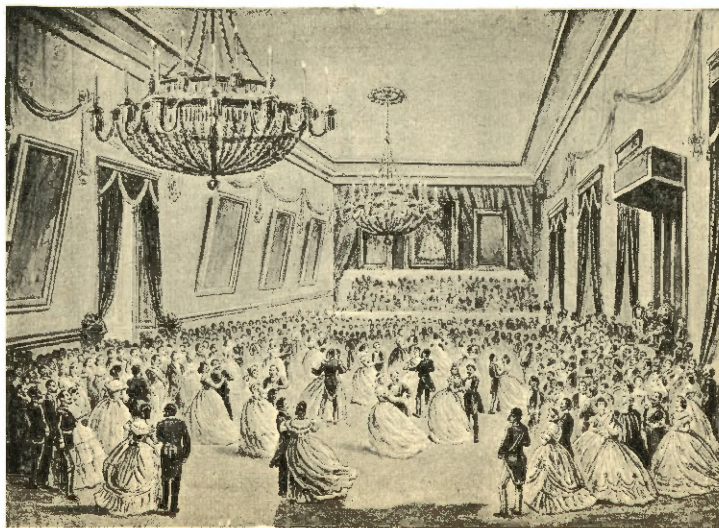
Oyó la pregunta un militar y se apresuró á dar la siguiente contestación:

—Su Alteza Serenísima está en su despacho y por dos veces preguntó ya si no había llegado Su Excelencia, que es lo único que espera para salir.

—Corra usted á decirle que aquí estoy.

—Con su permiso, Excelentísimo Señor.

Entonces los ministros todos y algunos generales se acercaron á la plataforma, cerca de la pequeña puerta por donde había de aparecer Santa-Anna, formándose en torno una avalancha de personas, con desesperación de las damas que desde sus sillas no podían ver la entrada del Dictador.



*Baile en Palacio en honor de Su Alteza Serenísima.*

De repente el ugieer dijo con voz robusta:

—¡Su Alteza Serenísima!

Y entró cojeando el hombre que á falta del pie tenía la muleta sobre el pescuezo de todos los mexicanos.

Amante como era Santa-Anna de las grandezas, y con la ilusión que se había forjado de que era el soberano más sólidamente establecido en el mundo, dirigió una mirada de protección á toda la concurrencia, dió un vistazo á las damas y otro á las composturas del salón y dando orden al maestró de ceremonias para que hiciera comenzar el baile, se dirigió á la plataforma seguido de sus ministros y siempre rodeado de guardias, sentándose en el sillón dorado muy erguido, como si realmente él fuera un monarca y toda aquella gente vil formara su corte.

Los ministros, de pie, se colocaron á sus lados, tocó la orquesta y comenzaron las cuadrillas de honor, solamente para las ocho parejas designadas en el programa.

Mientras se bailaban tales cuadrillas, se mandó despejar el frente, á fin de que Su Alteza Serenísima las disfrutara con la vista, ya que no podía bailarlas, ¡y era de contemplársele entonces, arrellanado en su sillón, alta la cabeza y el cuerpo rígido, como una especie de divinidad dispuesta á recibir los golpes de incensario! Por supuesto que no dejaba el manto de comendador de la orden que pendía de sus hombros, figurándose que era manto real y de buena gana hubiera ostentado una corona también si hubiera encontrado ya la oportunidad de lucirla, pues es fama que llegó á prepararla, con la idea fija, que no llegó á quitársele nunca, de que algún día se vería coronado.

Eran tan abyectos tanto los que estaban cerca de él, como los que estaban lejos y le servían de procónsules en los departamentos, que ya no era más que cuestión de in-

dicar un capricho cualquiera para realizarlo, sin temer de parte de nadie ninguna objeción. A todo el país tenía sujestionado, todo el país obedecía sin chistar sus más insensatas disposiciones y estaba seguro de que todo el país se inclinaría ante él á la hora que se le antojara decirle:— Soy tu emperador.

Cuándo concluyeron las cuadrillas, los ministros volvieron á su lado, y entonces empezó á designar las damas y caballeros de más distinción á quienes permitió que se le acercaran á decirle alguna lisonja. Ya todos sabían que se le recreaba mucho el oído cuando se le comparaba á Cesar, á Alejandro, á Carlos V, á Luis XIV ó á Napoleón Bonaparte y le decían y se dejaba decir las mayores barbaridades á este respecto. El benemérito de las Américas, el hombre de Estado del siglo, el primer capitán de la época, el Regenerador de la Patria, el padre de los pueblos en la paz y el héroe de las batallas en la guerra, eran las expresiones más llenas de sencillez entre toda la bambolla que se le armaba por aquel enjambre de aduladores que se arrastraban como culebras ante su divina majestad.

Mientras que se daban tan espléndidas fiestas en Palacio, en que la servil muchedumbre de escogidos, festejaba con himnos de alabanzas á su Señor, en centenares de casas se presenciaban escenas como la que va á referirse en seguida:

Una familia compuesta de la señora y tres niños está reunida en el estudio del jefe de ella, que es un distinguido abogado, quien con toda serenidad está arreglando algunos libros y papeles. La señora está llorosa y las niñas la rodean con las lágrimas en los ojos, lo que notado por el caballero, les dice, procurando dar á su voz, si no el tono de la fortaleza, al menos el de la resignación.

—No se aflijan ustedes por esto, he de volver, nuestra separación no ha de ser eterna.

La madre y las dos hijas, lejos de consolarse, derramaron lágrimas en silencio.

De pronto se abrió la puerta del gabinete y dió paso á una señora de noble aspecto, vestida de negro, seguida de una joven también de buena figura y también vestida de luto. Ambas venían descajadas, pálidas, demostrando tanto en los ojos, como en todo el semblante, el mayor sufrimiento.

—Señor licenciado, amigo mío, se lo acaban de llevar. . . se lo acaban de llevar entre soldados. . . no han querido decir á qué prisión. . . ni por qué causa. . . ni nada. A nosotras nos tuvieron encerradas mientras los otros que se lo llevaron se alejaban.

Las personas que estaban en el estudio del abogado, sorprendidas de pronto, comenzaron á comprender lo que pasaba, cuando éste dijo:

—Han puesto preso al marido de usted, ¿no es esto?

—Sí, señor licenciado, y vengo para que usted haga algo por él inmediatamente. para que usted lo defienda. para que.

—Sí, señor licenciado, agregó la joven llorando, tenga usted compasión de nosotras.

—Pero, hijas mías, respondió el abogado con pena, ¿qué puede hacer un hombre que ha caído también en desgracia y que está disponiéndose para salir desterrado?

—¿Usted desterrado?

—El ha sido desterrado. . . sí, dijo la señora del abogado, figúrese usted cómo estaremos.

—¿Pero usted, siendo amigo del gobierno? . . . no me cabe en el juicio.

—Sí, hasta ayer, hace tres días mejor dicho era yo, sí no amigo del gobierno, á lo menos su empleado en el tribunal. . . . en donde me parecía que nada tenía que ver con la política; pero rehusé el obsequio que se me hacía de una cruz, de un manto. . . . de yo no sé qué cosa de la orden guadalupana, porque no soy amante de las mogi-gangas, y en castigo se me destituyó del empleo y se me há mandado salir fuera de la República.

—¡Cuánto lo siento! . . .

—Lo sentimos mucho, dijeron madre é hija; y luego agregó la señora:

—De todas maneras, usted sabe síquiera cuál es su delito, señor licenciado; pero Bonifacio no lo sabe: simplemente un oficial con un papel del ministerio de la guerra, según dijo, y sin darle tiempo ni para darme algunas instrucciones sobre sus negocios, lo cogieron entre dicho oficial y dos soldados y se lo llevaron.

—Si fué orden del ministerio de la guerra, que tiene á su cargo también la policía, ya sé cuál es el delito que le imputan al señor don Bonifacio.

—¿Cuál, señor licenciado?

—El de desafecto al gobierno. Probablemente algo dijo y lo denunciaron.

—Eso ha de ser: Bonifacio ni aun delante de los criados podía contenerse, y siempre ha estado diciendo sin precaución ninguna, que este gobierno de Santa-Anna es una tiranía.

—Sí lo es en efecto: todos sabemos que el Presidente no es tal Presidente, sino un déspota como Nerón ó como cualquiera otro de los tiranos que ha habido en él

mundo; pero está prohibido decirlo, lo mismo que pronunciar cualquier palabra de desagrado contra él ó contra sus ministros ó contra una autoridad cualquiera.

—¿Y qué pena tienen los desafectos, señor licenciado?

—Eso depende del espíritu ó mejor dicho del estado de ánimo en que se encuentran los que gobiernan: unas personas son desterradas, otras son llevadas á San Juan de Ulúa y otras á las prisiones militares; sólo cuando hay, ó suponen que hay el delito de conspiración, aplican la pena de muerte.

La hija de don Bonifacio prorrumpió en llanto.

—¿Acaso teme usted, señorita, que acusen á su papá de conspirador?

—Puede ser muy bien, porque yo oí decir á uno de los esbirros estas palabras: ¡es fuerza acabar ya con todos estos conspiradores!

—No lo crea usted. El señor don Bonifacio es un hombre muy pacífico. Es muy capaz de cometer cualquier indiscreción de palabra, pero no de conspirar. ¿Registraron sus papeles?

—No registraron nada.

—Entonces pueden ustedes jurar que sólo pesa sobre él la acusación de desafecto, y que su prisión no será larga.

Ya una vez calmada la ansiedad de las dos visitantes con las buenas reflexiones del abogado, la esposa de éste y sus dos hijas, pudieron á su vez exhalar sus quejas y derramar abundante llanto, pues que el distinguido abogado tenía que salir al día siguiente sin ninguna excusa, é ignorando en todo caso cuándo regresaría.

Tales eran los contrastes que ofrecía aquella aciaga época.



## CAPITULO V.

---

### *Nubes y relámpagos.*

TODAS las apariencias hacían creer en los pocos países extranjeros que fijaban su atención en la República Mexicana, así como á las personas que se estaban engullendo los millones que había producido la venta ignominiosa de la Mesilla, que el gobierno de Santa-Anna era el mejor de los gobiernos. Los pocos periódicos que se publicaban, porque la prensa estaba completamente amordazada, entonaban constantemente un coro de alabanzas al Dictador: decían que era magnánimo, que era generoso, que era noble, que era humano, que era inteligente, que era previsor, que era honrado, que tenía el conocimiento íntimo de los hombres capaces á los cuales sabía elegir para el desempeño de los cargos públicos, que era modesto en medio de su grandeza, que era hábil gobernante, que sabía hacerse querer y respetar, que era, en



suma, el único mexicano digno y competente para dirigir la nave del Estado. Los comandantes militares, que eran á la vez los gobernadores de los Departamentos, obedecían sus órdenes ciegamente desde los lugares más lejanos, no obstante que no había telégrafos ni ferrocarriles, ni puestos militares estratégicos para tenerlos en un puño y sólo porque de la nada los había elevado y los había hecho suyos. El ejército formado y atendido por él especialmente, por más que siempre hubiera sido el de los pronunciamientos que habían derribado una tras otra las administraciones, en esta vez era su principal sostén, porque lo mandaban sus generales más adictos, á quienes el mismo Dictador había dado las insignias del mando, de modo que contaba para ser defendido á todo trance en cualquiera emergencia con más de cuarenta mil bayonetas. El clero, que tenía bajo aquel régimen todas sus preeminencias, todas sus ambiciones satisfechas, todo su poder y toda su influencia, así como el goce pleno de sus tesoros acumulados en varios siglos, manifestaba su contento por medio de sus estrepitosas fiestas eclesiásticas. Los ricos, y principalmente las familias que se creían de elevada alcurnia, con sangre azul en las venas y con pergaminos de nobleza en sus armarios, se complacían con la etiqueta aristocrática que se había introducido en el palacio de los Presidentes, y se disputaban el honor de concurrir á las recepciones y saraos que allí se daban con cualquier motivo. El comercio, aunque pagara fuertes contribuciones, se daba por muy satisfecho con que no hubiera asonadas ni préstamos forzosos. Los mineros y los agricultores se dedicaban á sus faenas tranquilamente, pensando en que tal vez una dictadura que parecía tener el brazo de hierro, aseguraría por muchos años la paz, aunque fuera una paz

oprobiosa, dándole todo por bien empleado por tal de que los dejaran trabajar y recoger el fruto de sus propiedades. Los partidos políticos parecían haberse fundido en el solo partido del poder, al cual rodeaban los liberales tímidos llamados moderados, los conservadores y monarquistas, los clericales, y especialmente los personalistas, formando todos juntos lo que se llamaba el poderoso partido santanista. La masa del pueblo, á lo menos en algunas capitales, parecía contemplar lo que sucedía con la mayor indiferencia: todos sentían el peso enorme de los impuestos; todos sabían que el gobierno estaba cometiendo iniquidades; á todos constaba que se derrochaba el dinero de la Nación en enriquecer á los favoritos, en obras de vanidad y de lujo; todos miraban que el despotismo y la opresión y la tiranía que se ejercían en el centro, eran espantosos; todos experimentaban también la insolencia y la maldad de los lugar-tenientes que les imponía el Dictador; no había quien no maldijera para sus adentros aquella situación de vilipendios, en que sólo sacaban grandes ventajas unos cuantos; pero como estaba prohibido hablar y quejarse, como se le tenía miedo al espionaje, como el destierro, la prisión y la muerte se seguían inmediatamente á cualquiera manifestación de descontento, todas las gentes sufrían con resignación aquel yugo inicuo y guardaban silencio ante todas las injusticias y ante todas las iniquidades. Y así los padres no tenían confianza á los hijos, los hermanos á los hermanos, ni los esposos á sus mujeres para decirles lo que sentían, temiendo que el rumor de sus quejas llegara á los oídos del tirano y les causara el castigo como llovido del cielo. Frecuentemente se ignoró de dónde partían algunas delaciones secretas, que sólo se adivinaban por los resultados, cuando algunos

eran conducidos á las prisiones sin que nunca se les hiciera saber su delito. Así es que todos callaban, y si acaso se quejaban era derramando lágrimas en silencio. Como en los tiempos de Calígula y de Nerón, en Roma, nadie sabía á qué horas le llegaba su turno de ser llevado por los esbirros al cuartel y de allí á los calabozos ó á la deportación.

Solamente los que vivían en las montañas ó en algunos pueblos aislados, á donde no llegaban el delator ni el esbirro, podía hablarse con cierta libertad, y allí si se decían unos á otros: ¿será posible que la raza mexicana que siempre ha sido tan amiga de la vida libre, de sus fueros republicanos y de mantener incólumes sus derechos, esté hoy tan envilecida que soporte con calma la odiosa dictadura que se ha entronizado en la Capital? ¿qué se han hecho los bríos de todos aquellos hombres que tiraron el guante al inmenso poder español, que tanto combatieron primero por su independencia y luego por su libertad, dando muestras de un valor nunca desmentido? ¿En dónde están los brazos que tantas veces desafiaron el peligro y la muerte luchando con tesón porque la nación mexicana fuera una República independiente y libre? ¿Qué cobardía es la que tiene á todos amilanados, á todos sobrecojidos de terror, á todos de rodillas ante un déspota á quien pueden deshacer con el soplo de la voluntad común? ¿Qué diabólico dominio es el que tiene el general Santa-Anna sobre todos sus gobernados, que los hace temblar ante él de miedo, humillarse á sus plantas y lo alaban como si fuera una divinidad? ¿Qué magia es la que lo rodea, que hace que una nación entera esté prosternada á sus piés como si fuera compuesta de mandrias?

Y estas terribles exclamaciones fueron repercutien-

do de montaña en montaña y formando nubecillas que, á fuerza de ser muchas se hicieron densas, apareciendo más visibles y más amenazadoras que en ninguna otra parte, en el Sur de la República, donde tenía el mando supremo uno de los patriarcas de la independencia que no se había encanallado ni con el roce, con el contacto y la comunicación constante en que había estado con los corifeos del despotismo. El general don Juan Alvarez siguió manteniendo bien escondido en su hacienda de la Providencia el fuego de la libertad, y era uno de los pocos que se atrevían en aquel entonces, gracias quizás también á su situación casi independiente, á reprobar, si no en alta voz, al menos en el seno de la familia y de sus amigos, lo que estaba pasando en México.

Estaba reconocido como jefe de los surianos; Santa-Anna y sus consejeros no habían podido, por más que lo habrían deseado, acabar con aquel patriarca de setenta años que tanta sombra les hacía con su vida y ejemplo de republicano austero y sin mancha, y esa jefatura que él conservaba á pesar de los mandarines de la Capital, lo hacía ser visitado en sus posesiones por todos los hombres de más importancia en aquellos lugares: así un día en que el administrador de la aduana de Acapulco, que era un coronel retirado, había ido á tener con él una entrevista con motivo de cualquier asunto oficial ó particular, don Juan Alvarez le había dicho:

—¿Qué noticias hay de México? ¿qué sabe usted de nuevo?

—Siguen á la orden del día las francachelas.

Don Juan Alvarez, que tenía alguna práctica de los hombres y que era malicioso, paró el oído, como suele decirse, y exclamó para sus adentros: «Este es también un

descontento que puede llegar á ser aprovechable. Luego en voz alta:

—A mí me encargan que vigile á las gentes de la Aduana.

—¡Ah! ¿ya sabe usted, señor general? . . .

—Sí, ya sé que á usted, señor Comonfort, que es el mexicano más honrado que ha llegado á ocupar un puesto público, lo tachan de ladrón nada menos. . . .

Don Juan era francote, soltó así la palabra, y Comonfort se puso de color de púrpura. Fué necesario que hiciera un esfuerzo sobre sí mismo, que sabía hacerlos, porque tenía el arte de dominarse, para no estallar, y respondió con calma aunque afectada:

—Ya pedí que sometan mis actos á un procedimiento.

—Pues los someterán y lo declararán á usted culpable, porque lo que quieren es perderlo.

—¿Á mí? . . . ¿por qué?

—Porque lo suponen adicto á mi persona sabiendo que es usted hombre de bien.

—En efecto: saben ya, según me han comunicado personas de México, que ambos tenemos relaciones de buena amistad; pero lo principal es que ni á mí ni á usted nos quieren las gentes del poder.

—No somos santos de su devoción, y la prueba la tenemos en esos espías que ya con un pretexto, ya con el otro nos están mandando continuamente. Ahora precisamente han pasado por aquí dos individuos que se dicen ingenieros y que no son mas que policías del ministerio de la guerra, los que dizque llevan la misión de examinar los fuertes de Acapulco. Podría jurar que esos ya mandaron

ó van á mandar un correo extraordinario al ministro, haciéndole saber que usted ha venido á la Providencia.

—Esa situación en que estamos es intolerable, señor general.

—Y más lo será ahora que vengan las tropas con la misión de defender el puerto contra un ataque de piratas imaginarios que han de venir de San Francisco, mandados por el conde Rausset de Boulbon.

—Usted dice bien, señor general, esas tropas no vienen contra ningún enemigo, sino contra usted y contra todas las demás personas que al gobierno son desafectas.

—Entre las que nos encontramos nosotros, así como el coronel Villarreal y el general Moreno.

—Pero cuando así se enzanan contra servidores de la Nación que no han dado motivo para que se sospeche de su lealtad, ¿qué es lo que pretenden?

—Que saltemos las trancas.

—No lo crea usted, general, eso no es posible.

—¿Qué es lo que no cree usted posible, señor don Ignacio?

—Que nosotros imaginemos siquiera tirar el guante á un poder tan colosal como el del general Santa-Anna.

—Y en tal caso, si nosotros quisiéramos alzarnos y defendernos, ¿qué nos podrían hacer en nuestras montañas?

—Quizás llevaríamos una vida errante más ó menos larga, pero sin más provecho que el de escapar á las venganzas de los que se han declarado nuestros enemigos.

—Será ya mucho no entregarnos en sus manos como borregos para que nos asesinen; pero ¿cree usted en el fondo de su conciencia que levantándonos todos nadie nos seguiría?

—El país está tranquilo, y las pocas intentonas muy aisladas de algunos departamentos, han sido prontamente reprimidas:

—Y bien, señor coronel, si usted tuviera seguridad de que seríamos secundados en otros lugares, ¿se atrevería?

—A pronunciarme. . . . ¿yo? Es cosa que nunca he hecho.

—Pero ha llegado la hora en que debemos, en que estamos estrechados á hacerlo, si no queremos que nos descuarticen. ¿Ignora usted que ya vienen en camino los encargados de reducirnos á prisión ó tal vez de ejecutar-nos? ¿No sabe usted que somos cuatro las víctimas escogidas usted, Villarreal, Moreno y yo?

Comonfort se quedó pensativo, y Alvarez en ese momento, como inspirado, dijo levantándose:

—Voy á presentar á usted una persona que llegó aquí anoche de Oaxaca y que le repetirá los informes que á mí me ha dado.

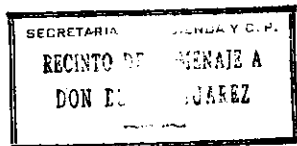
Diciendo esto se acercó á una puerta, llamó á un ayudante y le dijo algunas palabras. Dos minutos después apareció en la sala un hombrecito vestido de negro, muy trigueño, sin barbas, pero con una mirada que relampagueaba, manifestando en la viveza de sus ojos una inteligencia superior.

—Este caballero es el Lic. don Benito Juárez, que ha ocupado importantes puestos, en Oaxaca, perseguido encarnizadamente por aquel gobierno como todos los liberales, y que podrá dar á usted buenas noticias.

Luego agregó don Juan dirigiéndose á Juárez:

—Puede usted hablar delante del coronel Comonfort; es amigo nuestro.

816



Entonces Juárez, en concisas palabras, dijo cómo había logrado escapar de Oaxaca, en donde se le perseguía de muerte, viniendo á buscar un refugio en las montañas del Sur, donde creía que debería oírse el primer grito de libertad en aquellas circunstancias, principalmente cuando se supiera que del mismo Oaxaca, lo mismo que de México y de Michoacán, tenían que salir, si no habían salido ya, algunas tropas para impedir todo movimiento del Sur, apoderándose de cuantos pudieran iniciarlo.

Aquellos tres hombres prolongaron su interesante conferencia por más de dos horas; el caso es que al separarse Comonfort para regresar á Acapulco, dijo ya con el mayor entusiasmo:

—Quedamos entendidos: Villarreal se pronunciará en Ayutla, yo lo secundaré en Acapulco y que el Dios de las victorias nos proteja.

—Amen, le contestó Alvarez sonriéndose.

Cuando Comonfort estuvo montado á caballo en el patio de la hacienda, estrechó la mano al viejo patriota que le había acompañado, y le dijo muy quedo:

—Conserve usted á su lado á ese indito de Oaxaca; me parece muy inteligente y muy buen liberal.

Alvarez le contestó con un ademán que quería decir: ¡qué me cuenta usted!







## CAPITULO VI.

---

*Ayutla.*

CUANDO corría el mes de Febrero de 1854, la incógnita estaba descubierta por todas partes. Don Santiago Blanco, general conservador de los más recalcitrantes, había entrado al ministerio de la guerra en lugar de Al-corta y eso tenía muy alta significación: la de que se debería llevar á sangre y fuego cualquiera campaña que tuviera que sostenerse contra los liberales, y la de que éstos serían eliminados, por más tibios que fueran, de las regiones del poder el cual tendría que ser exclusivista hasta su último extremo. Santa-Anna y sus ministros estaban bien enterados de que los hombres del Sur, de que siempre habían tenido recelos, estaban coaligados, habiendo llegado á entenderse, no obstante que el coronel Villarreal, jefe militar de la Costa Chica, había sido un instrumento allí de opresión del mismo gobierno; de que Moreno se había manifes-

tado antes tan leal y caballeroso como conservador y adicto al centralismo; de que Comonfort se había retirado de la carrera de las armas resuelto á no volver á empuñarlas por causa alguna, y de que Alvarez, en fin, tenía ya setenta años y no tenía puntos de contacto en opiniones políticas con ninguno de los anteriores. Sin embargo de todo esto, eran hechos puestos ya fuera de duda que Villarreal, por no presentarse en México; se había declarado enfermo de gravedad y renunciado su comandancia; que Alvarez, con pretexto también de achaques había dejado el gobierno al general Moreno, y que Comonfort, resentido por las acusaciones infundadas de que había sido objeto, y en vista de que no había motivos para que se le formara causa, por mala versación de caudales como lo había solicitado con apremio y de que se le trataba de un modo hostil por el gobierno, había hecho ya causa común con el patriarca de los surianos. El gobierno estaba informado con amplitud de detalles, no sólo de que estos cuatro personajes estaban decididos á no obedecer sus órdenes, sino de que hacían preparativos para la resistencia, sin grandes elementos, sin nada casi respecto de armas, de municiones, de soldados y de recursos; pero que con todo celebraban juntas, mandaban correos á distintas partes de la República y se organizaban ya para el combate, una vez que llamaban á las autoridades y hombres útiles con quienes contaban en las poblaciones, que recibían órdenes reservadas y se movían de unos puntos á otros produciendo un desasosiego y una alarma que no podían pasar inadvertidos para los que en los puntos limítrofes estaban encargados del espionaje. Así es que Santa-Anna sabía muy bien que algunos pequeños destacamentos que había en los caminos dependientes del gobierno del Sur, habían sido reforza-

dos, que en la Costa Chica las tropas que habían pertenecido á Villarreal, y sobre las cuales éste continuaba teniendo dominio, se reorganizaban y practicaban diarios ejercicios militares; que en la Providencia y otras fincas se alistaban caballos y se limpiaban los viejos fusiles de chispa, y que la guarnición de Acapulco, también aunque reducida, era objeto de la seducción de los descontentos.

Por otra parte, Comonfort estaba informado de que la Dictadura lo había puesto en el catálogo de los predestinados á la horca; á Villarreal se le había ordenado que aunque estuviera enfermo, se metiera en una camilla y se hiciera trasladar á México si no quería recibir un ejemplar castigo; á Moreno también se le había prevenido que entregara el mando y se presentara á dar cuenta de su conducta, y don Juan Alvarez tenía la certidumbre de que el general don Angel Pérez Palacios había recibido órdenes para ponerse á la cabeza de los batallones 2° Activo de Puebla y 11° de Línea, y de dirigirse á la Providencia para apoderarse de su persona. Los cuatro juntos sabían muy bien de la misma manera que ya se habían puesto en marcha varias secciones de tropas por diversos caminos, ahora ya no como se había dicho, para impedir un golpe de mano del filibustero conde Rausset de Boulbon, sino ya muy claramente para sofocar en el Sur un movimiento revolucionario.

Ya en este mes unos y otros estaban jugando á cartas vistas, como se podrá observar por el siguiente coloquio que tuvieron el coronel don Florencio Villarreal y el general don Tomás Moreno, debajo de la sombra de un árbol, en las afueras de la histórica ciudad de Chilpancingo.

—Ha sido buena la precaución de mandarme llamar,

dijo Moreno, porque estoy rodeado de espías que de seguro no se habrán atrevido á seguirme.

—Yo colgué dos hace tres días que me confesaron su delito.

—Un motivo de acusación más contra usted, coronel, si llega á caer en las manos de los agentes del gobierno.

—Pero no caeré sino muerto, si es que caigo, eso se lo garantizo.

—Ahora vamos tratando de nuestros asuntos, porque no tenemos mucho tiempo que perder, tanto más cuanto que estamos á 20, y esa es la fecha en que tenía que llegar á Chilpancingo el coronel don Francisco Davis que viene mandando el 2º regimiento de Puebla y debo estar preparado para evitar una sorpresa.

—Mis exploradores me han dicho que las tropas invasoras vienen por todos lados haciendo jornadas muy cortas.

—¿Habló usted con el general?

—De allá vengo precisamente, y me hizo para usted varios encargos.

—Dígalos usted, amigo don Florencio.

—Primeramente, usted ya debe saberlo, pero tengo que decirselo. He solicitado con empeño, y se me ha concedido, una vez que soy el que tengo más agravios que vengar, ser el primero que tire el guante al Dictador.

—Poco más ó menos ya todos se lo hemos tirado, desde el momento en que hemos conspirado juntos y él no lo ignora.

—Bueno, pero yo voy á ser el primero en proclamar el plan de la revolución.

—¿Y qué dice el plan?

—Aquí lo traigo, y voy á leerlo para que me diga su opinión, advirtiéndote que según parece ha sido escrito, ó cuando menos inspirado, por el coronel don Ignacio Comonfort. Dice así:

CONSIDERANDO:

Que la permanencia de Don Antonio López de Santa-Anna en el poder es un amago constante para las libertades públicas, puesto que con el mayor escándalo, bajo su gobierno se han hollado las garantías individuales que se respetan aun en los países menos civilizados:

Qué los mexicanos, tan celosos de su libertad, se hallan en el peligro inminente de ser subyugados por la fuerza de un poder absoluto ejercido por el hombre á quien tan generosa como deplorablemente confiaron los destinos de la patria:

Que bien distante de corresponder á tan honroso llamamiento, sólo ha venido á oprimir y vejar á los pueblos, recargándolos de contribuciones onerosas, sin consideración á la pobreza general, empléandose su producto en gastos superfluos, y formar la fortuna, como en otra época, de unos cuantos favoritos:

Que el plan proclamado en Jalisco, y que le abrió las puertas de la República, ha sido falseado en su espíritu y objeto, contrariando el torrente de la opinión, sofocada por la arbitraria restricción de la imprenta:

Que ha faltado al solemne compromiso que contrajo con la nación al pisar el suelo patrio, habiendo ofrecido que olvidaría resentimientos personales, y jamás se entregaría en los brazos de ningún partido:

Que debiendo conservar la integridad del territorio

de la República, ha vendido una parte considerable de ella, sacrificando á nuestros hermanos de la frontera del Norte, que en adelante serán extranjeros en su propia patria, para ser lanzados después como sucedió á los californios:

Que la nación no puede continuar por más tiempo sin constituirse de un modo estable y duradero, ni dependiendo su existencia política de la voluntad caprichosa de un solo hombre:

Que las instituciones republicanas son las únicas que convienen al país, con exclusión absoluta de cualquier otro sistema de gobierno:

Y por último, atendiendo á que la independencia nacional se halla amagada, bajo otro aspecto no menos peligroso, por los conatos notorios del partido dominante levantado por el general Santa-Anna; usando de los mismos derechos de que usaron nuestros padres en 1821 para conquistar la libertad, los que suscriben proclaman y protestan sostener hasta morir si fuere necesario, el siguiente plan.

1°. Cesan en el ejercicio del poder público Don Antonio López de Santa-Anna y los demás funcionarios, que como él, hayan desmerecido la confianza de los pueblos, ó se opusieren al presente plan.

2°. Cuando éste haya sido adoptado por la mayoría de la nación, el general en jefe de las fuerzas que lo sostengan, convocará un representante por cada Estado y Territorio, para que reunidos en el lugar que estime conveniente, elijan al presidente interino de la República, y le sirvan de consejo durante el corto período de su encargo.

3°. El Presidente interino quedará desde luego investido de amplias facultades para atender á la seguridad é

independencia del territorio nacional, y á los demás ramos de la administración pública.

4°. En los Estados en que fuese secundado este plan político, el jefe principal de las fuerzas adheridas, asociado de siete personas bien conceptuadas que elegirá él mismo, acordará y promulgará, al mes de haberlas reunido, el Estatuto provisional que debe regir en su respectivo Estado ó Territorio, sirviéndole de base indispensable para cada Estatuto, que la nación es y será siempre una, sola, indivisible é inpediente.

5°. A los quince días de haber entrado en sus funciones el Presidente interino, convocará el congreso extraordinario, conforme á las bases de la ley que fué expedida con igual objeto en el año de 1841, el cual se ocupe exclusivamente de constituir á la nación bajo la forma de República representativa popular, y de revisar los actos del ejecutivo provisional de que se habla en el art. 2°.

6°. Debiendo ser el ejército el apoyo del orden y de las garantías sociales, el gobierno interino cuidará de conservarlo y atenderlo, cual demanda su noble instituto, así como de proteger la libertad del comercio interior y exterior, expidiendo á la mayor brevedad posible los aranceles que deben observarse, rijiendo entre tanto para las aduanas marítimas el publicado bajo la administración del Sr. Ceballos.

7°. Cesan desde luego los efectos de las leyes vigentes sobre sorteos y pasaportes, y la gabela impuesta á los pueblos con el nombre de capitación.

8°. Todo el que se oponga al presente plan, ó que prestare auxilios directos á los poderes que en él se desconocen, será tratado como enemigo de la independencia nacional.

9°. Se invita á los Exmos. Sres. generales Don Nicolás Bravo, Don Juan Alvarez y Don Tomás Moreno, para que puestos al frente de las fuerzas libertadoras que proclaman este plan, sostengan y lleven á efecto las reformas administrativas que en él se consigan, pudiendo hacerle las modificaciones que crean convenientes para el bien de la nación.

—Hombre, hombre, se me convida allí á un festín en que quién sabe si me toque en vez de comer ser el comido.

\* —Es cierto, general, ninguno vamos á estar en un lecho de rosas; pero es preferible morir matando á que nos metan en una de las tinajas de San Juan de Ulúa, de donde no salgamos jamás.

—Ahora le diré á usted con franqueza, que el plan no me disgusta, porque se separa un poco de los ordinarios que tanto conocemos.

—Lo principal es que ya tendremos con él una bandera, y que no seguiremos el gobierno y nosotros jugando á la gallina ciega.

—Alvarez está en su puesto de siempre defendiendo un plan liberal; pero nosotros, usted, Comonfort y yo que hemos sido conservadores y que lo estamos siendo aún mientras no nos desprendamos por completo de un gobierno conservador

—¡Psé! Él tiene la culpa precipitándonos con sus exigencias: yo le hubiera sido fiel hasta lo último, si no hubiera sido el primero en desconfiarme y en aburrirme.

—Es lo que á mí me preocupa, coronel, el puesto de confianza que tengo. Alvarez hizo bien en soltarlo para no tener las manos atadas.



— Usted puede hacer lo mismo, mi general.

— Eso haré probablemente, antes de que se proclame el plan. ¿Cuándo y en qué punto se proclamará?

— Se ha determinado que sea en el pueblo de Ayutla, y el día dependerá de cuando me manden ejemplares impresos. Yo quería que fuera desde luego, pero Alvarez y Comonfort dicen que todavía no están suficientemente preparados.

— ¿Y cuándo lo estarán para combatir contra cuarenta mil hombres que tiene Santa-Anna?

— De manera que vamos a meternos en una empresa loca.

— Por de pronto sí, una vez que entre los cuatro no reunimos ochocientos reclutas y nos mandan cuatro mil soldados de línea para ponernos en juicio; pero como el gobierno está odiado en todas partes, es fácil que haya quien imite nuestro ejemplo.

— No tan fácil, porque el terror domina los ánimos. De tal modo se han impuesto el tirano y sus esbirros, que tienen hundidas ya en el miedo todas las energías de los mexicanos.

— A todo esto, no me ha dicho usted cuáles son las órdenes que me manda el general Alvarez.

— Estas simplemente: que luego que se aviste el enemigo evacue usted la ciudad, sin dar lugar a que se dispare un solo tiro. No quiere que haya agresión ninguna mientras no esté publicado el plan; aunque está resuelto a impedir que las fuerzas del gobierno lleguen a Acapulco, a cuyo efecto ha mandado situar un destacamento en el cerro del Peregrino: dice también que al salir usted de la ciudad mande con todo sigilo cuando menos la mitad de las tropas que tenga, a reforzar aquella posición de la cual él mismo desea ir a tomar el mando.

—Tendré por todos unos dosientos hombres.

—Quiere decir que mande cien al Peregrino.

—Así se hará.

Arreglados otros pormenores, se separaron ambos caudillos, dirigiéndose Villarreal á esperar las últimas instrucciones en las cercanías de Ayutla, donde había concentrado las pocas fuerzas de que podía disponer, y regresando Moreno para Chilpancingo, que distaba unas dos leguas, á cuyo efecto reunió á la gente que había dejado en el camino cuidándole las espaldas.

Como se ve, los que iban á ser los caudillos de la revolución, llevaban las cosas muy despacio creyendo tener aún otros dos ó tres meses á su disposición en que seguirían engañando al gobierno y haciéndose los engañados; pero los acontecimientos se precipitaron, porque empezaron á llegar noticias repetidas de que las fuerzas del gobierno habían activado sus marchas y que ya habían entrado en el Departamento de Guerrero tanto por Puebla y Oaxaca como por Michoacán, formando un total de ocho batallones de á seiscientas plazas, con más tres escuadrones de caballería y algunas piezas de montaña. De la misma manera supieron los surianos que los buques armados en guerra la *Carolina* y el *Guerrero*, habían recibido la orden de formalizar el bloqueo del puerto de Acapulco.

Ante la precipitación con que el Departamento había sido invadido, sin que Alvarez y los suyos hubieran terminado sus preparativos, no quedaban más que tres caminos que elegir: ó huir á las montañas sin más expectativa que la de poder vivir ocultos un periodo más ó menos largo; ó entregarse al enemigo con la seguridad de que ejercería con ellos toda clase de crueldades, mientras que llegaba, como había de llegar, el momento de privarlos



*El Coronel Villarreal gritó desde lo alto del caballo que montaba:  
—Muchachos: ¡viva la libertad!*

de la vida; ó salirles de frente á los invasores con los pocos elementos con que contaban, y esto fué en lo que se afirmaron puesto que era también lo que estaba de antemano convenido.

En esa virtud, el 24 salió Moreno de Chilpancingo, dejando la plaza á las fuerzas del gobierno que la ocuparon el mismo día, y al siguiente mandó su renuncia de 2° cabo de la comandancia de Guerrero para salvar el escrúpulo de pronunciarse siendo servidor de la dictadura.

El mismo día Alvarez reunió las tropas de que disponía en la hacienda de la Providencia, y les dirigió la notable proclama que se verá en el capítulo siguiente: Comonfort, que había andado conferenciando con sus amigos, regresó á Acapulco para organizar la defensa del puerto, y Villarreal reunió á los suyos en la placita de Ayutla; hizo allí leer el plan que llevaba escrito, mandó traer una mesita y sillas y allí fué firmado por el comandante Estéban Zambrano, por cinco capitanes y otros tantos tenientes, subtenientes y sargentos.

Acto continuo se mandaron repicar las campanas, se formó la fuerza que constaba de unos ciento cincuenta hombres, dió una vuelta por las calles, y luego Villarreal gritó desde lo alto del caballo que montaba:

—Muchachos, ¡viva la libertad! ¡abajo la tiranía!

Todos contestaron con grandes exclamaciones y después de otros gritos:

—¡Viva el pueblo de Ayutla, que desde hoy será el más histórico de todo Guerrero!

—¡Viva Ayutla! contestaron los soldados y las gentes del pueblo que se habían reunido en la plaza.

---



## CAPITULO VII.

### *El incendio del Sur.*

AQUEL pequeño alboroto verificado en el pueblecillo de Ayutla ante un centenar de personas, y que más bien que un pronunciamiento en forma había tenido el aire de un juego de muchachos, tuvo grandísima trascendencia. La noticia cundió como por hilos telegráficos, no obstante que entonces aun no se conocían, propagándose en el Sur como un incendio y en los departamentos contiguos, y en la capital misma, con una rapidez maravillosa. Casi se puede decir que por intuición se había comunicado de boca en boca, llegando al palacio del gobierno por los rumores antes que por las comunicaciones oficiales y oficiosas. Todos hablaban en los primeros días de Marzo del pronunciamiento de Guerrero, sin poder precisar ni el punto ni las personas que lo habían iniciado. Unos lo achacaban á don Nicolás Bravo, que permanecía separa-

do de los asuntos públicos en Chilpancingo, otros decían sencillamente que los Alvarez; pero nadie se acordaba ni de Villarreal, ni de Comonfort, ni de Moreno.

Los jefes de las columnas santanistas que habían venido avanzando, se detuvieron atónitos, puesto que no se les había dado instrucciones para emprender operaciones de guerra. A ellos se les había dicho: van á aprehender á los Alvarez, á Moreno, á Comonfort, á todos los sospechosos: los matan sin compasión si se resisten, les quitan el poder y las armas, los despojan de cuanto tengan, entran como señores absolutos en Guerrero representando la autoridad dictatorial; pero no se les había dicho cómo obrarían en caso de una rebelión declarada: el gobierno no podía figurarse que pudieran atreverse á desafiarlo con los poquísimos elementos de que podían disponer, y mucho menos cuando tenía la creencia de que algunas guarniciones como las de Acapulco y la Costa Chica, le permanecerían fieles, así fué que los que iban á sorprender eran los sorprendidos. No podían figurarse, no podían creer, lo consideraban como un sueño, como un delirio, que aquel grupo de hombres, pequeñísimo, se atreviera contra el gigante que iba ya en camino de proclamarse Emperador.

—¡Pobres! exclamaban los más compasivos, ¡cuán pronto van á ser completamente aplastados!

Luego que don Ignacio Comonfort tuvo noticia del pronunciamiento de Ayutla en la hacienda de la Providencia, donde se encontraba conferenciando con Alvarez, se dirigió precipitadamente para Acapulco con el fin de ultimar los trabajos que ya tenía emprendidos en la guarnición que residía en el puerto. El coronel don Rafael Solís, que era el jefe de aquella, convocó á los oficiales que

estaban bajo su mando en el castillo de San Diego, proponiéndoles secundar el plan de Ayutla, pero reformándolo según las indicaciones que le había hecho el coronel, para poder firmarlo. Estas reformas consistían en quitar la vaguedad que contenía el plan primitivo que se había hecho con cierta premura, diciéndose terminantemente que los gobiernos revolucionario é interino que llegaran á establecerse, darían cuenta de sus actos al Congreso que se reuniera con el carácter de constituyente, dejando al país en absoluta libertad para darse sus instituciones.

Poco comprendían de esto los subalternos allí reunidos, pero dijeron que sí á todo, y el plan se reformó en Acapulco, firmándose por Comonfort, Solís, el teniente coronel Miguel García y otros quince ó veinte oficiales, siendo desde ese momento la bandera reconocida y aceptada por la revolución.

Comonfort, desde luego, expidió la siguiente proclama:

»Ignacio Comonfort, Coronel retirado, gobernador de la plaza y comandante principal de la demarcación:

¡Compañeros de armas! En momentos bien solemnes me llamais, y estoy ya á vuestro lado. Próxima la patria á sucumbir por los desaciertos de una administración caprichosa y arbitraria; habeis levantado el estandarte de la libertad, resueltos á defender los derechos del pueblo soberano. Para tan patriótica empresa habeis juzgado de algún valer mis débiles servicios, y me teneis dispuesto á derramar mi sangre con vosotros.

Bajo el pretexto de una invasión pirática, el gobierno ha pretendido inundar de tropas el Sur; porque de este modo, apoyado en la fuerza, podría ejercer en él su despotismo; pero sus esperanzas quedarán burladas; esas tro-

pas no llenarán la misión del tirano; y si algun enemigo exterior, efectivamente, invade nuestro territorio, pelearemos hasta rechazarlo, -ó pasará sobre nuestros cadáveres.

Surianos: Los Exmos. Sres. generales Don Nicolás Bravo, Don Juan Alvarez y Don Tomás Moreno, han sido invitados por nosotros para ponerse al frente de las fuerzas libertadoras. Ellos, no lo duleis, corresponderán muy dignamente al voto de confianza que les hemos otorgado: abrazarán nuestra causa porque es santa y justa; y nosotros, guiados por tan ilustres caudillos, iremos llenos de fé á buscar la victoria con que la Providencia premia á los pueblos que luchan por su libertad.

¡Soldados de la patria! Nobles son vuestros esfuerzos; pero para que causa tan sagrada no se desvirtúe, fuerza es que seais subordinados. Ayudadme á conservar el orden, á proteger la seguridad de los ciudadanos, y á probar al mundo, que pertenecemos al número de los pueblos civilizados. De este modo, podreis con la conciencia tranquila afrontar los peligros, en medio de los cuales hallareis siempre á vuestro compañero y amigo—*Ignacio Comonfort*.

Acapulco, Marzo 11 de 1854.

Alvarez aceptó la invitación que se le hizo para que se pusiera al frente de las tropas pronunciadas, con la siguiente comunicación:

Ejército restaurador de la libertad.—General en jefe.  
—Con la nota de usted de 11 del presente, han llegado á mis manos los ejemplares impresos del plan político que ha secundado la guarnición de esa plaza, en vista del que



en Ayutla proclamó el patriota y valeroso coronel Don Florencio Villarreal; y quedo al mismo tiempo impuesto de que á consecuencia de tan fausto suceso, usted se ha hecho cargo del mando de las armas de toda esa demarcación.

En cuanto á la excitativa que se sirve hacerme de parte de sus subordinados, para que me ponga al frente de las fuerzas que sostendrán el mencionado plan, tengo el honor de decir á usted que la acepto, y que desde luego expediré mis órdenes á las tropas que me obedecen, que se titularán en lo sucesivo: «Ejército Restaurador de la Libertad,» para que abierta la campaña sobre las fuerzas del general Santa-Anna, que han invadido parte del territorio de este departamento, se ejecuten las operaciones militares que es necesario emprender para difundir y llevar á buen éxito el actual movimiento político, que no dudo encontrará las mejores simpatías en el país, porque él está de acuerdo con las ideas de los mexicanos acostumbrados á estimar y defender una libertad sagrada, adquirida á inmensos costos.

Me decido á dar á mis compatriotas una última prueba de mi amor á su bien social; porque sería traicionar á mis propias convicciones, conformarme pasivamente con la odiosa y despótica dominación del hombre que, burlando el voto nacional, se ha constituido en caudillo de un partido sanguinario, y tiraniza á su voluntad al pueblo mismo que generosamente lo llamara para afianzar sus libertades y derechos.

Mi edad bastante avanzada y mis notorias enfermedades, me exigian retirarme al descanso de la vida privada; mas al llamado de mis conciudadanos, he alejado de mí el bienestar particular, y vengo á sacrificarlo todo á la

causa sagrada que desde tiempos muy atrás sirvo con lealtad, porque ella es la de la patria, ella la que nos mandaron defender los nobles mexicanos que nos antecedieron en la memorable guerra de la independencia.

Por todo lo dicho, me adhiero solemnemente al movimiento iniciado en Ayutla, y secundado en esa plaza, protestando acatar las reformas que la nación estime conveniente hacerle, y no dejar las armas de la mano, hasta que consumado aquel, ya no sea necesaria mi persona, y se hallen al frente del poder público los dignos mandatarios que sean llamados á ejercerlo por la libre y espontánea voluntad de los mexicanos.

Tengo el honor de exponerlo á usted correspondiéndole las protestas de aprecio con que se sirve favorecerme.

Dios y libertad. Venta Vieja, Marzo 13 de 1854.  
—*Juan Alvarez*.—Sr. Don Ignacio Comonfort, gobernador y comandante principal de Acapulco.

Y trasladándose desde luego al histórico cerro del Peregrino que había de ser la base de las operaciones, llevando como su secretario á Benito Juárez, dirigió á las tropas en 14 de Marzo la siguiente proclama:

Juan Alvarez, General de División, en jefe del ejército restaurador de la libertad:

Compañeros de armas: Un suceso importante, y que podré llamar feliz, me obliga á dirigiros la palabra. La guarnición y vecindario del puerto de Acapulco acaban de secundar el plan político que en Ayutla iniciara el valiente coronel Don Florencio Villarreal: he sido invitado pa-

ra ponerme al frente de vosotros, y estoy pronto, porque los santos y justificados principios que en él se invocan, están identificados con mis propias convicciones, y lo sostendré gustoso hasta perecer en la demanda, ó ver logrado su triunfo completo, no obstante el penoso estado de mi quebrantada salud: porque un soldado viejo de la Independencia, no puede ser indiferente al peligro de la patria, ni dejar de empuñar las armas para proteger los derechos individuales de los mexicanos; hollados cruelmente por el abuso escandaloso de un poder arbitrario.

El general Santa-Anna, faltando de una manera indigna á la confianza de los pueblos; y á los compromisos solemnes que contrajo al pisar el suelo patrio, se entregó en brazos del partido parricida; del partido que compró infamemente la cabeza del ilustre general Guerrero, y cuyas tendencias al despotismo son instintivas. Persuadido como lo está, de que el Sur ha sido constantemente y será siempre el baluarte de la libertad, así como de su importancia para subyugarlo, pone en juego todos sus recursos sacrificando el tesoro público, y adopta para conseguir sus miras, la traición y la perfidia.

Soldados: Se supone que una invasión extranjera amagaba nuestras costas, y no se os creyó capaces de combatirla y repelerla. ¡Camaradas, ó se ha desconfiado de vuestro valor y patriotismo, ó se os ha querido sorprender villanamente! En una palabra, sabedlo todo: esa invasión es una mentira, es una superchería infame, es un pretexto embustero para llenar de tropas nuestros pueblos, desarmanarlos sucesivamente, y después dominarnos por la fuerza y el terror. ¿Cómo no repeler semejante agresión? ¿cómo dejarnos pacientemente oprimir? No, valientes surianos; que sepa el mundo que los indómitos hijos de las mon-

tañas no han degenerado: que como han sabido siempre sostener su libertad y sus derechos, sabrán también pelear y morir por rechazar cualquiera agresión extranjera en defensa del territorio nacional.

¡Soldados, á la campaña! En esta lucha están empeñados el bien de la patria y vuestra misma reputación: llevemos la guerra hasta la silla del déspota; y que la refulgente estrella de la libertad que comenzaba á eclipsarse para nuestro infortunado suelo, recobre su brillo y vuelva á derramar sobre nosotros sus puros resplandores. Jurad no dejar las armas de la mano hasta que en la nación se consoliden los bienes inestimables que se le quieren arrebatar, y decid con vuestro antiguo jefe: ¡viva la república! ¡viva la libertad! ¡viva el Sur!—*Juan Alvarez*.—Peregrino, Marzo 14 de 1854.

Se había dado ya el grito de libertad en las montañas del Sur, y este grito fué repercutiendo en todos los ámbitos de la República, comunicando ánimo y esperanza á los mexicanos oprimidos. Los que tuvieron valor y oportunidad lo secundaron desde luego, no sin sufrir la muerte, como sucedió á Gordiano Guzmán en Michoacán; otros hacían sus preparativos con toda reserva, y los demás, los que estaban sufriendo con resignación la tiranía que imperaba en las poblaciones, esos acompañaban con sus buenos deseos y con sus simpatías á los pronunciados, contentándose con inventar noticias que los favorecieran, si bien el poder autócrata dictó luego disposiciones terribles contra los alarmistas, contra los indefensos que no tenían más fusiles que la lengua y la buena voluntad hacia los restauradores de las garantías individuales.

Cuando Santa-Anna se enteró bien de lo que estaba pasando en el Sur, dijo á sus ministros:

—Es mejor que se hayan pronunciado, porque así voy á acabar de un solo golpe con esa horda de bandidos.

En seguida apresuró el movimiento de las tropas que faltaban para lanzar sobre los cuatrocientos hombres pronunciados un ejército de siete mil veteranos con cuarenta bocas de fuego.

Cuando ya todo estaba listo, dijo á sus ministros:

—Yo mismo marchó á la campaña.

—¿Pero qué necesidad tiene de molestarse así S. A. Serenísima? preguntó el Ministro de Relaciones.

—Ustedes no se apuren por mí: allí les dejo mi pliego de mortaja.

El pliego de mortaja contenía el nombre del que él quería que fuera su sucesor en caso de muerte.

Cuando mucho le rogaron, él les dió esta razón toral:

—Yo quiero por mí mismo, por mi mano, castigar á aquellos insolentes.

Y en pocos días se puso aquella águila dictatorial en el Sur, para devorar allí á la media docena de palomas que habían osado volar más alto de lo que debieran y turbar los sueños de gloria del tirano.

---



## CAPITULO VIII.

---

### *Mundimiento del Dictador.*

HE aquí el diario de un oficial que tomó parte en la expedición del Sur, cuyo manuscrito nos encontramos entre unos papeles viejos:

• 15 de Marzo de 1854.—Todo el día ha sido de fatigas y de preparativos para la salida del Ejército. Se dice que los ministros hasta se han arrodillado á los piés del general Presidente rogándole que no vaya á exponer su preciosa vida en aquellos climas mortíferos; pero que les ha contestado que no quiere valerse de ningún otro para llevar á cabo la empresa, y que yendo él está seguro de acabar pronto con los pronunciados, porque su solo nombre bastará para que se caigan todos muertos de terror.

Marzo 16.—A las cinco de la mañana salieron cinco mil hombres, dejando la ciudad de México casi desguarnecida. La carga va en más de seiscientas mulas, y de ellas

más de cien llevan costales de pesos. Yo voy en el escuadrón que sirve de escolta á Su Alteza Serenísima, quien á las ocho de la mañana salió de palacio en una carroza seguida de otras nueve más en que van generales y señoras. Los cocineros, las gentes de servicio y los carros de víveres salieron ayer para San Agustín de las Cuevas, en donde se ha de servir un suntuoso almuerzo. Dicen que el general Presidente lleva quince baúles con su ropa en que van los mantos y todas sus insignias. Van caballos y mulas de repuesto hasta Cuernavaca, pues dicen que de allí se han de volver los carruajes.

Marzo 17.—Parece que es un Rey el que va con nosotros. Además de los muchos generales y oficiales que lo siguen van á cierta distancia cincuenta gastadores de descubierta, cincuenta dragones y cincuenta lanceros. Nosotros cubrimos la retaguardia con doscientos carabineros. El camino está muy compuesto, y de trecho en trecho se ven arcos de flores y de follaje que han mandado poner las autoridades, las que salen con músicas á saludar al general Presidente.

Marzo 18.—Pasamos la tarde y la noche en San Agustín, en una gran frasca. Han tocado las músicas y se ha bailado y bebido vino hasta las doce de la noche. Hoy remontamos el Ajusco, en cuya cima se han mandado colocar grandes tiendas para que se aloje el general Presidente con toda su numerosa comitiva. Se dice que el general Presidente tiene la fantasía de que se dé allí esta noche un banquete mejor que cualquiera de la capital y un lujoso baile.

Marzo 19.—La lluvia descompuso un poco las fiestas que se preparaban; pero como las tiendas son sólidas,

se ha podido bailar y beber una buena parte de la noche. Sólo los pobres soldados que no tuvieron tiendas se la pasaron acurrucados, y aunque se cubrieron con sus capotes, el frío, según dicen, les estuvo calando hasta los huesos.

Marzo 20.—Ya comenzaron los trabajos. Al bajar para Cuernavaca se desbarrancaron dos piezas y se descompuso el camino. Nos detuvimos bajo de una arboleda mientras se compone para que pueda pasar la carroza de Su Alteza Serenísima, á quien le han traído muchas ofrendas de varios pueblos. Siguen los arcos, las flores y las músicas.

Marzo 21.—Llegamos hasta en la noche á Cuernavaca, y se hizo al general Presidente un recibimiento magnífico por las autoridades civiles y militares. Se le formó valla con antorchas, hubo muchos cohetes y muchas músicas. En la casa de Cortés fué el besamanos y se le ofreció un banquete por el Ayuntamiento.

Marzo 21.—Pasamos aquí el día arreglando todas las cosas, porque se dice que desde mañana vamos á entrar en terreno enemigo. El general Presidente montó á caballo muy temprano, y acompañado de un brillante séquito en el que iban sus dos capellanes, sus dos médicos, ocho generales, veinte coroneles y cosa de cien oficiales de los Estados Mayores, salió al camino para revistar algunas tropas y dictar medidas para la marcha. Aquí se queda una buena parte del cargamento, y sólo seguirá adelante lo que se ha juzgado más necesario para el servicio del general Presidente.

Marzo 22.—Hemos dejado señoras, operistas, patifreneros y todo lo que tenía aspecto de corte; y ahora va-



mos todos á caballo y guardando las distancias los cuerpos y la artillería como un ejército en campaña. El general Presidente ocupa el centro de toda la División con su numeroso Estado Mayor y con sus escoltas, á fin de estar expedito para comunicar las órdenes. La marcha es tranquila, y aunque comienza á sentirse el calor, la tropa va bien sin demostrar fatiga. Hemos acampado en una rancharía cerca de un arroyo. El general Presidente ha recibido tres correos que le trajeron pliegos y tan luego como los ha leído se ha puesto de un humor negro. Mandó fusilar á un soldado sólo porque vinieron á decirle que se había robado una gallina.

Marzo 23.—Seguimos la marcha por terrenos quebrados y solitarios; como en todo el día nadie se ha presentado á hacer ovaciones, dicen que el general Presidente va de mal humor. No obstante, se le ha servido un gran banquete con toda la Plana Mayor debajo de su tienda y han estado tocando las músicas. La noche se pasó sin novedad.

Marzo 24.—Llegamos á Taxco, población de regular importancia, que estaba iluminada con farolillos de colores. El general Presidente renunció el besamanos, porque dijo que estaba muy cansado. No obstante, hubo cohetes y músicas y cosa de unas cincuenta personas, dirigidas por la autoridad, fueron siguiéndolo y dando los gritos acostumbrados de ¡viva Su Alteza Serenísima! ¡viva el jefe supremo de la Nación! Ordenó que se acuartelaran las tropas que cupieran y que se hiciera el servicio de en tiempo de paz, porque no había ni el más remoto peligro, es decir, nos autorizó para que todos durmiéramos á pierna suelta.

Marzo 25.—Se dió descanso á la tropa, los cuerpos

ocuparon el día en lavarse y limpiar las armas. Se tocó silencio á las nueve de la noche, y en la orden general del día se previno que el ejército estuviera listo para emprender la marcha á las cuatro de la mañana.

Marzo 25.—Apenas habíamos recorrido unas dos ó tres leguas, cuando empezaron los tropiezos para el paso de la artillería, porque el terreno es muy quebrado. En todo el día no pudimos avanzar más que unas seis leguas, y se hizo alto en la tarde. La tropa empieza á demostrar fatiga y se han contado más de veinticinco deserciones. El general Presidente ha hecho que se lea á los cuerpos formados una orden del día muy tronante, en que se establecen penas severas así contra los desertores como contra los oficiales que no desplieguen la más eficaz vigilancia en sus compañías.

Marzo 26.—Hemos llegado á Iguala, y nos ha parecido ver aquí la gloria abierta. Fuera de los muchos festejos que se hicieron al general Presidente y á su Plana Mayor por las autoridades y algunos vecinos, hemos encontrado víveres frescos, hemos encontrado familias amables en las casas, sin que ninguna de éstas se haya escapado de tener alojados, y en suma, todos estamos contentos en esta población que hasta bonita nos ha parecido con sus frondosos tamarindos. Aquí, según se dice, tomaremos otro día de descanso, para emprender la marcha con más vigor, porque se supone que ya muy pronto empezaremos á encontrar algunas partidas de pronunciados. Hasta ahora no hemos visto ninguna, y las noticias que circulan son de que todos se están reconcentrando en Acapulco y en la Costa Chica. Aquí se nos han incorporado dos destacamentos, los cuales vienen á cubrir las bajas que hemos tenido por la deserción y las enfermedades.

Marzo 28.—Ayer estuvimos muy contentos. Hoy vamos ya caminando con un sol que reververa sobre nuestras cabezas. Aunque un cuerpo de gastadores va á la vanguardia componiendo el terreno, que es muy quebrado, no dejamos de tener dificultades en la marcha, principalmente en las cuestas que son muy pesadas cuando nos tocan de subida. El general Presidente va muy contento, porque le han dado noticias los rancheros que hemos encontrado, de que los pronunciados están azoradísimos con la noticia de que él en persona viene mandando el ejército, pues como le tiemblan, van todos huyendo á la desbandada. Considera innecesario llegar hasta Acapulco, bajo la creencia firme que tiene de que no se disparará un solo tiro, sino que unos se someterán y los más comprometidos se embarcarán en Acapulco para cualquiera parte, con el peligro de ser alcanzados y cogidos por los buques de guerra que ha mandado apostar en la boca de las bahías.

Marzo 29.—Hemos llegado al río Mescala, y lo primero que hemos advertido es al otro lado algunas gentes sospechosas. Varios oficiales sostienen que han visto brillar las armas. El caso es que los generales van de aquí para allá á caballo, seguidos de sus Estados Mayores y se ve á muchos que corren á comunicar órdenes. Parece que se pasará el río por cuatro puntos diferentes, tomándose las precauciones necesarias para evitar una sorpresa. Para eso precisamente, esto es, porque el paso de los ríos siempre es peligroso habiendo enemigo, es por lo que se ha procurado llegar aquí por la mañana.

El general Presidente ha llegado con su gran séquito, y al comunicársele la sospecha de que existe ó puede existir enemigo en la otra margen, se ha montado en có-

lera, dando la orden de que dos batallones en que tiene confianza pasen primero y protejan el paso de las demás tropas. Inmediatamente se ha dado principio á la operación, siendo recibida á balazos la cabeza de la columna, como se temía. En el paso de nuestra izquierda también se oye un nutrido tiroteo. El general Presidente activa el envío de otras fuerzas para que protejan á las que están pasando. La maniobra ha terminado después de una refriega de cuatro horas. El enemigo se ha retirado llevándose varias cargas que tuvieron la imprudencia de llevar los jefes que pasaron primero: se han llevado también algunos prisioneros. Hemos sufrido la pérdida de treinta hombres muertos y ochenta heridos, unos cinco ó seis de gravedad. Nos dicen que el jefe enemigo que nos ha dado tan terrible carga, es el feroz guerrillero don Faustino Villalva, que tiene la investidura de comandante militar de la demarcación. El general Presidente se ha puesto furioso, decretando castigos contra algunos jefes, ya que nada puede hacer á Villalva. Si éste cayera ahora en sus manos, no duraría cinco minutos.

Marzo 30.—Seguimos la marcha tranquilamente, pues el ejército va bien cuidado con el servicio de guerrillas exploradoras.

Marzo 31.—Lo único que nos molesta es el calor, pero vamos sin novedad.

Abril 1º.—Llegada grandiosa á Chilpancingo. Hasta ahora no se había hecho una demostración más entusiasta al general Presidente. Con anticipación se mandaron las músicas, los cocineros, los aposentadores, toda clase de materiales de adorno y recursos, de manera que la recepción ha resultado casi tan fastuosa, como las que se hacían en Roma á los Césares vencedores, á quienes hacían pasar

por debajo de arcos triunfales. Aquí también hubo arcos y muchos dísticos, *Te Deum*, imprecaciones y banquete.

En la noche se nos ha dicho que vamos á permanecer aquí cuatró ó cinco días haciendo preparativos, esperando además los pertrechos que vienen en camino y las tropas que se deben reconcentrar.

Abril 2.—El general Presidente visitó en su casa al venerable general don Nicolás Bravo, que no ha querido tomar parte en la revolución, ni tampoco, según dicen, acompañar á Su Alteza Serenísima en la campaña que vamos á emprender, negativa que, aseguran, ha causado á éste grandísimo enojó, y aun agregan que lo ha amenazado con todos los rayós de su cólera.

Abril 3.—Hay ahora dos cosas notables además del muy regular calor que está haciendo: una, que repentinamente se han puesto enfermos de gravedad el general Bravo y su mujer, como si á ambos se les hubiese ministrado un tósigo. El general Presidente tan luego como fué informado del suceso, les envió su médico de cámara, de modo que bien puede asegurarse cuál será la suerte de los infelices enfermos. El otro acontecimiento notable fué, que al salir el general Presidente á inspeccionar algunos cuerpos, se le paró en el hombro una águila real. Yo no soy tan cándoro para creerlo; pero se nos ha prevenido que todos digamos que es cierto, aunque no lo hayamos visto, para que se crea por los habitantes de la Nación que nuestro general Presidente está en buenas relaciones con la corte celestial.

Abril 4.—No hubo novedad.

Abril 5.—Hemos salido más que de prisa, porque se ha sabido que el general Bravo está espirando y circulan rumores.

Abril 6.—Pasamos la noche á dos leguas de Chilpancingo. Ahora vamos ya en marcha para Acapulco á buscar al enemigo.

Abril 7.—Hoy sólo vieron los exploradores algunas pequeñas partidas de cinco ó seis hombres sobre los cerros, y al pasar por un cañón se dispararon sobre la columna unos cuantos tiros que hirieron á un oficial y un sargento. El general Presidente se puso colérico.

Abril 8 al 12.—Hemos hecho jornadas muy cortas, porque los caminos, además de ser muy escabrosos, están sembrados de trozos de árboles que ha sido necesario ir removiendo. Todos los días ha habido tiroteos con las guerrillas que nos hostilizan desde los cerros. La tropa va muy disgustada por el calor, por la mala alimentación y por las desveladas, pues tanto de día como de noche tenemos tiroteos y alarmas.

Abril 13.—Hoy hemos cruzado el río del Papagallo, teniendo que sostener un combate reñido en el punto que se llama el Coquillo. El enemigo, que nos atacó con denuedo, se componía de unos cuatrocientos hombres, sin uniforme, unos á pié y otros montados, pero hacían un fuego bien dirigido y tan graneado como si fueran más del doble. Han hecho trabajar mucho al general Presidente, que hasta después de tres cargas que duraron hora y media, logró desalojarlos del punto que ocupaban, haciéndoles prisioneros á dos oficiales que con arrojo se metieron entre nosotros, llamados don José Miguel Indart y don Nicanor Vargas, ambos capitanes. ¡No envidio la suerte que espera á esos desgraciados! El enemigo nos causó más de sesenta bajas.

Abril 14.—Se mandaron los heridos á Chilpancingo y nosotros seguimos nuestra marcha para Acapulco.

Abril 17.—El enemigo volvió á presentarse, pero en corto número, y pronto fué ahuyentado por los cazadores.

Abril 18.—Tuvimos grande alarma, porque vimos desprenderse una fuerza de una alta eminencia á nuestro frente, pero desapareció á poco detrás de una arboleda. Nos hemos detenido á tres leguas de Acapulco para llegar mañana temprano á la vista de la plaza. El general Presidente ha estado trabajando toda la tarde y toda la noche escribiendo cartas y mandando emisarios en todas direcciones. Dicen que ha mandado ofrecer doscientos mil pesos y un alto empleo al señor Comonfort que manda en la fortaleza. Se asegura que á nuestra retaguardia están Alvarez y Moreno con el grueso del ejército pronunciado, que se compone de unos mil doscientos hombres muy mal armados.

Abril 19.—Como salimos tarde porque el general Presidente quiere antes revistar su ejército, avistamos las primeras casas á las once de la mañana y luego fuimos situados con todo orden por el Norte desde las Huertas hasta el Farellón. Ha reinado en el castillo de San Diego, que es todo lo que tiene el enemigo, un silencio sepulcral. A eso de las tres de la tarde el general Presidente, con su Estado Mayor, se dirigió á escoger posiciones y fué cañoneado, por lo qué tuvo que retirarse. Como es muy habil en estrategia, mandó colocar unas banderas blancas en los puntos más próximos á la fortaleza que debían ocupar nuestras tropas, pero los del puerto las hicieron quitar á cañonazos. El general Presidente no pudo hacer ni en la tarde los reconocimientos que deseaba, porque no le permitieron acercarse, y se retiró lleno de indignación. En la orden del día circulada esta noche, se dice que la fortaleza

sólo está defendida por quinientos hombres, sin víveres, y que mañana será tomada y castigados severamente los rebeldes.

Abril 20.—Mucho movimiento hubo en nuestro campo á las dos de la mañana. A las tres se puso en marcha una columna de novecientos hombres para dar el asalto y otra de igual número la siguió para apoyarla con toda la artillería. La reserva se formó con tres mil hombres y el resto del ejército se mandó á llamar la atención por otros rumbos. Se puede decir que vamos á dar el asalto con todo el ejército de más de seis mil hombres, de modo que de los quinientos pronunciados no quedará ni el polvo. La columna de vanguardia llegó á las obras exteriores á las tres y media de la mañana, y fué detenida con el fuego de fusilería y de cañón que se le hizo á quemarropa: no obstante, siguió avanzando poco después, y al ser rechazada por las reservas, dejó más de doscientos prisioneros dentro del recinto fortificado. Igual suerte corrieron las otras columnas de ataque, encontrando en todas partes una poderosa resistencia. Al aclarar el día se vió el desorden que reinaba en nuestras filas, y el mismo general Presidente acudió á reorganizarlas, con riesgo de su preciosa vida. Todos los generales le suplicaron que no la expusiera; pero no hizo caso, y su presencia sirvió para que se moralizaran las tropas, emprendiendo nuevos ataques á plena luz, lo cual sólo sirvió para que los sitiados vieran bien á dónde debía converger la defensa, lo cual hicieron como si hubiera en el castillo muchos miles de hombres, multiplicándose Comonfort con sus reservas. Ese jefe hizo una salida vigorosa y se llevó muchos prisioneros. Entonces nos retiramos, y una fuerza nuestra que se extravió por el lado de ciudad fué perseguida hasta los cerros, perdiendo gente.



El combate fué desgraciado para nosotros, y por la tarde el general Presidente mandó de parlamentarios al general don Manuel Céspedes y á don José Genar; pero se volvieron con la cola entre las piernas. Siguiéron las hostilidades, pero flojas.

Abril 21.—Volvieron otra vez los comisionados al castillo y ofrecieron mil cosas á Comonfort, pero no quiso venderse. El 22 y el 23 hubo algunos tiroteos y mucha deserción.

Abril 24.—Estamos estupefactos: lejos de dar otro asalto, los cuerpos de infantería van á situarse muy lejos á nuestra retaguardia. ¿Habrá allí enemigo?

Abril 25.—Todo el ejército se retira para el Herrador y acampa á dos leguas de la plaza. El general Presidente para vengarse del gran fracaso, mandó ahorcar á los dos capitanes hechos prisioneros en el Coquillo, los que fueron además fusilados en las mismas ramas de los árboles de donde pendían, para mayor castigo.

Abril 26.—Emprendemos la marcha de retirada y de derrota, regando el camino de fusiles, mochilas, maletas y cargas de parque, como si un enemigo superior viniera pisándonos la retaguardia. Nadie puede creer lo que pasa, y todos los oficiales dicen ó que su S. A. Serenísima ha perdido el juicio, ó que el águila de Chilpancingo fué el pronóstico de su perdición. ”

Hasta aquí el diario del oficial santanista, cuyas últimas palabras demuestran que se había eclipsado en Aca-pulco la estrella del Dictador.

---



## CAPITULO IX.

---

*Convulsiones de la fiera.*

LA primera herida mortal que recibió Santa-Anna con su fracaso delante de Acapulco, lo hizo encabritarse y llenarse de furor á tal punto, que ordenó la destrucción de todo cuanto se encontró en su camino, y así su florido ejército se convirtió en hordas de salvajes: las rancherías, haciendas y poblaciones fueron reducidas á escombros. Los pueblos de las Cruces, de la Venta, Dos Arroyos, Cacahuatepec y los demás por donde pasaban, fueron primero saqueados é incendiados en seguida. Sus noches de vivac eran iluminadas por la luz del incendio de los graneros y las fincas. Se desquitaba el Dictador arruinando á toda la gente pacífica del Sur, ya que nada había podido hacer al puñado de valientes que lo habían rechazado de la fortaleza de San Diego, que por cierto no tenía de fortaleza más que el nombre.

El general Alvarez se encontraba postrado de una enfermedad y por eso no acudió á proteger á Comonfort como estaba convenido; pero después mandó que todas sus fuerzas hostilizaran al enemigo por vanguardia y retaguardia en su retirada, y de tal manera cumplieron los hijos del patriota del Sur y el general Moreno con aquella comisión, que le hicieron perder gran número de hombres y de acémilas, capturándole un inmenso botín, pudiendo apenas llegar con grandes trabajos á Chilpancingo con su ejército hecho ya una miseria.

Hasta el 16 de Mayo logró volver á México, haciendo que se le recibiera como triunfador, cubriéndole sus serviles á la entrada con una lluvia de flores y lisonjas, agotándose como de costumbre en los elogios de su valor y de su estrategia todo el vocabulario de la adulación.

Apenas descansado un poco de las fatigas de la campaña, al hacersele saber que por varios lados de la República asomaban ya las cabezas de la hidra de la revolución, tecnicismo de la época, ordenó á su ministro de la guerra, al terrible general don Santiago Blanco, que desplegara toda su energía contra los pronunciados, y entonces, con fecha 24 de Mayo, se expidió la tremenda circular en que se estamparon las siguientes palabras: « . . . . . *todo* pueblo que *se manifieste* rebelde contra el supremo gobierno, *debe ser incendiado* y *todo* cabecilla ó individuo que se coja con las armas en la mano, *debe ser fusilado.* »

Para que se tenga alguna idea de lo que pasaba entonces, aunque muy superficial, penetraremos á una casa habitada en México por personas pacíficas y oigamos su conversación.

Estaba prohibido dar noticias ó comentar las pocas que se publicaban, porque había muy pocas que fueran

favorables al gobierno; pero como la privación causa apetito, y como el asunto sensacional era la revolución, todo el mundo tomaba parte en la política y no había quien no fuera partidario más ó menos entusiasta de alguna de las partes contendientes.

Vivía en la casa donde vamos á conducir al lector la familia del comerciante don Alejo Rincón, á quien le interesaban mucho los sucesos de la tierra caliente porque allí tenía sus negocios, y lo visitaban con alguna frecuencia un primo que tenía colocado en el gobierno y otro primo político que era doctor en leyes y que ejercía su profesión con muy buen éxito; de manera que los tres vivían con desahogo, con menos caudal el empleado por más que disfrutara de un buen sueldo, que era bien pagado por depender del ramo de guerra.

Era uno de los últimos días del mes de Enero cuando al oscurecer estaban reunidos los tres parientes, con sus familias, en la casa del comerciante.

—Vaya, ahora cenan con nosotros, les dijo á los que acababan de llegar.

Y las tres familias entraron á la sala mientras llegaba la hora de pasar al comedor.

Es preciso advertir que aunque todos habían estado antes muy unidos, empezaban á verse con cierta ojeriza, como luego veremos, á consecuencia de sus opiniones divergentes. El abogado don Domingo Benavides y sus dos hermanas Francisca y Tomasa simpatizaban con la revolución; el empleado don Néstor Rincón y su mujer doña Amparo eran santanistas y don Alejo Rincón era neutral ó aparentaba serlo, porque interiormente renegaba, como toda la gente, de la tiranía del poder, si bien su mujer doña Refugio y su hija Adela no se detenían mucho para

manifestar sus simpatías por los revolucionarios; así es que, aunque acostumbrados todos á tratarse como miembros de una familia, no dejaban de sentirse contrariados y de estar temiendo siempre que un día ú otro estallara la bomba.

El primero que rompió el fuego fué el doctor en leyes, diciendo luego que ya todos estuvieron formando rueda en la sala:

—¿No saben ustedes la noticia que circula en la calle?

—¿Cuál es? preguntó Adela.

—Se asegura que fué tomada la plaza de Huetamo, y que el coronel Bahamonde y toda su tropa, fueron cogidos prisioneros por los revolucionarios.

—¿Qué sabes de eso, Néstor? preguntó el comerciante.

—Es cierto: aquel cobarde se dejó vencer, pero ya Su Alteza Serenísima le mandó una felpa soberana que yo mismo escribí, y será castigado.

—¡Qué mayor castigo que caer en manos de los pronunciados! exclamó doña Amparo la esposa de don Néstor, ellos se encargarán de fusilar á todos.

—Los pronunciados no fusilan á nadie, dijo doña Francisca: entre otros ejemplos, tienen ustedes el que dió el general Comonfort en Acapulco. Cuando Santa-Anna acababa de fusilar á los capitanes Indart y Vargas, en el Sur, aquel fué con don Juan Alvarez y le suplicó que si algún premio merecía la victoria que había alcanzado con quinientos hombres contra siete mil en San Diego, le entregara á los prisioneros Holzinger y Zambonino, los que luego que estuvieron en su poder, aunque eran pollos gordos, los puso en libertad.

—Esas acciones generosas son el pan cotidiano de Comonfort, dijo á su vez Tomasa; también puso libres á sesenta oficiales que cayeron juntos con Zuloaga, y á todos les dió recursos para que se fueran.

—Pero tanto los primeros como los segundos le pagaron mal.

—Primas, primas, les dijo el comerciante sonriéndose, siempre olvidan ustedes que está prohibido por el gobierno que se hable sobre los sucesos públicos.

—Aquí estamos en familia, se apresuró á decir doña Refugio su esposa.

—Díce bien Cuca, nadie ha de denunciarnos, exclamó Pancha.

—¿Cómo estuvo eso de Bahamonde? preguntó don Alejo.

—Pues nada, contestó con negligencia su primo Néstor, se dejó sorprender cobardemente, según las noticias que tiene el gobierno.

—Las privadas están en contradicción, dijo el abogado, lo mismo que los partes que publican los pronunciados y que están circulando en esta ciudad. Las fuerzas que mandan don Luciano Martínez y don Ignacio Díaz estuvieron sitiando la plaza, sin que fuera socorrida, y al fin la tomaron por asalto, no obstante que hicieron los sitiados prodigios de valor, los cuales eran ya atacados por doble número.

—Es verdad, el gobierno no pudo auxiliarlo; pero le ordenó que se retirara á Tacámbaro.

—Tal orden se dictó fuera de tiempo, es decir, no la recibió, y sin embargo se le ha mandado procesar cuando seguramente ya no existe.

—Estás mejor informado que nosotros, Domingo, le dijo Amparo con algo de zumba.

—Es que hablo con toda clase de personas.

—Por tu bien, te encargo que seas precavido.

—Lo soy, y todavía más, me precio de ser amigo de la paz, me duele que se derrame la sangre de los mexicanos por los caprichos de la política, en que no me mezclo: por lo mismo no estoy ofuscado y puedo apreciar los acontecimientos con toda imparcialidad, aprobando lo que es justo y condenando lo que es perjudicial para la Nación. Por ejemplo, siempre he dicho que fué una infamia la venta de la Mesilla en la miseria de diez millones que volaron en menos de tres meses, y toda la gente sensata es de mi opinión.

—¿Y fué bueno que mandaran también formar causa al general don José M. Yáñez por haber derrotado al filibustero Raousset, que quería apoderarse de Sonora? preguntó Tomasa la hermana del licenciado.

—Por fortuna lo absolvieron, se apresuró á decir Francisca: lo terrible fué que después de haber devorado los millones de la Mesilla, dictaran aquellas órdenes sultánicas en Agosto para que se confiscaran sus bienes á los pronunciados y se tomara de las haciendas cuanto se necesitara para las tropas.

—Todavía eso se puede pasar, dijo Adela que no quería quedarse sin su tajada: cuando necesita recursos el que tiene el poder, los toma de donde los encuentra. A mí lo que me impresiona mucho es la destrucción de las propiedades y las vidas. ¿Cómo fué posible que se mandaran quemar expresamente las haciendas de Tierra Colorada y la Brea, y muchos pueblos como el de Tixtla, y que se mandara fusilar á tantas gentes, entre ellas un hombre

tan bueno como don Ignacio Campos? ¿Cómo es posible que se den órdenes como aquella que dió el ministro de la guerra al general don Simeón Ramírez, diciéndole: «Los pueblos rebeldes deben ser desaparecidos, y todos los individuos que hayan tomado parte en hostilizar á las tropas nacionales, serán pasados por las armas?» Yo me estremecí de terror al leer eso en el «Diario Oficial.»

—Pero qué más, exclamó el abogado, que decretarse penas contra los neutrales! ¿Ya no se acuerdan ustedes cuando se recobró Cuautla, que se impuso á los vecinos una multa de tres mil pesos y se ordenó al comandante militar que *castigara ejemplarmente á los neutrales* para escarmiento de los que en tales casos no se presentaran á rechazar á los facciosos? ¡Ustedes saben lo que es *castigar ejemplarmente!*

—Pero si de que la perra es brava hasta á los de casa muerde, dijo Francisca que parecía la más exaltada: ¿no ha desterrado Su Alteza Serenísima á muchos de sus amigos, y entre ellos á su más íntimo al general don Ignacio Basadre?

—¿Quién de los señores, pues, preguntó Adela, tiene hoy la cabeza segura sobre sus hombros?

—La guerra es la guerra, se resolvió por fin á decir Néstor, y si Alvarez y Comonfort la han provocado, que sufran las consecuencias.

—Pero no son ellos los que las sufren, puesto que á ellos no pueden hacerles nada, contestó Refugio, sino los inocentes, ¡tantos inocentes!

—Es que el gobierno dice: los que no están conmigo, están contra mí, contestó Néstor.

—¡Buena lógica! exclamó el abogado, y sobre todo en boca del poder público que es en las naciones el guar-



dian y el protector de todas las vidas y haciendas y por cuyo deber que contraen los que lo componen, reciben el salario que tienen asignado.

—Desengáñate, Néstor, dijo Refugio tranquilamente, el general Santa-Anna y sus ministros se enagenan las simpatías de todas las gentes buenas con esa conducta brutal que están observando. Tú estás empleado, comes el pan del gobierno y no puedes censurar sus medidas; pero en el fondo de tu conciencia, porque eres honrado, tienes que convenir en que una cosa es la lucha y otra cosa el terror como medio de sostenerla, con el que en lugar de amigos se ganan enemigos. ¿Crees tú que hace bien el gobierno en mandar quemar las haciendas, en desterrar á todos los que le parecen sospechosos, en mandar fusilar á los indefensos y en sembrar el pavor por donde quiera que van sus tropas?

—Yo soy un simple subalterno que.. .

—Diré á ustedes la verdad, dice Amparo su mujer queriendo acudir en auxilio de su marido, Néstor tiene buen corazón y compadece á las víctimas de la revolución lo mismo que lamenta los horrores que están viéndose; cuando estamos solos me lo dice, y teme que todo eso tenga fatales consecuencias para el gobierno; pero está allí prestando sus servicios y tiene obligación de manifestarse leal partidario de Su Alteza Serenísima, á quien debe muy buenos favores.

—Ustedes ven que soy tolerante, y la prueba es que vengo aquí en donde siempre saca mi capote un rasgón.

Todos se rieron; y entonces don Alejo que era el más conciliador, dijo:

—Todo es plática, aquí nadie es político de profesión ni tiene por qué tomar á pechos las cuestiones. Si alguien

se ofende en lo más mínimo, se fué quien lo dijo y vámonos á cenar.

—Vámonos, contestaron todos levantándose y dirigiéndose al comedor como si tal cosa.

Muy brevemente apuntaremos otras infamias.

El 3 de Abril, sobre una solicitud de indulto en favor del coronel don Francisco Moreno, que había sido condenado á muerte en Chilpancingo, dijo el gobierno al comandante general: «hágalo fusilar, si no lo ha hecho, pues no ha tenido facultad para demorarlo.»

En 6 de Marzo se dijo al comandante de Iguala: «los facciosos deben ser colgados en los árboles del camino, arrasados los pueblos y rancherías, quemadas todas sus semillas, consumido todo su ganado y destruidos cuantos medios tengan de subsistencia.»

En 3 de Marzo, desde Iguala el ministro de la guerra dió orden para que fueran desterrados de la Capital Muñoz Ledo, Riva Palacio, Payno, Furlong y todos los desafectos, que se aprehendiera á don Antonio Haro y Tamariz que estaba oculto y que se le pasara por las armas luego que fuera encontrado.

En 20 de Mayo se publicó un bando contra Tixtla, que comenzaba así: «en el término preciso de quince días se presentarán al gobierno departamental los vecinos que de alguna manera tengan relaciones con los sublevados, ó los protejan directa ó indirectamente, á fin de que protestando su adhesión al supremo gobierno y á Su Alteza Serenísima el general Presidente de la República, previo el juramento respectivo, se les aplique la gracia de indulto.»

Lo demás que sigue no lo llegaron á discurrir los Calígulas ni los Nerones.

A principios de Abril, cuarenta vecinos de Sultepec todos labradores pacíficos, fueron conducidos á México y encerrados en Santiago Tlatelolco, para castigar una demostración que hizo el pueblo contra la tiranía.

El coronel don José López de Santa-Anna, nombrado para hacer la campaña en Michoacán, llevó instrucciones para *fusilar* á todos los que hubieran dado auxilio á los rebeldes, *aunque los encontrara en sus casas*, y para que hiciera lo mismo con los que *hubieran presenciado* las escenas de los facciosos. Un historiador agrega: «¡El coronel Santa-Anna cumplió bien esta orden! Viejos, mujeres y niños, que á su parecer eran *rebeldes*, fueron inhumanamente sacrificados.» El historiador que dijo esto, fué el circunspécto don Anselmo de la Portilla.

Con fecha 18 de Abril se expidió la célebre circular previniéndose á todas las autoridades que ya no llamaran *pronunciados* sino *bandidos* á los que hacían la guerra al gobierno.

El 23 de Mayo el general santanista Tabera derrotó á Degollado, y le tomó cuarenta prisioneros en Tizayuca, siendo *todos* fusilados inmediatamente.

A fines de Mayo, el mismo Dictador en persona hizo una excursión por Michoacán, sembrando á su paso el duelo y llenando á las familias de consternación, haciendo correr á torrentes la sangre y las lágrimas de centenares de personas.

Después que hizo correr del Consejo de gobierno á don Manuel Baranda, á don Antonio Florentino Mercado y á otros que habían dado muestras de independencia, sometió al alto cuerpo la deliberación de las siguientes cuestiones: ¿debe expedirse una constitución? ¿quién la ha de hacer? ¿qué forma de gobierno se adopta? El

Consejo contestó que debía darse la Constitución y que el mismo la propusiera: que la forma de gobierno debía ser la republicana.

Ante una entereza semejante, pero más aún, temblando porque Comonfort había conseguido muy serias victorias en el interior, y por donde quiera el incendio de la revolución avanzaba sobre la Capital, se llenó de miedo como todos los tiranos cuando ven que viene el castigo, y el 7 de Agosto, á las tres de la mañana, huyó hacia Veracruz con una buena escolta, embarcándose para el extranjero.

¡La fiera había caído, pues, á los piés de la revolución!





## CAPITULO X.

### *El patriarca del Sur.*

No sin hacer un gran esfuerzo de voluntad, el autor de esta narración pasó en silencio los magníficos episodios que se desarrollaron después de la fuga del déspota mexicano que tantos torrentes hizo correr de sangre y de lágrimas, y tantos girones de territorio hizo perder á la República, pues que por una parte tiene la urgencia de llegar á los asuntos que forman el nudo principal de su trabajo, y por otra abriga la creencia de que sus lectores conocen, así los sucesos como los notables documentos que vieron la luz pública en el año de 1855; sólo muy de paso es fuerza decir que Comonfort, el caudillo principal de aquella grandiosa revolución, no sólo tuvo que vencer en varios combates los ejércitos del Dictador en Michoacán, Colima y Jalisco, sino también á los diversos ambiciosos que quisieron aprovecharse de las circunstancias

para apoderarse de la situación con diversas *actas* de pronunciamiento en San Luis Potosí, Guanajuato, Monterrey y la Capital misma, sobreponiéndose á todos y estrechándoles de tal suerte, moral y físicamente, que vinieron á reconocer el plan de Ayutla como la única ley á que por el momento tenían que sujetarse, lo cual dió lugar á que el general don Juan Alvarez viniera con sus soldados desde las montañas del Sur en donde tenía su cuartel general, á Iguala primero, acompañado del Lic. Benito Juárez que le servía de secretario, y quien sin duda alguna le redactó las interesantes proclamas que levantaron tan alto el prestigio de aquel veterano de la independencia nacional, y después de nombrar la junta de representantes, á Cuernavaca, punto designado para que aquella eligiera un Presidente interino, debiendo quedar solemnemente instalada el día 4 de Octubre.

Hecha esta ligera reseña, vamos á dejar la palabra á los políticos que ni un momento habían dejado de estar en lucha para apoderarse de aquella situación, nada envidiable por cierto, una vez que el Dictador había dejado el país casi aniquilado.

En el alojamiento que ocupaba don Melchor Ocampo, en una salita que tenía una ventana á la calle, estaban con él don Guillermo Prieto, don Benito Juárez y don Ramón I. Alcaraz. Don Guillermo Prieto dijo:

—Múchachos: vengo de estar con don Juan Alvarez y lo he visto asediado por los moderados, quienes le instan para que nulifique la lista de representantes hecha en Iguala y acepte la que mandó Comonfort por conducto de Lafragua. ¿Qué hacemos?

—Yo respondo de que el general Alvarez no se pondrá en ridículo destruyendo su obra, contestó Juárez. En-

tre los dos formamos la lista, aquí está la mayor parte de las personas que en ella figuran, y aunque el mismo Comonfort viviera y se lo pidiera de rodillas, no daría un paso atrás. Conozco á mi hombre.

—Ya saben ustedes que los moderados son hipócritas, continuó diciendo Prieto, y cuando ni delante de mí se han contenido, es que ya tienen bien trabajado el ánimo del general.

—Repito que yo respondo de que no se doblegará.

Ocampo, que se había quedado pensativo, replicó á Juárez con mucha calma:

—En efecto, el general Alvarez es terco como un montañez, y lo más probable es que no ceje; pero nosotros debemos estar de todas maneras con el ojo alerta contra las maniobras de esa gente que es muy ducha para la intriga.

—¿Qué opina de esto el amigo Alcaraz? preguntó Prieto.

Alcaraz, como saliendo de un sueño, contestó luego:

—Opino lo mismo que el señor Ocampo: debemos velar sobre los moderados, á fin de que no se nos encaramen como tantas veces lo han hecho.

—Aquí lo grave, continuó diciendo Ocampo, es que Comonfort parece proteger al elemento moderado y es necesario fijarse en que Alvarez está muy viejo y en que el otro es el personaje del porvenir.

—Alvarez está aún vigoroso, y de derecho, como que es el jefe más caracterizado, le corresponde la presidencia, dijo don Benito.

—Lo mejor sería que nos quitáramos de militares y

nos fijáramos en un paisano enérgico. Yo propondría á Ocampo ó á Gómez Farías.

—No, no; contestó vivamente Ocampo, cuando la revolución está latente, cuando hay todavía tantas ambiciones que doblegar, cuando conviene dar una buena organización al ejército, cuando en fin estamos todos tan divididos, se necesita que pese aún por muchos años el sable del soldado en la balanza de nuestra justicia. Yo, por mi parte, renunciaría el puesto si hubiera locos que me lo dieran.

—Dice bien el señor Ocampo, murmuró Juárez, por ahora no hay que pensar más que en un soldado.

—O en un paisano que sepa manejar generales, dijo Alcaraz.

—En la junta será donde midamos nuestras fuerzas, agregó Ocampo levantándose, por ahora lo que más nos conviene es no dejar al general Alvarez ni un momento bajo la influencia de los moderados.

Convinieron todos en que la observación era justa, y se encaminaron al alojamiento del general en jefe de la revolución, en cuya compañía estuvieron hasta muy entrada la noche.

Entretanto, al oscurecer se habían reunido hasta unas nueve personas en el alojamiento de don José M. Lafragua, reconocido por aquel entonces como jefe del partido moderado. Entre esas personas se veían algunas de muy alto porte, tales como don José M. Lacunza, don Mariano Riva Palacio, don Mariano Yáñez, don José M. Cortés y Esparza y don Ezequiel Montes.

Lacunza y Riva Palacio llegaron de la calle, y éste dijo á los que allí estaban que parecían estarlos esperando con ansiedad:



—Nos ha sido imposible hablar al general Alvarez: lo tienen enteramente bloqueado Ocampo y Juárez.

—Hubiera sido inútil, contestó Lafragua con cierto despecho: el general se rehusa por ahora á aumentar el número de miembros para la Junta.

—Pero es que varias fracciones de la República no tienen representación, murmuró Montes.

—A pesar de eso, siguió diciendo Lafragua, Alvarez, sostenido por el grupo de sus consejeros, insiste en que no ha de alterar la lista que formó en Iguala, manifiesta que todos los nombrados contestaron aceptando, y que si alguno falta, no puede sustituirlo con ningun otro porque el plan de Ayutla no dice que se nombren también suplentes.

—No son suplentes, son representantes en sustitución de los que no han venido, dijo Riva Palacio, agregando luego: el que nombró á los primeros, puede con las mismas facultades nombrar á los segundos.

—¿Y qué sucedería si fueran llegando á la hora de estarse celebrando la Junta? preguntó Saborío.

—Ocuparian indudablemente sus puestos que les dejarían libre los sustitutos. Lo que yo defiendo es que nadie se quede sin representación en un acto tan solemne.

—Tanto más, agregó Lafragua, cuanto que yo he traído una lista completa que envié Comonfort por mi conducto, en la cual tienen representación Tehuantepec, el Carmen y California.

—¿Y qué ha dicho Alvarez respecto de la lista de Comonfort? preguntó Lacunza.

—Lo mismo de siempre, contestó Lafragua, que él cumplió lisa y llanamente con un precepto del plan de Ayutla, y que por más que quiera y considere á Comon-

fort, no puede acatar ese deseo que considera hasta cierto punto pueril.

—¡Pueril y de lo que resuelva esa Junta depende todo el porvenir de la República! exclamó Yáñez.

—Yo diré á ustedes, muy en reserva, manifestó Lafragua, que el general Alvarez me ha dicho que no desea ni quiere ser nombrado Presidente, y que influirá con sus amigos de la Junta para que designen á Comonfort.

—¿Y creen ustedes que los exaltados van á hacer caso de su recomendación, en el evento de que la haga? preguntó Lacunza.

—Eso dependerá de la forma, contestó Lafragua. Si Alvarez les expone con toda sinceridad, como yo se lo he insinuado, cuáles son los peligros que amenazan al país si cae el poder en manos de los puros, es decir, en sus manos, puesto que es el elemento que lo viene rodeando desde que salió de Iguala, si él les dice, como me lo ha dicho á mí, que el clima de México lo matará y que no tendrá fuerzas ni carácter para arrollar tantos obstáculos como se están presentando, ni tampoco voluntad para sobreponerse á la inmensa aureola de popularidad que trae Comonfort, tendrán que transigir con la razón.

—No transigirán con nada, dijo Yáñez.

—Nos quedará todavía un recurso.

—¿Cuál?

—La renuncia de Alvarez si resulta nombrado.

—¿Renuciará?

—Lo haremos renunciar, si no aquí, en México.

—Es verdad, concluyó diciendo Yáñez con tono de convicción, si no es ahora será mañana, una vez que tengamos de las orejas á Comonfort.

Ya se sabe lo que pasó después.

Al día siguiente se reunieron veinte representantes, faltando seis de los nombrados por Alvarez; éste los excitó á que se fijaran para Presidente de la República en una persona digna, y dejándolos instalados en la sala destinada al efecto, dieron principio á sus trabajos á las once de la mañana, y á las doce estaba hecha la votación en la forma siguiente:

Don Santiago Vidaurri obtuvo un voto de don Juan N. Navarro.

Comonfort no recibió más que los votos de don Diego Alvarez, don Joaquín Cordero y don José M. Lafragua.

Por don Melchor Ocampo votaron Guillermo Prieto, Ramón Alcaraz y Francisco González.

Y por don Juan Alvarez, don Vicente Romero, don Francisco de P. Cendejas, don Félix Zuloaga, don José de la Bárcena, don Jesús Anaya, don Sabás Iturbide, don Melchor Ocampo, don Benito Juárez, don Mariano O. de Montellano, don José M. del Río, don Juan N. Vera, don Ignacio Cid del Prado, don Joaquín Moreno, don Eleuterio Méndez, don Valentín Gómez Farías y don Manuel Zetina Abad. Total 16 votos, con los que bastaron para que Alvarez fuera proclamado Presidente de la República, prestando luego el juramento de guardar y hacer guardar el plan de Ayutla como la ley suprema de la revolución triunfante.

A renglón seguido Alvarez nombró los siguientes ministros: de Relaciones, Melchor Ocampo; de Justicia, Benito Juárez; de Hacienda, Guillermo Prieto y de Guerra al general Ignacio Comonfort.

He aquí, pues, al indito de Guelatao, después de una vida llena de azares y de incertidumbres, ocupando ya, debido á sus solos méritos, un puesto de los más importan-

tes en la nueva administración pública y señalado como uno de los corifeos del partido liberal.

Entre tanto; el general Comonfort, que se había convertido por sus victorias y por su conducta guerrera en el ídolo del pueblo mexicano, detenido en todas partes por las mil ovaciones que se le tributaban, no pudo llegar á Cuernavaca sino cuando ya estaba allí funcionando, con muchas dificultades por cierto y en reducida esfera de acción, el nuevo gobierno.

Nombrado ministro de la Guerra y general en jefe del ejército por el Presidente Alvarez, se dirigió desde luego á la Capital, en donde fué recibido con verdadero entusiasmo popular. Nada había de fingido, nada había de artificial, nada de afectado: el júbilo fué unánime y espontáneo. Las gentes lloraban de alegría saludando y victoreando al libertador, al héroe, al vencedor de la oprobiosa tiranía que había pesado como plomo derretido sobre la mayoría de los mexicanos.

Entre tanto, el general Alvarez, por miedo tal vez á los políticos de la Capital, se había hecho piedra en Cuernavaca, y sólo en virtud de que se le hizo ver que el clamor de la opinión pública manifestado por medio de la prensa le estaba exigiendo que ya no permaneciera arrinconado con su gobierno, convino en irse aproximando poco á poco, hasta hacer su entrada, también triunfal, el 15 de Noviembre, cuando ya las escarchas comenzaban á explicarse y que podían causar deterioro en su salud.

El ministerio del Presidente interino había llegado trunco á la Capital, pues Comonfort y Ocampo habían caminado en desacuerdo desde que el primero parecía haberse unido al partido liberal moderado, siendo el segundo

uno de los corifeos del partido liberal avanzado, que en aquella época se llamaba *puro*.

Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fué la ley de administración de justicia, que medio abolia los fueros eclesiástico y de guerra, medida que produjo una grita espantosa entre los miembros de la iglesia y los militares, dando un pretexto á los conspiradores, entre los que fueron señalados el padre Miranda, Haro, Uraga y otros, para que idearan planes descabellados como uno en que se proclamaba la vieja Constitución de 1824, dejando al Sumo Pontífice la facultad de que hiciera modificaciones.

De esto también se aprovecharon los que tanto temían á Alvarez, para hacerle entender que se necesitaba de una mano más vigorosa para que se pudiera dominar la situación que se veía preñada de espesos nubarrones. Sea por esto, ó porque realmente el invierno estuviera haciendo mella en la trabajada naturaleza del anciano patriota del Sur, fué á dar al extremo que los moderados buscaban, esto es, á ofrecer el gobierno al general Comonfort. Este por cálculo ó con buena fe, temiendo las intrigas que le había de tejer el partido puro, se rehusó mucho, hasta que el mismo Alvarez fué á su casa á rogarle casi de rodillas que lo aceptara.

Hasta el día 11 de Diciembre se decidió el general Ignacio Comonfort á recibir el poder, como si fuera un mueble de traspaso, sin más formalidades que un simple decreto del gobierno.

El general Alvarez dió una proclama de despedida explicando el desbarajuste que en todos los ramos de la administración había dejado la dictadura, de todo lo qué algo, aunque fuera muy poco, se había ya enmendado, y

calles que no tenían buenos pavimentos como ahora, todo estaba lleno de una concurrencia enorme, principalmente las avenidas de San Francisco y los alrededores de la Alameda. En donde está ahora el que llaman pabellón morisco, se levantó un templete y á los lados las tribunas para la concurrencia distinguida, pues que' aquí inter nos, todos nuestros gobiernos democráticos han tenido tendencias á la aristocracia ó por lo menos á codearse con la cohorte que aquí se llama de elevada alcurnia. Se formó una valla de soldados desde la puerta de palacio hasta el primer escalón del templete, y por el centro de esa valla hizo el camino á pié el señor Presidente acompañado de sus ministros, de su Estado Mayor, del Ayuntamiento y de cuantos tenían participación en el escuálido presupuesto de entonces.

Por supuesto que tanto á la salida de palacio del primer magistrado y su séquito, como á su llegada al templete, con un intervalo de media hora, se dispararon salvas de veintiun cañonazos.

Mientras el Presidente, rodeado de sus generales cubiertos de galones, repartía la mar de cruces y medallas al ejército vencedor en Puebla, los ministros formaban dos grupos á derecha é izquierda, estando en el de la derecha, entre otros, Montes y Payno. Este último acababa de abrazar á un amigo íntimo que venía de Guanajuato.

—Cuéntame lo que hay, le dijo el amigo á quien llamaremos Blas Pérez, acabo de dejar la diligencia, que por cierto se nos volcó anoche, y no he tenido tiempo de enterarme; pero te divisé, me abrí camino con los codos y aquí me tienes.

—Sabrías por los periódicos que el eterno perdonado Haro y Tamariz, logró fugarse cuando lo llevaban á

Veracruz y unido al cura de Zacapoaxtla y á otros miles de descontentos que se le incorporaron, formó un grueso cuerpo de pronunciados por «religión y fueros» que se hizo fuerte en Puebla.

—Eso ya lo sé.

—Comonfort les tomó la plaza á viva fuerza, cogió á todos prisioneros, á nadie fusiló, según su costumbre, y ahora reparte las condecoraciones de la paz á los jefes y oficiales que llevaron á buen término aquella guerra.

—¡Bonito contraste! ¡guerra y paz!

—A quienes sí ha castigado soberanamente don Ignacio ha sido á los padres, mandándoles quitar algunos de sus bienes.

—Usted lo ha dicho, compañero, dijo Montes terciando en la conversación, algunos bienes solamente cuando debía quitárselos todos.

—Poco á poco se anda mucho, contestó Payno con calma, el señor Presidente no quiere dar golpes rudos que provocarían un levantamiento general.

—¿Y con qué levantarían siquiera diez hombres si los dejaran sin recursos? Usted sabe, compañero, tan bien como yo, que el dinero de la iglesia es el que hace todas las revoluciones.

Don Blas Pérez, temiendo que se agriara la conversación, la interrumpió preguntando:

—¿Y qué sigue después de esta ceremonia?

—Sigue un banquete, un gran banquete para quinientas personas, como nunca se ha visto en México. Están puestas ocho ó diez mesas enormes en la glorieta central de la Alameda, vé á verlas si quieres antes de que se vaya para allá la concurrencia. Presenta el local un golpe de vista soberbio.

—No, no voy, no me separo de ti porque quiero que me invites al banquete. ¿Podrás introducirme?

—Ya lo creo. En primer lugar yo he hecho todos los gastos como ministro de Hacienda, y luego, tú eres un hombre de importancia en la política.

Don Blas se sonrió, y en seguida se entretuvo mucho viendo el solemne reparto de las condecoraciones, que acabó hasta cerca de las tres de la tarde. Todos, á esas horas, estaban ya viendo estrellitas de pura necesidad y se precipitaron más que se dirigieron á ocupar sus asientos respectivos en las catorce mesas.

Como siempre la *mesa oficial*, aunque todas las mesas eran oficiales, se ocupó por el Presidente y por la crema de los personajes que figuraban en la política, en el ejército y en la diplomacia.

Las crónicas dijeron que las viandas y el servicio estuvieron espléndidos; pero no hay que creer á los cronistas de las fiestas porque generalmente cuentan muchas mentiras. En todas las grandes comidas los *restauranteros*, esto es, los dueños de las fondas, son los que hacen su negocio sacando sus conservas podridas, y en ellas frecuentemente es en donde pierden el estómago las generaciones enteras de los políticos.

Cuando se llegó al Champagne en la mesa oficial, y en las otras mesas, algo espumoso como sidra, que también dijeron que era champagne, se iniciaron los brindis por los ministros, siguieron los generales y después los diputados, diciéndose muy bonitas cosas; pero el brindis más resonante, y también más lleno de elocuencia y fogosidad, fué el de Guillermo Prieto, que pidió gracia para los vencidos.

—Hombre, dijo Cervantes oficial de alta graduación



á su compañero Calderón que tenía al lado, gracia para Haro y Tamariz que ha defecionado tantas veces!

—¿Y gracia de qué pena? preguntó Calderón, ¿á quién se intenta condenar á muerte?

—Nó, lo que se quiere es que no vayan á los presidios y que se les devuelvan los empleos.

—Dicen que mandarlos á Ulúa ó á Acapulco, es condenarlos á muerte.

—Pues de seguro que Comonfort los indultará á todos, pero así le irá.

—Sí, dentro de dos ó tres meses volverán á pronunciarse.

Los brindis se cerraron con uno de Comonfort.

Los que estaban cerca gritaron:

—¡Viva el primer hombre de Estado de América! . . .  
¡Viva el héroe da la paz! . . . ¡viva el genio de la guerra  
y de la elocuencia! . . . ¡Viva el gran Comonfort!

Y terminó el banquete entre los plácemes de adula-  
dores y adulados.





## CAPITULO XII.

---

### *La Constitución de 1857.*

**E**NTONCES no había más Cámara que la de diputados, seguramente porque el Senado se consideró inútil en este país, como siguen diciendo muchos que lo ha sido desde que se fundó, y las sesiones las celebraba el Congreso Constituyente en un amplio salón que se le destinó en un ángulo del Palacio nacional, salón que se quemó varios años después, quién sabe si por algún mal intencionado, habiéndose perdido á la vez algunos objetos históricos de alto precio. Las estrechas galerías se llenaban de concurrencia todas las tardes, y los que no cabían esperaban en los corredores las noticias respecto de la discusión y votación del proyecto de ley constitucional que habían presentado Arriaga y sus compañeros de comisión.

Los diputados contaban con un buen número de piezas contiguas para sus oficinas, y entre ellas estaba una

no muy grande que llamaban salón de desahogo. A sus visitas las recibían por aquí y por allí . . . . . donde podían.

Del gran palacio del poder legislativo, que tendrá ya todas las comodidades necesarias, se ocupa el Ejecutivo costosamente, en los momentos en que se escriben estas líneas.

Ahora séanos permitido presentar con nuestros lectores á un grupo de constituyentes en la noche del 5 de Agosto, después de la memorable y tormentosa sesión en que se votó el artículo 15 del proyecto de Constitución que trataba de la tolerancia de cultos.

El artículo 15 decía: «No se expedirá en la República ninguna ley, ni orden de autoridad que prohíba ó impida el ejercicio de ningún culto religioso; pero habiendo sido la religión exclusiva del pueblo mexicano la católica, apostólica, romana, el Congreso de la Unión cuidará por medio de leyes justas y prudentes de protegerla en cuanto no se perjudiquen los intereses del pueblo, ni los derechos de la soberanía nacional.»

El artículo, como se ve, no podía ser más de agua tibia, y sin embargo produjo una tempestad de protestas en los miembros del clero; de representaciones de las damas y de temores y vacilaciones por parte del gobierno, todo lo cual hizo muy interesantes las prolongadas sesiones en que tuvo verificativo el debate desde el 29 de Julio, pronunciándose al efecto más de veinte elocuentes discursos.

Ahora oigamos lo que decían los diputados: se oían aún los gritos en las galerías y en los corredores de palacio de la multitud inmensa que había concurrido á conocer el resultado de los debates, y entre ellos las exclama-

ciones de ¡viva la religión! ¡mueran los mochos! (todavía nadie se atrevía á gritar ¡mueran los frailes!) cuando instantáneamente se encontraron reunidos en un extremo del salón los constituyentes Mata, Zarco, Arriaga, Prieto, Gamboa, Villalobos y don Ignacio Ramírez (El Nigromante) oradores que con entusiasmo habían defendido en la tribuna el famoso artículo 15.

Zarco.—Hemos sufrido una gloriosa derrota, señores.

Ramírez.—No veo en qué consiste lo glorioso.

Zarco.—¡Hemos tenido 44 votos contra 63!

Prieto.—¡Friolera! Nos han ganado por 19 votos.

Arriaga *con despecho*.—Muchos de nuestros amigos abandonaron el salón para no votar.

Gamboa.—Esos fueron los votos que nos quitó el gobierno.

Zarco.—Pues yo sostengo que es un triunfo el que hemos obtenido, por más que hayan tenido los del contra 19 votos de mayoría.

Villalobos.—¿En qué sentido?

Zarco.—¡Ya es cuestión de tiempo! El principio está ya conquistado sólo con la discusión. Por eso digo que es un triunfo nuestra derrota.

Arriaga.—Tiene razón el compañero Zarco, señores, la proposición no ha sido desecliada, sino que vuelve á la comisión para que la reforme. Ahora en el seno de la comisión es donde vamos á despacharnos con la cuchara grande.

Gamboa.—Si nos deja el gobierno.

Arriaga.—El gobierno no puede meterse. . . .

Gamboa.—¡Y metiéndose! ¿Acaso los gritones de las

galerías no han sido mandados en su mayor parte por el gabinete moderado de Comonfort?

Prieto.—¿Y quién sabe si por Comonfort mismo!

Mata.—Los clérigos son los que han mandado su claque.

Villalobos.—A mí se me figura que quienes mandaron la claque son los condenados de los infiernos. ¿no oyen ustedes aún la gritería?

Arriaga.—¿Y ahora qué quieren?

Prieto.—No quieren nada: lo que sucede es que había entre la multitud un número mayor de partidarios de la reforma y estos van indignados contra nuestros vencedores. No esperaban que entre los constituyentes hubiera 63 retrógrados.

Mata.—Ni menos han de haber esperado que dos ministros, que dos órganos del gobierno hayan venido á oponerse á la libertad de cultos con su «aun no es tiempo.»

Villalobos.—El *statu quo* de Comonfort.

Zarco.—Tienen mucho miedo al clero y á los fanáticos, eso es todo: saben que allí está el enemigo de todo progreso y quieren destruir su influencia con piquetes de alfiler.

Mata.—Esa es la cuestión capital. Los moderados, saben bien que no tendremos instituciones libres mientras haya un clero rico y poderoso en el país; pero quieren ir poco á poco minando su poder, cuando nada les costaba, ahora que es el momento oportuno, dar de una vez el golpe contundente.

Arriaga.—En fin, señores, estamos ya en la brecha, y ahora no tenemos otro camino, que seguir luchando para establecer una Constitución liberal, aun contra las mismas opiniones del gobierno.

Zarco.—Ya tenemos libertad de imprenta, ya tenemos garantías individuales, nos falta poco para plantear la libertad de conciencia.

Gamboa.—Esto es, la separación de la Iglesia y el Estado.

Arriaga.—Allá vamos . . . allá vamos . . . Ustedes saben ya todo lo que he tenido que luchar en el seno de una comisión tan heterogénea.

Prieto.—Ya lo estamos palpando en los debates.

Mata.—Yo tengo fé, señores: somos pocos los progresistas, pero estamos resueltos. Sólo nos falta algo de disciplina para sostener el combate.

Prieto.—En efecto, hemos peleado hasta ahora con el sistema de guerrillas: es fuerza organizarnos en columna de ataque.

Todos se rieron de la ocurrencia, se estrecharon la mano y se separaron, observando al retirarse que había otros varios grupos de diputados, entre ellos uno formado de los más jóvenes que disputaban con calor sobre la votación, prometiéndose en la vez siguiente dar sus votos con más independencia.

La discusión continuó muy vigorosa en las sesiones siguientes entre los puros y los moderados, soliendo mezclarse en ellas algunos representantes de opiniones muy rezagadas, por fortuna poquitos, que llegaron á pedir, sin ruborizarse, que se pusiera en vigor la Constitución de 1824.

Por fin quedaron aprobados todos los artículos, y para discutir los transitorios y la minuta que había sido encargado de redactar don León Guzmán, se declaró el Congreso en sesión permanente.

¡Cuántos esfuerzos tuvo que hacer el grupo de los

buenos liberales que deseaban terminar la obra para compelel á los negligentes y á los intrigantes á que concurrieran á las sesiones, teniendo muchas veces que mandarlos buscar hasta en los teatros, de donde, en una de ellas, fueron llamados siete representantes!

¿A qué obedecía tal resistencia? ¿Era que el gobierno comenzaba á tener miedo á la Constitución que se había aprobado, ó era que sus amigos pensaban servirlo mostrándose obstruccionistas? No lo dice Zarco el historiador de la Cámara Constituyente, pero sí se nota por las proposiciones apremiantes que se presentaban, que los diputados que asistían con toda exactitud á la sesión permanente ardían en ira contra los morosos que á cada momento hacían que se pronunciaran las palabras fatídicas de *no hay quorum*.

Así fué como la sesión permanente duró cuatro mortales días, hasta que por fin el día 31 de Enero se aprobó la minuta por ochenta y un diputados á las siete y media de la noche, oyéndose entonces por más de un cuarto de hora los repetidos gritos de ¡viva la Constitución! ¡viva el Congreso!

Con ese motivo volveremos á trasmitir otro diálogo de algunos señores diputados reunidos en grupo después de la sesión, ya con sus sombreros y sus abrigos puestos para retirarse á descansar.

Prieto con mucho entusiasmo.—Felicito á ustedes, señores de la comisión, por haber dotado al país de una ley constitucional.

Arriaga.—Todavía nuestra obra está en mantillas, mi querido señor Prieto; de todas maneras, en mi nombre, y en el de mis compañeros, doy á usted las gracias por su felicitación, aunque por mi parte me quedé con el deseo

de haber podido presentar un Código más completo y más protector de las libertades públicas.

Ramírez.—Digan ustedes que es mucho lo que se ha hecho, cuando se han tenido que arrollar tantos obstáculos y que vencer tantas preocupaciones.

Zarco.—Sí, ya vimos los medios poco decorosos y poco parlamentarios que se pusieron en juego á última hora para impedir la terminación de los trabajos.

Prieto.—Que á pujos y más pujos, hemos concluido felizmente.

Guzmán.—Yo he tenido que trabajar hasta en las noches en horas muy avanzadas, haciendo esa condenada minuta que bien me ha hecho sudar el copete. Daré por bien empleados mis desvelos, si va á servir en el futuro político del país para alguna cosa.

Villalobos.—Y sí servirá: el pueblo la ha acogido con entusiasmo.

Guzmán.—El pueblo sí, pero el gobierno no. ¿Qué dicen los ministros y el mismo señor Presidente?

Mata.—El Presidente vendrá á jurar la Constitución, según está mandado. Yo voy á proponer en la sesión próxima del 3 de Febrero, que el día 5 se verifique esa ceremonia.

Gamboa.—Comonfort vendrá, no cabe duda sobre eso; yo tengo mis motivos para poder asegurar que no se negará á venir.

Mata.—Ni puede negarse; pero ¿y si se niega? Tiene un pretexto muy justificado para hacerlo: ¿cómo va á jurar una Constitución que según el último artículo transitorio que hemos aprobado, no estará vigente sino hasta el 16 de Septiembre?



Prieto.—¡Chitón! ¡por Dios! ¡que no lo vayan á oír esas gentes!

Guzmán.—Aunque el motivo sería pueril, es preciso callárselo, y no dar armas, aunque no tengan filo, á los enemigos de la Constitución. El Código va á quedar encerrado en su estuche durante siete meses; pero será preciso que se guarde llevando al pié las firmas y los juramentos de todos.

Villalobos.—Es el caso que hemos nombrado ahora Presidente del Congreso á don Valentín Gómez Farías que apenas tiene ya algunos alientos.

Arriaga.—Gómez Farías es una figura venerable, un resto glorioso del pasado, y nadie más autorizado que él para recibir el juramento del Presidente y para firmar el primero la Constitución. Concluidos esos dos actos, según la condición que puso para venir, don León, que es el vice-presidente, dirigirá los pocos trabajos importantes que restan.

Guzmán.—Ahora, señores, á disfrutar dos días de descanso, que bien los merecemos.

Mata.—¿No tenemos antes de separarnos que ponernos de acuerdo sobre algún otro punto?

Guzmán.—El día 3 hablaremos antes de la sesión.

Se estrecharon las manos afectuosamente, algunos se abrazaron y fueron acompañados en todo el palacio, hasta la puerta, por una multitud que fué aclamándolos con entusiasmo. Allí se separaron y el pueblo atravesó la plaza de armas siempre gritando: ¡vivan los diputados progresistas! ¡viva el Congreso Constituyente! ¡viva la Constitución Federal!

Como estaba convenido, volvieron á reunirse los cons-

tituyentes el día 3 de Febrero. Mata propuso que se llamara al Presidente á jurarla el día 5, nombrándose una comisión que se lo notificara: nadie se fijó en la trampa, y Guzmán, que presidía, nombró á Mata, Rosas, Balcárcel, Aranda, Cendejas, Muñoz, Cerqueda, Ibarra, Hernández, Villagrán, Gamboa y Cortés Esparza. Entonces se nombraban para las comisiones á personas de todos los grupos, y no como Chavero que sólo nombra á sus amigos.

Se dijeron ese día muchos discursos sobre libertad de imprenta, cuya ley orgánica se había puesto al debate, pero quedó sin aprobarse por falta de *quorum*.

Es verdaderamente lamentable que entre nosotros haya faltado tantas veces la formalidad para las sesiones de los Congresos. En nuestros tiempos, hay diputados que sólo concurren el día de la protesta y no se les vuelve á ver la cara, aunque siempre son los primeros en presentarse á cobrar las decenas en la tesorería.

Sigamos adelante.

Abierta la sesión, el diputado don Juan Mata, ante una concurrencia extraordinaria, que materialmente henchía el salón, leyó con voz clara todos los artículos de la Constitución en el orden que ocupaban, según la colocación que les había dado don León Guzmán, comisión unitaria de estilo.

El artículo 15 sobre cultos estaba ahora ocupando un lugar modesto con el número 123 redactado así: «Corresponde exclusivamente á los poderes federales, ejercer, en materias de cultos religiosos y disciplina externa, la intervención que designen las leyes.»

Así simplonote, y medio escondido, parecía no obstante que tenía su rabo, porque siguió motivando muchas protestas y muchos ataques por parte del clero y de la prensa

reaccionaria. Había que temer probablemente que los poderes federales quisieran meter la pata, más tarde ó más temprano, en las cosas de la Iglesia, según ese artículo.

Más de noventa diputados juraron la Constitución. El primero fué don León Guzmán como vice-presidente, y en seguida le tocó el juramento al Presidente don Valentín Gómez Farías, quien se arrodilló ante el altar en que se encontraban los Evangelios.

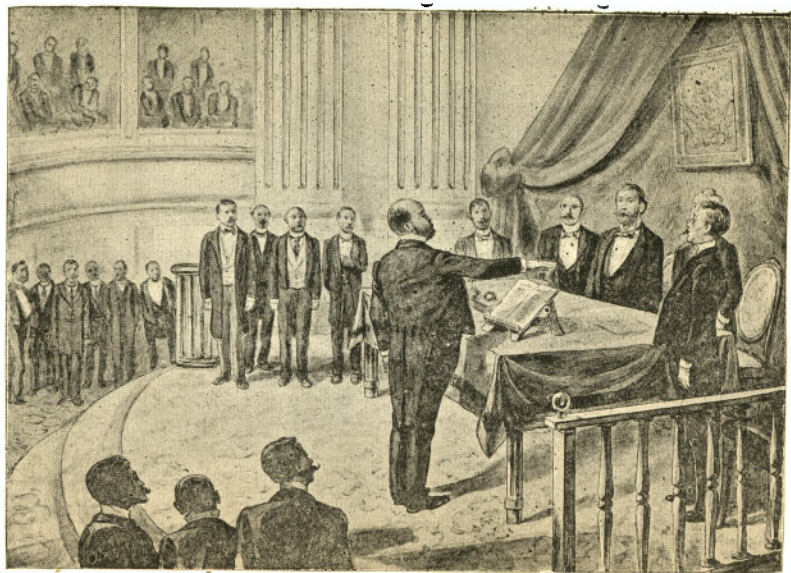
Luego se leyó y aprobó el *Manifiesto* redactado por el diputado Francisco Zarco, que aparece siempre como preámbulo de la Constitución.

Comonfort estaba, entre tanto, esperando: se le avisó que podía entrar, y con clara y firme voz dijo: «Yo, Ignacio Comonfort, Presidente sustituto de la República, juro ante Dios reconocer, guardar y hacer guardar la Constitución política de la República Mexicana que hoy ha expedido el Congreso.»

Resonaron muchos aplausos y se oyó el estampido del cañón: en las puertas de Palacio se solemnizaba con una salva de veintiun cañonazos tan fausto acontecimiento.

Se había levantado un solio y debajo se había puesto una mesa con tapiz encarnado y dos sillones dorados. Comonfort ocupó la izquierda de don León Guzmán que estaba presidiendo la sesión solemne, y pronunció el discurso de estilo en esta clase de solemnidades. El Presidente del Congreso leyó una contestación apropiada, y se levantó la sesión del memorable 5 de Febrero en medio de nutridos aplausos.

Un año completo sin interrupción duraron las sesiones del Congreso Constituyente. El trabajo que salió de



*Jura el Presidente Comonfort la Constitución de 1857.*

allí existe aún, algo mutilado por el tiempo, como un monumento de gloria.

Desde aquel 5 de Febrero, se viene gritando en todas las fiestas patrias por los buenos amigos de la libertad: ¡Viva la Constitución de 57!!!





## CAPITULO XIII.

---

*La política de antaño.*

AUNQUE sea á muy grandes rasgos, pasaremos en revista los sucesos principales que se desarrollaron después de promulgada la Constitución de 1857, hasta las fechas fijadas para que tuviera su completa observancia, sólo como una pequeña digresión para refrescar la memoria de los lectores.

Llovieron luego las circulares y protestas del arzobispo y los obispos, aunque muy divergentes y hasta contrarias en muchos puntos, todas encaminadas á molestar al gobierno, no obstante las marcadas complacencias del Presidente Comonfort.

Luego que los medios pacíficos no dieron resultado ninguno, siguieron las rebeliones, siendo entre otras muy marcada la del jueves santo (9 de Abril de 1857) en que el gobernador don Juan José Baz, en representación del

Presidente, siguiendo la costumbre, anunció que concurriría á los oficios, encontrándose cerradas las puertas de la Catedral, lo cual ocasionó que las mandara abrir á la fuerza y se metiera á la iglesia á caballo, produciéndose el escándalo consiguiente.

Como á esta rebelión se siguieron las prisiones de algunos eclesiásticos, se iniciaron los proyectos de venganza: entre ellos discurrieron como más expedito el asesinato del mismo Comonfort, que no era por cierto anti-clerical sino moderado, al cual le fué denunciado el hecho misteriosamente por el valiente cura de Zaçapoaxtla que, por enemigo encarnizado que fuera de los liberales, no quería ser cómplice de un delito abominable.

La guerra era la guerra. No era posible que los sacerdotes que creían estar jugando el último albur, y que no querían que se observaran ni siquiera los artículos de la Constitución que amparaban las garantías individuales, como lo manifestó el más feroz de todos, el obispo de Morelia señor Mungía, no era posible, decimos, que después de tantos fracasos los miembros de la iglesia se quedaran quietos, teniendo como tenían mucho dinero y muchos partidarios, y entonces se establecieron varios focos de conspiraciones. Uno de ellos se descubrió en Tacubaya por medio de un anónimo, y en seguida por la declaración del capitán Noguerras ante el Presidente, al cual confesó con las lágrimas en los ojos que estaba encargado de asegurarlo al estallar el movimiento, siguiéndose de esto, como era natural, la prisión de los conspiradores.

El día 26, en la casa número 34 del Puente de Alvarado, fué sorprendida otra conspiración en que había cosa de unos veinte jefes y oficiales, entre los cuales se encontraba el ya célebre entonces por haberse apoderado de una

conducta de caudales en San Luis Potosí, don Domingo Herran, todos los que fueron á barrer las calles con el grillete al pié por orden del mismo Comonfort, que acató sumiso el gobernador don Juan José Baz.

Aquel castigo fué horrendo; pero también ya tenían á Comonfort hasta el copete con sus ingraticudes, pues aquellos á quienes más favorecía, eran los que con más empeño conspiraban, y tanto es así, que una vez exclamó como César: *¿Tu quoque, Brutus?* cuando leyendo la lista de otra tanda de conspiradores exclamó:

—¡Cómo!! ¿también Osollos? Si es cierto que ese hombre que tanto me debe ha conspirado contra mí, es fuerza perder mi última ilusión.

Fuera de los golpes de mano intentados en las grandes ciudades, y que generalmente se frustraban, principalmente porque todavía no abandonaba á Comonfort su buena fortuna, casi todos los días había combates entre fuerzas del gobierno y las reaccionarias mandadas por Vicario en los pueblos del Sur, por Mejía en la sierra de Querétaro y por otros que en realidad no eran más que bandidos, en diversos puntos de la República.

En esa azarosa época fué cuando dos redomados bribones, protegidos por el general don Manuel Alvarez, gobernador de Colima, se pronunciaron allí, y lo mataron al apoderarse del palacio, no obstante lo que el desgraciado motín tuvo que morir en su cuna.

El gobierno, en medio de tantas dificultades, seguía marchando sin rumbo y sin programa, unas veces tímido, otras valiente, ya muy reformista, ya muy reaccionario, y siempre viendo con terror que la época constitucional se aproximaba, acudiéndose para impedirlo al ingenioso medio de no ministrar viáticos á los diputados de fuera, con



el fin de retrasar algo más la reunión del Congreso, lo cual fué peor, porque los ministros se separaron considerando acéfala la situación, y todo el mundo empezó á vivir con desconfianza esperando de un momento á otro el gran cuartelazo.

El gran cuartelazo no vino todavía, porque se esperaba que el Congreso accediera á todo y con su acuerdo continuara la dictadura. En esa virtud se llamó á Juárez, que estaba de gobernador en Oaxaca, para que integrara el gabinete y también para que, llegada la vez, jurara la Constitución como Presidente de la Suprema Corte de Justicia, á cuyo cargo estaba anexo el de vice-presidente de la República.

El Congreso se instaló por fin hasta el 8 de Octubre: Comonfort dijo en esa ceremonia un discursillo cualquiera, al que contestó don Manuel Ruiz, presidente del cuerpo legislativo, procurando marcar contraste al hablar con encomio del pacto fundamental de la República, que el primero no nombró siquiera.

El gobierno pidió á poco la suspensión de garantías y facultades extraordinarias, negocio que fué muy debatido y que vino á votarse en la madrugada del día 3 de Noviembre, habiendo durado la sesión toda la tarde y noche del día 2 hasta las 7 del día 3, por cuya razón los diputados le llamaron á aquella jornada «la noche triste.»

Por supuesto que aquellas facultades las tenía Comonfort sin necesidad de pedir las, pero se quería tirar mucho de la cuerda política para hacer que se reventara.

Hecha la computación de votos que habían resultado en las elecciones populares, (todavía entonces no eran completamente dirigidas por el gobierno), y declarados Comonfort y Juárez Presidentes respectivamente de la República y

de la Suprema Corte de Justicia, concurrieron con los magistrados de ésta á jurar la Constitución el día 1° de Diciembre.

Comonfort dijo, no con la voz tan firme como la primera vez: «Juro desempeñar leal y patrióticamente el encargo de Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, conforme á la Constitución, y mirando en todo por el bien y prosperidad de la Unión.»

Y el discursillo de cajón lo contestó el diputado don Isidoro Olvera, diciéndole entre otras cosas: «estas lamentables situaciones. . . se debieron en otras épocas á la conspiración del Ejecutivo contra las instituciones fundamentales.»

Precisamente la víspera había habido una junta en el palacio arzobispal de Tacubaya que habitaba Comonfort, en la que estuvieron presentes el general Zuloaga, el ex-ministro de Hacienda don Manuel Payno y el ex-gobernador del Distrito don Juan José Baz.

Es preciso dar aquí una idea de tan interesante asunto, antes de pasar adelante.

—Conque veamos, señores, prorrumpió Comonfort fingiendo darles un ataque á quemarropa, ¿qué tenemos de revolución? ¿cuáles son los planes de ustedes? ¿con qué elementos se cuenta?

Comonfort conocía á los tres personajes como si los hubiera amamantado: Zuloaga era su compadre y su protegido; Payno había sido su consejero y su ministro de Hacienda y Baz había sido también su íntimo amigo, aunque últimamente habían tenido algunas desavenencias un poco formales, así es que sabía bién del pié que cojeaban.

Los tres se miraron como sorprendidos, porque aunque de tiempo atrás venían conspirando contra la Consti-

tución, no se habían puesto de acuerdo para nulificarla, así es que luego que parecieron recobrar su serenidad, Payno fué el que contestó tartamudeando:

—Ignoro si hay plan alguno; pero en fin, aquí están el general Zuloaga que puede decir cuál es el espíritu de la tropa, y Juan José que con su franqueza reconocida manifestará á usted sus opiniones.

La Constitución había abolido el tratamiento de Excelentísimo Señor y de Su Excelencia, de manera que el Presidente, como ahora, era llamado de usted, y ya sólo le quedaba el Excelencia para los asuntos de la diplomacia.

—Yo soy descamisado, dijo Juan José Baz, lo probé el jueves santo y lo he venido probando siempre en mis actos como gobernador del Distrito. No debe haber frailes; ya pasó su época; el clero no debe tener bienes, ni fueros, ni influencia en la política, y si en mi mano estuviera poderlo anonadar, lo anonadaría, porque es un enemigo odioso y terrible, pero como hombre de Estado opino de manera muy diferente. Las reformas deben plantearse poco á poco, y dado el fanatismo religioso que domina al país, el gobierno debe contemporizar con la Iglesia so pena de hundirse si nó lo hace, y, prontamente.

Tanto Zuloaga como Comonfort se quedaron asombrados contemplando de hito en hito á Baz y diciéndose para sus adentros: ¡Si será una pieza la que éste nos tiende! Ambos, sin embargo, parecieron estar dispuestos á seguir escuchando. Animado el ex-gobernador con tal actitud de sus oyentes, prosiguió:

—En cuanto á la Constitución, aquí y públicamente estoy dispuesto á sostener que es un mamarracho que no hace más que atar las manos al gobierno. ¿Qué camino se



sigue? ¿El de la reforma? ¿Cómo si está llena de trabas y de inconvenientes? ¿El de las transacciones? ¡Imposible! puesto que ya son preceptos constitucionales todos aquellos á que el clero se opone con todas sus fuerzas, con todas sus energías y con todo su poder. A mi juicio, lo que hay que hacer es dar por un lado un puntapié á la Constitución, y por el otro lado un puntapié también al Congreso.

Payno juntó las manos y aplaudió muy quedo, sonriéndose con la mayor satisfacción.

—¡Un golpe de Estado! murmuró Comonfort encogiéndose de hombros.

Zuloaga no dijo nada, pero se acercó un dedo á la boca é inclinando la cabeza se puso á ver con mucha atención la punta de la bota.

El silencio fué interrumpido hasta que volvió Comonfort á sentarse, pues se había levantado para encender un cigarro. Luego preguntó á Baz como un paréntesis:

—¿Sigue usted siendo el centro de los jóvenes exaltados que forman la oficialidad de la guardia nacional?

—Sí, señor Presidente.

—Está bien. Podemos continuar. Hágame usted favor ahora de darme su opinión respecto de las últimas leyes que ustedes los exaltados llaman progresistas.

Parecía irónico eso de llamar progresistas á los que querían celebrar transacciones con el enemigo que defendía el retroceso, pero el Presidente hablaba con toda formalidad.

Baz contestó:

—Tres son las principales leyes: 1ª. la de fueros: no hay ni que hablar de ella: es una concesión al poder ci-

vil, y á su arbitrio está darlos ó quitarlos. 2ª. La de ob-  
venciones parroquiales. Esa ha sido impolítica porque  
equivale á empobrecer los curatos, á echarse cargas el go-  
bierno para mantenerlos sin necesidad y á hacerse enemigos  
en el bajo clero. 3ª. La ley llamada de desamortización.  
Esa ya ha surtido muchos efectos, pero como que es la  
piedra de escándalo de los clericales, y es la que más ha  
hecho encabritarse al clero, pues por todo pasaría con tal  
que le dejaran las fincas, creo que debe celebrarse alguna  
transacción con él ó hacer modificaciones convenientes á  
la disposición legal.

Comonfort y Zuloaga se vieron como queriendo de-  
cirse con los ojos: ¡Y este es el exaltado que entró á ca-  
ballo á la Catedral! ¡Y es éste uno de los hombres que fi-  
guran á la cabeza de la reforma! ¡Y es éste uno de los je-  
fes más caracterizados del partido puro! ¡Qué asombro,  
ah!

Y como para causarles más asombro, Baz agregó:

—En materia de reformas ya se ha llegado hasta el  
límite á que podía llegarse. Ahora hay que transigir con  
el clero á toda costa.

Zuloaga manifestó regocijo y Comonfort pudo ya di-  
rigirse á Payno con algú desembarazo preguntándole:

—¿Qué informes puede usted darnos respecto de re-  
cursos?

—¡Psé! exclamó Payno frunciendo la boca y hacien-  
do un movimiento con las manos que quería decir: ¡ni  
pizca!

—¿Cree usted que no podrán conseguirse?

—Ni un centavo con los particulares y mucho menos  
con el clero. La administración, con motivo de las cir-

cunstances tirantes en que nos encontramos, no goza de ningún crédito.

Comonfort insistió preguntando:

—¿No cree usted que produzca algo la ley de 25 de Junio?

Payno, saliéndose por la tangente, contestó:

—Yo siempre estuve contra la ley de 25 de Junio; pero cuando quise derogarla como ministro de Hacienda, ya fué imposible, porque estaban muy adelantadas las operaciones. En la actualidad, ni modificándola lograremos contentar al clero.

Siguiendo su interrogatorio, prosiguió el Presidente:

—¿Qué opinión tiene usted de la Constitución?

—Que no puede usted gobernar con ella, contestó Payno sin vacilar, porque según su texto tiene más facultades el jefe de cualquiera oficina, que el Jefe del Ejecutivo.

—¿Y usted, compadre, qué opina? dijo Comonfort dirigiéndose á Zuloaga.

Este pareció sobresaltarse y contestó:

—Señor, los soldados están llenos de disgusto porque no reciben los auxilios espirituales ni se les entierra en lugar sagrado cuando se mueren, á causa de esa condenada Constitución que todos detestan. Usted, compadre, puede contar conmigo y con algunos oficiales; pero la tropa es de la religión. Yo opino en todo lo demás como estos señores.

Comonfort se levantó, y asperezándose como si se le hubiera quitado un peso de encima, exclamó:

—Bien, señores, quitémonos completamente la careta: estamos aquí en plena conspiración contra las instituciones, ¿sí ó no?

Todos hicieron una señal afirmativa.

—Ahora vamos á pulsar nuestros elementos, que son bien mezquinos, para dar un golpe de Estado. Necesitamos de Veracruz, de la guardia nacional del Distrito que está en manos de los puros, de Doblado que tiene en Guajuato la llave del interior y que es un hombre muy peligroso, de Parrodi y del mayor número de comandantes militares.

—Yo me comprometo á arreglar lo de Veracruz y lo de la guardia nacional, dijo Juan José Baz.

—Yo me encargo del general Huerta, dijo Zuloaga, y con él tenemos al Estado de Michoacán.

—¿Y usted, señor Payno?

—Yo no tengo influencias con el elemento militar que es el que se necesita para nuestra empresa, contestó el aludido; pero en fin, escribiré á algunos amigos y contribuiré con mi grano de arena.

—Ahora tengo que decir á ustedes una cosa de importancia: voy á ser llamado para jurar la Constitución en el Congreso, ¿qué hago en tal conflicto?

Ya se recordará que esta junta se verificó la víspera del día del juramento.

Comonfort era caballeroso y le repugnaba aquel perjurio.

El asunto era espinoso; pero como cuando se coje un mal camino es difícil volverse atrás, todos le aconsejaron que jurase, por más que apareciera después desleal y pérfido.

—Está bien, juraré dijo con tono de desesperación, supuesto que ustedes dicen que en política todo es permitido. Ahora creo inútil encargarles el mayor sigilo respecto de lo que hemos hablado. Cada uno cumpla con sus comi-

siones sin comunicarse más que con las personas que han de figurar en el movimiento, y la señal la daré yo cuando vea perfectamente que no se puede hacer otra cosa.

—Entonces, ¿no es asunto resuelto? preguntó Payno.

—Todavía no: déjenme jurar tranquilamente. Yo tengo aún fé en la Constitución. Quizás la pierda cuando la jure; pero entre tanto soy constitucionalista y punto en boca.

Los conjurados se separaron muy emocionados.

Comofort, según hemos visto, se presentó á jurar el día siguiente ante la Representación popular.







## CAPITULO XIV.

---

### *Estalla la bomba.*

**D**ESDE el 1°. de Diciembre en que juró Comonfort la Constitución, y que por ese motivo había reinado alguna animación en el Congreso, las sesiones habían continuado sin ningún interés, aunque los diputados por su parte no dejaban de formar corrillos y de trasmitirse noticias y rumores más ó menos alarmantes, ya sobre cambios de política, ya sobre un golpe de Estado. Por más que Comonfort hubiera recomendado el sigilo á los conjurados, como á la vez les había encargado que hablaran; escribieran y prepararan á sus amigos, naturalmente tratándose de un futuro acontecimiento sensacional, se supo lo que se estaba tramando en la Capital por todas partes, como si ya hubieran estado establecidos entonces los hilos telegráficos. Además, aunque muchos no supieran nada, lo presentían, lo notaban en la atmósfera, no dejaban de sentir que soplaban *vientos de fronda*.

Así, pues, el día 14 de Diciembre, antes de que se abriera la sesión, un grupo de diputados sostenía un diálogo muy animado en una extremidad del salón, del que vamos á procurar hacer un extracto.

—¿Qué tienen ustedes de nuevo? preguntó Apolonio Angulo á sus dos paisanos Fermín Riestra y Amado Camarena.

—Circularn muchos rumores alarmantes, contestó el último, hasta el administrador de mi hotel dice que vamos á tener revolución.

—¿Pero una revolución reaccionaria? preguntó Riestra.

—Naturalmente, respondió Angulo, ¿no ayer mismo Comonfort mandó que celebraran una solemne función en el oratorio de su palacio en Tacubaya á la virgen de Guadalupe para glorificar su defección?

—¿Su defección? preguntó Camarena.

—Su defección, una vez que el Presidente es ya acusado por la conciencia pública como uno de los principales conspiradores.

—Eso es muy grave, dijo Riestra.

—Tan grave, continuó diciendo Angulo, que según me acaba de asegurar un coronel amigo mio, no se pasarán ocho días sin que estalle el movimiento.

—Aquí viene nuestro Presidente Olvera, dijo otro de los diputados que estaba en la reunión, y él nos dirá lo que nos toca hacer á nosotros.

—Irnos á nuestras casas, contestó Riestra sonriéndose forzadamente.

Se pasaba de largo Olvera, pero Camarena lo detuvo diciéndole:

—¿Ya sabe usted las noticias?

—Hay tantas, que no encuentra uno qué pensar, contestó Olvera. ¿Ustedes se refieren á la acusación de Payno?

—¿Qué acusación? preguntó Angulo.

—La que va á presentar la diputación michoacana.

—¿Contra Payno?

—Sí, por el delito de conspiración.

—¿Y quién presentará la de Comonfort?

—Pronto lo veremos. Voy á abrir la sesión.

Olvera, sin querer detenerse más, se encaminó á su asiento y abrió la sesión.

A pesar de que el salón estaba concurrido reinaba un silencio sepulcral. Todos los diputados tenían cuando menos el presentimiento de que se iba á tratar de algo muy grave, y estaban muy atentos á las lecturas, y todavía se manifestaron más preocupados cuando rápidamente se pasó de la sesión pública á la sesión secreta.

Después de leída el acta, dijo el Presidente Olvera:

—Tiene la palabra el C. diputado por Michoacán Eligio Sierra.

El diputado Sierra abordó la tribuna, dijo una pequeña introducción y en seguida leyó una carta (una de tantas cartas que se habían enviado en aquellos días) dirigida al general don Eпитacio Huerta y firmada por el general Zuloaga y por el ministro Payno, invitándolo á pronunciarse contra la Constitución. De la misma manera leyó otras cartas dirigidas al mismo Huerta por otros militares y hasta gobernadores, en el mismo sentido.

Los diputados se quedaron atónitos, como heridos por una centella, sin saber qué partido tomar.

No había que hacer más que consignar el asunto á la

sección del gran jurado y pedir al gobierno explicaciones.

Pero cuando salieron de allí muy azorados, iban diciéndose unos á otros:

—Lo que hagamos nosotros no tendrá resultado.

¿Qué podemos hacer contra el gobierno que tiene la fuerza, si el mismo gobierno es el que se pronuncia?

El día 15 se presentó en la Cámara don Benito Juárez, ministro de Gobernación, quien aun no tomaba posesión de la Presidencia de la Suprema Corte de Justicia, y dijo: que plenamente autorizado por el Presidente, manifestaba que aquel protestaba con toda lealtad acatar los acuerdos del Congreso y conservar á todo trance la tranquilidad pública.

Considérese en qué situación se encontrarían los diputados cuando por un lado estaban íntimamente seguros de que Comonfort preparaba una defección, y cuando por otra parte el immaculado Juárez, en quien tenían plena confianza, les aseguraba que Comonfort no cometería defección ninguna?

Pero era que hasta aquellos momentos, ó Juárez también estaba engañado, ó tenía grandes esperanzas de detener á Comonfort al borde del abismo. Los que allí estuvieron, platicaron después que, la voz de Juárez al estar informando al Congreso muy leconicamente, era insegura, trémula, cavernosa, según les había parecido, tal vez por las preocupaciones de que todos estaban dominados.

Y no decían ¡Juárez es un impostor! sino Comonfort es un audaz, un hipócrita ó un canalla.

En la sesión del día 16 se despejó más la incógnita; pero antes tenemos que asistir á la conferencia de Juárez y Comonfort, cuando el primero le fué á dar cuenta de la comisión que le había confiado para el Congreso. Ambos

se trataban con intimidación, se habían acostumbrado á teatarse en el Sur en el largo tiempo en que estuvieron juntos, y Juárez dijo al Presidente con su acostumbrado lacónismo:

—Cumplí con tu encargo.

—¿Cómo te recibió el Congreso?

—No sé: entré allí como sobre espinas y hablé poco.

—Tú nunca hablas mucho. En fin, cuéntame tus impresiones.

—Ningunas: cumplí con lo que me encargaste y se acabó.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Sí.

—Por qué?

—Porque me estás engañando.

—Te he tenido vergüenza, créemelo. Por más que á tí te quiero más que á todos, has sido el último á quien he querido confiar mis proyectos. Me he resuelto á cambiar de política, porque tú mismo que eres tan democrata estás viendo que la marcha del gobierno se hace imposible.

—Yo ya me he sospechado todo, pero no diciéndome tú, ¿para qué había de preguntártelo? Sólo ahora que me has puesto en vergüenza con el Congreso pensaba decirte algo.

—Perdóname, Benito, te ruego que me perdones por eso y por no haberte preguntado nada sobre mis planes.

—Eres libre de tus acciones.

—¿No lo apruebas tú? ¿No me acompañarás en mi nuevo programa?

—No.

—Es necesario que te convenzas de que las gentes que han dado impulso al gobierno, nos han llevado demasiado lejos. Todavía no es tiempo de tirar el guante al clero, ni de plantear reformas que chocan con las preocupaciones. Todo el país es religioso y debemos respetar la religión en sus sacerdotes. Yo no les temo á los enemigos armados, á todos los he vencido y seguiré venciendo. Lo que temo es la revolución moral, lo que no puedo contrariar es la opinión de todos. Hasta los más avanzados en ideas han venido á decirme que debo hacer á un lado la Constitución.

—¡Perjurándote y traicionando á tu partido!

—Yo te juro que lo que quiero es salvarlo.

—¿Y quién puede ya tener fé en tus juramentos?

—No puedes figurarte cuánto siento que no te vengas con nosotros.

—Te deseo buen éxito en tu empresa, dijo Juárez levantándose con toda calma. Yo desde ahora me retiro.

Y Comonfort, sin pensar en detenerlo, se cogió la cabeza con ambas manos, clavó los codos en la mesa y se quedó pensativo.

El día 16 se reunieron los diputados y todos se comunicaban en voz baja sus noticias. Unos decían que pronto iba á estallar el movimiento reaccionario encabezado por el mismo Comonfort. Los partidarios de éste, sus aduladores, sus hechuras, sus amigos, que los tenía muchos que se llamaban así como los tienen siempre los Presidentes, aunque dispuestos á volverles la espalda en su oportunidad, todos esos sostenían que aquel caudillo estaba sólo tanteando la situación, pero que no daría la campanada. Y se apoyaban en este argumento terrible: ¿creen ustedes, decían, que si Comonfort traicionara su

causa habría venido don Benito Juárez ayer á responder de su conducta?

Se abrió la sesión y parecía reinar en ella completa calma, cuando don Juan José Baz, que como hemos visto y como lo dice la Historia, era uno de los que estaban trabajando por un cambio de política, se desbordó como un torrente denunciando la conspiración. «He ido á Veracruz, les dijo, á explorar la opinión y á estudiar los medios para salvar la libertad: no estoy por la ley fundamental como se encuentra; pero no quiero que se quite por la fuerza ni tampoco ceder mi puesto de diputado al clero ni á la reacción, y por eso vengo á decirles que estamos sobre un volcán, que mañana ya no podremos reunirnos porque estarán las calles de México inundadas de pronunciados. . . »

El señor Baz dijo otras muchas cosas, pero se le hizo poco caso: la mayor parte de los diputados dijeron que tenían más fé en las palabras de Juárez, que en las denuncias de Baz, que no era más que un enemigo de Comonfort y que por lo mismo le lanzaba acusaciones sin ningún fundamento. Si es uno de los conspiradores, ¿cómo viene á quemar sus naves denunciando á sus compañeros?

Y no obstante que se habló mucho en sesión secreta sobre el asunto, no se tomó resolución ninguna, habiéndose escuchado casi con indiferencia una nota del ministro Payno en que se decía que si había algún culpable, no sería otro más que él, y que sobre él descargara toda su cólera el gran jurado.

Pero, ¿qué cólera había de descargar el gran jurado si ya sabía muy bien el ministro que el jurado, con todo y

Congreso, iban á rodar por el polvo arrollados por la rebelión?

Ante todos aquellos esquilazos que se estaban dando, en los que se ocupaban los periódicos aunque con parsimonia, porque estaba en suspenso la libertad de imprenta, ya no era posible que los comprometidos, que los conjurados se esperaran más, y el día 27 amaneció pronunciado Zuloaga en Tacubaya, obedeciendo las órdenes de su compadre.

El acta respectiva, ¡y qué acta! sólo ocupaba seis artículos: el 1.º derribando la Constitución; el 2.º nombrando dietador á Comonfort; el 3.º prometiendo otra asamblea constituyente católica; el 4.º poniéndole rémoras á la nueva Constitución; el 5.º estableciendo un consejo de gobierno, y el 6.º poniendo fuera de la ley á las autoridades que no aprobaran tan sabio plan.

Y á propósito de planes, ¡qué diferencia entre éste y el de Ayutla, que con tanto entusiasmo había defendido Comonfort!

Como Zuloaga después de su pronunciamiento de Tacubaya se dirigió á México y ocupó la Ciudadela, que también se pronunció; como el plan fué secundado por Alcérreca el gobernador del Distrito que dió su proclama; como se dispararon veintijun cañonazos, se repicaron las campanas y se izó el pabellón nacional en los edificios públicos, se dió por hecho el cambio de gobierno, apresurándose á renunciar sus puestos cuantos funcionarios y empleados no estaban conformes con tales novedades.

El estupor fué tan profundo y tan general, que de pronto nadie sabía qué hacer, ni para dónde dirigirse, ni qué conducta observar, y aun los mismos del pronuncia-



miento, como asustados de su obra, no dieron señales de vida en muchas horas.

Los diputados no pensaron en reunirse, y mucho menos estando el local en el mismo palacio del gobierno, de donde de seguro hubieran sido lanzados á culatazos.

El mismo Comonfort estaba como atacado de parálisis, hasta que se le presentaron los políticos y militares que lo habían precipitado al abismo diciéndole que todos los cambios de gobierno necesitaban víctimas, y que era necesario escoger algunas.

—Pero si nadie se mueve, si nadie se me opone.

—No le hace, le insinuó Zuloaga, pueden salir de la sorpresa y coger á don Benito Juárez como bandera.

—Juárez es mi amigo.

—En política, de los amigos es de quien más debe desconfiarse. De la misma manera es preciso recoger en los cuarteles á los diputados que se pueda, para que no les den ganas de reunirse en ninguna parte. Es necesario no dar tregua á los puros que tienen que ser nuestros naturales enemigos.

—Está bien, dijo Comonfort con un poco de desgano y con algo más de repugnancia, hagan ustedes las prisiones que quieran.

—Aquí está la lista.

—Bien, bien, dijo Comonfort sin verla.

Y en seguida salieron los encargados de aprehender á don Benito Juárez, Presidente de la Corte; á don Isidoro Olvera, Presidente del Congreso, á dos ó tres militares y á ocho ó diez diputados de los más quisquillosos. A otros muchos debió haberse aprehendido, pero tuvieron buenas narices y se escondieron ó salieron huyendo para refugiarse en los dominios de don Manuel Doblado, que se

había manifestado contrario al golpe de Estado de Comonfort.

Después de las prisiones se pasaron dos días en expectativa, sin que nadie pudiera darse cuenta de la situación, porque el Presidente no hablaba todavía; pero el 20 aceptó el plan de Tacubaya que se publicó por bando, con salvos y repiques, publicándose á la vez un manifiesto que firmaba aquel con todas sus letras, echándole brea á la Constitución.

Se dió parte al arzobispo del cambio político que se había efectuado, y la autoridad eclesiástica, para corresponder á tal galantería, dió un decreto conforme al que quedaban libres de pena los que habiendo jurado la Constitución se adhirieran al salvador plan de Tacubaya. ¡Quién sabe cuántas gentes abrieron los ojos ante esta forma de absolver pecados que habían merecido la excomuni6n y de poner con tanta facilidad el prestigio eclesiástico en la balanza de la política!

Como el *pastel* se había estado condimentando con mucha anticipaci6n, secundaron el pronunciamiento las fuerzas de Veracruz, Puebla, Toluca, Tlaxcala, Cuernavaca y algunas otras guarniciones y gobiernos, y á pesar de eso, Comonfort no las tenía todas consigo cuando veía á su compadre Zuloaga, que era el héroe del momento, rodeado de la gente de la reacci6n que había venido combatiendo su gobierno durante dos años.

—¡Si esta bomba que he hecho estallar acabará por hundirnos á todos! exclamaba á sus solas.





## CAPITULO XV.

— — — — —  
*Surgen los macabeos.*

**M**IENTRAS que Comonfort contemplaba alelado su obra sin dar ningún paso decisivo, y sin que su Consejo de Gobierno, compuesto de hombres de todos los partidos, tampoco dictara ninguna resolución, porque era imposible que pudieran ponerse de acuerdo, los gobernadores liberales de los Estados como Parrodi, Doblado, Huerta y otros, se coaligaron declarando su independencia de acción para oponerse á los planes del centro, y el mismo Estado de Veracruz volvió sobre sus pasos entrando de nuevo al orden constitucional.

Las indecisiones del Presidente que queria conciliar elementos que eran irreconciliables, le hicieron no sólo sospechoso sino despreciable para los partidos extremos, y en uno y otro campo se propusieron eliminarlo, los liberales asumiendo su soberanía y los conservadores tomando de instrumento á Zuloaga, que ya les había perte-

necido, para que éste le pusiera el cascabel al gato.

El día 11 de Enero, después de un repique á vuelo que hubo en las iglesias y de la respectiva salva de veintiun cañonazos en la Ciudadela, se presentó Zuloaga en palacio en el despacho de Comonfort.

—Compadre, le dijo, el chubasco se me vino encima, ya no me fué posible detener á mis gentes que estaban devoradas por la impaciencia, y acabo de pronunciar-me desconociendo á usted como Presidente.

Comonfort estuvo á punto en ese momento de lanzarse sobre Zuloaga á puñetazos, pero era hombre que sabía dominarse, y contestó con calma:

—No podía esperar otra cosa de usted, compadre, una vez que estoy predestinado á que mis mejores amigos me traicionen. Ya usted sabe cómo me han pagado todas las personas á quienes he hecho algunos beneficios.

—Compadre, he venido á eso precisamente, á pedirle á usted perdón y á entregármele para que me castigue si soy delincuente; pero yo no podía hacer otra cosa, y usted hubiera hecho lo mismo en mi lugar. Mis tropas han carecido de lo necesario, usted no ha tenido recursos que darme para mantenerlas y yo me he visto estrechado á recibir algunas cantidades del cabildo eclesiástico. Los jefes que usted mismo ha puesto á mis órdenes, en lo general pertenecen al partido conservador, y en consecuencia, si yo no he accedido á sus deseos, hubieran acabado por fusilarme.

—¿Pero no he mandado decir á usted con Payno que me esperara un poco, un poco solamente?

—He contestado á Payno que eso era imposible. Tuvo la imprudencia de hablarme en presencia de Parra y otros jefes tan reaccionarios como Parra, y he tenido que

manifestar energía. De otro modo yo mismo hubiera cabado mi sepulcro. Todavía más, señor compadre, esos mismos generales que están conmigo y las personas del clero que me han dado recursos, me han exigido que acepte los servicios de Osollos y Miramón, cuyas opiniones usted conoce, y me he comprometido á recibirlos. . mañana ó pasado se me incorporarán.

—Está bien, compadre, yo prefiero las situaciones definidas, y ahora lo que me toca es batir á ustedes inmediatamente.

—Usted hará lo que le parezca, compadre, pero yo creo que lo mejor sería que usted, ó mejor dicho los dos, nos elimináramos por algún tiempo de la política.

—¿Y usted quiere que después de haber traicionado la primera vez á mi partido le traicionara la segunda, poniendo la situación en manos de los reaccionarios? ¡Eso no lo haré nunca!

—El partido puro lo repele, compadre, y el moderado no sirve para nada.

—Todavía tengo suficientes elementos para triunfar y triunfaré: en el campo del combate franco á nadie le temo.

• —¿Puedo salir entonces de este palacio?

—Espere usted órdenes.

Zuloaga salió del despacho y se estuvo en las antecámaras sin atreverse á salir á la calle temeroso de que se le marcara el alto. Y sin embargo, bien pudo haberse ido, una vez rotas las hostilidades, porque Comonfort, en lo que menos había pensado por más que estuviera en su derecho, era en decretar su prisión. Zuloaga era lo que más deseaba, ya para aparecer como víctima ante los su-

yos, ya para evitarse compromisos ó para acallar remordimientos.

Cuando más tarde, después de unas cinco ó seis horas, alguna persona fué á interesarse por la libertad de Zuloaga, el Presidente le contestó:

—No lo tengo preso, no pago con una perfidia otra perfidia. El señor Zuloaga puede marcharse cuando guste, y aun había olvidado que estuviera en Palacio.

En el entretanto Comonfort había estado alistando las tropas de que disponía para atacar á los pronunciados en sus cuarteles, las cuales estaban ya preparándose con fortificaciones para la resistencia, sabiendo con quién tenían que habérselas.

Uno de los acuerdos principales de aquel que estaba ya dando las *boqueadas* como Presidente de la República, fué mandar poner en libertad á los presos políticos, entre los que se hallaba el Presidente de la Suprema Corte de Justicia don Benito Juárez.

¿Qué le importaba ya que se aumentara combustible á la hoguera en las circunstancias en que estaba, y cuando el fuego ardía de un extremo á otro de la República?

Entonces fué cuando comprendió que había sido lanzado al abismo por sus pérfidos consejeros; pero ya no tenía otro remedio que morir, y quiso buscar la muerte en los combates que iba á provocar él mismo con su denuesto acostumbrado.

Las hostilidades se abrieron inmediatamente desde los puntos que conforme á su estrategia ocuparan los combatientes, por medio de tiroteos nutridos que no daban mayor resultado; pero las gentes de buena intención intervinieron para que se entrara en tratados, y se celebró un armisticio.

Sucedió, sin embargo, algo que vino á hacer imposible todo arreglo. El día 13 hubo dianas y músicas en la Ciudadela.

—¿Qué significa ese regocijo? preguntó un vecino á otro que venía de aquella dirección.

—Acaban de llegar los macabeos.

—¿Qué macabeos son esos?

—Los coroneles Osollos y Miramón que tanta guerra han dado al gobierno.

—¿Pues no estaban presos?

—Hace tiempo de esto: estaban presos efectivamente, pero se fugaron, ó mejor dicho, Comionfort les abrió las puertas de la prisión, según las voces que corrieron entonces.

Un vecino, pues, bautizó á aquellos jefes reaccionarios con el sobrenombre de macabeos, que tan buena acogida tuvo por aquel entonces.

Y como tales macabeos eran enemigos jurados é irreconciliables del partido liberal, desde luego se supo que ellos no habían de aceptar los términos medios y que ya teniendo mando de armas habían de atirantar las cuerdas de la situación hasta hacerlas romperse, para entrar ellos de refresco, que era puntualmente lo que ambicionaban.

Los beligerantes estuvieron en sabrosas pláticas desde el día 11, fecha del pronunciamiento, hasta el día 18 en que las gentes humanitarias propusieron que se salieran los dos bandos á librar su combate definitivo á siete leguas de la ciudad. El caudillo de Ayutla aceptó desde luego; pero no así los pronunciados que precisamente acudieron al armisticio para tomar las mejores posiciones, fortificarlas y ponerse al abrigo de toda sorpresa, pues que mientras en la Capital tenían sobrados elementos de boca y guerra, ya

á media legua que estuvieran fuera, perderian todas esas ventajas.

Comonfort, que era candoroso y á la vez caballeroso, ni se aprovechó del armisticio para mejorar sus elementos militares ni creyó que los contrarios abusarian, de modo que no pudo menos de sorprenderse cuando sus exploradores le fueron á decir que ya los únicos tres puntos que ocupaban sus fuerzas estaban sitiados por tropas bien municionadas, de modo que las primeras tenían que ser envueltas y sometidas una vez que no podían ser auxiliadas.

—¡Canallas! ¡siempre canallas! exclamó el agonizante Presidente, ¿no estaban comprometidos á no moverse de sus primeras posiciones conforme al artículo 1° del armisticio?

Pero Comonfort era también valiente, era más que valiente, temerario, y seguramente hubiera logrado someter á los rebeldes si ha contado con tropas leales; pero el día 18 de Enero, en la noche, cuando ya estaba roto el armisticio, la tercera parte de su gente fué sobornada, pasándose con armas y bagages á las filas enemigas.

El día 19 se pusieron en acción los macabeos.

Los del cabildo eclesiástico llamaron á Zuloaga y le dijeron:

—Estamos contentos de usted, es decir, el Directorio conservador le manda dar las gracias á usted, por nuestro conducto, por haberse sabido sostener durante el armisticio contra todas las proposiciones de arreglo que le hizo Comonfort; pero el mismo Directorio desea, esto es, le suplica á usted, y en caso necesario le ordena, que se ajuste al plan de operaciones militares que ha de proponerle Miramón.

—Pero es el caso que Miramón es mi subalterno . . .



—No importa, dijo el gobernador de la Mitra, el Directorio tiene plena confianza en el coronel Miramón y pone por condición, para seguir ministrando recursos y prestando su prestigio á la revolución, que el jefe indicado sea el que rompa las hostilidades.

—Señor Provisor, las hostilidades están rotas desde anoche.

—Bueno, bueno; pero los ataques sucesivos ha de dirigirlos el señor Miramón.

—¿Quiere decir que debo entregarle el mando?

—El mando militar se entiende, quedándose usted con el civil; porque probablemente el Directorio dispondrá que sea usted el primer jefe del Estado.

—¿El Presidente de la República?

—El Presidente de la República, si es que se dispone que prevalezca ese dictado en el nuevo orden de cosas. Tal vez se llamará Dictador, Procónsul ó Alteza; pero como quiera que se llame la primera autoridad, usted será el que se coloque á la cabeza del gobierno.

Zuloaga ya no opuso objeciones, y se salió de allí resplandeciente de alegría.

Eran las ocho de la mañana: á las once ya estaban Miramón y Osollos con sus columnas atacando la Acordada y el Hospicio, en donde tuvieron que vencer una resistencia de las más obstinadas.

Si las pequeñas guarniciones de esos puntos hubieran sido auxiliadas aunque fuera con cien hombres bien municionados, de seguro que hubieran podido rechazar el terrible ataque que se les dirigió; pero ó no hubo tropas de reserva, ó no tuvieron camino por donde llegar, una vez que fueron tomadas todas las avenidas por los Macabeos durante el armisticio, ó Comonfort estaba aturdido,

el caso es que nada pudo hacer en favor de los pocos ilusos que todavía estaban sosteniendo aquella sombra de gobierno.

De la misma manera le tomaron al día siguiente el punto de San Francisco, que era un fuerte formidable, pero que estaba casi sin defensores, pues que principalmente en la obscuridad de la noche se verificaban las deserciones en masa, dejando tan aclaradas las filas, que á veces sólo se quedaban los cuadros de oficiales.

Los Macabeos eran jóvenes, eran ambiciosos, eran resueltos, y siguieron avanzando con decisión. Su plan de operaciones habia quedado reducido á dos puntos: 1°. Atraerse á los desmoralizados reclutas de Comonfort, ofreciéndoles darles bien de comer y beber y sus cincuenta centavos en efectivo. 2°. No dar un punto de reposo al enemigo, para evitar que se organizara y para no dar tiempo á que le llegaran recursos de fuera.

El día 20 Comonfort llamó al general Rangel, á las doce de la noche, para que lo acompañara á hacer la ronda de sus puntós fortificados. Todos estaban desierto.

—¡Es una defección, general! exclamó Comonfort.

—Sí, señor Presidente, no le quedan á usted más hombres leales que Díaz y Blanco.

—Pero apenas es creíble: antes de ayer he pasado revista á cinco mil hombres.

—Y hoy creo que no tiene usted cuatrocientos.

—Concluyeron sin combatir, ¡se han evaporado!

—Es la derrota moral la que ha hecho á muchos retirarse á sus casas.

—Tiene usted razón. Vamos á defender el palacio como el último baluarte de mi gobierno.

—Ni yo ni los que estamos á su lado lo permitiremos, señor Presidente. Usted debe partir.

—Yo salir huyendo como un foragido. . ¡nunca!

—Usted podrá salir con todos los honores á virtud de un convenio que yo conseguiré arreglar.

A las siete de la mañana del día 21 se arregló aquel convenio con el general Parra, en el momento en que ya venían los Macabeos avanzando con sus columnas. Parra convino en que el que había sido Presidente saliera con la escolta que gustara, y el general Comonfort, el que había sido el ídolo del pueblo, el que pudo con su gran prestigio vencer los obstáculos que se presentaron á su paso, el que debió consolidar la paz y hacer la felicidad de la República, salió con la cola entre las piernas á las ocho de la mañana, de palacio, seguido de unos veinte militares y de unos cincuenta dragones de escolta, pudiendo ya á esa hora oír los gritos de la multitud que aclamaba á Osollos y Miramón, los que venían al galope seguidos de sus tropas á ocupar el Palacio Nacional.





## CAPITULO XVI.

---

### *Don Benito con su bandera..*

CON el ruido de los cañonazos y la victoria, con los grandes festejos profanos y religiosos que siguieron á la salida del Presidente caído, con el clamoreo que levantaron los aduladores de la prensa, del púlpito y de los corrillos, con el estrépito que estuvieron armando durante varios días los que se apoderaron de la situación, ¿quién había de acordarse del humilde Presidente de la Corte Suprema de Justicia don Benito Juárez? ¿Quién había de creer ni poderse imaginar siquiera que aquel indio vestido de negro que no ceñía espada, que no mandaba tropas, que apenas hablaba lo muy necesario cuando se ofrecía, había de hacer cosquillas á los que estaban adueñados de la Capital, de la Capital nada menos ante la que todas las provincias estaban acostumbradas á doblar la cabeza, á inclinarse reverentes como la Señora de la Nación?

El 19 de Enero, á la misma hora en que Osollos y Miramón estaban arrollando con sus bien organizadas columnas el poder de don Ignacio Comonfort, Juárez aparecía en Guanajuato enarbolando la bandera de la Constitución como vice-Presidente de la República y organizando un gobierno con don Melchor Ocampo, don León Guzmán, don Manuel Ruiz y don Guillermo Prieto, hombres notables que pertenecían al partido liberal más avanzado, nombrándolos sus ministros de relaciones, de justicia, de gobernación y de hacienda. Le faltaba un general distinguido para nombrarlo ministro de la guerra; la cartera más importante en ese momento en que se trataba de luchar, estaba acéfala; pero ¿qué importaba á aquellos políticos un hombre de combate, cuando su mejor general era la ley, era la bandera de la legalidad que les iba á servir para llamar á rodearla á todos los verdaderos patriotas?

Los hombres de la Capital se rieron de Juárez y de su ministerio: los periódicos clericales se burlaron de ellos y los llenaron de injurias; pero los que había juiciosos y previsores entre todos ellos, no dejaron de alarmarse, y el mismo Zuloaga que había tratado mucho á Juárez y que lo consideraba hombre de clara inteligencia y de una tenacidad incontrastable, exclamó luego que tuvo en las manos el manifiesto, dándose una fuerte palmada en la frente:

—¡Para qué hemos dejado escapar á ese indio condenado!

Osollos y Miramón que estaban presentes, se soltaron riendo.

—Ustedes no conocen al tal Benito Juárez, siguió diciendo el nuevo Presidente de la República, habla poco, pero es enérgico y valiente: él fué quien dió vida á la re-

volución, quien escribía las proclamas á Alvarez y Comonfort y quien los animaba cuando estaban abatidos.

—Pero ahora son otros tiempos, amigo don Félix, le contestó familiarmente Miramón, quien tenía formada una idea muy mezquina en todos sentidos del Presidente Zuloaga; entonces, prosiguió diciendo, se trataba de derribar á una dictadura tan odiada como la de Santa-Anna, y fácilmente se allegaban elementos. Hoy el pueblo está cansado de despotismos, de demagogías y de guerras, y todos los militares y gobernadores del país abandonarán á Juárez como abandonaron á Comonfort.

Osollos, que no había hablado y que desde hacía rato estaba algo meditabundo, dijo por su parte:

—De cualquiera manera debería alguno de nosotros marchar inmediatamente al interior. Yo siento que se me haya nombrado aquí comandante general interino, porque habría preferido que se me encomendara una campaña que considero de todo punto indispensable.

Miramón se quedó viéndolo de reojo y se apresuró á decir:

—El jefe de esa campaña ya está nombrado.

—¿Quién es?

—El general Miguel Miramón.

Al decir esto se golpeó el pecho con fuerza.

—No es tiempo de tratar de ese asunto por más que yo convenga en que es de los más preferentes, dijo Zuloaga procurando intervenir en la cuestión para que no hubiera ni sombra de disgusto entre aquellos dos jefes que eran ya sus preferidos porque se le habían impuesto; necesitamos acabar de organizar el gobierno. Es verdad que ya tengo gabinete y consejo, pero falta la hacienda que

está despachada por un ministro interino, y necesitamos dinero.

—El dinero lo da la iglesia, repuso Osollos.

—Ya dió bastante y es dura para seguir dando; además, mis ministros dicen que esos recursos debemos dejarlos en reserva.

—Si es muy pronto la salida de un cuerpo de ejército, dijo Miramón, será mejor, pero en cualquier tiempo en que se me den cinco mil hombres bien municionados, yo me comprometo á conquistar todo el interior.

Zuloaga le tendió la mano diciéndole:

—No estará ociosa mucho tiempo su espada, general.

Aquello quería decir que había terminado la conferencia.

Y en efecto, aunque Zuloaga no era más que un firmón, puesto que no tenía ni había tenido nunca iniciativa propia, era el estafermo de todos, y ya había en las antepasadas ministros, consejeros y sacerdotes que querían hablarle, de manera que apenas tenía tiempo de oír á la multitud que lo asediaba.

Habiéndose evaporado todo lo que componía el gobierno de Comonfort con la huida de éste, principalmente desde que se supo que se había expatriado él mismo para el extranjero, abandonando todos sus derechos al poder, quedaban frente á frente dos entidades, dos partidos, dos gobiernos que iban á entrar en lucha desesperada: el uno encabezado por Zuloaga con la bandera de la usurpación, y el otro por don Benito Juárez con la bandera de la legalidad constitucional como vice-Presidente de la República.

Las tendencias y fines de esos partidos se dieron á conocer en los respectivos manifiestos que publicaron, de los cuales es preciso dar aquí aunque sea una idea para la mejor inteligencia de los lectores.

El gobierno que se estableció en México, es decir, Zu-  
loaga y los ministros que nombró, explicaron así su adve-  
nimiento al poder: «El gobierno que no quiere presentarse  
ante la nación sino bajo la forma sencilla del desinterés y  
de la verdad, responderá desde luego que su *derecho* es el  
de la propia conservación, y que su representación será la  
que la República, que tiene la obligación de salvarse, quie-  
ra darle. Podrá ser una administración nacional; ó sólo  
el gobierno de algunos departamentos de la República; pe-  
ro mientras la República no pronuncie su fallo, mientras  
no se declare por alguna de las banderas que han levanta-  
do las facciones, que no son ciertamente órgano de su  
voluntad, el gobierno debe creer y proclamar también que  
el *programa* de las garantías es el único que quieren  
los pueblos, el único que puede servir de cimiento á  
una sabia Constitución y á una acertada organización po-  
lítica.»

Pero todas esas no eran más que palabras, porque  
sin esperar á que la República pronunciara ningún fallo,  
aquel gobierno se apresuró á restablecer los fueros y á de-  
rogar las leyes de obvenciones parroquiales y de desamor-  
tización lo mismo que las prevenciones constitucionales,  
declarándose ánte todas cosas el sostenedor de la Iglesia,  
con cuyos recursos se había entronizado.

El manifiesto de Juárez, digno y severo, tenemos que  
reproducirlo íntegro, porque no hay una sola palabra que  
sobre, ni un solo concepto que no deba ser recogido por  
la historia. Hélo aquí:



•Mexicanos: El gobierno constitucional de la República, cuya marcha fué interrumpida por la defección del que fué depositario del poder supremo, queda restablecido. La carta fundamental del país ha recibido una nueva sanción, tan explícita y elocuente, que sólo podrán desconocerla los que voluntariamente quieran cerrar los ojos á la evidencia de los hechos.

•Los hombres que de buena ó mala fé repugnaban aceptar las reformas sociales que aquel código establece para honor de México y para el bien procomunal, han apurado todos sus esfuerzos á fin de destruirlo. Han promovido motines á mano armada, poniendo en peligro la unidad nacional y la independencia de la República. Han invocado el nombre sagrado de nuestra religión, haciéndola servir de instrumento á sus ambiciones ilegítimas, y queriendo aniquilar de un solo golpe la libertad, que los mexicanos han conquistado á costa de todo género de sacrificios, se han servido hasta de los mismos elementos de poder que la nación depositara para la conservación y defensa de sus derechos en manos del jefe á quien había honrado con su ilimitada confianza. Sin embargo, tan poderosos como han sido esos elementos, han venido á estrellarse ante la voluntad nacional, y sólo han servido para dar á sus promovedores el más cruel de los desengaños, y para establecer la verdad práctica de que de hoy en adelante los destinos de los mexicanos no dependerán ya del arbitrio de un hombre solo, ni de la voluntad caprichosa de las facciones, cualesquiera que sean los antecedentes de los que la formen.

•La voluntad general expresada en la Constitución y en las leyes que la nación se ha dado por medio de sus legítimos representantes, es la única regla á que deben su-

jetarse los mexicanos para labrar su felicidad á la sombra benéfica de la paz. Consecuente con este principio, que ha sido la norma de mis operaciones, y obedeciendo al llamamiento de la nación, he reasumido el mando supremo luego que he tenido libertad para verificarlo. Llamado á este difícil puesto por un precepto constitucional, y no por el favor de las facciones, procuraré en el corto período de mi administración, que el gobierno sea el protector imparcial de las garantías individuales, el defensor de los derechos de la nación y de las libertades públicas. Entretanto se reúne el Congreso de la Unión para continuar sus importantes tareas, dictaré las medidas que las circunstancias demanden para expeditar la marcha de la administración en sus distintos ramos, y para restablecer la paz. Llamaré al orden á los que con las armas en la mano ó de cualquiera manera niegan la obediencia á la ley y á la autoridad, y si por una desgracia lamentable se obstinaren en seguir la senda extraviada que han emprendido, cuidaré de reprimirlos con toda la energía que corresponde, haciendo respetar las prerrogativas de la autoridad suprema de la República.

«Mexicanos: sabéis ya cuál es la conducta que me propongo seguir; prestadme vuestra cooperación: la causa que sostenemos es justa: confiemos en que la Providencia Divina la seguirá protegiendo como hasta aquí.

«Guanajuato, Enero 19 de 1858.—*Benito Juárez.*»

Juárez, después de haber asumido la responsabilidad del gobierno constitucional en Guanajuato, y de darse á reconocer por los Estados que formaban la coalición, nombró general en jefe del ejército al general Parrodi, le orde-

nó que saliera violentamente con las tropas disponibles y que se adelantara á ellas para que se acordara en Guanajuato el plan de campaña.

Doblado estuvo presente á esta conferencia.

—¿Con qué número de tropas cuenta la coalición? preguntó don Benito á su general en jefe.

—Con unos diez mil hombres más ó menos, pues hay que dejar algunas pequeñas guarniciones en las ciudades. Unos siete mil infantes, cerca de dos mil caballos y unas treinta piezas de artillería.

—¿Todos veteranos?

—No; señor, muchos reclutas que se han tomado de leva para poner los cuerpos en alta fuerza.

—Tal vez sería conveniente que no hubiera reclutas . . . . en fin, eso lo dejo á la elección de usted. ¿Tiene usted pensado algún plan de campaña?

—Sí, señor Presidente. Mi idea es alejar al enemigo lo más que sea posible de México, á fin de hacerlo perder su base de operaciones y de dar tiempo á los Estados de Oriente para que se organicen y hagan algún amago sobre la Capital.

—No tengo noticia de que en los Estados de Oriente haya nada organizado.

—Pero se organizará luego que vean la actitud de los Estados del Centro y del Norte.

Doblado intervino diciendo:

—Creo que no debemos abandonar el Estado de Guanajuato, que es importante por sus recursos.

—Como hemos de triunfar, lo recuperaremos inmediatamente, contestó Parrodi.

—¿Y no es peligroso que un ejército retroceda al frente del enemigo? preguntó Juárez.

—No, señor, contestó Parrodi, cuando el ejército está moralizado y cuando sabe que va á combatir en un terreno conocido. Yo estoy seguro de que mis tropas combatirán mejor en Jalisco que en la mesa central.

—Está bien, usted es el que manda en jefe y elegirá el terreno, sin olvidar que Osollos y Miramón son audaces y ambiciosos.

—Los conozco, señor Presidente, son jefecillos que para mí no tienen la menor importancia.

Y como en ese día 12 de Febrero se tuvo noticia de que las tropas reaccionarias venían avanzando á marchas forzadas, don Benito tomó la diligencia con sus ministros, y empuñando su bandera, la Constitución, fué á plantarla el día 15 en Guadalajara.





## CAPITULO XVII.

---

*Derrota de la coalición.*

Los Estados principales que reasumieron su soberanía y formaron la coalición contra el gobierno de Zuloaga, que recibió por la prensa liberal el calificativo de *usurpador*, fueron Guanajuato, Jalisco, Michoacán y San Luis Potosí, reconociendo todos al general Parrodi, gobernador de Jalisco, como jefe de los elementos que se reunieron, en virtud, no sólo de tenerlos mejores, sino de haber sido el primero en invitar á los demás á tomar aquella actitud en defensa del orden legal. Los jefes que acudieron con sus fuerzas respectivas á formar el ejército coaligado, fueron, además del gobernador de Jalisco reconocido como general en jefe, los generales Doblado y Morett que *habían estado bailando en la cuerda*, esto es, que habían estado muy vacilantes en la política del gobierno de Comonfort, y mucho más aún, en los

acontecimientos posteriores, siendo ambos enemigos declarados de la Constitución. El mismo general en jefe que había pertenecido al ejército conservador, no estaba muy firme en sus convicciones, antes bien, sus simpatías estaban con la reacción, y sólo por compromisos con el partido al cual se encontraba prestando sus servicios, creía que su honor militar consistía en sucumbir en el puesto en que la casualidad lo había colocado, faltándole el entusiasmo por una causa que no era la suya y á la cual con poca fé iba á consagrarle su entera lealtad. El único jefe de convicciones arraigadas por el liberalismo, era el general Huerta, que había hecho su carrera defendiendo con su más plena adhesión el plan de Ayutla.

En aquella época, en que mucho debía temerse en cuanto á las ideas políticas que cada cual profesaba, Comonfort cometió la insigne torpeza de dejar que se agruparan en torno de su gobierno, á hombres como Zuloaga, Parra, Morett y otros que toda su vida habían pertenecido á la facción conservadora y que estaban más ó menos ligados con el clericalismo de la República.

Así, pues, desde el momento en que las tropas de la coalición estuvieron reunidas, pudo verse que no había cohesión entre los jefes que las mandaban, ni mucho menos el entusiasmo y la decisión para obtener un triunfo que casi les repugnaba. Y más contribuyó á que no tuvieran un sentimiento homogéneo ni una acción sólida aquellas tropas, la circunstancia poco feliz de no haber hecho marchas resueltas, atrevidas y oportunas, sino que, todo lo contrario, se dejó tiempo sobrado al enemigo para que se reforzara, para que acumulara grandes elementos y para que adquiriera también una superioridad moral incontestable.

Ahora vamos á entrar en algunos detalles de aquel primer encuentro entre los dos partidos armados que se disputaban el poder, al que se dió, sin tenerla mucha en aquel tiempo, una capital importancia, y que tal vez hubiera dado resultados más fatales si llega á triunfar la coalición, compuesta como estaba de elementos agenos á la causa verdaderamente liberal.

Aunque Miramón se habia empeñado mucho en obtener el mando en jefe para hacer la campaña del interior, tanto más cuanto que se le habia dado una brigada de mil docientos hombres para batir al general Lamberg que se encontraba con una fuerza en Toluca, y por más que se dió prisa á cumplir aquella faena, durante su ausencia el gobierno nombró al general Osollos, considerando que tenia más conocimientos militares y más formalidad. Lo que se hizo fué mandarlo después para que se incorporara al primero con sus fuerzas.

De una especie de diario que escribió Alberto López, que servia como oficial en el Estado Mayor de Osollos, y como escribiente en su secretaría, tomamos los siguientes apuntes:

•2 de Febrero. Hemos recibido la orden de alistarnos para marchar mañana. El general está que no cabe en sí de gozo, porque le prefirieron á Miramón para que hiciera la campaña contra Juárez. Según se decía, aquel estaba intrigando mucho para que lo nombraran; pero lo han considerado demasiado joven, demasiado atrabancado, demasiado peligroso, y entonces le dieron una campaña chiquita para Toluca que no le agradó mucho, porque se volvió desobedeciendo las órdenes del gobierno sin perseguir á Lamberg que se replegó á Ixtlahuaca.

3 de Febrero. Acampamos apenas en Lechería, en

donde tenemos que esperar para esta tarde los trenes de artillería.

4 de Febrero. Hemos salido para Cuautitlán, en donde pasaremos revista y se nos incorporarán más tropas. Sólo llevamos hasta ahora tres mil hombres de las tres armas.

5 de Febrero. Cualquiera que sea maligno dirá que el general escogió este día para hacer una fiesta militar en Cuautitlán y para dirigir al ejército una proclama llena de promesas. Dice que vamos á vencer á un enemigo que está desmoralizado y que defiende una causa perdida, la causa de la demagogia y el libertinaje, mientras nosotros sostenemos la religión que nos legaron nuestros padres. Tuviron banquete los oficiales superiores y brindaron por el buen éxito de esta campaña. Cuando hubo un imprudente que brindó porque pronto estuviera entre nosotros el general Miramón á fin de que fuera más segura la victoria, el general hizo un gesto que no fué de satisfacción.

Día 8. A cuatro leguas de San Juan del Río vino á recibirnos el cura y muchos vecinos y autoridades. Nuestra entrada á la población ha sido triunfal. Hubo repiques, cohetes, músicas y discursos. Desde antes de llegar, algunas gentes del pueblo que estaban apostadas para el efecto, quitaron las mulas al carruaje del señor Osollos é hicieron las veces de aquellas, llevándolo al alojamiento que le tenían aquí preparado. El general, después de este arrastramiento, ha comenzado á darse tanta importancia, como si fuera un Napoleón.

Día 9. Llegó el general Miramón con su brigada: fuimos á encontrarlo, pero no se le hizo tanta bulla como á Osollos; los dos se abrazaron y se manifestaron muy contentos, pero sabiendo todos lo que hay detrás de bastidores:



que el general Miramón está algo celoso del general Osollos. Se tratan de hermanos y se manifiestan seguros de la campaña que van á emprender. Tenemos ya más de cuatro mil hombres; pero se esperan más, así como los carros y otras piezas de sitio.

Día 11. Nos hemos puesto en marcha sobre Querétaro, y ya se han empezado á tener las precauciones de un ejército en campaña, yendo por delante los exploradores y las avanzadas. Los generales dicen que entraremos á la ciudad sin disparar un tiro, pues todos los constitucionales van huyendo como cabras asustadas.

Día 12. No hubo novedad en la marcha, y sólo al rendirla recibió el general un extraordinario en que le participa el general Mejía que ha ocupado ayer á Querétaro, y que Arteaga, con las pocas fuerzas que tenía, se ha replegado con rumbo á Celaya.

Día 19. Hemos estado una semana en Querétaro disciplinando, instruyendo y organizando las tropas que ascienden, según los partes de los jefes de Brigada, á siete mil hombres, sin contar las guerrillas y hombres empleados en los transportes. Hoy sorprendí una conversación que tuvieron los dos generales Osollos y Miramón. El primero decía al segundo que ya había podido dormir tranquilo, pues estaba temiendo antes que se le hubiese echado encima Parrodi con todo su ejército, y lo hubiera de seguro destrozado, no contando más que con cuatro mil hombres muy mal municionados y con muy escasa artillería. Hoy dice que ya no le teme, aunque como le informan algunos, el enemigo cuenta con doce mil hombres. Miramón le contestó que por eso se había apresurado á incorporársele, y que ya estando los dos juntos, con cualquier número de tropas que tuvieran, estaban seguros de

triunfar. Convinieron en que era necesario, ya que se les había dado tanto tiempo para acumular sus elementos, en salir á buscar al enemigo, antes de que éste, á su vez, recibiera refuerzos. Dijeron además que Parrodi estaba haciéndose fuerte en Celaya, y que allá sería el combate, á cuyo efecto las Brigadas que mandaban Mejía y Casanova, era conveniente que se dirigieran á Chamacuero, por San Miguel, para dividir la atención del enemigo y en caso ofrecido, cortarle la retirada.

Día 24. Hemos llegado á Apaseo sin novedad, aunque sólo estamos á tres leguas y media del enemigo. Sin embargo que no soy más que un subalterno, me extraña esta temeridad de los generales que no sólo han dividido sus fuerzas, una vez que Mejía y Casanova andan por otro rumbo, sino cuando los trenes de campaña, según noticias, todavía vienen lejos, y pasarán varios días antes de que puedan incorporársenos. Si Parrodi anduviese listo, podría batirnos en detall aprovechando nuestra falta de municiones. Yo sí que no duermo pensando en el grandísimo peligro en que estamos, de ser hechos añicos sólo con una carga de la caballería constitucionalista.

Día 2 de Marzo de 1858. Estamos tan tranquilos, como si sólo nos encontráramos de guarnición en Apaseo y se hallara á cien leguas el enemigo. Sólo ayer se oyeron unos cuantos tiros de las avanzadas cuando andábamos recorriendo el campo, á más de una legua de nuestra última línea. Los generales están muy alegres porque Parrodi no se mueve, y antes bien está fortificándose en Celaya. Nosotros también hemos hecho fortificaciones, pero muy pasajeras.

Marzo 6. ¡Loado sea Dios! Ya recibimos el parque general. No me llegaba la camisa al cuerpo. También los ge-

nerales, aunque aparecían muy contentos, no dejaban de estar con la barba sobre el hombro, como suele decirse, levantándose cada vez que escuchaban cualquier ruido por insignificante que fuera. Hoy están alegrísimos, y consideran salvada la situación. Toda la tarde la han pasado encerrados trabajando sobre un plano, en el cual he visto pintadas muchas cruces rojas.

Día 7 á las ocho de la noche. Ya no es un misterio el plan de combate que vamos á desarrollar mañana. La División del general Casanova, reforzada con la 2ª Brigada, se moverá de San Juan de la Vega á las cinco de la mañana y deberán envolver el flanco izquierdo del enemigo en el río de la Laja. La brigada ligera de Mejía, desde San Miguelito, destacará una nube de tiradores con sostenes para solo el efecto de llamar la atención del enemigo. La brigada Liceaga y las guerrillas, custodiarán el parque general en el camino real y defenderán la batería situada en el arroyo Moja y la 1ª División mandada por el general Miramón se moverá violentamente sobre el flanco derecho del enemigo por las Trojes, debiendo ser todos los ataques simultaneos, para sorprender, envolver y derrotar al enemigo en una hora. Se ha tocado silencio y dado la orden de que todo el mundo se acueste para que estén en pié los cuerpos sin toques de cornetas á las tres de la mañana. Un cohete que saldrá de la tienda del Cuartel General, indicará el momento de emprender el movimiento general. El señor Osollos se queda con dos cuerpos de reserva.

Marzo 8. Estábamos ya todos listos con los caballos ensillados, cuando el general tuvo la noticia de que estaba evacuada la ciudad de Celaya. Luego que amaneció nos pusimos en marcha, y ya sólo encontramos las huellas

que había dejado el enemigo. Muchas trincheras, muchas troneras y muchos muladares, conociéndose que el movimiento de retroceso había sido en el mejor orden, porque no encontramos ni una mochila.

Marzo 9. A las seis de la mañana nos movimos para el Guaje y Cerro Gordo en persecución del enemigo. Supimos aquí, al estar repartiendo el rancho, que aquel se estaba haciendo fuerte en Salamanca. Hace tres días el éxito del combate podía ser dudoso: ahora hasta los soldados están deseosos de echarse sobre un enemigo que nos vuelve la espalda, juzgándolo débil ó desmoralizado. Parrodi será muy hábil general, pero la verdad es que está cometiendo grandes torpezas, lo cual celebra mucho nuestro general en jefe.

Marzo 10. En la madrugada ocupamos la hacienda de Cerro Gordo que está en frente de Salamanca. Desde aquí estamos viendo la polvareda que levantan las grandes masas de la caballería enemiga.

Seguramente Parrodi, según dicen, ha escojido estas llanuras para que se verifique el combate, porque sus numerosos escuadrones son muy superiores á los nuestros, y tiene allí jefes tan expertos y tan valientes como Morett y Calderón.

En mi presencia ordena el general en jefe á los generales Mejía y Miramón que entren en combate en sus líneas, juego que observen el primer empuje de la 2a. División. Está, pues, resuelto que aquí se libre la gran batalla. El enemigo está ya inmóvil ocupando una gran extensión á nuestro frente. Debe contar con unos seis mil hombres cuando menos y nosotros no llegamos á siete mil.

Jesús! ¡qué insigne torpeza! el enemigo como principio de combate, ha lanzado su enorme trozo de caballería sobre la Brigada Blancarte apoyado por artillería. Es cier-

to que nos lanceó muchos hombres y que puso en confusión á la Brigada; pero sucedió lo que tenía que suceder, no teniendo ni un cañón esa caballería, ha sido rechazada por nuestra metralla con grandes pérdidas y entre ellas la muerte del gran militar don José Calderón que mandaba una de las columnas. Unos prisioneros me acaban de decir, que Calderón fué sacrificado por Morett, porque este jefe se retiró del campo cuando aquel le suplicaba que hiciera un empuje más para apoderarse de los cañones. ¡Siempre hay alguien á quien echarle la culpa cuando sucede una desgracia!

Una vez fracasado el ataque vigoroso del enemigo, nuestras columnas reorganizadas han avanzado, haciendo fuego general y sostenidas por nuestras baterías que todas á la vez lanzan sus proyectiles contra las líneas enemigas que presentan un blanco seguro. La caballería, volviendo en tropel derrotada, ha desorganizado las principales líneas enemigas y la 1.<sup>a</sup> División no ha tenido que hacer otra cosa más que avanzar, haciendo fuego para consumir la dispersión. El general en jefe no puede contener su júbilo ni su entusiasmo, después de exclamar:

—Estamos triunfando! son nuestros! á ellos!

Desenvaina la espada, se pone á la cabeza de nosotros, ordena que lo sigan Guías del Ejército y 2.<sup>o</sup> de caballería y se lanza al ataque de los grupos principales que sobre el camino presentan todavía alguna resistencia.

Desde que se disparó el primer cañonazo, hasta este momento que seguimos á los dispersos no han transcurrido tres horas.

Como apenas llevamos unos trescientos hombres y habíamos dejado muy atrás á la infantería, el general hace alto frente á una tropa de más de mil hombres que van

bien formados y con sus armas y artillería, en camino de Guanajuato.

Otra tropa también numerosa, va marchando en buen orden por el camino que conduce á Guadalajara y una más que lleva mucha caballería, toma el rumbo de Michoacán.

El general, á pesar de tan espléndida victoria, nos dice con desaliento:

—Esta guerra no ha terminado aquí: el enemigo ha quedado aún fuerte y se ha fraccionado. La coalición de los Estados ha sido destruida; ahora nos falta vencer á Juárez que va á hacer que se levanten guerrillas por todos lados, nos falta vencer también á todos esos grupos que se reorganizan en las capitales de los Estados. La campaña comienza ahora.

Por la noche el general se puso muy contento: recibió una comunicación de don Manuel Doblado que es el que va mandando 1,500 hombres que se dirigen á Guanajuato.

—Se rinde Doblado, se rinde Doblado, decía á cada momento, y ese es el hombre más hábil de la coalición.





*Idilio.*



## CAPITULO XVIII.

---

### *Jdilio.*

¿Cómo se encontraron Adrián y Refugio en el arroyo? De una manera muy casual, enteramente casual, por más que él hubiera sabido antes que ella se encontraba allí buscando unas yerbas. Es verdad que Adrián saludaba á Refugio como á todas las muchachas del pueblo, que dos ó tres veces había estado en su casa con este motivo ó con el otro, y había sido bien recibido, que la madre de la muchacha, que lo había conocido desde pequeñito, le hablaba con familiaridad y lo mismo María y Andrés los otros dos hijos de la matrona; pero él respetaba mucho á todos, y á Refugio, aunque la miraba y la remiraba principalmente los domingos en la iglesia, nunca se había atrevido á hablarle de lo que poco á poco empezaba á retozarle en el corazón, como una impulsión á quererla, de la cual no podía librarse, ni lo intentaba, sino que dejaba que sus inclinaciones tomaran vuelo sin importarles un comino.



Refugio tenía apenas quince años, pero estaba ya muy desarrollada y muy bien formadita, pareciendo tener más, sobre todo por su discreción, por sus alcances, por su seriedad y por otras mil cosas que probablemente tenían que ser así para hacerla más interesante y más cautivadora. Y no era Refugio tan bonita como graciosa, pues tenía un modo de andar, y de ver, y de reirse, y de hablar, y de enseñar los dientes, y de dar movimientos á su fisonomía para trastornar los sesos al más planchado. Ese planchado entre otros del pueblo, era Adrián que también reflexivo, juicioso y trabajador, había comprendido que aquella era una perla por la cual bien valía la pena de hacer un sacrificio cualquiera, aunque no fuera más que para conquistar una de sus miradillas tan salameras.

Adrián tenía también apenas unos veinte años: había aprendido á leer y á escribir en la escuela, y como temprano perdió á su padre que lo sostenía, tuvo necesidad de dedicarse á algún trabajo y entró de dependiente á la tienda de su tío Ambrosio que era de las mejorcitas del pueblo. El primer año no ganó nada ó ganó muy poco, algunas gratificaciones extraordinarias por su buen comportamiento; pero como en el año siguiente comenzó á hacerse el indispensable porque aumentaba el número de marchantes con su buen carácter, y podía, aunque con trabajos llevar al día el libro de las cuentas, hubo que ponerle un sueldo de quince pesos que á esta sazón había subido ya hasta veinticinco. No era gran cosa, más como sus necesidades se limitaban á ayudar á su madre, que también trabajaba haciendo pan y dulces, podía andar siempre limpio y bien vestido, con sus pantalones de casimir, su chaqueta de paño y su fieltro. Aun tenía unos botines de charol para los días muy extraordinarios. Ge-

neralmente se vestía de charro, aunque sólo montaba á caballo cuando le prestaban uno sus amigos, manifestando arrojo y facultades muy especiales para el arte de la equitación. Era bueno, era extraordinariamente pacífico, servicial y amable: sólo en muy raras veces en que veía una injusticia ó en que observaba que lo trataban con falta de miramientos ó con insolencia, se sulfuraba y se hacía temible, porque era capaz de cualquier cosa. Conociendo esa susceptibilidad suya, que podía llevarlo á una violencia, no tenía cerca jamás una arma de fuego; pero ya había cogido alguna vez la vara de medir ó cualquiera otro instrumento, por ejemplo las tijeras, para lanzarse ciego sobre algunos que habían faltado al respeto á su patrón, pues á él menos que á nadie ni á sí mismo permitía que se le dirigiera la menor palabra descompuesta. Por lo demás, era muy buen muchacho, querido de las gentes del pueblo, y sostenía bien su fama de buen hijo, dependiente honrado y hombre capaz de defenderse de un ultraje, es decir, valiente cuando las circunstancias se lo exigían.

¿Cómo se habían encontrado Adrián y Refugio en el arroyo de tal modo que los dos al verse dejaron retratarse la sorpresa en sus semblantes? preguntamos al principio de este capítulo. Pues quizás ellos mismos nos lo harán saber.

—¡Ah! Refugio, Refugito. . . tú por aquí?

—¡Adrián! ¿quién había de pensarlo? . . . Pues yo vine. . . ya me ves, buscando unas yerbas para curar á mi madre que está un poco enferma. Como es temprano todavía, nó creía que nadie me viera. . . y tú ¿qué andas haciendo?

—Vine también á buscar unas yerbas.

—¡Mentiroso!

—No, voy á decirte la verdad, como es día de fiesta cerramos la tienda después de comer y me vine como muchas veces á sentarme en una piedra que está allí más adelante junto de un árbol para leer esta novela. . . .

—¿Cómo se llama tu novela?

—Pablo y Virginia.

—Debe ser bonita: me la has de prestar.

—Toda es de amor. . . . ¡y tiene unas cosas más lindas!

—Me la has de prestar; me la has de prestar.

—Llévatela de una vez.

—No, ahora no. ¿Qué dirían en mi casa si me fuera presentando con ese libro?

—¿Qué habían de decir?

—Comenzarían por preguntarme quién me lo había dado.

—Y tú por contestarles que me habías encontrado á mí. . . .

—¡En el arroyo!

Esta exclamación, abrió los ojos de Adrián y le dió ánimo para decirle, de una vez como quien dispara un pistoletazo cerrando los ojos:

—Todo lo que encuentres en ese libro, hablando de amor, has de cuenta que yo te lo digo.

—¡Adrián!

—Porque la verdad es que yo te quiero mucho y hace tiempo que quiero decírtelo sin encontrar el modo.

Ella se puso muy colorada, empezó á jugar con la punta de su rebozo y no halló nada qué decir. •

El volvió á repetir:

—Te quiero mucho, te quiero mucho.

Ella recobró en cierto modo su serenidad, y contestó:

—Ya sé que á todos nos tienes cariño. . . .

—Pero el mío para tí no es cariño así, así; es igual ó mayor que el que verás tú que tenía Pablo por su adorada Virginia.

—Pero ¿qué es eso, Adrián? Me estás haciendo una declaración de amor.

Adrián se puso muy colorado y prosiguió con una poca más de animación:

—¿Acaso no has comprendido desde hace tiempo, desde quién sabe cuándo. . . desde el año pasado tal vez en que te ví una noche bailando . . . ya te acuerdas . . . una noche en que estabas muy guapa? . . . Pues desde entonces pienso en tí á todas horas, desde entonces siento muchas cosas extrañas dentro de mí cada vez que te veo. desde entonces estoy loco de amor por tí. . . .

—¿De amor? preguntó ella como soñando.

—Sí, Refugio, de mucho amor. . . de un grandísimo amor . . . no sé cómo decirte . . . pero tú me comprendes . . . tú lo sabes, tú tienes que haberlo adivinado.

Ella dió muchas vueltas á la punta de su rebozo, se lo llevó á los labios, casi lo mordió y luego dijo:

—Me sorprendes mucho con todo eso, Adrian.

—¿Por qué te sorprendes? ¿acaso no es natural?

—Sí es natural, pero yo creía que sólo éramos amigos . . . Ahora que me dices eso, necesito pensarlo.

—¿Qué tienes que pensar? . . . ¿no sientes nada por mí?

—Sí siento mucha amistad . . . mucho cariño . . . te quiero á tí más que á todos los jóvenes del pueblo y te distingo más que á todos . . . tú lo has visto . . . pero tú y yo somos aún muy jóvenes para ocuparnos en esas

cosas. Quizás dentro de unos dos ó tres años ya tendremos más juicio.

—¿No tenemos los dos un corazón?

—Si lo tenemos, Adrián, sí lo tenemos; pero si nos hiciéramos novios sólo sería para pasar el tiempo porque no podríamos casarnos.

—¿Y por qué no habríamos de poder casarnos, Refugio?

—Porque no nos dejarían, ni á tí tu tío, ni á mí mi familia. Lo primero que dirían . . . me da vergüenza decirte lo .

—Dímelo.

—Que no ganas todavía lo suficiente, dijo ella poniéndose como unas granas .

—Eso es verdad, contestó él apretando los dientes; pero lo que yo deseo saber es si tú me comprendes.

—¿Para qué quieres saber eso?

—Para trabajar más empeñosamente . . . ahora sólo gano un sueldo miserable . . . mi tío me ha ofrecido para un poco más tarde darme partido en la tienda . . . quizás dejármela, porque piensa retirarse de los negocios, y aunque siempre será muy poco porque mis ambiciones son las de tratarte como una reina, ya sabiendo que me quieres trabajaré con más gusto y pensaré en el porvenir.

—Hablas con tanta formalidad, Adrián, que no parece sino que los dos somos ya muchachos grandes y, mira tú, yo apenas estoy aprendiendo algunas cosas de la casa y tú . . . ¿no ves? apenas te apunta el bozo.

—Pero tú eres ya juiciosa . . . eres bonita . . . tu porte no es el de una niña que acaba de salir de la escuela . . . y cualquiera que sea la edad que tengamos ya sa-

bemos los dos lo que es el amor . . . ¿ó no es cierto lo que te digo?

—Yo no soy bonita .

—Para mí, ya te lo dije, eres una reina.

—¡Oh! Adrián .

—¿Me quieres?

—Si te quiero, ¿no te he de querer si eres tan buen muchacho? . . . pero ¿qué fuerza es que seamos novios?

—Es mucha fuerza por lo mismo que acabo de decirte, porque quiero dedicarme al trabajo, y principalmente...

—Principalmente, ¿qué?

—Te lo diré: no quiero estar celoso de nadie, no quiero que ningún otro te pretenda una vez que se sepa en todo el pueblo que eres mi novia.

—Si nadie me pretende . . . ó por lo menos yo á nadie le hago caso.

—No te salgas de la cuestión. Ya sabes que te quiero con amor, con muchísimo amor, ¿me comprendes?

—Pero cómo quieres que te lo diga aquí en el arroyo, estando tan solitos . . . cuando me pregunten en dónde me hablaste, en dónde te correspondí, ¿qué podré contestar que no sea mentira?

—Esas cosas no se preguntan, Refugio, y si te lo preguntan no les contestas . . . ¡te detienes por unos escrupulos!

—Es necesario ponerse en todo antes de dar un paso como este.

—Entonces si tú me quieres, Refugio, y eso lo estoy leyendo en tus ojos . . . ¿por qué no pronuncias la palabra de una vez?

—¡Ay! Adrián, si lo conoces, ¿para qué me lo preguntas?

—Luego es cierto que me amas, luego es cierto que no me han engañado mis sueños, ni mi corazón.

—Adrián ¡por Dios!

—Dímelo, Refugio, dime que no soy un jactancioso, que no he sido un visionario imaginándome que habías de corresponderme . . .

—No sé cómo decirte lo que siento . . . .

—Refugio, Refugio mía, no me vuelvas loco, habla, habla.

—Pues bien, si te quiero mucho; consiento en ser tu novia; pero no se lo digas á nadie todavía .

Adrián no pudo contenerse y la cogió una mano que ella no pensó en retirar.

—¿Por qué? le preguntó.

—Porque se me figura que sabiéndose tendremos muchas dificultades para vernos y para hablarnos . . . se me figura que no ha de faltar quien nos haga la guerra .

En esto, oyeron un ruido de pasos por encima de la barranca, ella se asustó, desasíó la mano que le tenía cogida Adrián y quiso huir; pero antes de que lo consiguiera Adrián la atrajo á sí con furia, la dió un beso y la dijo:

—Eres mi vida. . .eres mi amor! eres mi adoración!

—Déjame ir, Adrián, ¡por Dios! ¡por la virgen!

—¿Me amas tú?

—Sí, adios.

Entonces ella fué la que lo besó y salió de allí corriendo como loca.





## CAPITULO XIX.

---

### *Presagios de tormenta.*

Los dos jóvenes que acabamos de presentar al lector, vivían en aquel entonces en un pueblo que se llama Santa Ana, situado á unas catorce leguas al Sur de Guadalajara, cuyos habitantes estaban muy ajenos de los acontecimientos que habían de desarrollarse allí, tanto más cuanto que había muy contados que se ocuparan en la política talés como el barbero, el cura, el director, el médico y un licenciado que se llamaba Demetrio Quiñones, quienes á veces echaban su cuarto á espadas en los asuntos públicos.

A ese pueblo, pues, se dirigieron pasada su entrevista, por diversos caminos, Adrián y Refugio, no sin que los hubiera visto antes cuando estaban juntos, encaramado en un paredón, otro joven del pueblo llamado Pedro Ordoñez, que, por una fatalidad, se interesaba también á la joven y tenía alguna ojeriza al dependiente, una de esas

2



antipatías inmotivadas que nacen y crecen sin saberse ni cómo.

Ahora ya era otra cosa: había visto con sus propios ojos que Refugio había dado un beso á Adrián echando á correr la muchacha muy asustada, de modo que ya no le cabía duda de que eran aquellos unos amores incipientes, pero bien correspondidos.

Después de recibir como un golpe eléctrico y de habersele agolpado la sangre á la cabeza y al corazón con la cólera, el despecho y los celos, se puso á pensar lo que haría.

Era dueño de aquel secreto que había sorprendido casualmente, cuando sólo había ido á buscar á Refugio que alguien le había dicho haberla visto salir del pueblo y encaminarse en aquella dirección, ¿cuál era la conducta que debía adoptar? ¿Disimularía para aprovechar en su favor cualquiera oportunidad que se le presentara, ó lo revelaría todo á la familia de Refugio, ó iría directamente á reclamar á Adrián su primacía de derechos, una vez que desde el baile del año pasado ya se había insinuado y había rogado á su padre que dijera algo sobre el particular al de Refugio?

Este último partido era el que más cuadraba á su carácter de suyo arrojado, pendenciero y lleno de amor propio. Creía que todo era hablarle gordo á su rival, é intimidarlo hasta hacerle pedir perdón; pero también que esto desagradaría á Refugio y á su familia, porque tal vez podría venir el escándalo. Así es que, después de haber estado largo rato en esta lucha de encontrados sentimientos, resolvió esperar á que las circunstancias le presentaran el mejor camino.

Estas no se hicieron esperar. Un día de la semana,

en la noche, sucedió que se encontraron los dos rivales en la casa del Lic. Quiñones, en donde tenía á la vez amistad la familia de Refugio que había ido de visita, á la cual habían husmeado los dos jóvenes.

El plato del día entre los concurrentes era el relativo á los sucesos que se estaban desarrollando en el interior.

Acababa de llegar don Patricio, el hermano del abogado, quien tenía algunas tierras de labor allí cerca, el cual había estado en Guadalajara con objeto de hacer algunas compras, y había sido testigo del alboroto que estaba produciendo en todas las clases la noticia de la derrota de la coalición en Salamanca.

—¿Cómo estuvo eso, hermano? había preguntado Quiñones que era un tanto cuanto liberal y se interesaba algo en favor de los constitucionalistas.

—No hay muchos detalles, ó por lo menos yo no supe adquirirlos. Se dice que si bien el ejército de Parrodi era muy superior al de Osollos y se encontraba ocupando posiciones ventajosas, Doblado no quiso entrar al combate con sus fuerzas y Morett mandó retirar las suyas de caballería que mandaba cuando había desconcertado á las columnas del enemigo con una carga furiosa que dió Calderón, el cual quedó en el campo.

—¿Murió Calderón?

—Fué la principal víctima, ó mejor dicho, la única de consideración, pues en realidad dicen que fué el único jefe que se batió.

—Era valiente y pundonoroso militar.

—Con otros dos jefes más de su temple, al lado de Parrodi, hubiera triunfado éste seguramente.

—¿Y qué se dice en Guadalajara?

—En Guadalajara están los Supremos Poderes.

—Sí, ya lo sabemos, ¿y qué piensan hacer?

—Parece que piensan defender la plaza, porque ya se están levantando fortines y hay una leva espantosa.

—Creo que será una locura.

—Hay en Guadalajara cosa de unos mil hombres, según dicen, y además aseguran que Parrodi viene con todos sus cañones.

—A mi juicio, dijo don Simón, ha sido una locura todo lo que se ha hecho y se sigue haciendo, desde que hay ya un gobierno establecido en México que apoya la religión que nos legaron nuestros padres.

Aquí encontró coyuntura Pedro Ordoñez de congratarse con el padre de Refugio, y se apresuró á apoyarlo diciendo:

—Me adhiero á lo que opina don Simón: los liberales son unos zánganos que no debían estar alterando la paz de la República.

—Yo tengo por costumbre respetar las opiniones de los demás, dijo el abogado, pero también tengo la franqueza de exponer las mías, y son éstas: desde el momento en que el país reconoció al gobierno emanado de la revolución de Ayutla y el pueblo eligió diputados, y el congreso que esos diputados formaron dió una Constitución, esa Constitución es la suprema ley de la República, y los que se levantaron en México contra ella son unos rebeldes y unos sediciosos, siendo por lo mismo una usurpación el gobierno que ellos han constituido. Si la Constitución es mala, podía reformarse por los medios que ella misma señala y no por la fuerza de las armas. En consecuencia, yo creo que don Benito Juárez como vice-presidente de la Re-

pública, conforme el régimen constitucional, representa la legalidad.

—Yo no me meto en legalidades, contestó don Simón: lo único que digo es que me inclino al lado de Zuolaaga porque es el que defiende nuestra religión.

Adrián hacía muy poco caso de la conversación sobre política, y todo se volvía ojos para estar contemplando á Refugio, así es que se sintió como si despertara de un profundo sueño cuando le interpeló Quiñones que quería buscar algún aliado, diciéndole:

—Y usted, qué opina, amigo don Adrián?

—Yo también simpatizo con los liberales, contestó Canales con alguna timidez, y aunque no me meto ni nunca me he metido en esas cosas, si yo pudiera ayudarles en algo, les ayudaría.

Refugio le aplaudió con los ojos; pero todas las demás señoras le dirigieron miradas furiosas y Pedro aprovechó la ocasión para lanzarle una pulla, diciendo:

—Con este chinaquito ya se salvó la Constitución.

Todos se rieron menos Refugio que se puso muy colorada, ni el abogado que salió á su defensa, diciendo:

—Nadie puede decir en el pueblo que Adrián Canales no sea un muchacho muy hombre de bien, buen hijo, juicioso y trabajador, de manera que no se puede afirmar que sea enemigo de la religión como no lo es ningún liberal, y en consecuencia sus opiniones tan desinteresadas, son dignas de respeto.

Adrián le dió las gracias, y contestó á Pedro procurando contenerse, porque estaba en su interior ardiendo en cólera:

—Ignoro los motivos que tenga Ordoñez para preten-

der ponerme en ridículo llamándome *chinaquito*, cuando no soy más que un humilde dependiente en una tienda, y más aún, cuando yo siempre lo he distinguido con mi estimación; pero eso no me hará prescindir de mis ideas. Yo he leído los periódicos, he leído la Constitución, me gusta informarme de todo lo que se publica y de un modo muy natural se me han ido formando mis opiniones liberales, aunque no me mezcle en la política, y prefiero, como cualquiera hombre de razón, la democracia á la tiranía, las instituciones libres al centralismo, las libertades públicas á la opresión.

—¿De modo que el señor don Simón no es hombre de razón? preguntó Pedro con la intención aviesa que debe suponerse.

—El señor don Simón no se mezcla en la política, según afirma, y lo único que hace es defender el dogma religioso que quizás yo también defendería si alguno le atacara en sus bases.

Don Simón inclinó la cabeza aprobando, y Pedro se mordió los labios con ira, dejando á otros la palabra para volverla á tomar cuando se presentara la ocasión de poder herir á su rival.

El abogado volvió á preguntar á su hermano:

—¿No tienes nada más que contarnos de Guadalupe?

—Sí, se decía, pero como un vago rumor, que las fuerzas que manda un coronel Landa estaban queriendo pronunciarse, y que sólo se contenían por respeto á los Supremos Poderes, que no las tenían todas consigo, y que habían mandado armar la guardia nacional.

—¿Y quiénes mandan la guardia nacional?

—Antonio Molina y Miguel Cruz Aedo: un médico y un literato que nunca han sido militares.

• —Según parece, pues, la lucha no ha terminado, dijo don Simón.

—Ahora es cuando empieza, contestó el abogado.

Brillaron de entusiasmo los ojos de Adrián que no pudo contenerse, y dijo por lo bajo:

—Dios proteja á los que tienen la justicia, á los que defienden la justa causa.

—Es decir, al gobierno del general Zuloaga, afirmó Pedro.

—Ya dije que en mi sentir la causa justa es la de la Constitución, respondió Adrián inmediatamente.

—Lo dicho, Canales se nos va á volver un chinaco, se apresuró á decir Pedro para ponerlo en mal con la mayoría de la reunión que visiblemente estaba inclinada al partido de religión y fueros.

—Nadie puede decir de esta agua no beberé, se limitó á contestar Adrián, tomando en ese momento su sombrero para despedirse.

Estaba ya nervioso y temía que Pedro lo precipitara á cometer una imprudencia. Veía claro por otra parte que la causa de la hostilidad de aquel era Refugio, á la cual se inclinaba seguramente y quizás porque había notado que eran para Adrián sus signos de aprobación y para él también sus miradas, se manifestaba disgustado.

Una vez que el joven dependiente hubo salido de la sala, Pedro no dejó de zaherirlo diciendo que era un irreligioso, un descreído, un patarato que leía novelas y que la echaba de enemigo de los sacerdotes, y quién sabe cuántas otras tonterías, cuando en realidad era la primera vez que

Adrián había manifestado sus simpatías por la causa de los defensores de la Constitución.

Tanto el abogado como Refugio defendieron á Adrián con calor; entonces Pedro vió que no había más remedio que hablar claro, y cuando la familia de ésta se retiró él también se fué acompañándola, y como se quedó atrás de las señoras al lado de don Simón, contó á éste sin más ni más la escena del arroyo.

—Eso es muy grave, eso es muy grave, exclamó don Simón que la daba de muy recogido, de muy escrupuloso y hasta de un poco beato; porque verdaderamente, con quien menos dejaría yo que tuviera relaciones mi hija sería con un liberal.

—Yo creo, dijo entonces Pedro, que habría modo de evitarlo todo ahora que esos amorfos son recientes, si ustedes aprobasen que Refugio se casara conmigo.

—También eso es necesario pensarse, porque si bien tu familia tiene algunas comodidades, tú no te encuentras aún establecido.

—Yo trabajo también en el rancho de mi padre y tengo derecho á algunas utilidades. El mismo se ha interesado con usted sobre este asunto, según me ha informado; lo cual quiere decir que aprueba, y aprobando es porque se propone no dejarme en la calle.

—No te digo que sí ni te digo que no. Por ahora lo que me preocupa es eso que me cuentas de la entrevista de Refugio con el muchacho en el arroyo. Tú mismo has de sentirte preocupado, porque una joven honrada que se toma tales libertades . . . ¡tú dirás!

—Estoy seguro de que es la primera ocasión que se han encontrado . . . Además, yo me arreglaré con Adrián una vez que tenga algunos derechos.

—Yo no quiero escandalitos, ¿sabes?

—Ni yo tampoco; si así fuera, ya lo habría dado hoy mismo en la casa de Quiñones.

—Está bien, está bien, ya veremos.

Don Simón se despidió muy serio. Los relámpagos de esta noche no dejaban de presagiar que una recia tempestad estaba para estallar entre todos estos personajes.







## CAPITULO XX.

---

### *Los Supremos Poderes.*

**E**L Lic. Contreras Medellín, que después llegó á general y murió en uno de tantos sangrientos combates de la guerra de tres años, era á la sazón jefe político de Guadalupe y mandaba en el cuartel establecido en la iglesia de San Agustín un piquete de guardia nacional. El día 10 de Marzo de 1858, cuando ya los Supremos Poderes llevaban varias semanas de estar establecidos en la ciudad, teniendo sus habitaciones en uno de los departamentos del palacio de gobierno, aquel personaje solicitó hablar con el C. Presidente de la República. En el acto le fué concedida la audiencia.

—Señor Presidente, dijo respetuosamente á don Benito Juárez, después que ambos ocuparon sus respectivos asientos en el estrado del salón, no es una mera visita la que hago á usted, sino que vengo á revelarles un secreto que puede ser de alta trascendencia.

—¿Cuál es ese secreto? preguntó don Benito con calma.

—Mis agentes me han dado informes de que existe una conspiración en Guadalajara.

—¿Una conspiración contra el gobierno, cuando creo que estamos rodeados de hombres leales? me parece imposible. Todo puede ser, sin embargo. ¿Qué detalles puede usted darme?

—Detalles, muchos. Pruebas, ninguna. Los primeros se refieren á que se ha visto al coronel don Antonio Landa, que manda el 5° batallón, hablando con personas sospechosas, con personas tales como don Pantaleón Morett y el escribano Barbosa que son reconocidos conservadores.

—Puede usted decirme qué número de fuerzas componen la guarnición?

—Sí, señor Presidente. El 5° batallón que manda Landa, y cuyo cuartel está en la Universidad, se compone de trescientas plazas; el piquete de cincuenta hombres del batallón «Prisciliano Sánchez», que manda el mayor Paulino Raigosa está en el cuartel del Cármen; el piquete de guardia nacional compuesto de sesenta hombres, que manda Miguel Cruz Aedo, ocupa el cuartel de San Francisco; dos compañías del batallón «Hidalgo», de guardia nacional, con ciento veinte hombres que mando yo y un escuadrón de cien hombres 1° de Lanceros que manda el coronel don Antonio Alvarez. La artillería en su mayor parte está en este palacio.

—¿De manera que el 5° batallón se encuentra en minoría?

—Sí, señor Presidente, tiene una minoría de quince ó veinte hombres, pero es el que cuenta con mayores ele-

mentos para un golpe de mano y el que da las guardias á los Supremos Poderes, según la disposición del Comandante Militar.

—¿Cree usted que el Comandante Militar general Silverio Núñez no es un hombre leal?

—Lo juzgo de convicciones liberales y pundoroso además, en tanto que Landa tiene á su padre político de general en la reacción y él á su vez ha sido antes reaccionario.

—Me ha informado el mismo general Núñez que cuando se fué de aquí el general Parrodi, llamó á Landa y le preguntó si estaba resuelto á seguir al lado de los liberales, concediéndole toda clase de franquicias para el caso de que prefiriera ir á servir en las filas enemigas.

—Es cierto, y Landa le juró que sería fiel; pero ahora es un hecho que está conspirando.

En ese momento se presentó el gobernador del Estado, Lic. don Jesús Camarena, que no necesitaba anunciarse. Contreras Medellín se levantó para ceder el puesto á aquel alto funcionario.

—No se vaya usted, le dijo, pues lo que voy á comunicar al señor Presidente quiero que usted lo oiga.

En seguida, sin querer sentarse, dijo al señor Juárez:

—Señor Presidente, por diversos conductos se me comunica que el coronel Landa está disponiéndose para pronunciarse.

Y refirió las noticias que se le habían comunicado sobre tal sospecha. Juárez oyó todo con serenidad, llamó á su ayudante, le comunicó una orden en secreto y volvió á donde estaba el gobernador y el jefe político, diciéndoles:

—He mandado llamar al general Núñez que se encuentra con el señor Ocampo: tengan ustedes la bondad de esperarlo un momento.

Contreras Medellín y Camarena se miraron extrañando aquello.

Antes de cinco minutos llegó el arrogante general don Silverio Núñez. Juárez le puso en pocas palabras al corriente de lo que se trataba.

—¡Imposible! exclamó Núñez con exaltación, yo respondo de la fidelidad de Landa, y respondo más aún de los soldados del 5° que son míos, más que de nadie.

Camarena y Contreras Medellín manifestaron que mucho desearían haber sido engañados por falsos informes, pero desgraciadamente todo concurría á creerlos exactos.

—Pues bien, señores, concluyó diciendo Núñez con la caballerosidad que lo distinguía, yo les ofrezco vigilar á Landa sin darme por entendido por supuesto de lo que á ustedes han contado, yo les ofrezco presentarme más á menudo á los soldados del 5°, en quienes tengo absoluta confianza, y desde esta noche dormiré en los corredores altos de palacio un retén de cincuenta hombres escogidos, que será como si yo mismo estuviera velando por la seguridad de los Supremos Poderes.

El gobernador y el jefe político se retiraron, como suele decirse, con el rabo entre las piernas, sin dejar de repetir para ellos solos la célebre frase de Galileo *e pur si muove*, y sin embargo, hay conspiración.

El 12 de Marzo llegaron á Guadalajara dos correos anunciando la derrota de la coalición en Salamanca, aunque paliada con las pocas pérdidas del ejército liberal que

había podido retirarse del campo de batalla, fraccionado, salvando una buena parte de su artillería.

Tal noticia produjo una sensación inmensa en los habitantes de la ciudad que no la esperaban y casi no la creían, confiados tanto como estaban en la pericia militar del general Parrodi.

Por la noche Camareña y Contreras tornaron á ver á Juárez, diciéndole que ya era público que Landa trataba de pronunciarse, sin que hubiera persona de la ciudad que no estuviera al corriente de su acuerdo con el clero y los conservadores que le estaban sumi istrando cantidades de dinero.

—Señor, terminó diciéndole Contreras Medellín, uno de mis agentes ha visto entrar á la casa de Landa á un fraile que llevaba dos cargadores con talegas de pesos.

—¿Y qué podemos hacer, contestó don Benito, estando de por medio el general don Silverio Núñez que responde de Landa?

—Poner al mismo Núñez, por ejemplo, al frente del batallón.

Tornó don Benito á llamar á Núñez, tornó éste á dar seguridades respecto de Landa y tornó á mandar un retén de cincuenta hombres de guardia nacional á los altos de palacio, que esta vez lo mandó un oficial de toda confianza, el capitán Casimiro Verdía.

El día 13, por la mañana, Núñez se manifestó más activo que de costumbre: visitó los cuarteles, visitó las guardias de palacio, y no encontrando nada de anormal, retiró el retén que mandaba Verdía.

Dicho retén frustró de pronto el golpe que se había dispuesto para la media noche; pero en aquella misma mañana, después de la visita de Núñez al cuartel del 5º,

Landa formó á los soldados, les leyó el acta de pronunciamiento y dió sus órdenes para que al ser relevada la guardia de palacio, se asegurara á los que no lo secundaran de los que la formaban y se aprehendieran al Presidente y sus Ministros, como se ejecutó sin la menor dificultad.

Contreras Medellín que estaba seguro de que no se pasaría el día sin que Landa y los conspiradores realizaran sus designios, se había situado en la puerta de la Jefatura política al lado de la entrada principal de Palacio, y pudo ver por sí mismo los movimientos que hacían los pronunciados, sin poder impedirlos. Lanzó un juramento; se mesó los cabellos ardiendo en cólera, recogió algunos papeles apresuradamente y ordenó á los que lo rodeaban que lo siguieran, dirigiéndose al cuartel de San Agustín á ponerse en actitud de combate. A la vez mandó avisar á Núñez, á Cruz Aedo y al gobernador Camarena, que ya Landa estaba pronunciado, convirtiéndose en realidad lo que se había dicho como infundadas predicciones.

El general Núñez, todavía sin creer en aquella noticia, tan ciego así estaba respecto de la perfidia de Landa, corrió solo al cuartel y encarándose con aquel jefe, á quien encontró en la puerta, le preguntó:

—¿Pues qué es lo que pasa?

—Mi general; le contestó Landa, estoy pronunciado.

—Pero si esto no puede ser, yo me he comprometido por usted con el Presidente!

—Mi general, tenga la bondad de retirarse, porque si no.

Núñez no dejó acabar á Landa, sino que fuera de sí exclamó:

—¡Soldados del 5° batallón! tercién . . . armas.

Landa hizo una señal convenida al oficial de la guardia que con unos soldados se dirigió á Núñez, sin poder evitar que uno de ellos tendiera el fusil y le disparara un tiro á quema-ropa que hizo que el general cayera al suelo, no herido sino sofocado, pues que la bala sólo había aplastado su reloj, incrustándose entre sus magníficas tapas.

Cuando volvió en sí el valiente general, ya había sido conducido al palacio, preso por los mismos soldados del 5° batallón que tanto garantizaba.

Entre tanto el capitán Filomeno Bravo, que antes había sido procesado por el asesinato del general Alvarez, en Colima, en otro pronunciamiento, y á quien Landa acababa de darle mando en el 5° batallón, fué el comisionado para tomar el mando de las guardias entrante y saliente en palacio, y para aprehender á don Benito Juárez y á sus ministros, como lo verificó sin que nadie le hiciera resistencia, pues no parecía sino que una fatal predestinación hacía que todos, sin pensarlo y tal vez sin quererlo, estuvieran haciendo el papel de corderos.

Don Guillermo Prieto, preocupado como los otros ministros con los rumores que les habían estado llegando, bajó esa mañana á la puerta de Palacio para semblantear á la guardia y asistió á su relevo, lo mismo que al pronunciamiento sin que nadie notara su presencia.

—¡Ciertos son los toros! murmuró con el carácter jovial que tenía, y en vez de escaparse, como muy bien pudo haberlo hecho, fué voluntariamente á constituirse en prisionero para correr la suerte de sus compañeros.

Como una de las primeras medidas que dictan los que se pronuncian, es ocupar las alturas y formar trincheras, no descuidaron esta precaución los del 5° en el Instituto y en Palacio, mandando á mayor abundamiento un

retén á la Catedral. Los de la guardia nacional de San Agustín que ya estaban en la torre, al advertir esto, hicieron fuego nutrido sobre los rebeldes, que no dejaron de amedrentarse pues habían jurado que los nacionales al ver su actitud doblarían las manos.

Entonces Landa, con una actividad y un miedo vertiginosos, mandó sacar á quinientos presos de la cárcel para improvisarlos soldados, armándolos con los fusiles viejos encontrados en los depósitos, y estos criminales fueron en lo sucesivo los árbitros de los Supremos Poderes.

Landa se encaminó al salón del Senado, en donde estaban reunidos todos los presos en número de doce personas: Juárez, los ministros, Núñez y algunos empleados federales.

—Exmo. señor Presidente, dijo dirigiéndose á Juárez, vengo con dos motivos: el uno decir á usted que me dispense por el paso que he dado, en virtud de no tener otro camino conforme á mis compromisos contraídos anteriormente. El otro, suplicar á su Excelencia se sirva ordenar á los de la guardia nacional que se rindan, tanto para evitar la efusión de sangre entre los soldados, como para que no peligren las vidas de las personas aquí reunidas.

—Obre usted de la manera que guste, contestó Juárez, yo no tengo que dar orden ninguna.

—Pues es la condición que mis amigos exigen de pronto para que ustedes puedan vivir.

—Obre usted de la manera que guste, repitió Juárez.

Como Landa siguiera insistiendo sin resultado, uno de los criminales, que estaba allí de centinela, levantó el gatillo del fusil diciendo:



—Lo mejor es matar á ese tal por cual, para que se acaben las historias.

Núñez se interpuso exclamandó:

—¡Centinela, ese ciudadano es el primer magistrado de la República!

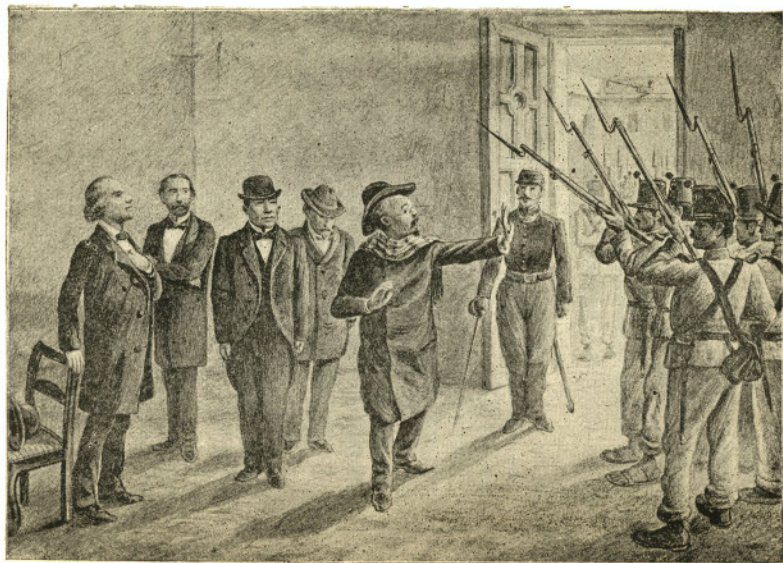
Inmediatamente ordenó Landa que Núñez fuera llevado á otra habitación muy separada, con centinelas de vista. Al que injurió á Juárez, lo mandó relevár entregándole él mismo cinco pesos de premio.

Otro centinela colocado en la linternilla que había arriba del salón, desde la que pudo observar lo que pasaba, y él que había sido un reo de muerte hacia pocos dias indultado de la pena capital por el Presidente, luego que se fué Landa empezó á dirigir soeces insultos á los prisioneros y principalmente al señor Juárez, al cual frecuentemente apuntaba con su fusil, diciéndole:

—Ahora verás si no te abro la chapa del alma *jijo de esto . . . jijo del otro . . .*

Faltaban quince minutos para que fuera relevado aquel canalla, y estaba ya apuntando al Presidente, quizás con la firme resolución de matarlo, pues era imposible que le errara á tan corta distancia, cuando una bala de los guardias nacionales de San Agustín le dió en la cabeza, oyéndosele caer á plomo sobre el techo á la vez que pronunciaba su última insolencia.

El día 14 continuaron las hostilidades. Si bien Landa contaba con más de ochocientos hombres con los quinientos presos que había dado de alta, los nacionales también se habian reforzado y cobrado ánimo al observar que no eran atacados, sabiendo que algunas tropas de Parrodi debían estar cerca una vez que estaban ya llegando dispersos, lo mismo que hacia que Landa se llenara de



*Guillermo Prieto salvando á Juárez.*

terror queriendo á todo trance poner término á aquella situación falsa.

En esa virtud, fué de nuevo á ver á Juárez, empleando ruegos y amenazas sin resultado respecto de la sumisión de los piquetes de guardia nacional.

—Pues al menos arregle usted una suspensión de hostilidades..

—Un armisticio usted mismo puede solicitarlo.

—Deseo que entiendan que usted lo aconseja.

—Está bien.

Y se mandó á una persona que hablara con Camarena y Contreras que estaban en San Agustín. Concedieron en el acto el armisticio; pero como no eran soldados uno y otro, ni conocían las responsabilidades que tiene el militar que lo quebranta, no cuidaron de comunicarlo á los otros cuarteles, y todos se sorprendieron con la noticia inesperada de que el Palacio estaba siendo atacado á eso de las once de la mañana, precisamente en los momentos en que habían comenzado las negociaciones.

¿Quién lo atacaba?

Dos jóvenes audaces que habían formado una columna de treinta hombres resueltos, bien municionados, con los cuales se habían propuesto rescatar á las personas que componían los Supremos Poderes.

Esos jóvenes eran Miguel Cruz Aedo y Antonio Molina, que no conocían el miedo y que habían dicho: «Los pronunciados están dedicados al saqueo y á la borrachera en Palacio: un ataque repentino los pondrá en completa confusión y serán puestos en derrota.»

Como lo dijeron lo hicieron, sin pensar en las consecuencias.

En efecto, la sorpresa fué completa, y aun lograron

apoderarse de un cañón que estaba abocado en la esquina de la plaza; pero los soldados de línea que no se encontraban borrachos les hicieron fuego desde las alturas, hirieron gravemente á Molina, de una pierna, que quedó cojo para el resto de sus días, y con facilidad se desembarazaron de aquel pequeño grupo de atrevidos, que tuvieron que retirarse perseguidos por un tiroteo incesante que les ocasionó sensibles pérdidas.

—¡Traición! gritaron los paisanos conservadores, de que estaba lleno el Palacio.

—¡Traición! repitieron los presidiarios que no sabían en dónde esconder los cuantiosos robos que habían hecho en los equipajes de los prisioneros.

Y ¡traición! exclamó también Filomeno Bravo lleno de rabia tomando bajo su responsabilidad la tarea de fusilar á los ilustres presos, una vez que no reconocía allí superior para pedir órdenes.

Con una patrulla de veinte soldados se presentó en el salón en donde estaban el Presidente y sus ministros.

—Voy á fusilar á ustedes, les dijo, formen en ala.

Ninguno se movió ni respondió.

—¡Ah! ¿no obedecen? Pues entonces van á ser muertos como quiera que estén.

—¡Soldados del 5º! preparen. . . armas!

Los soldados embrazaron sus fusiles y levantaron los gatillos.

—¡Apunten!

Los soldados apuntaron.

—¡Alto! gritó Guillermo Prieto.

—¡Fue. . .

No acabó Bravo de decir la palabra ¡fuego! que tal

vez habría sido obedecida por los soldados, en virtud de que Prieto, con un 'atrevimiento' increíble, había dado un salto y le había tapado la boca.

Incontínente con fuego, con ternura, con elevada inspiración, dijo:

—¡Soldados del 5° batallón! ustedes son valientes y patriotas, ustedes nunca han sido asesinos, y es un asesinato cobarde el que se va á cometer con nosotros, del que la nación tendría que pedir estrecha cuenta á cada uno de los que se atrevieran á cometer tan inaudito crimen. ¡Soldados del 5° batallón! hijos míos muy queridos, levanten ustedes sus armas, no estén amagando la existencia de un humilde ciudadano que no tiene más delito que estar cumpliendo con su deber como vice-Presidente de la República, para cuyo cargo fué nombrado por ustedes, por todo el pueblo mexicano. Sólo los cobardes atacan á hombres desarmados como nosotros, y no los valientes como tienen fama de serlo los soldados del 5°. Dejen esa tarea infame á los presidiarios que han puesto al lado de ustedes como una mancha en su limpio honor.

Los soldados, como movidos por un resorte, levantaron los fusiles y dejaron caer las culatas sobre el suelo quedando inmóviles.

Bravo iba á insistir cuando llegó Landa, también violento, haciendo cargos á Juárez porque sus defensores habían roto el armisticio de una manera traidora.

Tras de Landa llegaron los comisionados, y explicaron que el gobernador les había dado toda clase de satisfacciones, haciéndoles saber que Cruz Aedo, jefe del ataque, lo había proyectado y llevado á efecto ignorando que se había entrado en negociaciones.

El Presidente y los demás ministros abrazaron á

Prieto con las lágrimas en los ojos luego que Landa se retiró con toda la gente que había invadido la prisión.

Entre tanto había llegado el general Juan B. Díaz con una pequeña escolta, enviado en misión por el general Parrodi, y había tomado el mando en jefe de la guardia nacional y dictado las más apremiantes disposiciones. Después de esto se ocupó en examinar las proposiciones que Landa hacía para retirarse: pedía veinte mil pesos, dos cañones, suficientes acémilas, carros, parque, etc., etc.

Díaz y Camarena contestaron que no había dinero y que proporcionarían todo lo demás, siendo condición primordial que fueran puestos en libertad los miembros del gobierno.

Landa en el momento de recibir la respuesta, estaba rodeado de unos veinte conservadores de Guadalajara, los cuales aullaron en diversos tonos diciendo:

—Juárez y los ministros deben ser fusilados.

—Deben ser conservados en rehenes.

—Sí, el coronel Landa debe llevarlos al Cuartel General para que sean enviados á México á que se les juzgue.

—¡Que se les lleve pié á tierra!

—Que se les fusile, que se les fusile.

Landa estaba perplejo, pero llegó un explorador á decirle que Parrodi estaba ya á una jornada con dos mil hombres.

—A mi lo que me importa más es mi pellejo y no el de los demás, dijo por lo bajo á Barbosa que le estaba sirviendo de secretario, y sin hacer ya caso de los energúmenos, firmó los convenios con las modificaciones que había hecho la parte contraria: tres mil pesos en lugar de veinte mil, y vía libre por el Sur de Jalisco con sus tropas

y municiones para que se fuera después á unir con Osollos por el camino que juzgara conveniente.

En tal virtud, dijo á Bravo:

—Lleve usted á esos que llaman Supremos Poderes al consulado francés, según he ofrecido, para que estén allí en seguridad.

Bravo obedeció refunfuñando.

Mientras que Landa daba sus órdenes á fin de que todo estuviera listo para salir con sus tropas dos horas después, los Supremos Poderes, que se habían quedado en pelota porque hasta los pañuelos y corbatas les habían robado los presidiarios, se dirigieron haciendo la más triste figura á la casa del cónsul francés, custodiados solamente por cuatro soldados y un sargento del 5° Batallón.





## CAPITULO XXI.

### *Los pequeños valientes.*

AUNQUE Parrodi se apresuró á enviar á Guadalajara su mejor tropa de caballería, en muy mal estado por cierto, ésta llegó cuando había pasado el conflicto y entonces el resto de las fuerzas derrotadas en Salamanca y compuestas de piquetes de los cuerpos, como sucede en todo fracaso, pues al mal éxito suceden la falta de confianza y la deserción, esas fuerzas, decimos, se compusieron lo mejor que pudieron para hacer unos días después su entrada en Guadalajara, entrada que no estuvo ni aún pasadera, pues desde luego se echó de ver el estado lastimoso de la tropa, lo cual hizo que se cayeran las alas del corazón á los liberales.

De pronto Parrodi pareció acceder á los deseos de los Supremos Poderes para hacer una vigorosa resistencia en Guadalajara, hasta que fatigado un día de andar activando las fortificaciones que no activaba, pues lo que me-



nos se proponía en sus conversaciones era defender aquella plaza, se encaró con don Benito y le dijo:

—Señor Presidente: Osollos avanza con un ejército de cerca de ocho mil hombres con cuarenta piezas de artillería, nosotros apenas podremos completar unos dos mil hombres mal armados, y lo que es peor aún, sin entusiasmo para batirse, de manera que es preciso pensar en que la situación es difícil.

—Ya lo sé que es difícil, principalmente por la pobreza de recursos en que nos encontramos.

—Todavía hoy he mandado distribuir un octavo de haber, para mañana no hay un solo peso en las pagadurías.

—Ni en las cajas del Estado tampoco.

—¿Qué hacemos entonces?

—Defendernos hasta quemar el último cartucho. Me parece que es lo convenido.

—Eso me tocará á mí resolverlo como jefe militar de la plaza, pero lo que yo no quiero es que estén aquí los Supremos Poderes.

—Ya hemos hablado sobre el particular. Los militares de Jalisco opinan porque nos retiremos á Colima y que se defiendan los pasos de las barrancas, pero creo que no hay tiempo.

—Serían muy contados los soldados que me llegaran á Sayula, señor Presidente. Lo que yo tenga que hacer lo haré en Guadalajara.

—Voy á exponer la situación á mis compañeros y ellos resolverán.

Juárez habló con sus ministros, les dijo que Parrodi era un hombre al agua, que había que salvar los elementos que se pudiera, y salir aquella misma noche si no que-

rían ver repetidas las horribles escenas producidas por la defección de Landa.

—Pues que siga la peregrinación del gobierno! exclamó Prieto.

Juárez tornó á ver á Parrodi y le dijo:

—Saldremos esta noche, según los deseos de usted, señor general, y en prueba de la confianza que tenemos de su adhesión, queda usted nombrado ministro de la Guerra y general en jefe del Ejército Constitucional.

—Yo no puedo aceptar tal nombramiento, contestó Parrodi cambiando de color.

—No quiero imponerme de los motivos sino cuando usted se sirva contestar por escrito. ¿Defenderá usted la plaza?

—Yo cumpliré con mi deber.

—Está bien, general, nosotros partimos.

—Adios, señor Presidente.

Parrodi se quedó pensativo.

Su resolución estaba formada y no quiso confiarla á Juárez, murmurando únicamente para sí:

—Mi contestación á ese nombramiento, será la noticia que reciban Juárez y sus ministros de lo que voy á hacer.

Y aquellos hombres abnegados que se habían quedado hasta sin segunda camisa, pues las pocas que llevaban se las habían obsequiado los amigos, y llevando pocas monedas en los bolsillos, se pusieron en marcha con la bandera de la legalidad, para el Sur de Jalisco.

Antes y después de la salida de los Supremos Poderes de Guadalajara, salieron para el mismo rumbo los nacionales y los de línea, que habían oído que iba á haber capitulación, de manera que Parrodi sólo pudo entregar á

Osollos, por convenios, unos ochocientos hombres y unas veinte piezas de artillería.

Don Pedro Ogazón se había ido á establecer un gobierno ambulante en las poblaciones del Sur, y los Supremos Poderes se habían llevado al coronel Iniéstra, tenido por uno de los más fieles, con unos cincuenta dragones regularmente montados y armados.

Con esta fuerza llegaron felizmente á Santa Ana Acatlán, pueblo que, como hemos dicho, está situado á unas quince leguas de Guadalajara y en el camino para Colima.

Fué un acontecimiento para el poblado de Santa Ana la llegada de los Supremos Poderes: todas las muchachas estaban en las ventanas, y Adrián vió pasar el cortejo en la puerta de la tienda, marcándose mucho la atención que tuvo de quitarse el sombrero respetuosamente cuando pasó Juárez.

Estaban apenas ocupando sus alojamientos Juárez y su comitiva, cuando llegó corriendo un muchacho á la tienda llevando una carta en la mano para el dependiente Adrián Canales.

—¿De quién es? le preguntó.

—De la señorita Refugio, contestó el muchacho.

El joven se apresuró á abrirla y á leer el contenido que era este:

• Querido Adrián:

Pedro montó á caballo, llegó á mi casa y le dijo muy quedo á mi padre que se iba á dar aviso á Landa, que está por aquí muy cerca, para que venga á coger á don Benito Juárez y á sus ministros. Te lo digo, porque sé que eres partidario de esos señores. »

No tenía firma la carta, pero Adrián conocía bien la

letra. Sin decir nada á nadie, se fajó su pistola, dejó encargada la tienda á otro dependiente que le ayudaba á despachar, atravesó la plaza y se fué recto á la casa en que se habían alojado Juárez y sus ministros. Allí estaban todas las autoridades, había también varios particulares de los principales del pueblo, y Adrián tomó la fisonomía de uno de tantos curiosos esperando una oportunidad de poder hablar á solas con el Presidente, oportunidad que no se presentaba.

Cuando ya empezaba á devorarlo la impaciencia, acertó á pasar por el corredor el coronel Iniestra, á quien Adrián reconoció como jefe de la escolta, se le aproximó y le dijo respetuosamente:

—Señor coronel, desearía decir á usted dos palabras.

Iniestra iba á pasarse de largo, pero le llamó la atención la buena presencia del joven, así como su mirada inteligente, y deteniéndose un poco le contestó:

—¿Qué quieres? habla de prisa porque voy á ver cómo se han alojado mis soldados.

—Sobre ese punto precisamente quería hablar á usted, señor coronel. Lo mejor sería que se alojaran en la Parroquia y que ocuparan la torre de la iglesia.

—Es singular eso, ¿y por qué?

—Porque antes de media hora ya á estar aquí el enemigo.

—¿El enemigo? Eso sí que es curioso, ¿pero cuál enemigo?

—Landa, el que se pronunció en Guadalajara, que está en una hacienda poco distante, y á quien ha ido á decirle una persona de aquí que venga á apoderarse otra vez de los Supremos Poderes.

Iniestra no podía comprender por qué se encontraba todavía Landa por aquellos alrededores; pero no lo juzgó imposible, y tuvo el buen sentido de detener al joven, diciéndole:

—Voy á ver á Juárez, espérame aquí.

Pocos minutos después fué llamado Adrián é introducido en una pieza aislada de la casa, en donde se encontró cara á cara con el mismísimo Presidente de la República. Se aturdió un poco, pero no tanto que no le dirigiera un saludo coqueto.

—Siéntese usted, joven, le dijo el Presidente.

—De ninguna manera, señor Presidente, estoy bien de pié.

—Iniestra me ha dicho.

—Aquí tiene usted esta carta, que es la que lo explica todo. Está escrita por una muchacha amiga mía en quien tengo plena confianza.

Juárez leyó la misteriosa carta. Cualquiera otro se hubiera demudado, pero él permaneció siempre tranquilo, contentándose con llevar la mano al bolsillo para buscar dinero con que gratificar al joven.

Adrián, que notó el movimiento, se apresuró á decir con toda llaneza:

—No vengo por interés ninguno, sino por patriotismo, y desde hoy en adelante seré uno de los defensores más modestos, pero de los más entusiastas del gobierno constitucionalista.

—¿Cómo se llama usted y qué quiere ser?

—Me llamo Adrián Canales, y quiero ser jefe de guerrilla en estos lugares que yo conozco mucho.

Juárez tomó nota, y en seguida llamó á Iniestra que estaba esperando en la pieza inmediata.

—Por conducto del señor Iniestra recibirá usted su autorización firmada por mí mismo. Puede usted retirarse, joven.

Iniestra agregó:

—Veáme usted dentro de media hora en la Parroquia.

El aviso de Adrián no sirvió para allegar elementos que no los había sino insignificantes en el pueblo; pero sí sirvió para que Landa no diera una sorpresa, como infaliblemente la habría dado, pues nadie había comunicado parte alguno que se encontrara en los alrededores.

Iniestra siguió el consejo del joven, ocupó la altura de la Parroquia y desde allí rechazó el primer ataque de Landa que no se hizo mucho esperar y que fué rudo, tenaz y vigoroso.

Pero los dragones de Iniestra eran aguerridos, estaban bien parapetados, y fué para ellos un juguete hacer fuego sobre un enemigo que se presentaba al descubierto, mientras tuvieron parque. Al cerrar la noche, avisaron á su jefe que las cartucheras habían quedado vacías.

Iniestra se dió varios tirones de la barba, porque no tenía repuesto de municiones.

Con trabajo consiguió, entre los vecinos, algunos cartuchos y luego se fué á ver á Juárez para decirle:

—Señor, necesita usted huír esta misma noche con los ministros, porque mañana nos atacará Landa con vigor. Allí se ve su campamento en el cerro inmediato.

Don Benito tenía los brazos cruzados, y respondió con toda calma:

—Propondré á los ministros que se alejen.

—Y usted también, señor Presidente.

—Yo correré la suerte que usted y los soldados corran.

Eran las nueve de la noche. Los ministros entraron a la habitación del Presidente, llamados por Iniestra.

—Ya les habrá impuesto el señor Iniestra de la situación, les dijo.

—Dice que está agotado el parque, expuso Ocampo, y que es preciso que tomemos la huida, pero agrega que usted no quiere marchar, y en ese caso, tampoco nosotros. Nos defenderemos hasta morir.

Iniestra, muy violento, exclamó:

—Váyanse ustedes y yo sostengo su retirada. Es fuerza que alguno se sacrifique, pero no todos.

—Yo soy el jefe, dijo Juárez, y nunca se ha visto que un jefe abandone a sus defensores por salvarse.

—No es usted, no es su persona la que se salva, es el gobierno, es la legalidad, es nuestra bandera, dijo Iniestra con calor.

—Tiene razón el señor Iniestra, agregó Prieto, el que primero debe escapar es el Presidente, si acaso hemos de aspirar al triunfo de nuestra causa.

Los demás ministros expusieron lo mismo.

La discusión se había prolongado, y marcaba el reloj que había en la pared las diez de la noche.

En ese momento se anunció el joven Adrián Canales.

Fué recibido luego porque se creía que tendría noticias que comunicar al gobierno.

—¿Qué hay? preguntó Juárez.

—Señor, me he tomado la libertad de dictar medidas por mi cuenta para la salvación de los Supremos Poderes. Tengo conmigo ocho hombres montados y armados, de cuya lealtad puedo responder, resueltos a seguirme y

obedecerme: están ya á la espalda de la casa, en cuya tapia hemos practicado una horadación para que ustedes puedan salir por ella sin ser vistos, porque la entrada principal está vigilada. Soy de opinión que el señor Iniestra mande allí caballos, y por mi parte, me encargo de sacar al señor Presidente y sus ministros de la población y de escoltarlos hasta donde sea necesario.

Todos admiraron y aplaudieron el buen juicio y la decisión de Adrián, admitiendo sin vacilar su proposición. Sobre todo Iniestra quedó como descargado de un peso enorme, y le estrechó la mano con efusión.

Se designó para la salida la hora de las once en punto.

La horadación que había practicado Adrián y sus compañeros de guerrilla en el muro, era suficiente para que pudiera pasar un hombre, y por allí salieron el Presidente y los ministros, mientras que en la puerta de la casa estaban el coche y los criados y ordenanzas, como si todo siguiera tranquilo en el interior.

Cuando Iniestra vió salir al último por el agujero del corral, se fué al mesón á reunirse con sus soldados. Libre ya del estorbó de los ministros, dió orden de que se ensillara á las tres de la mañana. El sabría abrirse paso en el evento de que Landa, que tenía poca caballería, quisiera salirle al encuentro.

Para que menos sospechara el enemigo el movimiento que se estaba practicando, mandó que unos seis hombres hicieran un pequeño tiroteo, pequeño porque no había parque, el cual sirvió para introducir alarma en el campamento de Landa.

El grupo que formaban el Presidente y sus ministros, escoltado por diez hombres, era de llamar la atención,



principalmente por el ruido que metían las cabalgaduras. Adrián iba con el ojo alerta, y á la escasa luz de las estrellas, observó un bulto en una bocacalle cuando se trasportaban los últimos corrales de la población. Picó su caballo en aquella dirección y vió que era un hombre montado que había corrido.

Entonces volvió á reunirse con los suyos y les dijo:

—Preparen sus fusiles porque creo que vamos á tener un encuentro.

Acababan de alistarse, cuando se oyeron los tiros que disparaban los soldados de Iniestra.

—Esos no nos importan, se oyen lejos. Vayan tres por delante de descubierta. Y los designó.

Adrián no sabía si el peligro surgiría por vanguardia ó por retaguardia, é iba y venía para estar listo donde se necesitara.

Al extremo del callejón que estaban pasando, apareció un hombre montado, que gritó:

—¿Quién vive?

Adrián se adelantó y contestó con voz robusta.

—¡Constitución!

—¡Alto!

—¡Adelante! gritó Adrián á los suyos, y dirigiéndose al Presidente y los ministros, agregó:

—Señores, un momento: vamos á desembarazarles el camino.

Aparecieron como doce hombres montados, casi el mismo número de los de Adrián, porque éste tenía ocho suyos y un mozo también armado de los Supremos Poderes, eran nueve, con él se hacía un total de diez.

En el acto en que el grupo de Adrián á su voz de

mando tomó el galope, los que esperaban hicieron fuego con sus pistolas. Entonces Adrián dijo á los suyos:

—¡Un tiro solamente y al machete!

Así se hizo. Cada cual apuntó y disparó lo mejor que pudo y pasándose la pistola á la mano izquierda desenvainaron los sables y se lanzaron sobre el desconocido grupo de contrarios, de los cuales tres ó cuatro tomaron la huida al ver el impetu con que eran atacados.

El combate fué rápido. En un instante se vió caer á uno de los del grupo de Adrián y á dos de los enemigos que estaban ya reducidos á seis.

—Vámonos, comandante, dijo una voz en el momento en que ya no se oía más que el ruido de las espadas.

—Váyanse ustedes, yo no me voy, contestó el comandante.

La voz fué conocida por Adrián.

—¡Pedro! exclamó.

—¡Ah! conque es el aborrecido Adrián el que me ataca, gritó Pedro echando chispas por los ojos.

Pero en aquel momento caían dos más de sus hombres y otros dos echaban á correr. No quedaba más que él con dos de sus compañeros.

—Vámonos, comandante, insistió uno de ellos, después areglaremos cuentas.

Los tres hombres estaban rodeados por los nueve de Adrián, quien había dado orden de que se suspendiera el ataque.

—Pedro, dijo Adrián tranquilamente, puedes irte. No me conviene ahora ni matarte ni llevarte prisionero.

—¡Vámonos matando los dos! aulló Pedro.

—Desarmen ustedes á esos hombres, ordenó Adrián á los suyos.



*El combate fué rápido.*

Los tres estaban tan rodeados, tan oprimidos, que no pudieron hacer resistencia.

—Ahora váyanse ustedes, son libres.

—Te juro que me la has de pagar, se fué diciendo Pedro con rabia.

Adrián volvió y dijo al Presidente:

—Podemos continuar: ya no hay peligro ninguno, ni lo habrá en toda la noche.

—Gracias, contestó el Presidente estrechando la mano á su salvador.





## CAPITULO XXII.

---

### *Nueva peregrinación.*

DE miedo de interrumpir nuestro relato ó de hacerlo más débil, tratándose de acontecimientos que se desarrollaron con tanta rapidez, no hicimos mérito de dos documentos notables que se publicaron después de la libertad del señor Juárez en Guadalajara. Uno fué el Manifiesto que expidió luego que estuvo al abrigo de la bandera francesa en el consulado de aquella nación, y es el siguiente:

*«El Presidente constitucional interino de los Estados Unidos Mexicanos y sus ministros, á la ciudad de Guadalajara y á la nación:*

«Por falta de constancias oficiales, no habíamos podido dar conocimiento al público de la situación que nos había creado el desbandamiento de las fuerzas que en los campos de Salamanca sostenían la Constitución y el orden legal. Pocas horas después de recibida una comunicación

del Sr. Degollado, única que de un modo auténtico, aunque en muy sencillos términos, nos había referido el suceso, nos reunimos á leer una circular que había escrito el ministro de la Guerra, mientras se formulaba un manifiesto. Acabábamos de leer aquella, cuando una de esas aberraciones, tan comunes, por desgracia, en la historia de nuestras revueltas, nos impidió todo trabajo.

«La guardia de palacio, dirigida por sugerencias de los Sres. Landa y Morett, quienes á su turno, según se dice, eran impulsados por personas de mucho influjo en esta ciudad, se echó sobre nosotros en el momento mismo de relevarse, poniéndonos inmediatamente presos con dos centinelas de vista. Fué, pues, imposible hacer manifiesto ninguno. Hemos permanecido presos tres días, en el último de los cuales, la noche del 15, nos trasladaron á la casa del Sr. Cónsul francés, en donde permanecemos, conforme á los convenios que al calce publicamos.

«Este incidente, que ha dado á conocer el entusiasmo y denodado espíritu del pueblo de Guadalajara, ha avivado nuestra fé, viendo la espontaneidad con que ha ocurrido la parte de la población más distinguida por sus luces y patriotismo á sostener la causa de la libertad y del orden en la ley.

«Es, por lo mismo, nuestro primer sentimiento, y será también nuestro primer desahogo, dar cordiales gracias á tan benemérita población; no tanto por su ilustrado celo y su singular valor bélico, porque, aunque bien las merece, esas brillantes cualidades le son ya reconocidas como habituales, sino porque ha sabido contenerse. Más que combatir, cuesta, en efecto, trabajo sofocar la justa indignación que causó la perfidia de aquellos á cuya guardia estábamos encomendados: cuesta trabajo no dar sobre el

enemigo alevé, cuando se ve uno más fuerte, cuando está seguro de aniquilarlo; cuesta trabajo no castigar la rebelión vencida y posponer la noble pasión de la justicia á consideraciones de interés político; sin embargo, esta generosa población lo ha hecho. Sabiendo que se hallaba comprometida la existencia del Presidente legítimo, y temiendo ver rota la bandera constitucional identificada con su persona, ha hecho callar todas las pasiones; se ha sobrepuesto heroicamente á todos sus instintos; ha refrenado su volcánico entusiasmo, ante la idea fecunda de conservar al representante de la Unión Nacional. Sean, pues, rendidas mil gracias por nosotros, como se las damos muy cordial y respetuosamente, y concedidas por la posteridad incesantes bendiciones á la magnánima y pensadora población de Cuadalajara, y á las muy dignas autoridades que por fortuna rigen sus destinos.

«Por lo demás, cúmplase la voluntad de Dios, que bien manifiesta se halla en favor de las ideas democráticas. Perdamos ó no batallas; perezcamos á la luz del combate ó en las tinieblas del crimen, los que defendamos tan santa causa, ella es invencible. La desgracia de Salamanca no es más que uno de los azares, harto comunes en la guerra. Pueden seguirse otros, puesto que apenas hemos abierto la nueva campaña; puede llegarse á ver de nuevo el país ensayando volverse el pupilo de 1821, como lo pretenden sus mil veces reconocidos por ineptos tutores: la democracia es el destino de la humanidad futura; la libertad su indestructible arma; la perfección posible, el fin adonde se dirige.

«¡Pueblos de México! ¡Tened fé en la posibilidad de restableceros! Un poco de energía, una ciega sumisión á la justicia, la proclamación y respeto de los verdaderos de-

rechos, volverán á la República la paz, no el sosiego, el espíritu de adelanto, no la sujeción servil; el reinado de la ley, no la aristocracia ridícula de nuestros vanos y mentidos redentores; el amor á Dios y al prójimo, no las hipócritas simulaciones de prácticas sin verdad ni sentimientos.

«¡Levantaos, pueblos de México! Un solo esfuerzo, y la antigua lucha entre la luz y las tinieblas se decide en favor nuestro. ¡Levantaos, y la explotación infame de los muchos para beneficio de unos cuantos, quedará destruida! ¡Levantaos, y la libertad, y su condición indispensable, el orden, se volverán entre nosotros una verdad, tan fecunda como lo ha sido en todos los pueblos que marchan en su senda, y el hombre se volverá el querido hermano del hombre, y en la naturaleza bruta continuarán las creaciones del arte, y los pueblos todos de la tierra envidiarán, en vez de compadecer despreciativamente, nuestra suerte!

«Las personas á quienes Dios ha impuestó por hoy el deber de representar vuestra voluntad en el sendero de la ley, están ya reconocidas como probas, sinceras, desinteresadas; firmes. Ayudadles, y todo está hecho: continuadles vuestra confianza, y fuertes entonces, harán cuanto la posibilidad humana permita, en cumplimiento de su obligación y de sus aspiraciones á la sólida gloria.

«Guadalajara, Marzo 16 de 1858.—*Benito Juárez*, Presidente interino constitucional de la República.—*Melchor Ocampo*, ministro de Relaciones, Gobernación y Guerra.—*Manuel Ruiz*, ministro de Justicia, etc.—*Leon Guzmán*, ministro de Fomento.—*Guillermo Prieto*, ministro de Hacienda.»

El otro es la proclama dirigida á los guardias nacionales de Guadalajara, que fueron los que salvaron aquella peliaguda situación, y dice así:



*«El Presidente constitucional de la República, á los defensores de la libertad y de las leyes:*

«Conciudadanos: Uno á vosotros, lleno de tierna conmoción, mis sentimientos de júbilo, porque celebramos el triunfo de la razón sobre la fuerza, la victoria de la independencia y de la dignidad humana, sobre los intereses de la ambición y del fanatismo.

«En los momentos de supremo conflicto, borrando las distinciones, con que pretenden dividirnos los privilegios, realizando y haciendo patentes los deseos de los democratas de corazón, habéis combatido juntos y hecho visible al soldado del pueblo, al pueblo del ejército, á las clases todas, confundándose y fraternizando en una aspiración á la libertad, popularizando el heroísmo, vulgarizando el sentimiento de la gloria, llorando las desgracias del hermano extraviado, reviviendo escenas que están iluminadas con los nombres de los caudillos de 1810.

«¿Qué podría decirse á la altura de vuestra propia elevación? Me he sentido orgulloso, conciudadanos, porque vuestro esfuerzo es la ratificación de los títulos legítimos que recibí del pueblo; porque mi valer como hombre es nada, comparado yo como expresión de vosotros mismos, y como representación visible de nuestra común causa.

«En esta faz de la gran lucha de la humanidad entre los que tiranizan y los que libertan; entre los que especulan y los que prodigan cuanto poseen por sus creencias, la victoria es digna de su teatro, porque Jalisco es una tierra consagrada por el valor y la libertad.

«Con esas creencias, que son la vida de mi corazón; con esta fé ardiente, único título que enaltece mi humilde

persona hasta la grandeza de mi encargo, los incidentes de la guerra son despreciables; el pensamiento está sobre el dominio de los cañones, y la esperanza inmortal nos promete la victoria decisiva del pueblo, á despecho de unos cuantos infelices, porque Dios es el caudillo de las conquistas de la civilización.

«¡Pueblo jalisciense! ¡Soldados del pueblo! ¡Amigos de la libertad! Levantemos nuestros votos de gratitud por su triunfo en nuestras sinceras bendiciones á la Providencia.

«Guadalajara, Marzo 17 de 1858.—*Benito Juárez.*»

Llenado este hueco que habíamos dejado intencionalmente, podemos proseguir:

Se vió ya que por circunstancias imprevistas, la animosidad que se había apoderado insensiblemente de los espíritus de Pedro y Adrián, había lanzado á los dos jóvenes á la carrera de las armas. Y se habían comprometido tanto en unas cuantas horas, que en lo de adelante ni el uno ni el otro podían retroceder. Pedro había ido de *motu proprio* á llamar á Landa para que se apoderara de los Supremos Poderes y esto por odio á Adrián, porque éste había manifestado que simpatizaba con la causa constitucionalista. Pedro no había leído de los periódicos más que los versos amorosos, sin preocuparse nunca de las cuestiones políticas. Tenía su padre que cultivaba la tierra con provecho en algunos buenos cañaverales: él también tenía que ser agricultor y estaba preparándose al efecto, porque siempre se iba al rancho cuando se necesitaban allí sus trabajos. Ahora hasta los caballos de su padre iban

á tener que servirle probablemente en sus futuras operaciones. Así se lo imaginaba.

Adrián, por su parte, si leía los periódicos, y lo hacían inclinarse, de acuerdo con sus sentimientos personales, á la causa que á él en su criterio íntimo le parecía la más justa. ¿Acaso no era mejor que los hombres fueran libres? ¿Acaso no era una compasión pensar en la esclavitud de los turcos, los rusos, los chinos y tantos más, sometidos á la voluntad de un solo déspota? ¿No era preferible el gobierno de todos para todos, el gobierno de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad, al gobierno caprichoso de unos cuantos que pudieran convertirse en sátrapas, en tiranos ó en dictadores?

Sus inclinaciones se iban, pues, al lado de los que él creía que abogaban por la libertad humana, pero sin soñar siquiera en que alguna vez pudiera poner ni un granito, por insignificante que fuera, en los platillos de la balanza política de la nación. ¿Por qué había de pensar él en política si no era más que un pobre dependiente? A lo sumo haría alguna pequeña fortuna en el comercio, á lo más llegaría á ocupar un puesto de honor en el municipio; pero no se imaginaba que llegaría á más, ni mucho menos que sería militar. ¡Eso nunca!

Y sin embargo, habían bastado para precipitarlo en el caos revolucionario, unas cuantas líneas de su idolatrada Refugio. ¡Ah! ¡cuánto lloró ella después de haber cometido semejante imprudencia! ¡Cuán arrepentida estuvo de haberse metido en lo que no le importaba!

Aquellas cuantas letras eran las que habían decidido á Adrián, también sin hacer ninguna reflexión ni pensar en las consecuencias.

Sabía un secreto, del cual podía servirse para hacer

un bien, y no se detuvo en otras consideraciones. Lo que pudiera sobrevenir, que sobreviniera.

Y sobrevino que cuando no había ido sino como uno de tantos á dar un aviso saludable, conoció de cerca al Presidente y á sus ministros y se dijo en su interior:— Pues positivamente unos hombres que podían estar muy bien en sus casas, no han de venir exponiendo sus vidas y pasando trabajos sólo por ambición. Estos deben tener algún fin noble. Sobre todo, el Presidente con su traje negro, muy sencillo, sin ninguna insignia, vestido como cualquiera otro ciudadano, de veras parece que representa la ley, que es la ley misma con toda su severidad. Un hombre tan abnegado, tan sencillo, tan humilde, tan dispuesto á sacrificarse, merece ser defendido por todos los hombres honrados, y yo no sé cómo no vienen siguiéndolo miles y miles de hombres de buena voluntad. ¿Y cuándo es cuando debe seguirsele y defendérsele? Pues ahora que es cuando lo necesita. En consecuencia, yo tengo que ser uno de los últimos, pero no menos fervientes de sus defensores. Yo lo defenderé hasta donde me alcancen mis fuerzas, mi valor y mi inexperiencia; yo lo defenderé, porque en él no defiende sólo á una personalidad, sino á una bandera, á una institución, á una patria. ¿Qué es lo que yo sé hacer para poder defenderlo? ¿Qué sé yo de guerras ni de milicias? Pues me colocaré en el lugar que me corresponde. Sé montar tal cual á caballo, sé disparar una pistola, tengo el puño sólido para manejar un sable, pues seré guerrillero! Y mucho adelantaré si puedo ser jefe de una guerrilla, si puedo desplegar energía para hacerme obedecer y conquisto algún prestigio en el combate para inspirar confianza á mis subordinados, lo mismo que para infundir temor al enemigo.

—¡Manos á la obra!

Y entonces fué cuando pidió con toda modestia un despacho de guerrillero á don Benito. El lo vió muy joven, pero dispuesto, y también se dijo interiormente:

—De esta, de esta nueva generación es de la que necesita el gobierno para que se salven las libertades en el presente y en el porvenir.

Cuando Adrián recibió su autorización de manos de Iniestra firmado por el mismo don Benito Juárez como se lo había ofrecido, la besó dos veces y exclamó:

—Ya estoy armado caballero.

Hemos dicho que era inclinado á leer novelas.

Y de allí corrió á ver á un amigo á quien contó lo que le pasaba. Este le ofreció dos muchachos buenos: éstos á su vez tenían otros amigos ganosos de entrar en la bola y así, en menos de una hora, tuvo formada su guerrilla con un segundo y siete subalternos. Ya cuando estuvieron en el campo de la acción, lograron reunir veinticinco ó cincuenta.

—No hemos de descansar hasta que tengamos doscientos, le dijo Tomás, así se llamaba su segundo, amigo y condiscípulo de escuela.

—Pues si llevo á tener doscientos tan valientes como ustedes, exclamó Adrián, entusiasmado y sonriendo, tomo á Guadalajara.

¿Qué había pasado en el pueblo entre tanto? Lo diremos en breves palabras.

La gente se despertó creyendo que iba á presenciar cosas extraordinarias. Todos sabían que estaban allí los Supremos Poderes, defendidos por un grupo de soldados mandados por un oficial valiente, pero al cual se le había

agotado el parque y estaban seguros de que sucumbirían cuando Landa atacara en esta madrugada con todos sus elementos.

Lo primero que advirtieron fué que la torre y la iglesia estaban vacías. En seguida supieron que en la casa que ocupaban los Supremos Poderes, sólo había quedado un coche casi abandonado y muchos curiosos contemplaban la horadación que había hecho Adrián en la tapia á la espalda de dicho alojamiento.

—Por aquí se fué don Benito con sus ministros, dijo una mujer.

Y toda la mañana se estuvo visitando aquel lugar por los mil y tantos habitantes.

En seguida se supo que en las orillas de la población había unos cadáveres. Tres de ellos fueron identificados. Perteneían dos á la servidumbre del padre de Pedro. De éste nada se supo, algunos lo suponían incorporado con Landa.

Pero ¿y Landa?

Este que consideraba por una parte de mal agüero tener en su poder al gobierno constitucionalista prisionero, debido á lo cual seguramente se le habían desertado trescientos soldados aquella noche de la reclusión en Guadalupe, y urgiéndole por otra parte incorporarse con Osollos cuanto antes, pues suponía que detrás de los Supremos Poderes debían venir tropas suficientes con toda seguridad, levantó el campo temprano y siguió su camino, el camino que él creía le llevaba no sólo á la salvación, sino á los honores, á los ascensos y á la dicha militar, que es el botín en la victoria. Y quería entrar victorioso á Guadalupe, ya que había salido entre las maldiciones, por haber dado libertad á todos los sentenciados de la cárcel

Le había hecho á la ciudad un regalo de quinientos criminales que habían saqueado el palacio y los alrededores, pero que habían hecho un mal mayor todavía ¡quemar los archivos!

La que estaba inquietísima era Refugio, y tanto, que por fin salió con pretexto de ir á misa, pasó por la tienda y se atrevió á preguntar al dependiente que era muy su conocido:

—Buenos días, Francisco, que, ¿no ha venido Adrián?

—Adrián no volverá.

—¿Cómo que no volverá?

—Anoche vino y me dió esta carta para el patrón, diciéndome:—Se la das y le dices que le pido perdón porque lo abandono; pero que me he comprometido tomando parte en la revolución, que el Presidente me ha dado una autorización de guerrillero y que tengo que salir hoy mismo á cumplir con mis nuevos deberes.

Refugio estuvo próxima á desfallecer, diciéndose en su interior:

—¡Yo, yo tengo la culpa! Quiso, pero no pudo hacer esta otra pregunta:

—¿Y para mí no ha dejado Adrián ninguna carta?

Lo que hizo fué volverse á su casa y meterse á su cuarto á llorar.

Hé aquí cómo los Supremos Poderes iban levantando ampollas por donde quiera que pasaban. Bien es que en esta vez la peregrinación iba á ser muy larga: Colima, Manzanillo, San Francisco, Panamá y Nueva York, para ir á desembarcar en Veracruz en momentos muy críticos.

---



## CAPITULO XXIII.

-----  
*Expiación.*

**E**L triunfo que obtuvo el gobierno de Zuloaga sobre la coalición, fué fácil, pero algo costoso; no sólo porque se tuvo que echar mano de todos los principales elementos, sino porque se dió tiempo de organizarse á los liberales de Oriente, del Sur y del Norte. Es cierto que se libraron casi todos los días combates de mayor ó menor importancia en que con harta frecuencia por de pronto quedaba el triunfo por los conservadores; pero los combatientes surgían como del fondo de la tierra, y por todos lados se presentaban nuevos campeones, así como había brotado Adrián, por simpatías á la causa de la Constitución. Y como principales figuras se destacaban en Oriente La Llave y Alatríste. En el Norte Vidaurri, Aramberri, Zuázua, Escobedo y Garza, y en el Sur siempre la familia del patriarca Alvarez y algunos otros que apenas alcanzaban alguna nombradía.



Por eso fué que Osollos, cuando llegó á Guadalajara, urgido por el gobierno que le daba prisa, convino en los términos que le propuso Parrodi para la capitulación, no obstante que sabía que en tres ó cuatro días podía aplastarlo, porque no tenía momentos que perder. Que á nadie se persiga. Está bien. Que los militares que quieran servir conserven sus grados. Convenido. Que se den pasaportes á los que los quieran. Aprobado. Y si Parrodi hubiera exigido que se dejara ir armados á los que quisieran seguir la revolución en el Sur de Jalisco, Osollos hubiera consentido, porque lo que quería era salir pronto del atolladero. Parrodi no pensó en esto último, porque no entraba en sus ideas que el ejército pudiera combatir más que en grande, y así lo había manifestado á los que le proponían que evacuase con sus fuerzas á Guadalajara:

—Yo no hago la guerra del bandidaje en que haya necesidad de vivir sobre el país: yo soy general, no soy guerrillero.

Esto es, ó combatía con elementos ó se iba á su casa.

Y la prueba de que Osollos estaba urgido, fué que no destacó ninguna fuerza sobre el gobierno que se dirigía á Colima ni sobre los grupos de hombres armados que iban á crecer en el Sur de Jalisco con el gobierno de don Pedro Ogazón, y dejó al general Casanova fortificado con unos mil y setecientos hombres, destacando dos divisiones para San Luis y Zacatecas, mandada la segunda por el que ya era su brazo derecho, pues Osollos era manco, por el general Miramón, que iba á ser el gran Macabeo, la estrella de los conservadores *pur sang*.

Osollos, luego que creyó dejar así arregladas lo mejor posible las operaciones militares del interior, se dirigió en la diligencia á la Capital, en donde su presencia era

exigida con apremio, porque Zuloaga abrigaba temores de que se dieja allí mismo un golpe de mano.

Las fuerzas liberales, procedentes del Norte, con un magnífico tren de guerra, acediaban á San Luis Potosí con unos cuatro mil hombres, mientras la plaza era defendida por dos mil, dirigidos por algunos de los más famosos generales de la reacción.

El auxilio que se les mandaba no podía ser más oportuno, tanto más cuanto que el plan de Osollos era destruir completamente al ejército del Norte, para que pudiera extenderse la acción del gobierno á los Estados de la frontera que permanecían fieles, con excepción de Tampico, á la causa de la Constitución.

Pero Miramón, aunque hizo marchas rápidas, se entretuvo un poco estableciendo autoridades en Aguascalientes y atacando á las fuerzas del gobierno de Zacatecas, que por ser débiles evacuaron la ciudad, y dejó allí de gobernador y comandante militar al general Manero, apoyado por una brigada de setecientos hombres que mandaba el coronel Antonio Landa, quien iba á ser ascendido á general por su pronunciamiento de Guadalajara. Respecto de este individuo, hay que decir de paso que los conservadores de aquella ciudad pidieron su destitución y su proceso porque había dejado escapar á Juárez y sus ministros, desperdiçando la oportunidad que se presentaba para poner término á la guerra, una vez que desaparecido el gobierno, los beligerantes que había en el país iban á quedar sin bandera; pero Osollos y Miramón, aunque convinieron en que las razones que se aducían eran razones de peso, creyeron que no era el momento oportuno para usar de rigor contra los que habían defecionado en las filas contrarias, porque eso desanimaría á otros que tuvieran igual



intención, y antes bien determinaron pedir á México el ascenso á general de Landa por haberles facilitado la ocupación de la capital de Jalisco, pues que sin duda ninguna á él se debió que el gobierno prófugo de México y Guanaajuato no pudiera organizar allí una buena defensa, cosa en que tal vez no pensaron los Supremos Poderes, ya por estar aturdidos con el desastre de Salamanca ó por las dificultades que se presentaron para adquirir recursos sin emplear la violencia.

Sea como fuere, Landa había quedado de segundo en jefe en Zacatecas y con la expectativa de ceñirse la banda de general dos ó tres semanas más tarde. Los acontecimientos lo dispusieron de otra manera. \*

Una vez que Miramón creyó dejar bien establecido el nuevo gobierno de religión y fueros en Zacatecas, al cual el pueblo de aquel Estado era muy refractario, se dirigió á las volandas para San Luis Potosí, pues con mucha frecuencia recibía extraordinarios en que se le decía que si no se apresuraba, llegaría tarde, porque la plaza se encontraba debilitada y próxima á sucumbir.

Vidaurre, jefe del ejército del Norte, que tenía buenos exploradores, supo con toda oportunidad cuáles eran los movimientos y cuáles las intenciones de Miramón, y juzgó suficiente destacar unos dos mil hombres, con instrucciones al jefe que los mandaba de embarazarle su marcha sin librar ningún combate decisivo. Casi todos eran soldados de caballería, y su misión era atajar primero en el punto llamado Puerto de Carretas al ejército de Miramón y en seguida molestar sus flancos y su retaguardia para ocasionarle detenciones y pérdidas.

Aunque Miramón marchaba con las precauciones de la guerra, había entrado confiado al desfiladero que ter-

mina en el Puerto de Carretas; y una circunstancia casual hizo que se descubriera que allí estaba el enemigo emboscado. Hicieron explosión algunas bombas ó granadas de la artillería que iba á la vanguardia, las que estallaron sólo por alguna imprudencia, y los del Norte, creyéndose descubiertos, salieron de sus escondites antes de tiempo para sostener el combate. Esto dió oportunidad á Miramón para reconocer las posiciones enemigas, preparar sus columnas y organizar un ataque en toda regla.

Los primeros disparos de los *tagarnos* del Norte hicieron destrozos en las filas del ejército de Miramón. Habían sido colocados á la vanguardia los mejores tiradores con buenas armas y abundante parque, así es que casi no disparaban un rifle que no hiciera una baja en el enemigo, lo cual hizo pensar al Macabeo en que tenía que habérselas con un enemigo de importancia, y cambió su táctica dejando de atacar de frente para mandar columnas que rodearan la formidable posición; pero como la artillería no tenía otro camino más que aquel, él se vió obligado á forzar el paso con la principal columna, haciendo uso de frecuentes tiros de metralla.

La resistencia del enemigo era ya muy debil, casi no quedaban en las alturas más que unos veinte ó treinta hombres, de los cuales unos cinco ó seis, que fueron cortados, quedaron hechos prisioneros.

—¿En dónde está el enemigo? preguntó Miramón á los jefes de las columnas que habían ido á hacer un rodeo muy penoso para atacar de flanco.

—No lo hemos visto; pero probablemente va desbandado.

—En ese caso hemos obtenido la victoria. Que sé toquen dianas.

Y se tocaron las dianas y se dió sobre la marcha un parte al gobierno de México en que se le decía que el enemigo había mordido el polvo, y que el ejército de las tres garantías había obtenido la más espléndida de las victorias.

Sin embargo, aquel enemigo mandado por Zuazua, se había retirado compacto por una hondonada, quedando muy poco después á la retaguardia de Miramón para levantar el campo que aquel había abandonado, y no cualquiera cosa, sino dejando trescientos heridos y seiscientos muertos, muchas armas y muchas municiones y hasta carruajes de los jefes y carros con vestuario, todo lo cual fué recogido como botín por los fronterizos.

Zuazua, obedeciendo las órdenes que sobre la marcha había recibido de su superior, tomó al día siguiente muy tranquilo su camino para Zacatecas, llegando allí cuando menos se le esperaba. ¿Y cómo había de esperarse, si apenas acababan de repicarse las campanas porque Miramón lo había destrozado? ¿Y cómo había de ser posible, además, que el enemigo llegara por un camino que Miramón acababa de recorrer victorioso?

Pero el hecho fué que Manero y Landa, desde La Bufa, descubrieron las blusas coloradas de los *tagarnos* y vieron su polvo que se extendía por algunas millas, lo cual hacía suponer ó que el enemigo venía marchando muy escalonado para hacer más bulto, ó que realmente era numeroso. Ya era sabido que algunas veces se recurría al ardid de arrastrar grandes ramas con objeto de levantar mucho polvo y amedrentar á los que se encerraban en las plazas débiles que no tenían grandes elementos de defensa.

Fuera lo que fuera, Manero acordó con los suyos ha-

cerse fuerte en la magnífica posición de La Bufa, una vez que ya no se podía evacuar la ciudad sin exponerse á ser alcanzados muy pronto, supuesto que el enemigo lo formaba un trozo de caballería superior.

Una vez tomada esta resolución, se subieron á las alturas los cañones que había en la plaza, se distribuyeron las fuerzas y la artillería en la ciudadela, en la iglesia y en los demás puntos ventajosos, que fueron violentamente fortificados, y se esperó el ataque que el enemigo había de dar al día siguiente.

Pero Zuazua no era hombre á quien le gustara perder el tiempo en reconocimientos: conocía ya la posición, sabía cuáles eran sus puntos más fuertes y sus puntos más débiles, y comenzó por éstos dominándolos fácilmente.

Luego que ya tuvo en su poder tres cañones quitados al enemigo, improvisó artilleros y simuló un ataque falso con ellos, mientras una columna atacaba la capilla por el flanco, apoderándose de ella, de sus defensores y de su artillería.

Parecía que la obscuridad de la noche había de serles contraria á los que atacaban; pero como todos eran soldados de confianza que no se desbandaban ni retrocedían, y como todos estaban acostumbrados á trepar montañas, á hacer fuego con el pecho á tierra, á arrastrarse con facilidad y con prontitud sin que casi se notaran sus movimientos, y á distinguir los objetos con la luz incierta de las estrellas, aparecían repentinamente donde menos se les creía y pocas veces presentaban antes bastante bulto al enemigo. Así fué como fueron casi sorprendiendo posición por posición. La gente de Manero se defendió con vigor, pero casi contra enemigos invisibles. Disparaban sus ar-

mas, hacían fuego cerrado de artillería y fusilería, llovía la metralla en la ciudad, pero no se causaba la menor herida á los *tagarnos* sino cuando ya se presentaban á boca de jarro, rindiendo la posición á tiros y á golpes hendientes de marrazo.

Estaban ya tomados en seis horas cinco fuertes bien artillados y municionados; pero faltaba el más importante que era la ciudadela, defendida por los jefes principales Manero y Landa, y podían allí tener como trescientos hombres que era como si tuvieran tres mil; por las ventajas que les daba la posición.

Lo que temía más el general, Zuazua, entonces era coronel, era que viniera la luz del alba y que los sitiados vieran con la baraja con que estaban perdiendo. Sus soldados eran valientes, pero no tenían aire marcial, ni mucha disciplina, ni orden alguno definido para el combate. Es cierto que tenía en aquella cima como unos mil y pico de hombres, por haber mandado desde antes á muchos piquetes numerosos con algunas comisiones; pero éstos no eran para atacar fortalezas en columnas cerradas ni abiertas, sino que cada cual se *agazapaba* y peleaba como podía, aunque siempre con buen éxito. Y así dispuso atacar la ciudadela antes que amaneciera, aprovechando sobre todo el ardor con que se combatía con el sebo del botín, que era lo que más seducía en los combates á aquellos buenos *tagarnos*.

En esa virtud dictó sus superiores disposiciones.

En primer lugar, colocó sus baterías lo más abrigadas posible, no para que abrieran brecha en los muros, lo cual era muy difícil, sino para que se hiciera ruido, mucho ruido, el mayor ruido posible para amedrentar al enemigo ó llamar hacía aquel lado toda su atención, como proba-

blemente sucedió, mientras que, conforme á su táctica vieja, por los flancos y la retaguardia se aproximaban los asaltantes arrastrándose como culebras y cubriéndose con los peñascos.

A una señal convenida, todos habian de levantarse al mismo tiempo y lanzarse al asalto.

Sea porque ya estuvieran amilanados los defensores de la ciudadela, ó porque fueran sorprendidos cuando aparecieron los de Zuazua rodeando el edificio, el caso fué que ya hubo muy poca resistencia y que los soldados voltearon las culatas de los fusiles gritádo:

—¡Estamos rendidos! estamos rendidos!

Cuando Landa y Manero se vieron completamente dominados, quisieron abrirse paso por el frente con unos cincuenta hombres que calaron bayoneta; pero allí estaba ya Zuazua con su reserva, el cual gritó con voz de trueno:

—Si no se rinden mando hacer fuego.

Todos los soldados bajaron las armas, pues una descarga á quema-ropa hubiera acabado con ellos.

Entonces Manero, Landa y otros jefes y oficiales que estaban en el grupo, entregaron las espadas constituyéndose prisioneros.

Zuazua tomó posesión de la ciudadela y de sus elementos cuando se veían despuntar ya los primeros albos de la mañana.

Una vez que hubo dictado las disposiciones del momento para que se levantara el campo y se atendiera á la tropa que no habla comido, se dirigió á una sala acompañado de sus oficiales superiores para tratar sobre los prisioneros.

Había entre aquellos fronterizos un joven inteligente,



pero de una severidad intachable como Robespierre, que tenía allí mucho prestigio, principalmente porque fungía como secretario y como consejero de Zuazua, el cual exclamó con los ojos relampagueantes como si todavía repercutiera en ellos el fragor del combate:

—Señores: nosotros representamos al pueblo y tenemos que hacer en su nombre completa justicia. Hay entre los prisioneros un traidor que necesita ser castigado, y hay una ley vigente sobre conspiradores y rebeldes que condena á los demás á muerte. No somos nosotros más que los ejecutores de esa ley, y debemos cumplirla si acaso somos patriotas por una parte, y leales por la otra al supremo gobierno. Ni siquiera podemos deliberar sobre un punto que está ya resuelto.

Estas palabras fueron bien acogidas por los que estaban allí presentes, cuya cólera por la sangre que se acababa de derramar no estaba aún aplacada, y todos, cuando se les preguntó qué pena debía aplicarse á los prisioneros, contestaron sin vacilación:

—¡La de muerte!

Pero eran sesenta los oficiales y jefes prisioneros, y entonces el Tribunal Militar hizo excepción de casi todos los subalternos, quedando sólo sujetos á la terrible pena: el general de brigada Antonio Manero, el coronel de infantería Antonio Landa, el teniente coronel comandante de la artillería don Francisco Aduna, el comandante de escuadrón don Pedro Gallardo y el capitán de artillería don Agustín Dreshi, estos últimos porque prolongaron la resistencia sin necesidad en San Agustín y Santo Domingo, cuando ya todos los otros puntos estaban rendidos á discreción.

Inmediatamente fueron puestos en capilla (27 de

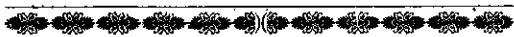
Abril) para ser ejecutados el día 30 á las seis de la mañana.

Landa no se escapó de recibir reproches en su última hora.

Un centinela volvió á él la cara cuando lo sacaban de la capilla para llevarlo al patíbulo, y le dijo con saña implacable:

—Así se castiga á los traidores. Ahora vas á pagarla, bandido!





## CAPITULO XXIV.

*En las altas esferas.*

**A** petición del señor Manuel Larrainzar, ministro de Justicia y negocios eclesiásticos, se había convocado á una reunión de gabinete en la sala de despacho del señor general Zuloaga, Presidente de la República, interino, conforme al plan redentor de Tacubaya.

—El señor ministro de Justicia ha instado mucho para que se celebre este consejo extraordinario, dijo Zuloaga, y nos va á hacer el favor de decirnos el asunto importante que lo ha motivado.

—Señores, comenzó diciendo Larrainzar, hoy comienza una época notable para nosotros los que pertenecemos fervorosamente á la iglesia católica, apostólica, romana; hoy da principio la Semana Santa, y como ministro encargado de los negocios eclesiásticos, he creído de mi deber presentar al gabinete un ligero programa de devociones para solemnizar las fiestas del Crucificado.

Lo que menos se esperaban tanto el señor Zuloaga como sus demás ministros, era aquel exabrupto del de justicia, de modo que se miraron sorprendidos, se sonrieron é inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Mi programa, continuó diciendo el señor Larrainzar, es muy sencillo, y lo traigo aprendido de memoria. Como nosotros somos, sin género de duda, los sostenedores, mantenedores, defensores y redentores de nuestra santa religión, estamos obligados á ser los primeros en manifestarnos religiosos para ejemplo del pueblo y respeto y apoyo de la venerable clase sacerdotal, en esa virtud propongo que toda esta semana la consagremos á ejercicios piadosos, y así hoy lunes lo dedicaremos á la preparación, aunque desde ayer debíamos haber concurrido á bendecir nuestras palmas; mañana martes concurremos al tribunal de la confesión, el miércoles á la ceremonia de la Señá y á las tinieblas, el jueves recibiremos todos, pero todos los que componemos el poder público, la comunión, después visitaremos los altares y rezaremos las estaciones por las calles, como conviene á los buenos cristianos; el viernes concurremos al Aposentillo, á las tres horas y á la procesión del Santo entierro. . . . .

—Y el sábado á que nos cuelguen, dijo Zuloaga riéndose.

Pero como los demás no se rieron, sino que permanecieron muy graves, inmediatamente agregó el primer magistrado:

—Es una chanza. Ahora hablando formalmente, repuso, me parece que muchos tenemos una grave dificultad para asistir á la comunión.

—¿Cuál? preguntó Larrainzar.

—La de que estamos excomulgados por haber jurado la Constitución.

—Todas las penas impuestas á ese horrible pecado han sido levantadas por una autoridad eclesiástica competente, por el Ilustrísimo señor Obispo Munguía, á cuantos se opongan á aquel aborto legislativo, con el solo hecho de adherirse al plan político de Tacubaya.

—Es verdad, dijeron los demás ministros,

—No habiendo tal inconveniente, iremos todos á comulgar, contestó Zuloaga.

El programa de Larrainzar, con pequeñas modificaciones, fué aprobado en junta de ministros.

Como una bomba cayó sobre los empleados y funcionarios la circular y sobre los militares la orden, que se expidieron inmediatamente después de la junta de ministros, para que todo el mundo se confesara y comulgara el jueves santo, á cuyo efecto había de concurrir todo el elemento gubernativo bien peinado, uniformado y dispuesto, á los oficios divinos que con tal objeto se celebrarían en la Catedral.

Cuando los generales Zuloaga, Parra, Castillo, Gutiérrez y otros estuvieron juntos en la presidencia acordando los pormenores de la ceremonia militar respecto de músicas, vallas y asistencia, el general Parra, que era muy *mochó*, pero á la vez muy despreocupadote como jalisciense, al tratarse de lo de la confesión y la comunión soltó la carcajada exclamando:

—¡Cómo! ¿también su excelencia el señor Presidente va á comulgar?

—También mi excelencia, contestó Zuloaga riéndose. ¡Miren ustedes nomás en qué apuros me han puesto y me

siguen poniendo esos condenados beatos que se llaman mis ministros!

—¡Alto, señor Presidente! Yo también soy ministro y no soy beato.

—Pero usted no concurrió á la junta.

—Parece que olió lo que iba á tratarse, porque sí he estado presente; de seguro suelto la risa y comprometo la gravedad del gobierno.

—Que concurra el gobierno á las ceremonias, dijo Castillo, santo y muy bueno; pero eso de ir á rezar por las calles, es ridículo.

—Sobre todo, agregó Zuloaga, cuando tantos de los que tenemos que recibir la comunión y rezar las estaciones, no sólo juramos la Constitución, sino que anduvimos por los pueblos hasta apedreando las imágenes de los santos.

—¿Pero á quién son debidas tantas exigencias?

—Primeramente á mis ministros, y con especialidad á Hierro Maldonado que se ha comprometido.

—Que se ha comprometido á qué? preguntaron Gutiérrez y otros generales.

—Voy á hablar con franqueza, prosiguió Zuloaga: mi ministro de Fomento y Hacienda, don Juan Maldonado, está negociando un empréstito, mejor dicho, un auxilio, porque el empréstito nunca se pagará, con el venerable cabildo eclesiástico de esta diócesis, y me parece que el Dean ó algún otro personaje del clero ha sugerido la idea, casi con el carácter de condicional, que para que todos los señores sacerdotes que están dispuestos á prestarnos uno ó dos millones que necesitan Osollos y Miramón para la campaña, no se arrepientan, es conveniente que se haga algún alarde de religiosidad por parte del gobierno,

precisamente teniendo en cuenta que somos muchos los que juramos la Constitución.

—Ya comprendo, exclamó Parra, lo que quiere el clero es que matemos *gachupín*.

—¿Qué es eso? preguntó Castillo.

Entonces Parra contó el cuento aquel de que los insurgentes muy desconfiados como Morelos, no llegaban á admitir á ningún realista convertido, sino cuando tenían la prueba de que había matado á un español de los que militaban en contra de la independencia.

Una vez convencidos todos los militares, funcionarios y empleados, de que no tenían más remedio que comulgar y rezar para que el clero soltara los millones, y para dar una prueba evidente de que el gobierno no sólo era adicto, sostenedor, amigo y compadre de la religión, sino observante humilde de las prácticas que tenía establecidas la iglesia para sus fieles, una vez que se supo que aquello era una exigencia ineludible de la política nueva que reinaba, la cual podía llevar el apodo de dictadura clerical, todos corrieron á las iglesias á buscar padres con quienes confesarse, formándose una romería oficial muy chistosa.

Los periódicos de aquella época, que eran todos redactados por conservadores, como «La Sociedad,» el «Diario de Avisos» y el «Diario Oficial,» pues no había prensa libre como diremos luego, contenían largas y apetitosas reseñas sobre las composturas de la Catedral, sobre cómo el Exmo. señor Presidente y los Exmos. señores ministros y sus excelencias los señores generales se sentaron bajo palio, los unos con sus augustas familias y en sillones dorados, los otros con sus familias menos augustas, para asistir á los oficios divinos, y cómo llegada la vez, todas esas

excelentísimas personas, de ambos sexos, recibieron la sagrada eucaristía de las manos santas del Ilustrísimo, reverendísimo y eminentísimo prelado. Ló cierto fué que no hubo campanas, porque en los días santos no se repica, ni hubo cañonazos, ni cohetes, porque solamente hasta el sábado es cuando se queman los judas; pero en cambio hubo músicas que tocaron muy piano, hubo cánticos sagrados, hubo muchas ceremonias y lucieron muchas joyas las damas y muchos entorchados y cruces los militares, habiendo también personajes que llevaron cordones y cruces de la orden distinguida de Guadalupe, ya entonces difunta.

También se dijo que el señor Presidente, ministros, generales, empleados y funcionarios que componían la administración, habían ayunado y comido de vigilia casi toda la semana.

Lo que sí se vió con gran contentamiento de las damas y el clero, y con grande admiración de las gentes sencillas del pueblo, fué que por la tarde del jueves el señor Presidente con ministros y funcionarios, acompañados de una música y de muchos soldados, salieron de palacio con las cabezas descubiertas, con velas de cera en las manos y dirigidos por varios sacerdotes revestidos de todas sus insignias, rezando á voz en cuello las estaciones, y que recorrieron en són de mogiganga las calles de Plateros, de San Francisco, del Reloj, de Don Juan Manuel, etc., para visitar, siempre rezando en voz alta, las iglesias de la Profesa, de San Agustín, de San Francisco, de Santa Teresa y de Santo Domingo.

Apenas terminada la gran maniobra religioso-política de las estaciones, todo el concurso oficial se dirigió á la iglesia metropolitana á ofrecer el rezo con gran ruido de



cánticos, y luego ocuparon sitios para seguir presenciando las demás ceremonias del rito correspondientes á la tarde y noche del jueves santo.

El viernes santo, según estaba acordado, el gobierno con todos sus acólitos pasaron el día en la Catedral y en otras iglesias para celebrar el aposentillo, la oración del huerto, las tres caídas, el vía-crucis, las tres horas, el descendimiento, el santo entierro y las demás ceremonias correspondientes.

A las diez de la noche que cesó el trágico, dijo Parra muy rendido á la oreja del Presidente:

—Si para el otro año nos dan la misma soba, prefiero dejar la cartera.

—Y yo la Presidencia, contestó Zuloaga.

De tal manera quedaron impresionados los ánimos con todo aquel boato y con todo aquel aparatoso enjambre de ceremonias religiosas y civiles, que el periódico «La Sociedad» no pudo menos que lanzar por primera vez la gran idea, la salvadora idea de que para que todas estas grandes conquistas no se perdieran, había que solicitar la protección decidida y fraternal, ó paternal más bien, de alguna potencia europea que pudiera contrarrestar con fruto las simpatías que demostraban los Estados Unidos por los liberales de México. Esto es, el partido conservador y clerical propuso ya directamente una intervención extranjera: poco después fué cuando empezó á hablarse ya con formalidad también de un príncipe extranjero, apoyado por las potencias, que fuera católico, para que apoyara á su vez al clero con todos sus bienes y preeminencias y al partido conservador.

A fines de Abril, cuando tanto Osollos y Miramón, como Echeagaray, como los dos hermanos Cobos, como

Negrete, como los demás generales que se encontraban en campaña pedían recursos con apremio y no podía mandárselos el gobierno, Zuloaga se encaró con Hierro Maldonado, su ministro de *finanzas*, y le dijo:

—Ya fuimos á las iglesias, ya rezamos, ya comulgamos para que el clero nos proporcionara uno ó dos millones de pesos, se ha pasado un mes y no nos ha dado ni cuartilla, ¿qué sucede pues?

—Sucede, señor Exmo., contestó el ministro, que los canónigos y todas las demás reverencias de la iglesia están celebrando cabildos para determinar alguna cosa, y según me informan, las discusiones son acaloradas, ya porque unos alegan que no hay dinero contante disponible sino en algunos conventos ricos, ya porque otros se oponen á que se hipotequen las casas ó á que se nos den escrituras para que nosotros las negociemos.

—Que no le pongan á usted los ojos verdes, señor ministro, cuando yo me pronuncié, es decir, antes de que me pronunciara, para decidirme á dar el golpe, me llevaron á ver el tesoro de la iglesia y me enseñaron muchos miles de talegas amontonadas, manifestándome que todo aquello serviría para ayudarnos á constituir y sostener un gobierno en caso que yo me resolviera á echar á pique el de Comonfort. Aquel Presidente fué mi amigo y mi sostén contra los liberales que no me querían aceptar, y si yo cometí la ingratitud al ponermele enfrente, fué obligado por las promesas que me hizo el clero y que ahora debe cumplir. Es preciso que las cumpla ya, señor ministro, pues que hasta ahora apenas nos habrá ayudado con unos veinte mil pesos, y á mí me hizo creer que tenía á mi disposición lo menos unos veinte millones.

—Hoy mismo voy á hacer mérito de esos ofrecimien-

tos con los sacerdotes de más influencia, dijo el ministro.

—Porque, continuó con tono bastante molesto el Presidente Zuloaga, si no nos ayudan, y muy pronto, van á suceder una de dos cosas ó las dos cosas juntas, lo que también les dirá su excelencia á los señores prebendados: que los generales se nos pronuncien ó que nosotros mismos nos veamos obligados á reconocer el gobierno de Juárez, que al fin y al cabo es el legítimo.

El ministro se puso horriblemente pálido ante estas palabras, y no pudo hacer otra cosa más que inclinarse humildemente.

—Observo otra cosa, siguió diciendo Zuloaga exaltándose cada vez más con sus propias palabras, que todos los gobernadores, que todos los comandantes militares, que todos los caciques que dependen de nuestra administración, están despachándose con la cuchara grande, sin que nadie les vaya á la mano. Todos se han revestido de facultades extraordinarias, todos decretan préstamos, imponen contribuciones y se echan compromisos, sin que de acá se les pueda decir nada porque contestarían que no se les da dinero y que no están dispuestos á morir de hambre, de modo que estamos dando el escándalo de vivir en plena anarquía, cuyo estado de cosas no puede prolongarse, si no queremos hundirnos. . . . .

—Todo gobierno nuevo tiene sus dificultades. . . .

—Es cierto que todo gobierno nuevo necesita organizarse; pero también, es verdad que en cinco meses no hemos podido dar ni un solo decreto salvador para que nos proporcione elementos, á cambio del que dimos quitándonoslos aboliendo la desamortización de los bienes de manos muertas, que fué la gallina de los huevos de oro de

la anterior administración. ¿Cuándo veremos á nuestro ministro de *finanzas* con un proyecto de su invención para crear recursos sin apelar á la caridad avara de los clérigos?

El ministro se puso rojo como una amapola y contestó balbuceando:

—Pronto tendré la honra de someter uno á la consideración de Su Excelencia.

Y como de las deliberaciones que tuvieron por muchos días los jefes de la iglesia metropolitana resultó que sí había disposición de ayudar al gobierno hasta con un millón y medio de pesos, pero que no habiéndolos, se le darían doscientos mil en partidas, y algunas escrituras y promesas, con todo lo cual no podía salir el gobierno del gran atolladero en que estaba metido, el ministro de Hacienda presentó el gran proyecto que había ofrecido, el 13 de Mayo.

—¿Qué es esto? preguntó Zuloaga.

—Es el decreto salvador: un proyecto para que se pague por una sola vez una contribución extraordinaria sobre todos los capitales, el cual rendirá, según mis cálculos, de dos á tres millones de pesos.

—¡Pues que se publique! exclamó Zuloaga.

Y para sus adentros se dijo:

—Esta ha de ser una de tantas barbaridades; pero en fin, que coma la tropa, y después dé nosotros el diluvio, como dijo el otro.

Efectivamente resultó el decreto una gran barbaridad, porqué fué á herir muchos intereses que estaban tranquilos, y los primeros que protestaron fueron los extranjeros, manifestando que ellos no podían ayudar con

su dinero á que se estuviera manteniendo viva la guerra civil, y acudieron á sus representantes diplomáticos para que los defendieran.

Entonces se dió otro decreto diciendo que ninguna autoridad podia gravar con ningún préstamo ó contribución los bienes de los extranjeros, lo cual hizo que á su vez los mexicanos ricos dieran muestras del mayor disgusto, empezando á renegar de sus regeneradores, tanto más cuanto que suponían que aquel era un gobierno que pertenecía á la iglesia, y á la iglesia correspondía mantenerlo.

Quizá alguno de los pocos periódicos que se publicaban, se atrevió á decir algo sobre el particular, y algun otro manifestó que no habiendo ley de imprenta, los escritores estaban sometidos á procedimientos arbitrarios, lo cual los ponía en peor condición que los delincuentes comunes.

Entonces se reunió el gabinete, hubo una discusión muy animada, y el ministro de la gobernación, señor Elguero, propuso para zanjar las dificultades, que se declarara vigente sobre asuntos de imprenta la ley llamada de Santa-Anna.

—Hombre, muy bueno, gritó el general Parra, para que así todos los escritores que se propasen vayan á dar á San Juan de Ulúa.

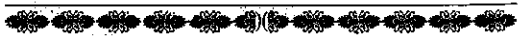
—¡Canastos! exclamó por su parte Zuloaga, ahora aparte de llamarnos *mochos*, nos van á llamar también *santanistas*.

Cuando salieron Larrainzar, Elguero y Hierro Maldonado de la Presidencia, se comunicaron el pensamiento que desde días atrás venía haciéndoles cosquillas en el

magin y que ninguno se atrevia á externar, dicho pensamiento fué este:

—Es necesario ver cómo nos quitamos este Presidente que es un poco estúpido y nada apropiado para la situación. Desde mañana le buscaremos un sustituto.





## CAPITULO XXV.

---

### *El nuevo guerrillero.*

LA pequeña guerrilla organizada en Santa Ana Acatlán por el joven dependiente, fué escoltando á los Supremos Poderes hasta Sayula, en donde se habían reunido ya algunas fuerzas liberales en torno del gobierno de Ogasón, así como de los generales Degollado, Rocha, Contreras Medellín y otros cabecillas procedentes de Jalisco y Michoacán.

Don Benito Juárez hubiera querido despedir á Adrián dándole alguna buena recompensa por el gran servicio que había prestado á la causa de la República, salvando por dos veces en una noche el personal del gobierno; pero se encontraba en la inopia, y el joven nada habría querido aceptar de dinero, una vez que se conocía á la legua que no le llevaba ningún interés mezquino más que el patriotismo por una parte, y por la otra sus simpatías hacia la bandera constitucionalista. Don Benito, pues, no le dió más que

una carta muy afectuosa que le había de servir en cualquier tiempo y ante cualquier personal administrativo de la Capital, como de seguro pasaporte y muy amplia recomendación:

Adrián casi imprimió los labios en aquella carta que consideraba había de ser en lo futuro su mejor talismán, y recibiendo apretones de manos y muchas expresiones de gratitud, de cariño y de aliento de parte de los ministros, montó á caballo y se volvió para sus terrenos, seguido de un puñado de hombres que comenzaron ya á tratarlo y á verlo como persona de importancia.

Los Supremos Poderes tomaron poco descanso y continuaron su viaje para la ciudad de Colima á donde pensaban establecer el gobierno ambulante de la República, mientras pudiera conservarse la plaza contra los terribles embates de los Macabeos, escoltados aquellos por algunos centenares de hombres armados bajo el mando del general don Santos Degollado.

Es del caso referir aquí que, aunque don Benito Juárez y sus ministros habían visto á Parrodi muy desmoralizado, como éste había quedado indeciso sobre la conducta que había de observar, máxime cuando había sido nombrado ministro de la guerra, todavía abrigaban esperanzas ó de que se resolviera á hacer una resistencia tenaz en Guadalajara, siquiera para entretener algunas semanas al ejército de Osollos para que entre tanto tomara cuerpo la revolución en otros Estados, ó de que se retirara para el Sur con sus mil y tantos hombres, que siempre hubiera sido un buen pié veterano para organizar un regular ejército; pero ya hemos dicho que Parrodi no era un militar de aventuras, y que había dado por terminada su misión sin que lo hubiera alagado la cartera de guerra, la cual con-



sideraba como un estorbo, no viendo en torno suyo tropas suficientes organizadas sobre las que pudiera ejercer una acción provechosa, decidiéndose por tanto á la sumisión al gobierno de Tacubaya bajo condiciones que estimaba honrosas para un general capitulado. Así es que la tal capitulación no dejó de ser un golpe magno para el gobierno constitucional que ya no tuvo por asilo seguro la ciudad de Colima á donde había llegado felizmente, no habiendo quedado atrás una fuerza competente para que defendiera los pasos abruptos de las barrancas de Atenquique, la Cañada y Beltrán.

Entonces el gobierno calculó que de todas maneras iba á quedar allí muy arrinconado, con difícil comunicación para entenderse con los pocos Estados que permanecían leales, y como había recibido seguridades de que Veracruz se sostendría hasta el último extremo y noticias de que por aquellos rumbos habían conseguido algunas ventajas apreciables las armas constitucionalistas, resolvió embarcarse en el puerto de Manzanillo, para ir á buscar, cuando se pudiera, un refugio en las costas veracruzanas, desde donde extender su influencia en una zona más amplia y más importante.

Se convino entonces en nombrar ministro de la guerra y general en jefe del ejército que se organizará en los Estados del interior, con amplísimas facultades, al general don Santos Degollado, de quien no se podía esperar ni una defección ni una debilidad, pues que demasiadas pruebas había dado de que era tenaz, valiente, organizador y patriota.

Degollado contestó á aquella muestra de confianza diciendo:

—Estimo esto más que si estuviéramos en la Capital

al frente de todos los elementos posibles, porque se me considera apto para luchar con la adversidad. No tengo ni un peso, ni un soldado de los que se llaman veteranos, ni algo que me pueda ser útil por el momento para emprender y dirigir una campaña cualquiera; pero el nombramiento que llevo en mi poder para el Interior me dará prestigio, y con él espero poderme rodear de muchos y buenos patriotas que, aunque no sean militares, sepan luchar por la buena causa. El gobierno puede ir seguro de que no me faltarán ni la lealtad ni la resolución para representarlo por acá dignamente. Solamente que muera en un encuentro, no lograré llegar con un ejército á la Capital de la República antes de nueve meses.

Don Benito Juárez permaneció muy serio, y los ministros se sonrieron con estas palabras de don Santos, considerándolas como una fanfarronada; pero de todas maneras le dirigieron flores llenas de cariño y se despidieron, no sin que les palpitara el corazón lleno de angustia, pensando en su interior que quizás no volverían á verse nunca, cuando tantos obstáculos había que vencer para alcanzar una victoria destinada sin duda para otras generaciones menos infortunadas, pues la fé en el porvenir ninguno la perdía, aunque se vieron como estaban en la más desesperada de las situaciones.

Don Santos Degollado regresó á dar organizaci6n á las pocas fuerzas que había esparcidas en los pueblos del Sur de Jalisco, viviendo con trabajos á expensas de la gente pacífica, y los Supremos Poderes continuaron su larga peregrinación embarcándose en el Manzanillo para ir á San Francisco de California, primero, después á Panamá y por fin al Golfo de México, para desembarcar cuando se pudiera en Veracruz ó en el lugar de la costa que les ofre-

ciera alguna confianza, para continuar la lucha por el triunfo de la legalidad constitucional.

Después veremos cómo Juárez y sus ministros llegaron sanos y salvos á Veracruz, y hablaremos de la recepción no sólo cordial sino entusiasta que se les hizo, con todo lo cual pensaron que tal vez habían logrado llegar después de tantas fatigas á seguro puerto.

Ahora tenemos que volver al Sur de Jalisco, en donde también el nombramiento de don Santos Degollado había sido del mejor efecto, tanto como lo había sido de muy malo el de Parrodi.

Ogazón, Rocha, Contreras Medellín, Díaz, Gruz Aedo, todos los que se habían reunido en Sayula, dijeron á una voz:

—Ahora si se están depurando nuestras filas.

No querían que militaran en ellas ni los que habían pertenecido al ejército permanente de Santa-Anna, ni los que habían temporizado con Comonfort, ni los que se habían inspirado en los principios indecisos de Doblado, ni los que de cualquiera manera habían tenido puntos de contacto con el moderantismo ó con la reacción. Todos aquellos patriotas decían:

—Defendemos la causa del pueblo, así es que del pueblo deben surgir los defensores de la Constitución: con el pueblo mexicano nos sobra para triunfar de los clericales, de los facciosos, de los reaccionarios, de los moderados, y sobre todo, del militarismo, que ha sido el que ha impuesto los yugos más odiosos á la República.

Desde la derrota de Salamanca en que habían defecionado al frente del enemigo los tibios y los moderados, los generales permanentes y los que con ellos simpatiza-

ban, comenzaron los liberales á ver con ojeriza á todos ellos y á propagar la doctrina de desmilitarizar á la República.

—Se van los militares de profesión á las filas contrarias! decían los tímidos.

—Pues que se vayan, contestaban don Santos Degollado y los suyos, nosotros no los necesitamos. Quien queremos que esté con nosotros es el pueblo. Del pueblo tienen que salir los héroes que sepan defender la libertad.

¡Y de las filas del pueblo salió toda aquella cohorte de valientes que tantas veces hicieron morder el polvo á los brillantes Macabeos!

Nuestro joven Adrián . . . había regresado, según dijimos, de Sayula á los alrededores de Santa Ana Acatlán, ya fuera con la esperanza de ver á Refugio ó para tener noticias de ella y servirla en algún caso imprevisto, de protector; pero con la idea también de engrosar sus filas con algunos jóvenes de la localidad que lo conocían y que simpatizaran con la causa que estaba defendiendo.

Nada sabía de lo que hubiera pasado en el pueblo después de su salida, así fué que su primer cuidado al acercarse, fué mandar á uno de sus muchachos de confianza, que siendo lo suficientemente despierto no inspirara sospechas, ó á lo menos muchas sospechas, siendo como es tan difícil que en una población pequeña no se sepa todo y que no se conozcan los secretos de todo el mundo, de todo el pequeño mundo, se entiende, en que están habituados á vivir.

El enviado de Adrián se llamaba Nicolás Ramírez: no le dió papel ninguno porque no fueran á registrarlo y se lo hallaran; pero sí le dijo:

—Además de lo que te he dicho, Nicolás, te hago los siguientes encargos: vas por la casa donde vive Refugio y procuras verla y hablarla, diciéndola que estoy con salud, y que lo mismo le deseo á ella, así como que haya vuelto ya la serenidad á su alma después de los pasados sucesos. Ella te dirá lo que me has de decir á mi después que la hayas dicho de mi parte que mucho la recuerdo, y que mucho deseo que ella y todos los suyos estén sin novedad. Te informas de lo que haya hecho Pedro Ordóñez, dè si saben por dónde anda si es que no está en el pueblo, y de todo lo demás que tenga relación con su persona y con su familia. Te informas también con mucho cuidado de lo que pasó con el señor Iniestra, pues como nosotros nos hemos venido por travesías y no hemos encontrado á nadie que nos dé noticias, ignoramos cuál fué su paradero, lo mismo que el rumbo que tomaron las tropas del gobierno que iba mandando el coronel. Después llegarás á la tienda, darás recuerdos míos á mi tío y á los dependientes, y les dirás que me manden contigo lo que gusten si no están enojados, y entre otras cosas, alguna ropa blanca, cualquier libro para leer en los ratos perdidos, y lo demás que se les antoje y tengan por conveniente, ofreciéndoles que allí estaré luego que se acaben mis compromisos.

Nicolás dejó el caballo para entrar al pueblo por entre los cañaverales y llamar menos la atención, y antes que todo entró en su casa que era un jacalón en medio de un pequeño solar situado en los suburbios, y allí le dieron los primeros informes. Todos los del pueblo sabían quiénes habían tomado partido por Pedro y quiénes por Adrián, estando la mayor parte en favor del primero, porque defendía la santa religión, y no por el segundo que defendía á un indio sin creencias y bueno para nada, una

vez que no llevaba ni espada ni pistola, ni metía siquiera las manos cuando lo atacaban, de modo que no siendo general ni sabiendo pelear, era cuento perdido eso de ponerse á su favor.

—Bueno, bueno, les dijo Nicolás, ¿y Pedro, en dónde se encuentra?

—Pedro se encuentra, según dicen, en Guadalajara, á donde se fué con el coronel Landa que estuvo allí afuera.

—¿De modo que Landa no estuvo aquí algunos días?

—No llegó á entrar siquiera, y cuando lo buscó por la mañana el señor Iniestra, ya había desaparecido, porque dizque tuvo noticia por Pedro de que una fuerza muy grande estaba ya con el señor Juárez.

—Pero esa fuerza muy grande fuimos nosotros, ¡cuatro gatos!

—Otra ha de haber sido la que vió Pedro, que dizque le mataron á tres que se enterraron al día siguiente, sacando todos los demás heridos, pues hasta el mismo Pedro sacó un rosón en una oreja.

—¿Y no se quedó aquí curándose al día siguiente?

—Al día siguiente nadie lo vió. Por la noche fué cuando lo curaron en la botica, y eso muy de carrera, para que no fueran á cogerlo los soldados que andaban rondando en el pueblo, el caso fué que por la mañana ya sólo se recogieron los muertos y algunas armas que había tiradas, y el señor Iniestra cogió por un lado y el señor Landa cogió por otro, y ya nadie volvió á verlos.

Nicolás tomó los demás informes que consideró convenientes, y al oscurecer se dirigió á la casa de Refugio, á la cual encontró en la puerta casualmente por haber aca-

bado de salir acompañando al cura, quien había estado allí á confesar á doña Juanita que había caído enferma con los sustos que había recibido. De pronto Refugio se sorprendió; pero á las primeras palabras que le dijo el muchacho, se puso al corriente del asunto, manifestándose tan regocijada que en vano lo quiso disimular.

—Y Adrián, ¿está bueno?

—Está bueno, contestó Nicolás.

—¿No corre ningún peligro?

—Ninguno. Está á dos leguas de aquí en un rancho de un amigo.

—¿Y por qué no se viene?

—Porque dice que está muy comprometido.

—Pero ya acabó todo, ya puede venirse.

—Vendrá mañana quizás, cuando yo le diga que no hay ninguna fuerza; pero él no quiere venir sino cuando tenga veinticinco hombres.

—¡Virgen María! ¿Pues acaso ya se hizo militar?

—Sí, señorita: tiene un nombramiento de comandante que le dió el señor Juárez.

—Pues me harás el favor de decirle que se quite de esas locuras y que se venga á la tienda á trabajar como siempre.

—Es imposible que se venga ya de pacífico mientras dure la revolución.

—Dime todo lo que te haya dicho que me dijeras.

Nicolás se lo dijo todo, y algo más, porque era verboroso, y temiendo ella que fueran á encontrarla allí hablando con un hombre, ofreció dar á Nicolás la respuesta por escrito antes de las ocho de la noche.

Mientras que Refugio escribía. Nicolás se fué á la tienda del tío de Adrián, y allí produjo la misma sensación.

Nadie aprobaba que el joven dependiente se hubiera metido á guerrillero, porque guerrillero quería decir tanto como ladrón, según el lenguaje de la época, y ninguno quería que un muchacho tan bueno como Adrián, se hiciera bandido, y mucho menos aún, capitán de bandidos. Pero en vista de que Nicolás manifestó la resolución que aquel había tomado de no entrar en el pueblo sino cuando tuviera una fuerza regular bien organizada, que sirviera para dar garantías y no para asustar á nadie, le dieron la ropa y cuanto pedía, agregando el tío un regalo particular para su sobrino, que consistía en una botella de cognac para cuando tuviera sed, y una bolsa con cincuenta pesos para cuando el gobierno no le diera recursos, que esto había de ser desde el lunes hasta el domingo todas las semanas.

Una vez que Nicolás hubo recogido la carta de Refugio y una cajita pequeña de cartón que ella agregó como un recuerdo para Adrián, el emisario salió del pueblo, á pié, y fué á recoger su caballo que le había traído un compañero á un punto inmediato de antemano convenido.

Adrián aguardaba impaciente á Nicolás, recogió todo lo que se le enviaba y después de dar algunas órdenes para el alojamiento de su tropa que ya se componía de quince hombres, montados y armados á su costa, entró al cuarto que se le había destinado por habitación en el rancho, y á luz de la vela leyó la carta de Refugio que decía así:

• Te escribo apresuradamente estas líneas, mi amado Adrián, para decirte en primer lugar que ni tu tío, ni el señor cura, ni mi familia, ni nadie, aprueban lo que has hecho, y sólo yo que sé que tengo la culpa de todo, me



resigno y sufro las consecuencias. Yo bien sé que aquí ya no has de poder vivir, porque es seguro que Pedro, que es muy malo, ha de volver con soldados, y seguramente si te encontrara te mataría, porque dicen que lo ha jurado, y así no sé qué aconsejarte, porque tanto temo al vengativo Pedro como que tú andes expuesto en los peligros de la guerra, sin necesidad. Tú eres juicioso y bueno, y sabrás lo que has de hacer, seguro de que yo siempre te he de querer, siempre te he de ser fiel y siempre te he de encomendar á Dios en mis oraciones. Mi mamá se enfermó con tantos sustos como hemos tenido y hoy se dispuso, aunque el médico dice que tiene muchas esperanzas de que se restablezca. Mi padre te ha cobrado más aborrecimiento con los chismes de Pedro, y dice que jamás consentirá en que yo sea tu mujer. Como me quiere mucho tengo esperanzas de convencerlo con el tiempo. Cuídate mucho, y luego que puedas no dejes de venir á verme.—Tu Refugio que te ama y que te jura serte fiel hasta la muerte.

Adrián leyó diez veces esta carta. Después abrió la cajita de cartón y se encontró allí un cordón de seda con una medalla de plata en que se encontraba la estampa de la virgen. La cubrió de besos, se la colgó en el cuello y dijo conmovido:

—Este ha de ser mi talismán.

Llamó luego á Nicolás que estaba de pié afuera esperando órdenes, el cual entró y le estuvo dando todos los informes que había recogido en el pueblo y que ya conocemos.

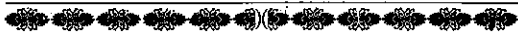
Cuándo iban á separarse, Nicolás agregó:

—Mañana se han de venir con nosotros unos cuatro ó cinco muchachos más, que se quedaron consiguiendo armas y caballos.

—Bueno, bueno, exclamó Adrián casi delirante de gozo, cuando completemos veinticinco nos acercaremos á Guadalajara y haremos temblar al mundo.

Inútil es agregar que tuvo aquella noche los ensueños más deliciosos.





## CAPITULO XXVI.

*\*Un asesinato.*

Un general Casanova, que según se dijo entonces, era un español protegido de Osollos, fué el que se quedó en Guadalajara como gobernador y comandante militar de Jalisco por parte del gobierno tacubayista, con amplísimas facultades en hacienda y guerra. En frente de ese gobierno, es decir, no muy en frente, sino en Sayula, según antes hemos dicho, también con parecidas facultades ejercía el poder don Pedro Ogazón, nombrado gobernador por don Benito Juárez. Desde que se presentaba en campaña don Santos Degollado como ministro de la guerra, la gerarquía de Ogazón quedaba limitada á lo civil, pero con la obligación de ayudar en cuanto pudiera á la organización militar.

A Casanova le había dejado Osollos tres cuerpos de infantería, dos de caballería y más de veinte cañones, no llegando su ejército, sin embargo, apenas á unos mil y

quinientos hombres, con los cuales estaba obligado á defender la plaza de todo ataque exterior y á emprender operaciones contra cuantos se levantaran ú opusieran no solamente en el propio departamento sino en los limitrofes, teniendo al efecto facultades de engrosar sus fuerzas hasta donde fuera necesario por medio de la leva ó de los enganches voluntarios que no se acostumbraron entonces ni han llegado á acostumbrarse ahora todavía.

Aunque se vió bien claro que una guarnición de mil quinientos hombres, poco más ó menos, era insignificante no sólo para una plaza de la importancia de Guadalajara, sino para extender su acción á otros Estados, se tenía mucha fé en dos circunstancias: Primera, en que don Carlos Rivas, los Tovar y otros muy adictos á la causa de la religión prestarían auxilios eficaces al nuevo gobierno en el Occidente del Departamento. Segunda, en que los nacionales y grupos de hombres armados que en pequeña escala habían salido huyendo para el Sur, se desbandarían luego que se encontraran aislados y sin recursos ó que alguna fuerza regular pudiera salir en su persecución. Con ese propósito se destacaron algunas partidas mandadas por un tal Piélagos y un tal Monayo, oficial del ejército el primero y jefe de acordada el segundo, ambos muy aptos para la guerra de albazos y encrucijadas.

Pedro Ordóñez, que según se había dicho en Santa Ana, unido con Landa se había dirigido á Guadalajara para pedir una autorización de guerrillero, no la había conseguido por falta de méritos, de edad y de recomendaciones; pero se habían aceptado sus servicios y se había agregado como sargento á las fuerzas de Piélagos que se había mandado á expedicionar por los rumbos de Cocula y Ahualulco del Mercado.

Naturalmente por esos rumbos en los pueblos que iban tocando las fuerzas de Piélago y Monayo, que ascendían á unos seiscientos hombres, no encontraron á ningún enemigo que combatir, y lo único que hacían era amedrentar á la gente pacífica ocupándoles sus casas y sus propiedades, pues tenían la idea de que cada población, cada hacienda, cada ranchería, era terreno conquistado al enemigo, sobre el cual podían ejercer la más despótica autoridad, tomar alojamientos gratis y hasta acaparar caballos y semillas en la cantidad que se les antojara, poniendo de paso autoridades á su gusto, para lo cual también estaban facultados.

Aunque las dos partidas de hombres armados que mandaban aquellos dos fascinerosos, Piélago y Monayo, habían salido separadamente, llegaron á encontrarse en una hacienda situada entre Ahualulco y Tequila, en la cual se habían prometido hallar un buen botín de armas y caballos preparado para el enemigo, según denuncia que se les había hecho. Entonces fué cuando Pedro, que tenía cierto trato social y que era admitido por esa circunstancia á alternar con sus jefes, dijo á Piélago y á Monayo:

—Si de botín se trata, aquí tenemos cerca á un enemigo del gobierno, de cuya persona y bienes podemos disponer sin ningún escrúpulo, porque hasta ha sido gobernador de Jalisco con los puros.

—¿Quién es él? preguntó Piélago.

—Es el doctor Ignacio Herrera y Cairo.

Monayo, que debía muchos servicios personales á aquel doctor y que tenía la conciencia de que permanecía tranquilo en su hacienda, precisamente porque fiaba en el hombre de las armas que ya antes le había dado toda cla-

se de seguridades, Monayo, decimos, cambió de color y dijo luego:

—El doctor Herrera y Cairo hace mucho tiempo que no se mete en nada.

—Tan se mete, observó Pedro con marcada enquina, que si vamos allá no dejaremos de encontrarnos algunos elementos de guerra destinados para servir al enemigo.

—Nada perdemos con ir allí y ver lo que encontramos, agregó Piélagos con viveza como si fuera ya un golpe que tuviera bien premeditado.

—Pues iremos, dijo Monayo que no quería hacerse sospechoso; pero como yo he tenido amistad con el doctor me quedaré en la cuadrilla.

Desde aquel momento Piélagos se ocupó en recoger datos con todos cuantos encontraba. A su paso respecto del doctor, los cuales demostraban que era muy liberal, muy inteligente y hasta cierto punto temible como partidario, porque era enérgico, astuto, valiente y desprendido del dinero cuando se trataba de gastar en favor de su causa.

—Pues creo que es un buen golpe el que vamos á dar, decía Piélagos á Pedro sin ocuparse ya gran cosa de Monayo, y estoy cierto de que lo que hagamos será aprobado en Guadalajara.

Y como si se tratara de dar una sorpresa al enemigo, ocultaron su marcha, saliendo en dirección del Sur y variándola después al Oeste, al amanecer, para seguir caminando en la noche á fin de llegar por la madrugada á la hacienda de la Providencia en donde vivía muy tranquilo el doctor Ignacio Herrera y Cairo, como que era hombre que cansado ya de la política, á la cual había consagrado las energías de su juventud, se había retirado de

ella para ser agricultor y curar gratis á todas las personas de las fincas y poblaciones vecinas que lo necesitaban.

Cuando los trabajadores empezaron á salir para el campo muy á la madrugada, vieron con sorpresa que la casa de la hacienda estaba rodeada de gente armada, y dos jefes en la puerta esperando que ésta se abriera para entrar, no sin que se hubieran encerrado ya en una troje á cuatro ó cinco rancheros que se habían encontrado por allí cerca, montados y armados con *machete*, según la costumbre.

Dicho y hecho, á eso de las cinco de la mañana un criado abrió la puerta, y entonces entraron al corredor Piélagos y Ordóñez con cuatro soldados escogidos. Los que se quedaban rodeando la casa, recibieron orden de no dejar entrar ni salir á nadie.

Piélagos dijo al criado:

—Anda y di á tu amo que aquí lo buscan unos amigos:

—Señor, le contestó el criado muy humildemente, el señor doctor salió anoche á una curación y volvió muy tarde. Ahora está durmiendo.

—Despiértalo.

—Mandó que no se le despertara.

—Entonces lo despertaré yo: dime dónde está.

El criado, lleno de zozobra, indicó la habitación en que el doctor estaba descansando. Se acercó Piélagos, y con la empuñadura de la espada dió varios golpes secos y repetidos.

—¿Quién es? preguntó la voz del doctor.

—Amigos.

—Pues si son amigos, déjenme dormir un poco más.

—Enemigos, dijo entonces Piélagó con coraje.

—Yo no tengo enemigos, contestó el doctor riéndose, pero en fin, voy á levantarme. Espérenme un momento.

Piélagó aconsejó á Pedro que amartillara su pistola, y á los soldados les ordenó, que sin hacer ruido, prepararan sus fusiles.

Unos minutos después, el doctor á medio vestir abrió la puerta y se hizo á un lado para no recibir el aire de frente, pues la luz era escasa todavía á esas horas.

Los seis hombres se precipitaron en el dormitorio, empuñando las armas en actitud amenazadora.

Al ver esto el doctor Herrera y Cairo, quiso precipitarse á coger su pistola que estaba en la cabecera de su cama; pero ya Pedro se había adelantado, apoderándose de ella lo mismo que de tres armas más que estaban en el rincón de la pieza, de las cuales dos eran escopetas de caza.

—¿Usted es el doctor Herrera y Cairo? preguntó Piélagó.

—¿Me explicarán ustedes qué significa todo esto? preguntó el doctor á su vez, sin poderse dar cuenta de que tal invasión se hiciera á aquellas horas en su habitación, sin tener sobre ella ningunos antecedentes.

—Esto significa, señor, contestó Piélagó con la voz temblorosa, pues siempre la actitud digna de un hombre inocente impone, que nosotros hemos sido enviados aquí para sorprender una conspiración.

—Una conspiración?

—Sí.

—Pero usted ve que estoy solo y me levanto de la cama.

—Si no la hay ahora, la ha habido, continuó dicen-



do Piélago: Tenemos datos ciertos de que se han celebrado aquí algunas reuniones numerosas y de que hay ocultos elementos de guerra.

—Ah! ¿de manera que ustedes pertenecen á alguna fuerza enviada á catear la hacienda?

—Yo soy el jefe de las tropas, pertenezco al gobierno restaurador de las garantías establecido en Guadalajara y

—Viene usted á restaurar aquí las garantías, continuó diciendo el doctor Herrera y Cairo con tono algo sarcástico.

Piélago levantó la cabeza altivamente porque era orgulloso, y dijo ya en un tono resuelto:

—Basta ya de explicaciones que no necesitamos dar, porque nosotros somos soldados y cumplimos con una consigna, de manera que vistase pronto y dispóngase á seguirnos.

—Muy bien, señor . . . ¿qué graduación tiene usted?

—Soy el teniente coronel Piélago.

—Muy bien, señor teniente coronel, en este momento soy con ustedes.

Entonces Piélago, Pedro y los hombres se salieron al corredor, por supuesto con todo y las pocas armas que se habían encontrado.

Estando fuera, el primer jefe dijo al segundo:

—¿Conoce usted esta hacienda?

—No la conozco, contestó Pedro; pero adivinando las intenciones de Piélago agregó: ya he mandado que se asegure á toda cuanta gente haya, hombres ó mujeres, y que se registren minuciosamente todos los rincones, porque á no haber duda, según las noticias, debemos encontrar aquí algún parque y algunas armas.

El doctor Herrera, según había ofrecido, se vistió pronto, salió y dijo á los que estaban en el corredor:

—Estoy á las órdenes de ustedes.

Piélago se quedó un momento pensativo y luego dijo:

—Vamos á dar dos ó tres horas de descanso á la tropa para que almuerce, y en seguida nos pondremos en marcha. Entre tanto, en la pieza de la finca que usted elija, se quedará con una guardia.

—Me es indiferente cualquiera, contestó Herrera y Clairo.

—Entonces aquí.

Y Piélago escogió un extremo del corredor en donde no había ninguna puerta. Allí se colocó una silla en que se sentó Herrera estoicamente, rodeado de un grupo de soldados mandados por Pedro, que, bajo la responsabilidad del jefe de la fuerza, funcionaba ya como subteniente.

—¿De manera que estoy preso? preguntó el doctor.

—Solamente mientras se hace un registro de la hacienda, contestó Piélago.

Este dió media vuelta, ordenó los servicios que debían hacerse, que se dispusiera el rancho de la tropa y él personalmente fué á continuar el cateo que dió por resultado, como era natural, que se encontraran algunos fusiles para defensa de la finca y alguna correspondencia que el dueño de ella mantenía con algunos de sus amigos liberales en que le daban noticias de la situación, lamentando muchos de ellos su retraimiento.

Como lo que se buscaba á todo trance, era un pretexto cualquiera, aquello poco que se encontró, sirvió para formar el cuerpo del delito, y en esa virtud Piélago di-

jo desde lejos al oficial que estaba al frente de la guardia encargada de la custodia del preso:

—Queda el señor rigurosamente incomunicado.

Herrera y Cairo oyó con extrañeza aquella orden, pero se conformó con encogerse de hombros y murmurar de manera que lo oyeran algunos de los que lo rodeaban:

—Esto sí que es bastante misterioso.

Luego que la tropa comió, Piélagos, después de coger lo mejor que se encontró en la hacienda para sí y para sus soldados, dió la orden de marcha.

Cuando la tropa estuvo lista, montó él á caballo, y como había mandado que se ensillara uno de los propios caballos del doctor Herrera y Cairo, dijo á Pedro:

—Haga usted que monte el preso en su caballo y seguirá con la misma fuerza custodiándolo.

—Pero señor, dijo entonces el doctor, ¿no se me permitirá despedirme de mi familia?

—¡Silencio! gritó Pedro Ordóñez, se encuentra usted incomunicado.

La familia había sido encerrada en otro departamento, y sólo cuando salieron los últimos soldados que estaban dentro de la hacienda, fué cuando se oyeron primero sollozos y luego gritos de desesperación.

A nadie se permitió que siguiera al preso, y el mismo Piélagos dijo á los criados que se hacían cruces viendo todo aquello:

—He dado la orden de que se haga fuego á cualquiera que venga á seguirnos.

Por la tarde llegó Piélagos con su fuerza y con el preso á la población de Ahualulco del Mercado, tomando allí cuarteles y alojándose en la casa principal que pertenecía al coronel don Tomás Ramírez Lazo. Allí mismo fué ence-



*Aprehensión del Doctor Herrera y Cairo.*

rrado el doctor Herrera en un cuarto, con centinela de vista y bajo la vigilancia del subteniente Pedro Ordóñez, que mandó poner á un lado de la puerta un catre de campaña.

Esto pasaba el 17 de Mayo.

Cuando se esparció entre los vecinos de Ahualulco, la noticia de que había llegado preso el doctor Ignacio Herrera y Cairo, como éste era allí muy querido por sus obras benéficas, se produjo la alarma consiguiente. Piélagó hizo saber á algunos de los principales vecinos que se le presentaron, haciendo gestiones en favor del prisionero, que sólo se trataba de una medida preventiva ó cuando más de una multa de cinco mil pesos que se impondría por toda pena al culpable, pues que tenía pruebas evidentes de que aquel estaba protegiendo con armas y dinero á las partidas de constitucionales, que habían estado ya por días enteros de guarnición en la hacienda de la Providencia.

En realidad parece que Piélagó había dado parte al gobierno de Casanova, de aquella importante aprehensión y estaba esperando instrucciones.

El 18 se presentó á Piélagó un grupo de vecinos acomodados y uno de ellos le expuso: que supuesto que sólo se trataba de imponer una multa al señor Herrera y Cairo por su conducta como partidario, la cual se quedaba á salvo de otra clase de consideraciones, pues ellos no se mezclaban en política, que sólo por tratarse de un benefactor del pueblo, estaban dispuestos á pagar los cinco mil pesos.

—No son cinco mil pesos, contestó Piélagó riéndose, ¿cómo había de soltar yo á un preso tan importante como Herrera y Cairo por tan corta cantidad, para que después se me hicieran cargos? Yo solamente lo pondré libre por diez mil pesos que es lo menos que necesito para pagar sus adeudos á mis soldados.

Ante esta declaración, los respetables vecinos se quedaron atónitos, pero no desalentados, y entonces ofrecieron ir á ver si era posible que se reunieran los diez mil pesos, si no todo en efectivo porque no había suficiente número, á lo menos la mayor parte y el resto en viveres que fueran útiles para la tropa.

En la noche del mismo día se presentaron, manifestando que darían seis mil pesos en efectivo y cuatro mil en granos y géneros.

Piélagó no los recibió, mandándoles decir que volverían al día siguiente, á las once de la mañana.

Estuvieron muy puntuales los vecinos. Piélagó los recibió en la sala y cuando le hicieron presente los sacrificios que habían hecho para reunir tan respetable suma, Piélagó les dijo:

—Voy á ser franco con ustedes. El delito que ha cometido ese hombre, está comprendido entre los que merecen pena capital. No le he mandado formar un Consejo de guerra porque no es necesario; pero ya está sentenciado y probablemente será ejecutado mañana. Sin embargo, si ustedes pueden dar un rescate de veinte mil pesos, acaso conseguirán salvarlo.

—Señor teniente coronel Piélagó, exclamó uno de aquellos honrados vecinos sin poder ya disimular su indignación. Usted nos ha dado ayer su palabra de honor de que el señor Herrera y Cairo, sería puesto en libertad, si nosotros entregáramos diez mil pesos.

—En primer lugar, yo no he dado mi palabra, como no la doy ahora por los veinte mil pesos. En segundo lugar, ustedes mismos confesaron que no traían más que seis mil pesos en efectivo.

—Pero ofrecimos en valores el resto, en valores que son indispensables para la tropa. . .

—No quiero valores, quiero dinero efectivo, y no trayéndolo, estoy en mi derecho para doblar la cantidad. Ahora exijo veinte mil pesos, en pesos fuertes, y sin un centavo menos; pero en el término improrrogable de dos horas.

—Veinte mil pesos no los reunimos aquí nunca, exclamó uno de los vecinos con desaliento.

Pero otro más enérgico, exclamó luego:

—Señor teniente coronel, ¿nos da usted ahora su palabra de poner libre al doctor, si dentro de dos horas le traemos veinte mil pesos?

Piélago se quedó reflexionando, consideró como imposible que pudieran reunir tal suma en tan corto plazo, y contestó con resolución:

—Les doy mi palabra.

Los vecinos se retiraron lentamente, unos completamente descorazonados, otros llevando en el corazón un rayo de esperanza.

A las dos horas justas volvieron: Piélago se estremeció y aun pensó en negarse á recibirlos; pero observó que no llevaban el dinero, cosa que podía verse bien porque entonces no había billetes de Banco y dejó que entraran. Cuando se les presentó en la sala, uno de los vecinos se adelantó, presentándole un papel:

—¿Y qué es esto? preguntó Piélago.

—Un giro mercantil sobre Guadalajara.

—¿Un giro mercantil?

—Sí, señor, una libranza pagadera á la vista por la casa de Blumen, en Guadalajara.

—Yo no entiendo de giros ni de libranzas, yo entiendo de pesos.

—Este papel representa veinte mil pesos.

—¿Y si no se paga?

—Se pagará seguramente.

—¿Y quién me responde?

—Todos nosotros con nuestras vidas y haciendas.

—Señores, exclamó Piélagos fingiéndose enojado, esto parece un juego. Yo he pedido pesos, talegas de pesos, ¿entienden ustedes? yo no quiero papeles ni firmados por el Padre Eterno.

—Pero señor, nosotros nos constituimos garantes....

—Y yo quedo libre de todo compromiso una vez que han transcurrido las dos horas y ustedes no me han traído veinte mil pesos, en pesos. Es negocio terminado.

Piélagos se levantó y se salió de la sala.

Los vecinos se fueron consternados. Los demás que había en la calle esperándoles, así como las familias que los vieron pasar, derramaron lágrimas al notar que ellos mismos iban llorando.

—El doctor está perdido, está perdido, decían á los que les preguntaban, el señor Piélagos se muestra inflexible, no quiere dinero, no quiere nada, lo que quiere es sacrificar al querido doctor Herrera y Cairo.

Piélagos entre tanto se tiraba de los cabellos, exclamando:

—¡Y ese maldito extraordinario que no vuelve de Guadalajara!

Llegaría ó no llegaría el correo que Piélagos esperaba de Guadalajara, lo cierto es que acercándose al cuarto del doctor, dijo á Pedro el oficial de sus confianzas:

—¿Cómo está el prisionero?

—No se muéve; ó es de miedo ó es que espera que los suyos se apuren mucho para conseguir su libertad.



—Pero no lo han conseguido.

—¿Y lo conseguirán?

—No. Estoy ya resuelto á fusilarlo.

—Salvo la respetable opinión de mi superior, yo hubiera hecho eso mismo, sin salir de la hacienda de la Providencia.

—Allí habrían dicho que era un asesinato, mientras que aquí el acto tendrá mayor solemnidad.

—¿De manera que puedo prevenirlo?

—No es necesario. Mañana se le saca á las seis de la mañana y se le lleva al sitio que ya tengo elegido en que mandaré formar el cuadro.

—Muy bien, mi coronel.

—Aun no: todavía soy teniente coronel. Después de este servicio que presto á nuestra causa, es seguro que me vendrá de México el despacho de coronel. Ese vale más que los veinte mil pesos que me daban estos majaderos.

Pedro se conmovió y dejó escapar una lágrima.

Desde muy temprano hubo movimiento de tropas y en el mismo alojamiento de Piélagos se oyó ruido de espaldas, de caballos y de fusiles. Herrera y Cairo se figuró que iban á conducirlo ya á Guadalajara, cuando se le dijo que se pusiera en el centro de la escolta.

—¡En fin! murmuró, va á desenlazarse esta situación extraña.

Cuando llegaron al punto en donde estaban formadas todas las tropas, comprendió por qué tantas señoras al verlo pasar lloraban ó enclavijaban las manos.

—Van á fusilarme, dijo en su interior; pero ¿por qué, Dios mío?

Entonces dirigiéndose á Pedro Ordóñez, que siempre estaba encargado de su custodia inmediata, le dijo:

—Veo que se trata de fusilarme, según parece, ¿puede usted decirme el motivo?

—Por el delito de conspiración.

—Está bien. ¿Y qué jueces son los que me han condenado?

—El señor teniente coronel Manuel Piélagos.

—Esto es inusitado, incomprensible. Yo creo que al menos se me permitirá despedirme de mi familia, dictar algunas disposiciones.

—La única disposición que se podría dictar sería mandarle llamar un eclesiástico para que se confesara; pero siendo usted impío.

—Señor, ¡por Dios! yo no comprendo esto.

—Calle usted, ya me ha hecho hablar más de lo necesario y me está prohibido. Además, hemos llegado.

Pedro empuñó su espada y se dirigió á donde estaba Piélagos, montado á caballo con algunos oficiales, cuadrándose delante de él, esperó á recibir órdenes.

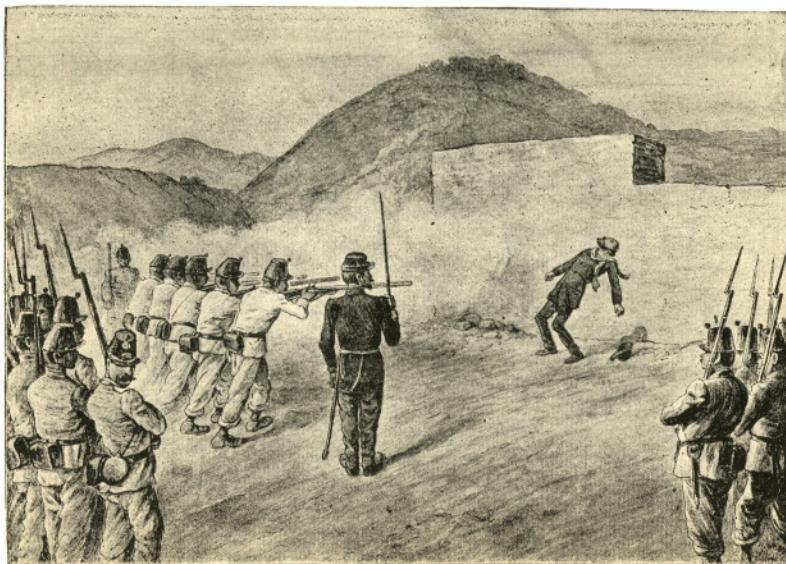
—La ejecución se verifica en aquella tapia descubierta. No se permite á ninguna persona que entre al cuadro formado por la tropa. Usted da las voces de mando.

Pedro, que era oficial recientemente hecho, que nunca habia visto ningún fusilado; que no sabia nada sobre el particular, no dejó de ponerse densamente pálido; pero no queriendo dar su brazo á torcer, se dirigió con el preso al sitio indicado, lo mandó vendar y le dijo:

—Arrodílese usted.

—¿Por qué me he de arrodillar? preguntó el doctor. Asesínenme ustedes de pie, puesto que se trata de un asesinato. Yo no soy criminal.

—Soldados, exclamó entonces el nuevo oficial con la voz temblorosa, preparen las armas.



*Inicua ejecución de Herrera y Cairo.*

Los soldados prepararon sus armas como pudieron.

—Apunten

Los soldados apuntaron.

—¡Fuego!

Los soldados hicieron un fuego graneado sobre el doctor, que cayó extendiendo los brazos sobre el vacío.

La gran iniquidad estaba consumada.





## CAPITULO XXVII.

— — —  
*La campana del correo.*

**S**EGUIA reinando el general Casanova en Guadalajara, y verdaderamente su poder no se extendía fuera de garitas, si no era cuando mandaba secciones de tropas á merodear por los pueblos, que nunca se componían de menos de quinientos hombres, por temor á los guerrilleros audaces que habían surgido, y entre otros Antonio Rojas, que se había hecho temible, no sólo por su valentía, sino por sus atrocidades. Con la excursión de Piélagos y Monayo, que había producido el feroz asesinato del doctor Ignacio Herrera y Cairo, coincidió otra del general Domingo Herrán, también con una fuerza de cerca de quinientos hombres de infantería y caballería que pudo ser de consecuencias para los liberales.

Herrán no era más que un elegante de las banquetas; pero de la noche á la mañana quiso lucirse como mi-

litar en las filas de la reacción, y fácil le fué por las influencias de familia, hacerse de un grado superior. No era perito, pero era valiente y audaz y consideró fácil acabar el solo con las hordas diseminadas por el Sur de Jalisco.

Con quien primero se encontró en el paseo militar, que se había propuesto hacer hasta Colima, fué con Antonio Rojas, que tenía ya bajo su mando á doscientos *chinacates*, engrosados con cien infantes más que mandaba el teniente coronel don Lino Suro. El plan consistió en dar una sorpresa á los liberales que se encontraban descuidados en la Venta de Caballos, por el rumbo de Zacoalco de Torres. El ataque de Herrán fué impetuoso, y con la superioridad de su gente, logró al principio desordenar á las fuerzas enemigas; pero se rehicieron algunos grupos y presentaron alguna resistencia aunque floja, hasta que por un flanco apareció un trozo cómo de veinticinco ginetes, cuyo jefe que montaba un magnífico caballo obscuro, se levantó el sombrero y gritando con voz de trueno: ¡aquí está Rojas! se lanzó sable en mano, seguido de sus hombres que lo secundaron admirablemente, dando una carga formidable. Tanto aquel grito oportuno, como la violencia del ataque, y haberse dirigido éste por un flanco de la columna de Herrán que la dividió en dos partes, amedrentaron á tal punto á los que quedaban á la retaguardia que empezaron á desbandarse y entonces los de Rojas y Suro, aprovechando tan inesperado auxilio, volvieron á la carga y entonces Herrán tuvo que retirarse en derrota, no obstante la que dió un parte muy rumboso, asegurando que había hecho huír á las gavillas de los liberales, que habían dejado el campo regado de armas y cadáveres, haciéndoles seis prisioneros. Esos seis prisioneros, eran seis pobres diablos que había cogido en

el camino para meterlos como un trofeo á Guadalajara, donde se volvió más que de prisa.

—¿Quién es el que nos ha auxiliado tan eficazmente? preguntó Rojas, después de la refriega.

—Yo, mi coronel, respondió un joven adelantándose con sombrero en mano.

—¿De dónde viene usted? ¿Quién es usted?

—Me llamo Adrián Canales, soy de Santa Ana Acatlán y estoy autorizado por el Presidente Juárez, para mandar esta guerrilla.

Rojas y Suro, abrazaron al joven, dándole las gracias.

—Perdone usted, mi coronel, dijo á poco Adrián, que haya tomado su nombre, gritando: ¡Aquí está Rojas! fué un ardid de la guerra.

—Bien hecho. ¿Quiere usted unirse conmigo?

—Me quedaría con mucho gusto, mi coronel, le contestó Adrián; pero tengo que cumplir con una comisión que ha tenido á bien confiarme el señor ministro de la guerra, y voy á cumplirla.

—Está bien. Por mi parte no olvidaré el servicio que usted me ha prestado y tal vez más adelante podré correspondérselo.

—¡Adios!

—¡Adios!

Adrián Canales picó su caballo y se separó del lugar en que se había desarrollado lo recio del combate, seguido de sus hombres.

La comisión que tenía Adrián, era acercarse lo más que pudiera á Guadalajara, mandar allí exploradores entendidos y comunicar las noticias más exactas que pudieran recogerse de la situación de la plaza.

Don Santos Degollado, que era un organizador de pri-

mera fuerza, tenía ya como unos dos mil quinientos hombres, no muy bien armados y municionados; pero con la moral suficiente para que pudieran secundar sus proyectos.

El fusilamiento de Herrera y Cairo, había sido el 20 de Mayo, el combate de la Venta de los Caballos el día 22 del mismo y probablemente á renglón seguido, Adrián había comunicado noticias favorables, porque el 1° de Junio reinó la mayor alarma en las calles de Guadalajara, escuchándose entre las gentes que las recorrían proveyéndose de comestibles para lo que pudiera suceder, estas fatídicas palabras: ¡Ya vienen los liberales!

Y el grito de ¡ya vienen los liberales! era tremendo en aquellas circunstancias, porque los periódicos conservadores, habían tenido cuidado de exagerar hasta lo inaudito las crueldades de Rojas y los robos que cometían en los pueblos todas las demás fuerzas, á las cuales llamaban gavillas de bandoleros y hordas de salvajes.

El gobierno, para dar tranquilidad á la población, mandó fijar avisos en las esquinas, asegurando que no había ningún enemigo, ni era posible que lo hubiera, porque las pocas partidas que había en el Sur, viviendo del pillaje, no era fácil que se atrevieran á acercarse á una plaza tan fuerte como Guadalajara, cuya guarnición sabría hacerlos morder el polvo como ya lo había hecho varias veces.

Y como á pesar de esto la alarma continuaba, el gobierno mandó tocar la campana del correo.

La campana del correo no estaba en esa oficina como muchos creían, sino en donde está aún ahora, en una torre de la Catedral; pero era una campana especial, muy *ladina*, muy penetrante, que se hacía oír á largas distancias y que era siempre la precursora de un repique á vuelo



general que solía prolongarse hasta por dos horas, según era de importante la noticia favorable que se celebraba.

Cuando el bando conservador estaba en el poder y los liberales oían tocar la *campanita del correo*, sentían calambres y retortijones de tripas, pues ya sabían que aunque con muchas adulteraciones, iba á publicarse una mala noticia. La multitud se agolpaba á las puertas del Palacio y á las dos ó tres horas de estarse oyendo aquel lúgubre martilleo, salía el «Alcance,» al periódico oficial en que se publicaba la noticia, á la vez que comenzaba el repique general.

En esta ocasión eran varias las noticias que por extraordinario violento habían llegado: toma de Orizaba por el general Echeagaray, pronunciamiento de Negrete con sus fuerzas en contra de don Benito Juárez, adhesión de Yucatán y del vapor de guerra «General Guerrero,» al gobierno tacubayista y derrota de Pueblita en Michoacán.

Todo esto era viejo ó fraguado, pero importaba reanimar el espíritu público; sin embargo las gentes vieron que esa noche se estuvieron levantando á la luz de las hachas encendidas unas trincheras, y al día siguiente la *leva* fué más fuerte que nunca, llevándose á trabajar en las fortificaciones hasta á las gentes de levita.

El día 3 de Junio apareció don Santos Degollado en San Pedro, á una legua de la ciudad, y aunque en ésta había dos mil hombres de guarnición de buena tropa con treinta piezas de artillería, no se pensó en salir á dispersar aquellas hordas de bandoleros y menos cuando se supo que había llegado el general Blanco con ochocientos fronterizos y el coronel Iturbide con trescientos michoacanos enviados por Huerta.

La de don Santos Degollado había sido una magni-

fica combinación: sitiar á Guadalajara con cuatro mil hombres y hacer capitular á la guarnición en quince días de asedio; pero la plaza estaba bien fortificada, y aunque se tomaron á viva fuerza algunos puntos importantes, como el Carmen y Santo Domingo, fué necesario levantar el sitio porque se supo que Miramón, con tres mil hombres y veinticuatro bocas de fuego, se dirigía á marchas forzadas á proteger á Casanova, que habia mandado extraordinario tras extraordinario, pidiendo auxilio.

Degollado se retiró otra vez al Sur; pero entonces Miramón lo siguió con todas las fuerzas disponibles y con bastante artillería, ofreciendo no volver sin haberlo exterminado, y en efecto á los pocos días se oyó tocar la fatídica campana del correo y se publicó el primer parte de Miramón, dando cuenta de haber desalojado al enemigo de las barrancas de Atenquique, poniéndolo en completa fuga.

Transcurrieron ocho días más y Miramón entró entre repiques á Guadalajara; pero las gentes atónitas preguntaban: ¿en dónde están los prisioneros? ¿en dónde están los cañones y las banderas quitadas á los liberales?

Medio se vislumbró una parte de la verdad, cuando se conoció un poco más tarde el parte de Degollado en que á su vez decía que Miramón sólo habia batido una parte insignificante de sus fuerzas que habia puesto en Atenquique para defender el paso, mientras colocaba su artillería en otra barranca llamada de Beltrán, á cuyo punto queria atraer al enemigo; pero que Miramón no habia querido seguirlo, dejándole no obstante algún botín y treinta prisioneros que le hicieron sus guerrillas en la retirada. Una de esas guerrillas, que fué siempre hostilizando la retaguardia de Miramón hasta las goteras de Guadalajara, fué la de Adrián Canales.

El combate de Atenquique fué un logogrifo, una vez que los dos bandos celebraron la victoria, aunque para ninguno tuvo consecuencias. Miramón, ó porque temiera recibir un golpe mortal en las segundas posiciones ó porque tuviera sus miras puestas en otra parte, regresó á Guadalajara para irse luego á la Capital, mientras que Degollado se volvía á sus antiguos cuarteles, para volver á poner sitio un poco más tarde á la perla de Occidente.

Entonces no se vió claro nada, pero más tarde ya se comprendió y así lo dijeron los liberales, que Miramón sólo andaba dándose importancia como ciertas mujeres que la echan de hacendosas, que se mueven mucho de aquí para allá con objeto de llamar la atención y que en realidad no hacen nada de provecho.

La ciudad de Guadalajara por de pronto quedó tranquila. Las mujeres hermosas, entre ellas algunas casadas muy distinguidas, pagaron su tributo al vencedor, y el ibérico Casanova siguió mandando en la plaza con admiración de los conservadores que le habían visto *chuela* y que lo tenían ya considerado como una perfecta nulidad.

Hubo por entonces otros acontecimientos que tuvieron muda á la campana del correo, según las noticias que se comunicaban *sotto voce* los que simpatizaban con la causa constitucionalista.

—¿Qué sabe usted de nuevo? preguntaba el peluquero á don Cleofas cuando lo estaba rasurando, en un momento en que no había otros clientes en la peluquería.

—Yo no sé nada.

Todos tenían miedo de decir lo que sabían por temor á las persecuciones.

—Aquí estuvieron ahora unos señores, insistió el

rapista, y platicaron que había muerto el señor general Osollos en San Luis.

—Eso sí, todo el mundo anda contando que murió de una fiebre en San Luis Potosí.

—Aquí se dijo que lo envenenaron los mochos.

—¡Psé! él era también mocho.

—Pero le tenían recelo quién sabe por qué.

—Porque tenía sus ideas liberales y era humanitario. El caso es que murió.

—También cuentan que luego que Osollos murió llegó Zuazua y tomó la plaza.

—No fué luego, sino pocos días después.

—¿De manera que es cierto?

—Parece que no cabe duda: aun se cita la fecha del 30 de Junio como día en que Zuazua tomó la plaza de San Luis, apoderándose de todas las piezas de artillería y haciendo más de ochocientos prisioneros.

—¿De veras?

—Eso dicen, y agregan los que reciben impresos de los revolucionarios, que hay partes oficiales en que se dice que el 7 de Julio don Estéban Coronado también tomó á Durango, haciéndose de buenos elementos de guerra.

—Esos liberales no se duermen.

—¡Qué se han de dormir! pues si Miramón salió de aquí con todo su ejército de seis mil hombres apresuradamente, fué porque se supo que otro jefe del Norte, el señor Aramberri, está amagando á Guanajuato.

—¡Con razón en todos estos días no se ha llegado á tocar la campanita del correo!

—No, no ha habido repiques, ni tampoco dobles.

—Y debía haberlos, si es cierto todo eso.

—Si ha de serlo, porque de otra manera no dejarían á don Santos Degollado en el Sur, que tal vez tenga la tentación de volver á atacar á Guadalajara.

—Aquí dicen, los señores del gobierno que vienen á rasurarse, que es imposible que venga porque quedó destrozado, y que por eso han estado saliendo muchas partidas, para no dejarlo que se organice.

—¿Han salido tropas?

—Sí señor, ¿pues no lo sabe usted? Blancarte salió para el Sur con quinientos hombres y Piélagos y Paulin salieron con otros quinientos con rumbo á Tequila.

—¿No decían que Piélagos estaba procesado por el fusilamiento del doctor Herrera?

—Aquí han dicho que el gobierno de México lo mandó procesar para teparle el ojo al macho; pero el señor Casanova lo hizo coronel.

—¡Ah!

—¿Oye usted?

—¿No es la campana . . . ?

—Sí señor, es la campana del correo.

Don Cleofas cambió de color, y como ya estaba rasurado salió á informarse de las noticias.

Cuando leyó el «Alcance» se sonrió con cierta satisfacción.

—¡Ah! yo creía que era otra cosa.

El jefe que había salido para el Sur, sorprendió en Santa Ana Acatlán una fuerza de una avanzada de cincuenta hombres que mandaba el coronel Cheesman y le hizo unos doce prisioneros que mandó fusilar en el acto.

¡Ah! ¡si hubiera estado allí Adrián! Pero el joven guerrillero había sido mandado á observar la fuerza que mandaba Piélagos, cuyo jefe estaba comiendo horrores en

Tequila para hacer efectivo un préstamo forzoso que había decretado.

Terminadas las escenas abominables que se verificaron en Tequila, con motivo del préstamo, por los caudillos Piélagos, Paulín y Monayo, regresaron éstos á Guadalajara seguidos de cerca por varias guerrillas, entre las que se veía siempre vigilante la que mandaba Adrián Canales, compuesta nada más que de veinticinco hombres, pero bien montados y armados.

Entonces el general Casanova, urgido en parte por las órdenes que recibía de México para que no dejara tomar cuerpo á las tropas que mandaban Degollado y Oga-zón en el Sur de Jalisco, y en parte envalentonado por los buenos éxitos que habían tenido las secciones de á quinientos hombres que había mandado á merodear por varios puntos, reunió á sus principales jefes y les dijo:

—¿Están ustedes conformes en que vayamos de una vez á acabar con la chispa del Sur?

—Sí, mi general, le contestaron sus jefes sin discrepancia.

—¡A la buena de Dios! Alistense para marchar.

Y todos se prepararon para hacer un paseo militar hasta Colima, en donde contaban con partidarios, una vez que en aquellos días se había descubierto una conspiración, y sólo había sido ejecutado un coronel llamado Ignacio Martínez, quedando los demás conspiradores á la capa, porque no habían podido ser descubiertos.

El día 15 de Septiembre salió Casanova de Guadalajara con dos mil hombres, seis piezas de grueso calibre y un obús de montaña, fuera de sus guerrillas de exploradores. Para dar una sorpresa al enemigo, hizo un rodeo fingiendo tomar otra dirección; pero Adrián se en-

contraba alerta cerca de Santa Ana y mandó dar aviso á Degollado de que se había movido todo el ejército de Guadalupe. Degollado estaba en Sayula, mandó luego reconcentrar sus tropas que estaban diseminadas, componiéndose el total de un número poco más ó menos igual al de los tacubayistas.

Todos los jefes que estaban á su lado, fueron de parecer que se debía marchar al encuentro del enemigo, tanto para amedrentar á éste, como para levantar el ánimo de las fuerzas liberales que se encontraba algo abatido por la escasez de los recursos.

El día 17 se oyó á las siete de la noche; el lúgubre sonido de la campana del correo.

—¿Cómo! ¿tan pronto derrotó ya Casanova á Degollado? le preguntaron á don Urbano Tovar que se quedó de gobernador interino.

—No, el general ocupó á Santa Ana, huyendo los exploradores que estaban en el pueblo.

El que había entrado allí primero fué Pedro Ordóñez, que iba buscando un encuentro con Adrián Canales. No fué entonces, sino un poco más adelante, cuando se encontraron en el camino de Zacoalco, quedando la victoria por Pedro que recibió un auxilio oportuno. Adrián se retiró sólo con quince hombres, habiendo sido los otros diez heridos ó dispersos.

De todas maneras, el segundo repique que se mandó dar el día 19 por este hecho de armas, reanimó á la población que se veía desierta por la falta de las tropas é inerte con sus fortificaciones.

El ejército liberal ocupaba el punto llamado Cuevitas el día 21 de Septiembre, en que se avistó el que mandaba Casanova: éste, apenas sin reconocer las posiciones, man-

dó dar el ataque que fué resistido con energía. Con los liberales estaban los generales Núñez y Rocha y otros jefes valientes como Rojas, Contreras Medellín, Cruz Aedo y Molina, los que tomaron luego la ofensiva á la cabeza de sus columnas, generalizándose el combate en toda la línea. Aunque Casanova no era un ducho militar, tenía también buenos jefes que lo secundaran; pero todo el brío de éstos fué inútil, porque en menos de una hora y media vieron que su derrota era inevitable, habiendo perdido sus cañones que fueron tomados por la caballería de los liberales.

Adrián, que fué uno de los que dieron el alcance á los dispersos, logró emparejar su caballo con el que montaba Pedro, al cual le dijo:

—Podría matarte ahora, porque nos encontramos otra vez en terreno igual. ¡Escápate!

Y Pedro, siguiendo el consejo, se dejó ir por un barranco.

El primero que llegó de vuelta á Guadalajara el 22 fué Casanova, con una escolta de ochenta hombres, que fué lo único que pudo escapar de aquella terrible refriega.

En cambio en esta vez no se oyó, el lúgubre tañido de la campanita del correo.







## CAPITULO XXVIII.

---

### *El castigo.*

EL mismo día 21, por la noche, á la luz de una fogata se veían unos ocho hombres armados, con sus caballos de la brida, cerca de un rancho situado á media legua de Santa Ana, en el camino de Zacoaco: uno de ellos, joven todavía, parecia el jefe por sus mejores arreos, y revelaba estar impaciente, á juzgar por sus movimientos nerviosos y por las palabras que dejaba escapar de vez en cuando.

—¿Qué hará Tomás? decía mirando hacia el camino, ya es tiempo de que hubiera vuelto.

Nadie le contestaba: los otros cinco hombres permanecían impassibles.

—Sería preciso tomar una resolución, siguió diciendo á pocos instantes, ¿volverá Tomás? ¿Lo habrán detenido? ¿Será posible que me dejen con tan poca gente, sabiendo que hay numerosos grupos de dispersos?

De repente pareció tomar una resolución.

—Oye tú, Agapito, dijo dirigiéndose á uno de sus hombres, monta á caballo y vas á Santa Ana á informarte de si hay soldados en la población. Que te acompañen dos muchachos y que se queden conmigo los otros dos.

—Pero jefe, ¿cómo hemos de dejarlo tan solo?

—No le hacé: Tomás debe haber entregado ya los prisioneros y el botín que recogimos y estará aquí antes de que amanezca. Mientras tanto, nosotros nos metemos en la barranca que está aquí cerca.

El guerrillero; sin hacer más observaciones, montó á caballo, designó los dos hombres que habian de acompañarlo y no dijo más que estas palabras:

—Ya volvemos.

—Cuando estén de regreso se asoman al borde de la barranca y nos hacen la señal con un silbido.

Esto lo dijo Adrián Canales, cuando Agapito picó el caballo seguido de sus dos compañeros.

A la vez, los que se quedaron, se dirigieron á la barranca estirando los caballos de la brida.

—¿Tienen ustedes provisiones? les preguntó Adrián ya en camino, ustedes han visto que no hay en el rancho ni una choza.

—Yo traigo una botella de mescal y unos tacos, contestó uno.

—Yo un pollo cocido, agregó el otro.

—Pues entonces vamos á cenar allí espléndidamente.

En efecto, cuando llegaron al fondo de la barranquilla, ataron los caballos á unos matorrales, se sentaron en el suelo, colocando sobre una piedra las provisiones. La cena no era nada opípara, como había dicho Adrián,

pero en cambio la engulleron con muchísimo apetito.

Apenas había acabado de circular la botella, cuando oyeron rumor de gente y pisadas de varios caballos á lo lejos.

—Debe ser Tomás, dijo Adrián. Vé tú, Bartolo, á ver quiénes son.

Bartolo se asomó al borde de la barranca, y tuvo la imprudencia de gritar á un grupo de unos veinte hombres armados que se acercaban:

—¿Quién vive?

—Religión y fueros, contestó el jefe adelantándose.

—¡El enemigo! gritó Bartolo volviendo á donde estaba Adrián.

—He conocido la voz de Pedro Ordóñez, dijo Adrián montando inmediatamente en su caballo.

Lo mismo hicieron los otros dos.

—Ahora, á vender caras nuestras vidas, exclamó Adrián.

Y lo primero que procuró fué buscar la salida de aquel escondite.

Por lo pronto Pedro y los suyos se quedaron en suspenso, sin saber si atacar ó tomar la huida, pues que ignoraban si eran pocos ó eran muchos los que formaban aquella que parecía una emboscada. De esa circunstancia se aprovechó Adrián para gritar con toda energía:

—¡A envolverlos! Diez por la izquierda, diez por la derecha y todos los demás por el frente. ¡Fuego!

Al mismo tiempo los tres hombres, sin salir completamente del barranco, pero cada uno en lado distinto, dispararon primero sus carabinas y luego sus pistolas de cilindro, haciendo un fuego graneado.

Naturalmente fueron heridos tres ó cuatro hombres

de los de Pedro, y se disponían á huir, azorados como estaban por la derrota de Cuevitas, en la cual se habían encontrado; pero el jefe con toda serenidad ordenó que se extendieran en línea para entrar en combate, figurándose que debían de ser pocos los atacantes, una vez que no se atrevían á salir á campo raso.

El momento fué apuradísimo para Adrián, porque no había tiempo de cargar nuevamente las pistolas, y la lucha á sable de tres contra veinte era casi imposible, y pensó en ordenar la retirada; pero ¿por dónde una vez que el barranco no tenía otra salida? Entonces Adrián exclamó:

—¡Vamos á abrirnos paso, muchachos!

Y metiendo espuelas á su caballo, salió audazmente á ponerse frente á frente del enemigo seguido de sus dos compañeros.

Con la luz de la fogata que todavía ardía frente á la casuca del rancho, contó uno, dos, tres, y luego que vió Pedro que no había más gente, gritó con júbilo reconociendo á su enemigo:

—Al fin te tengo en mi poder, Adrián.

—Aun no, contestó éste disparándole un tiro que tenía de reserva y que fué á herir á Pedro en el hombro derecho, haciéndole tirar la pistola que había levantado para hacer puntería.

—Mátenlo ustedes, dijo á sus compañeros lleno de rabia.

Entonces Adrián empuñó su machete y comenzó el desigual combate, animando Pedro á los suyos con la voz, ya que no podía hacerlo con el ejemplo.

Hubieran sucumbido al número los tres, ó tal vez

no, puesto que como leones peleaban cuerpo á cuerpo; pero en esos momentos llegaron de refuerzo Agapito y los dos hombres que habían ido al pueblo, por un lado, mientras que por el otro llegaba también Tomás con el resto de la guerrilla, compuesta de veinte ginetes.

Entonces los de Pedro tomaron la huida, quedando cinco de ellos prisioneros. el jefe inclusive.

—¿Lo matamos? le preguntó Tomás á Adrián.

—¡Oh, no! está herido y no ha podido defenderse: cuando yo lo mate ha de ser de hombre á hombre.

—¿Por qué no me matas de una vez? exclamó Pedro fuera de sí.

—Digo que no.

Luego dirigiéndose Adrián á Agapito le preguntó:

—¿Hay tropas en Santa Ana?

—Ningunas.

—Entonces vamos entrando.

—No, exclamó Pedro, no quiero sufrir esa humillación. ¡Mátamel!

—¡En marcha! dijo Adrián poniéndose á la cabeza de su guerrilla.

Llegando á las calles de Santa Ana, se acercó á Pedro y le dijo:

—Que te lleven tus hombres á tu casa, todos quedan libres, yo para nada quiero prisioneros.

Tanto unos como otros quedaron sorprendidos, acostumbrados como estaban á ver que los que se cogían con las armas en la mano, principalmente si eran guerrilleros, se fusilaban sin conmiseración.

Como el pueblo estaba alarmado por el tiroteo que había habido allí cerca, inmediatamente se supo la entrada de Adrián y su guerrilla con algunos prisioneros.

Este, por su parte, luego que dejó á sus hombres acuartelados, se dirigió á pié hacia la casa de su novia. Ella estaba en una ventana.

—Todos en la casa están despiertos, dijo Refugio después que le dió la bienvenida con efusión, así es que no quiero que te vean. Mi padre y mi madre casi te odian desde que eres militar y me estrechan á que te olvide.

—Pero tú, Refugio.

—Cada día te amo más y más.

—¡Amor mío!

—Y te juro que nunca te olvidaré, que he de ser tuya ó de nadie.

—Tu recuerdo me protegerá, Refugio, gracias, gracias.

—Vete, Adrián, te lo suplico.

—Adios, mi bien, ¡adios, mi Refugio adorada! Dentro de una hora me pondré en marcha y nadie me verá. Yo te escribiré.

—¿Pero á dónde vas?

—Para Guadalajara. El ejército debe haberse movido ya de Zacoalco.

—¡Dios te bendiga, Adrián!

Se dieron un beso los amantes y se separaron.

Al poco rato empezó á amanecer, pero ya Adrián había partido con sus fuerzas rumbo á Guadalajara para observar al enemigo, según se le había ordenado. Su guerrilla era una guerrilla exploradora, que estaba prestando importantes servicios al ejército de Degollado.

¿Qué hacían entre tanto los derrotados que habían entrado en pequeñas fracciones á Guadalajara? Reorganizarse como podían.

Por de pronto Casanova, que no era un valiente ni

mucho menos, declaró que él no se comprometía á defender la plaza, y que estaba mejor por evacuarla salvando los elementos de guerra y las pocas tropas útiles que quedaban; pero don José María Blancarte, que era no sólo un valiente sino un tamerario, dijo que él se comprometía á detener al enemigo fuera de trincheras, mientras llegaba el auxilio que no dejaría de mandar el gobierno de la Capital.

Entonces todos los conservadores exaltados, aplaudieron á Blancarte, y lo proclamaron su caudillo con entusiasmo.

Desde luego se tomó de *leva* la gente necesaria, no sólo para abrir troneras y levantar nuevos fuertes, sino para empuñar las armas, aprovechando, como recurrió extremo de que siempre se echaba mano, hasta á los presos sentenciados.

Degollado no se hizo esperar mucho. Tan luego como levantó el campo de Cuevitas y dió nueva organización á sus tropas, según las circunstancias, mandó extraordinarios á los Estados en donde había jefes amigos, para que le mandaran los refuerzos que pudieran, dándoles cita para Guadalajara, á cuya plaza se proponía poner cerco, en caso de que los conservadores tuvieran la locura de defenderla.

El 25 de Septiembre amaneció la ciudad sobrecogida de un pánico que se fundaba en los recuerdos del sitio anterior, en el cual habiéndose unido algunos léperos á las fuerzas de Degollado, habían roto con hachas algunas puertas de las tiendas por el rumbo de Belem, por cuyo motivo fueron bautizados desde entonces los liberales con el, mal nombre de *hacheros*, palabra que se usaba aun en los pe-

riódicos, lo mismo que á los conservadores se les dió el apodo de *mochos*, y otros en gran manera denigrantes.

El pánico lo produjo la noticia de que el ejército liberal, como si trajera alas, había llegado á la villa de San Pedro, distante unos cuatro kilómetros de Guadalajara.

El 26 ocupó Degollado con sus fuerzas los edificios más inmediatos, y el 27 se circunvaló la ciudad, sin que el enemigo se atreviera á salir á romper la línea que se estaba formando, lo cual era muy facil, cuando el jefe liberal apenas había comenzado las operaciones del sitio con unos dos mil quinientos hombres.

Fueron ocupándose sucesivamente San Diego y otros edificios exteriores algo dominantes, y el día 4 de Octubre se atacó y tomó el fuerte de Santo Domingo, costando tan brillante hecho de armas la pérdida del valiente general don José Silverio Núñez, que había sido muy fiel á la causa constitucionalista, á pesar de haber formado su carrera militar como los demás oficiales de línea en las épocas aciagas del gobierno de Santa-Anna.

Una vez posesionados los liberales de este punto, que era el principal por el lado Norte de la ciudad, el activo coronel J. Cheesman, de origen americano, levantó al lado de la iglesia un fuerte que llamó la torre de Malakoff, colocó sobre la cima unas piezas de artillería, y desde allí estuvo abriendo brecha en las manzanas del frente que tenían los sitiados muy reforzadas, comprendiendo que por allí estaba el mayor peligro, no habiendo ningún fuerte inmediato que las protegiera.

Entre tanto, Degollado recibió algunos refuerzos, entre ellos uno de muchísima importancia, el de la brigada que mandaba el coronel don Estéban Coronado, que se había distinguido tomando á viva fuerza la plaza de



Durango, y cuya fuerza se componía de unos ochocientos rifles del Norte. Los sitiados á su vez no pudieron ser protegidos, porque las fuerzas de Miramón, Márquez, Mejía, Echagaray, Buitrón, Cobos y demás caudillos conservadores, estaban bastante entretenidas en otras partes, así es que el sitiador pudo seguir todas sus operaciones tranquilamente, sin necesitar de dar asaltos que suelen ser inconvenientes en la guerra cuando no son seguros.

Aunque entonces el arte militar estaba muy atrasado todavía, se siguió en Guadalajara el sistema de aproximación horadando manzanas de casas desde los suburbios hasta cerca del recinto fortificado, é ¡infelices de las familias á quienes tocaba la desdicha de ver pasar soldados por sus habitaciones, pues de seguro que quedaban reducidas á la mendicidad! Se vieron horrores en este sitio de Guadalajara, lo mismo que en los que sufrieron otras poblaciones, equivaliendo un suceso de esos á un incendio, á un terremoto ó á una inundación, cuando esos accidentes son tan violentos y tan destructores que no dejan piedra sobre piedra.

Después de las horadaciones vinieron las minas y las contraminas, pero como ni los de adentro ni los de afuera sabían ponerlas, sin duda por la falta de ingenieros competentes para ese trabajo, al principio solieron dar resultados contraproducentes ó por lo menos fuera de propósito, estallando donde menos se quería que estallaran. Las experiencias sirvieron sin embargo para hacer rectificaciones, y por fin el día 27 de Octubre, después de un mes de sitio en que tanto sufrieron la ciudad de Guadalajara y sus habitantes, se consiguió hacer que se rindieran dos fortines, con sus cañones, que se encontraban en las calles laterales que iban á desembocar á Santo Domingo,

y por allí pudieron penetrar las columnas de los liberales, todavía entre el polvo que había oscurecido el espacio y por encima de los cadáveres que había causado la explosión de la pólvora.

Los pocos soldados que quedaron con vida entre los escombros, ni siquiera pensaron en defenderse.

Como Blancarte, á la vez que era valiente sabía mantenerse sereno en medio del peligro, aunque comprendió que todo se había perdido, se replegó á la iglesia de San Francisco que estaba bien fortificada, para capitular, como en efecto capituló poco después, muy desventajosamente.

Apenas ocupada la plaza y capitulado el último reducto de los conservadores, se empezó á oír un clamor general en el pueblo que se había reunido en la plaza y calles adyacentes.

—¡Queremos á Piélagos! ¡queremos á Mohayo! ¡queremos á Casanova! gritaron.

Y los soldados del Sur, entre los que venían muchos vecinos de Ahualulco, de Tequila y de los demás poblados que tanto habían sufrido con las depredaciones de aquellos jefes, también lanzaban gritos de venganza.

Todavía estaba la sangre hirviendo por los repetidos combates, todavía se respiraba el humo de la pólvora, todavía se oía el eco de los últimos disparos, y tanto los soldados como la plebe tenían una especie de sed de que se hiciera de algún modo justicia, por tantos hombres que habían quedado sin vida, por tantas familias que habían quedado en la miseria, por tantas infamias como creían que habían cometido los instrumentos del bando conservador y la excitación de toda aquella masa que estaba formando un todo compacto, era espantosa.

De repente se oyó un grito de júbilo. ¡Piélago había sido encontrado! ¿Dónde? ¿cómo? Pronto se supo que algún oficial lo había hallado herido en el convento de Jesús María.

—¡A la horca! ¡a la horca! se oyó gritar de todas partes.

Los soldados que conducían á Piélago á la plaza, tenían grandes trabajos para librarlo de las iras del pueblo.

Al desembocar la escolta en la esquina de la Merced, frente á la Catedral, ya no le fué posible seguir adelante.

El oficial que la mandaba dijo entonces:

—¡Que el pueblo haga justicia!

Y los hombres del pueblo se lanzaron ebrios sobre Piélago y querían matarlo, pero otros lo defendieron gritando:

—No, nada de asesinatos. ¡A la horca! ¡a la horca!

Y Piélago fué ahorcado en uno de los balcones del obispado, observándose que ya el temor lo había privado desde antes de todo conocimiento.

En ese mismo instante se oyó otro grito entre las gentes que llenaban la plaza de armas:

—¡Monayo! ¡Monayo! ¡aquí está el infame Monayo!

¿Quién lo llevó allí? ¿cómo apareció en la plaza? No se supo, ni tampoco se supo cómo los hombres del pueblo improvisaron una horca, se proporcionaron cuerdas y pudieron llevar á efecto el segundo castigo de otro de los facinerosos que se consideraba como el más criminal entre todos los otros criminales.

Por la calle de San Francisco, que también estaba muy concurrida, pasaba después de estos sucesos el teniente coronel Antonio Rojas con algunos de sus hom-



*Piélago ahorcado en Guadalajara.*

bres muy excitados, como era natural que se encontraran, cuando algún mal intencionado les dijo:

—Allí en la casa de don Antonio Alvarez está oculto Blancarté.

Rojas, que tenía sus cuentas pendientes con aquel por cuestiones de bandidaje á que eran ambos tan inclinados, dijo á los suyos:

—Vamos á sacarlo para que lo entreguemos al pueblo.

Y se metió á la casa de Alvarez seguido de los suyos y de algunos curiosos.

¿Hizo alguna defensa Blancarte ó se le asesinó cobardemente? ¿Fué Rojas el que disparó sobre él ó los que lo acompañaban? No pudo averiguarse: el hecho fué que se dispararon algunos tiros y Blancarte quedó allí mismo sin vida.

Rojas, espantado de aquel suceso, huyó de Guadalupe, y don Santos Degollado lo puso fuera de la ley temporalmente.

¿Fueron justos aquellos castigos verificados en medio de la embriaguez popular? ¿Fué debido que se castigara un asesinato con otros asesinatos? Lo que puede afirmarse es que la alegría del triunfo, se amargó con aquellos sucesos de salvajismo.

---



## CAPITULO XXIX.

*La reacción triunfante.*

LA peregrinación de don Benito, saliendo de la capital para atravesar la República, sin más elementos que la investidura que le daba la Constitución, y después de estar á punto de morir en Guadalajara y en Santa Ana Acatlán, embarcarse en el puerto de Manzanillo para ir á desembarcar en Veracruz sin saber si aquella plaza estaba ya en poder de la reacción, revela el caracter del hombre. Cualquiera otro hubiera huido para ya no volver, como huyó Comonfort, como huyó Santa-Anna varias veces, como huyó Arista, como huyó Lerdo de Tejada, como huyó Iturbide, ¡como huyeron tantos! Juárez no quiso huir, porque para él era nada su persona y mucho el ser representante de la ley: él no era Benito Juárez, él era la legalidad. Podía morir en su puesto ¿y qué? moría cumpliendo con su deber, quedando otros detrás que pudieran salvar la misma bandera.

Imbuido en estas ideas probablemente, pues así lo manifestó con sus actos y con sus palabras, no quiso abandonar el deber que se impuso de defender la causa del pueblo mexicano, á la cabeza de la cual se colocó, viniese lo que viniese, y con ese fin del Manzanillo se dirigió por los Estados Unidos al Golfo de México, sin saber á punto fijo con quién contaba para sostener la gran empresa.

El autor de esta obra fué víctima, algún tiempo después, de las más enconosas persecuciones por parte de don Benito Juárez; pero en este punto, lo mismo que en otros muchos, tendrá que rendir homenaje á aquel grande hombre diciendo la verdad sobre todo lo que tuvo esplendor en su conducta heroica y patriótica.

Cuando Juárez pensó dirigirse á las costas de Veracruz, no ignoraba que la reacción había extendido su poder en casi todos los Estados, y que desde un principio había empleado todos sus esfuerzos para apoderarse de Veracruz por su importancia como puerto y por ser la llave para tener dominados los Estados de Oriente, de modo que no tenía seguridad ninguna de encontrar un punto de apoyo para sus planes ulteriores, que eran colocarse cerca de Oaxaca y de Guerrero que habían de proporcionarle elementos de alguna cuantía, así es que ese solo paso tan atrevido como inesperado, contribuyó en gran manera á fortalecer á los liberales que comenzaban á sentirse abatidos.

La aparición de Juárez en Veracruz, estableciendo allí su gobierno, no sólo redobló los bríos de los defensores de la plaza que no esperaban mantenerse allí largo tiempo, sino que llenó de recelos á la reacción, que vió aterrorizada enfrente de sí á otro poder enteramente resuelto á vencer ó morir.

Desembarcado Juárez en el muelle de Veracruz el 4 de Mayo, y recibido por las autoridades civiles y militares, se dirigió, según el ceremonial antiguo, á la Parroquia con toda su comitiva, y el poco numeroso clero de allí lo recibió en la puerta. En seguida se cantó el solemne *Te-Deum* que era de rigor tanto para los tirios como para los troyanos.

Después siguieron la recepción, las alocuciones y el banquete, tras del banquete una noche de descanso, para dar principio el día 5 á los trabajos de gobierno.

Las circunstancias no podían ser más críticas en tales momentos para los liberales, que no ocupaban más que el perímetro de la plaza de Veracruz y el castillo de Perote, estando ocupado el resto de las poblaciones por tropas tacubayistas, aumentadas con las defecciones y con los refuerzos que recibían de México, pudiendo disponer Echeagaray, que era el general en jefe reaccionario, de más de cuatro mil hombres, mientras que apenas llegaban á unos dos mil los que componían las fuerzas juaristas.

Entonces estuvo el gobierno de Juárez en aptitud de hacer la cuenta de sus elementos. La reacción ocupaba todos los Estados del centro hasta Sinaloa, conservándose fieles á la causa liberal Colima, Sonora, Michoacán, Oaxaca, Guerrero, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, contándose además con varias secciones que operaban en Jalisco, Guanajuato, Zacatecas, San Luis Potosí y Aguascalientes: El gobierno de Tacubaya contaba, además de los Estados más ricos y populosos, con un ejército de operaciones bien disciplinado que pasaba de veinte mil hombres, mientras que los liberales no completaban del momento ni diez mil, contando todas las fracciones que andaban diseminadas.



La ventaja que tenían los liberales era esta: ellos contaban con muchos hombres que habían surgido de todas las esferas sociales, movidos por el entusiasmo y por el patriotismo, que sin conocer el arte de la guerra se lanzaban á defender sus ideales, y eran activos, incansables, tenaces, arrojados y abnegados hasta el sacrificio; mientras que en el lado de la reacción se encontraban los hombres poltrones, acostumbrados como Parrodi á las campañas en que se podía disponer de toda clase de elementos; pero sin entusiasmo ninguno para defender con ardor una causa, que les inspiraba pocas simpatías. ¿Qué les importaba á los militares del vivac, de la francachela y de la vida libre, la defensa de una religión que ignoraban hasta en sus más simples detalles? ¿Cuántas veces se dijo á un militar de los viejos:

—Hombre, ¿y usted por qué defiende la religión?

—¿Cuál religión?

—La católica.

—Yo no sé qué religión es esa: yo á quien defiende es á mí general Miramón que me ha hecho capitán y que con el tiempo me hará coronel.

Así hablaban los subalternos: los generales todavía tenían menos fe en su causa. Los generales decían:

—Ya están al frente de la situación Zuloaga, Miramón y Márquez, que son los que han de obtener el poder absoluto, nosotros ¿qué es lo que vamos ganando cuando triunfemos si ya todos los puestos principales están desde ahora ocupados?

—Bueno, ustedes no ganarán nada aquí en la tierra, pero ganarán mucho allá en el cielo, puesto que están defendiendo la religión.

—Estas promesas para la otra vida no les hacían gra-

cia, y en consecuencia mostraban poco ánimo en las operaciones militares, cómo sucedió con el general Echeagaray, que estuvo meses y meses rodeando á Veracruz sin atreverse jamás á atacar la plaza; hasta que vino el tiempo en que los clamores de la prensa reaccionaria y las quejas de todo el partido, hicieron que fuera relevado.

Los acontecimientos siguieron su curso: Osollos, como se ha dicho ya anteriormente, fué enviado á defender la plaza de San Luis Potosí que estaba amenazada por el ejército del Norte, y allí murió, según unos, de fiebre tifóidea, según otros, envenenado por los que temían que llegara á adueñarse del poder, y que una vez en él se pronunciara por la reforma religiosa hacia la cual había mostrado algunas simpatías.

Faltando Osollos, quedó Miramón como el caballo de batalla del gobierno tacubayista; pero no podía estar á la vez en todas partes, y por más que se multiplicaba, sucedía que mientras iba por el Interior se acumulaban masas de liberales en el Sur y si marchaba para el Sur ó el Occidente se le descomponían el Oriente y el Norte. Y como el joven héroe, después de la muerte de Osollos se consideró con derecho no sólo para sustituirlo en lo militar, sino en las aspiraciones al mando supremo, después de su excursión del mes de Janio por los Estados del Interior, se presentó en México á ejercer la influencia que le correspondía, y en 1.º de Julio, cumpliéndose con sus insinuaciones, se cambió el ministerio de agua tibia que funcionaba, por otro desbordante de reacción que se compuso de las siguientes personas: Relaciones, don Joaquín María del Castillo y Lanzas; Justicia, el eclesiástico don Francisco Javier Miranda; Gobernación, don Manuel Fernández de Jáuregui; Fomento, don José M. Zaldívar; Hacienda,

don Pedro Jorjin; y Guerra el general don José María García. Ya se ve por esto confirmado el refrán que dice: *como es el bodegón son las moscas.*

El primer acto del nuevo gabinete fué suprimir la poca libertad de imprenta que había y expedir una ley de conspiradores que castigaba con la pena de muerte á cuantos se mostraran desafectos al Supremo Gobierno, medidas que sólo dictan los gobiernos anémicos y cobardes cuando quieren sobreponerse á la opinión á fuerza de leyes terroristas, como un cauterio terrible para prolongar la vida, parecido á los que se aplican á los enfermos desahuciados.

Mientras que Miramón estaba así poniendo su espada en la balanza de la política, Zuazua tomó á San Luis Potosí y Vidaurri entró allí poco tiempo después con el poderoso ejército del Norte que venía provisto de cien carros de municiones y de grandes piezas de artillería, haciendo temblar la tierra con sus trenes.

El general Miramón, con su actividad prodigiosa, se dirigió al Interior y reunió con los cuerpos expedicionarios que ocupaban varias poblaciones mandadas por Márquez, Mejía, Chacón, Vélez, Cobos, Argüelles, Florentino López, Moreno y otros, unos cinco mil hombres, dirigiéndose con ellos á San Luis Potosí, amurallado y artillado de un modo formidable. ¿Por qué huyó de allí don Santiago Vidaurri? ¿Fué que le intimidó la audacia de Miramón creyéndolo más fuerte? ¿Fué porque pensó que con su caballería, artillería y grandes trenes podría maniobrar mejor en campo abierto? Y en esta última hipótesis, ¿por qué no fué al encuentro del enemigo en vez de retroceder, lo cual ha sido siempre en nuestras campañas el signo casi evidente de la derrota?

Nadie pudo nunca resolver estas preguntas. El hecho fué que Vidaurri se retiró para el pueblo de Ahualulco, en el camino de Zacatecas, que ni tenía elementos de ninguna clase ni era una posición militar. Verdad es también que Vidaurri era bisoño en el arte de la guerra.

Sucedió lo que tenía que suceder: después de varias peripecias que comenzaron el 25 de Septiembre, Vidaurri sufrió el 29 una espantosa derrota que quedó consumada á las tres de la tarde en Ahualulco de los Pinos, con la pérdida de veintitres piezas de artillería, ciento veintiseis carros, seiscientos muertos y heridos y una veintena de prisioneros.

¡Cosa particular! aquella derrota de Vidaurri causó alegría al gobierno establecido en Veracruz, y á los liberales en general, porque conociendo lo envalentonado que estaba el caudillo del Norte, sabían bien que, á haber triunfado, hubiera entrado á México y se hubiera pronunciado por su presidencia, importándole un pito la legalidad. Así la derrota que sufrió Vidaurri en Ahualunco, se consideró como una victoria para la causa constitucionalista, la cual entonces sí que hubiera sucumbido en la Capital tal vez para siempre.

Ni Miramón, ni Zuloaga, ni los demás tacubayistas tuvieron tiempo de recrearse en su triunfo por más que fuera solemnizado en todos los lugares que acupaban, con el mayor estrépito, pues á renglón seguido se supo que con aquel hecho de armas glorioso había coincidido la toma de la plaza de Guadalajara por don Santos Degollado, de que ya hablamos en otro capítulo.

Entonces Miramón, que no dejaba de encontrarse bastante destrozado en San Luis Potosí, comenzó á prepararse para marchar otra vez sobre Guadalajara man-

dando que se pusieran en marcha desde luego todos los cuerpos que se encontraran disponibles, pues se proponía en esta vez hacer una campaña formidable, contando cuando menos con un cuerpo de ejército de diez mil hombres. No había dinero con que mantener tantas tropas, pero entonces se podía contar con los golpes de mano á las casas de moneda y á las conductas de caudales.

Sus planes fueron frustrados por de pronto, debido á un suceso que llamó en aquel tiempo muchísimo la atención: el general don Miguel Blanco, con tropas del Norte y otras que se había proporcionado en Michoacán, se presentó con cerca de unos tres mil hombres delante de la Capital de la República.

Por torpezas que nunca faltan en los ejércitos indisciplinados, se frustró el golpe de mano que tan hábil como valerosamente había proyectado el general fronterizo, contando con inteligencias dentro de la plaza, que también le faltaron como era de rigor en la hora oportuna, así es que tuvo que retirarse por donde había venido, no sin resentir algunas pérdidas. Sin embargo, esto trastornó de pronto los proyectos de Miramón, quien tuvo que acudir violentamente á la Capital en donde se le hicieron grandísimos festejos con poco gusto de Zuloaga que ya empezaba á ver en él un rival temible para la Presidencia futura.

Una vez que cesó el sobresalto de los conservadores de México, así por la retirada de Blanco, como por la llegada de Miramón, éste continuó comunicando sus órdenes á efecto de que Márquez, que fungía como su segundo en jefe, organizara el ejército del interior y lo reuniera en cualquier punto del camino de Guadalajara para hacer

sobre Jalisco y Colima la campaña vigorosa que se proponía. Márquez estableció su cuartel general en Tepatitlán y Miramón llegó allí en una diligencia, después de haberse proporcionado en la plaza de San Luis Potosí algunos elementos.

La toma de Guadalajara por Degollado, se había efectuado en el mes de Octubre; pero de tal modo había agotado con aquel esfuerzo sus elementos, que siendo tan activo no había podido reponerlos en seis semanas pareciendo inercia suya lo que no era sino necesidad, puesto que nada podía emprender sin armas y sin municiones. No obstante la gran escasez que sufría de dinero y de todo, luego que tuvo aviso de que Márquez y Miramón habían reconcentrado un numeroso ejército para atacarlo, salió con el suyo para esperarlos en las posiciones que juzgó convenientes, cerca de la hacienda de Atequiza y sirviéndole de línea de defensa el río de Santiago, cuyas márgenes ocupó en varias leguas, sin tener por supuesto telégrafos ni otros medios rápidos para comunicarse con sus subalternos, dejando probablemente que cada cual obrara según las circunstancias: á lo menos se comprendió así por los movimientos que se ejecutaron sin un plan definido, sin un método claro y sin concierto en las operaciones.

Degollado, que era un gran patriota, ignoraba por completo el arte de la guerra, de modo que su primer error consistió en esparcir sus tropas en una línea de seis leguas, mientras Miramón se presentó en cada uno de los puntos que fué reconociendo con todo su ejército compacto, y los que entonces hicieron comentarios, aseguraron que los liberales pudieron conseguir un triunfo fácil, contando con jefes tan intrépidos como Coronado, Valle,

Rocha, Blanco, etc., con sólo pasar el río y envolver al enemigo por la retaguardia, en los momentos en que atacaba al general Pinzón en Poncillán, pues de esa manera se ponía á tan distinguidos jefes en situación de batirse como ellos sabían hacerlo. Lejos de eso Pinzón fué abandonado y él mismo tuvo que abandonar su punto luego que agotó sus municiones, temeroso de ser copado. Cuando se quiso recobrar la posición ya fué tarde, pues el enemigo, á quien no se vigilaba lo suficiente, ya había pasado el río con todos sus trenes sin atreverse á avanzar por temor de caer en una emboscada, porque no podía convencerse de que se le hubiera dejado pasar con tanta facilidad si no era con aquel objeto: así fué que se mantuvo en observación hasta convencerse de que no había sido todo aquello más que el resultado de una torpeza.

Y como á aquellas horas en que habían transcurrido cinco días, estando ambos ejércitos frente á frente, ya había habido varias escaramuzas y algunos combates algo serios como los ataques repetidos al puerto de Tolololán, en que fueron rechazadas las columnas de Miramón y el combate con Pinzón en Poncillán, y luego la batalla final que no concluyó el día 14 quedando indecisa, como á esas horas decimos, los liberales habían quemado sus municiones, no quedando sino cuatro cartuchos por plaza, Degollado ordenó la retirada, que fué valientemente sostenida por el general Blanco, llevándose toda su artillería, con la cual obtuvo un triunfo la reacción supuesto que se le dejaba expedito el camino de Guadalajara para ocupar aquella importante plaza, pero no en las proporciones en que lo participó Miramón, asegurando que el enemigo había sido dispersado en todas direcciones, lo cual celebraron los del gobierno de México con gran alborozo,

asegurando los periódicos que ya todo el país estaba dominado por el joven Macabeo.

Degollado volvió á ocupar el Sur de Jalisco con sus fuerzas algo mermadas y Blanco tomó el camino del interior para ir á emprender nuevas expediciones en que le sonriera la fortuna.

El día 16 se le hizo á Miramón una recepción ruidosísima en Guadalajara, principalmente por los miembros del clero que echaron á volar las campanas é hicieron muy grandes funciones de iglesia.

Tomados apenas dos días de descanso, comunicó en la orden general que estuvieran las tropas listas para moverse á las cuatro de la mañana.

—¡Cómo, general! le dijo el obispo en nombre de toda la aristocracia religiosa, ¿es cierto que va usted á dejarnos mañana?

—Sí, Ilmo. señor: los momentos son preciosos, y yo no soy hombre para dejar una obra comenzada: ó la termino ó sucumbo, tal es mi divisa.

—¡Qué hombre tan grande! exclamaron todos los concurrentes.

Y Miramón salió al día siguiente con todas sus huestes para el Sur de Jalisco.

Degollado lo supo en Sayula y reunió en consejo á sus jefes principales, exponiéndoles la situación.

—No tenemos parque, nos faltan ahora las tropas fronterizas, apenas contamos con dos mil quinientos hombres y Miramón trae más de cinco mil, ¿qué hacemos, le presentamos batalla para que nos derrote ó nos fraccionamos en guerrillas?

Todos opinaron que se defendieran las barrancas con los elementos con que se contaba, que siempre eran sufi-



cientes para rechazar un ataque brusco como los que acostumbraba dar Miramón.

Pero el caudillo clerical había reconocido el terreno, sabía que era imposible tomar á viva fuerza las barrancas de Atenquique y Beltrán y fué á buscar un paso lejano por los Novillos, quedando sorprendido varios días después Degollado al saber que ya se encontraba aquel en la plaza de Colima, evacuada por Contreras Medellín, que contaba con una insignificante guarnición.

Entonces los liberales, que pudieron muy bien eludir el combate ó tomar una posición inversa en las barrancas, cambiando su frente para interceptar la comunicación entre Colima y Guadalajara, tuvieron la temeridad de lanzarse al encuentro del ejército reaccionario, cayendo en el lazo tendido por Miramón, presentándose á librar una batalla campal, en que todo les era adverso, el número, las armas, la moral y el terreno. —

El concepto que determinó tal resolución fué el siguiente: ¿Qué perdemos si nos derrota Miramón? Unos cuantos cañones que ya recuperaremos, uno ó dos Estados que ya volverán á nuestro poder y algunos hombres que se dispersarán para reunirse luego en cualquiera otra parte, consiguiendo entretener más tiempo en tierras lejanas, al único jefe que lo hace todo en la reacción, para que entre tanto aumenten las fuerzas liberales en el interior de la República. Y en cambio de exponer tan poco, ¡qué trascendencia tendrá un triunfo que no es imposible!

Pero lejos de alcanzar ese triunfo, se sufrió una de las más grandes derrotas en San Joaquín, perdiéndose la artillería y quedando deshecho el pobre ejército liberal que con tantos esfuerzos se había reunido.

La derrota de Degollado que se comunicó por extraordinarios violentos, que parecían llevados en hilos telegráficos, produjo delirio en Guadalajara, en México y en todas las plazas que ocupaban los conservadores, desde el Pacífico hasta el Atlántico: en todas las iglesias se cantaron acciones de gracias y en todos los periódicos clericales se entonaron himnos á la victoria.

Miramón dijo en sus partes: «con el triunfo que se acaba de obtener, el último baluarte de los liberales ha desaparecido, la nación está conquistada, el gobierno emanado del plan de Tacubaya está consolidado, y ya no queda ninguna guerra que sostener y sólo algunos bandidos que exterminar.»

¡Tableau!





## CAPÍTULO XXX.

*Todo por mi amada.*

LA victoria de Miramón sobre las huestes liberales fué manchada, como era costumbre entonces, con un crimen innecesario: el licenciado Daniel Larios, inofensivo é indefenso, fué mandado fusilar como prisionero de guerra, no obstante que no era militar, ni fué cogido con las armas en la mano; pero era preciso que alguno pagara por todos los demás que se habían escapado, pues fuera de los heridos y muertos no se cogió á ningún otro hombre en el campo de batalla. Todos sabían correr mucho y bien cuando se trataba de correr. Después veremos cómo no pasó mucho tiempo sin que los mismos jefes y oficiales derrotados y dispersos en San Joaquín volvieron á aparecer en el mismo terreno con nuevos y poderosos elementos.

El licenciado Larios no era más que un empleado ci-

vil: servía de secretario al gobernador de Colima y en cumplimiento de su deber había salido acompañando al gobernador; de manera que su fusilamiento no fué más que un acto de ferocidad de aquellos caudillos indocultos que no conocían ni una jota de civilización, ni un ápice de las leyes de la guerra observadas en los países cultos.

Los derrotados de San Joaquín, después de haberse batido con una intrepidez que no se esperaba Miramón, dados los pocos elementos con que contaban, tuvieron la imprevisión de no proporcionarse un punto de apoyo para un evento desgraciado, de manera que al dispersarse en grupos de á quince, veinte y hasta de cincuenta hombres, no sabían ni á dónde dirigirse. Unos se retugieron en la costa, otros en Michoacán y los demás en los mismos pueblos de Jalisco, en que antes habían merodeado, siendo de estos últimos los guerrilleros Rojas, Canales y otros que prefirieron continuar la guerra en terrenos que les eran muy conocidos. El ministro de la guerra Don Santos Degollado, tomó el rumbo de Michoacán, siguiéndole todos los jefes principales, quienes lograron reunir desde luego un núcleo de fuerza como de unos quinientos hombres.

La guerrilla de Adrián Canales se componía ya al entrar en acción, de cincuenta hombres; pero como siempre estuvo en las líneas avanzadas, fué el primero en recibir el choque del enemigo, así como fué el último en retirarse del campo de batalla, lo que le hizo perder la mitad de su gente, dispersándosele otros más en la retirada, así es que regresó á los alrededores de Santa Ana Acatlán, con sólo doce hombres, encontrándose con que ya estaban establecidas allí nuevas autoridades y con que la guarnición compuesta de cien hombres, estaba mandada por

Pedro Ordóñez en persona, quien ostentaba ya en el pueblo las presillas de capitán.

Dicha grande, sin embargo, era para Adrián Canales conservar á su lado á su segundo Tomás Ramírez que le era muy leal, y que además de ser valiente, tenía gran perspicacia militar y política.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora? preguntó Adrián á su amigo, después de que había hecho alto en una finca de campo á cinco leguas de Santa Ana.

—Si son ciertas las noticias que nos han dado de que Pedro está de guarnición en el pueblo y con una fuerza respetable, lo más prudente es que nos alejemos de aquí esta noche misma.

—¡Qué alharaca formará si sabe que le hemos huído!

—No le huimos á él, sino á todo el ejército de Miramón que ya debe venir detrás de nosotros por este mismo camino.

—El tardará en pasar por aquí cuatro ó cinco días.

—No lo creas: sus tropas se tardarán más ó menos tiempo; pero Miramón, que es muy activo y tiene interés en volver al interior, ya debe venir muy cerca con una fuerte escolta.

—De modo que. . . . .

—De modo que sería una locura que nos pusiéramos entre dos fuegos.

—Haciéndonos á un lado, Miramón no nos ha de perseguir.

—Pero mandará gente que nos persiga: el mismo Pedro que ha de salir á encontrarle, recibirá la comisión.

—Voy á decirte la verdad, Tomás, exclamó Adrián muy preocupado, temo alejarme de estos contornos, por-

que Pedro es un bandido y necesito velar por la seguridad de Refugio.

—Comprendo tu preocupación, le contestó Tomás; pero creo que deben tranquilizarte dos cosas: primera la energía de la muchacha y luego que está al lado de su familia y en una población en que se le respeta.

—Precisamente lo que temo es que su familia quiera sacrificarla. Ahora se está creyendo que la revolución ha concluido, que Pedro ha conquistado una posición á fuerza de su brazo y que ya ha llegado el tiempo de cumplirle alguna promesa que el padre le haya hecho, en virtud de que ambos profesan las mismas ideas sobre política.

—Sí, sí, todo es verdad; pero estamos más en condiciones de ser protegidos que de proteger. ¿Con qué contamos ahora?

—Con muy pocos hombres y tal vez muy acobardados.

—Que nos siguen con poca voluntad, me alegro que lo conozcas.

—Pero tú y yo valemos algo.

—Valemos algo cuando no estamos en terreno en que todos son nuestros enemigos. Ahora desde Guadajajara y Tepic hasta Colima, todo pertenece al vencedor.

—Sin embargo, creo que la guerra no ha terminado.

—Yo también lo creo, porque es una guerra de principios. Sería necesario que la reacción matara á media República para que terminara la resistencia. Sin embargo, por ahora no contamos más que con la esperanza.

—Lo mismo que sentimos nosotros deben sentir los demás: una sed devoradora de revancha.

—Revancha que no vendrá sino poco á poco y cuando todos hayamos hecho enormes sacrificios.

—De manera que ¿cuál es tu opinión, Tomás?

—Mi opinión es: ó que nos alejemos rumbo á Michoacán, que es en donde la llama de la revolución está más viva, ó que nos desviemos con rumbo á Aulán, que es el que me parece que han tomado Rojas y otros muchos guerrilleros.

—Pero ellos nos absorberán y yo no quiero estar á las órdenes de Rojas.

—Sólo vamos á rehacernos un poco á la sombra de ellos y luego volvemos. Aquí estamos expuestos á perecer sin defensa. A estas horas puede ser que ya se sepa en Santa Ana que ha aparecido una pequeña guerrilla, y Pedro ha de suponer desde luego que es la tuya.

—Y bien, que venga.

—Que venga á matarnos, ¿eso es lo que quieres?

—¿Y si logro yo matarle á él?

—No lo conseguirás, porque él vendrá con fuerzas cinco veces superiores á la nuestra, y procurará cogerte vivo para llevarte como trofeo al pueblo.

—No sufriré yo tal humillación. Antes moriré.

—¿Y qué necesidad hay de que mueras? Vámonos salvando ahora.

—Pero entonces, ¿á qué hemos venido?

—Hemos venido creyendo que Pedro estaría con el ejército y no que lo hubieran dejado aquí de guarnición. Recuerda lo que me dijiste: «Vamos á pasar por Santa Ana, y luego aunque nos alejemos hasta el fin del mundo.»

—Es verdad que te dije eso.

—Pues bien, ya venimos, no podemos entrar á Santa Ana. Vámonos.

—Pero no sin intentar antes ver á Refugio.

—Sería más que temeridad intentar tal cosa. Yo haré por evitarte el bochorno de caer en las manos del peor de tus enemigos.

—De modo que tú no me acompañas á entrar al pueblo, si te lo ruego.

—Si me lo ruegas, nó; si me lo mandas, tendré que obedecerte.

—Es la idea que me ha ocurrido: que demos un rodeo y entremos tú y yo al oscurecer por el camino de Guadalajara.

Tomás siguió tratando de persuadir á Adrián de que era la más grande de las locuras arriesgarse á caer en poder de Pedro Ordóñez, que no sólo no les perdonaría, sino que aprovecharía la ocasión para humillarlos y tratar de abatirlos; pero Adrián insistió en que una sola probabilidad que existiera para salir con bien de la empresa, era bastante para intentar aprovecharla y para darle á él la más grande de las satisfacciones.

—¡Cómo se regocijará Refugio, y cómo se regocijarán todas las gentes del pueblo que no tienen ningún cariño á Pedro, cuando sepan que yo me he burlado de él y de sus cien hombres, cuando tengan la noticia mañana de que hemos estado allí tú y yo y de que nos hemos reído de él en sus mismas barbas! Si no somos capaces de una hazaña como esa que casi nada nos cuesta, ¿para qué nos hemos metido á guerrilleros?

—Nos hemos metido á guerrilleros para pelear por la patria.

—No sólo para eso, Tomás, sino para hacer nuestra



sóberana voluntad sin sujeción á nadie, que es el principal atractivo que hay en tiempos de guerra para los hombres libres. En nuestra posición servimos á nuestro partido como podemos, pero á la vez nos damos el gusto de no estar sujetos á la disciplina militar si no es cuando queremos.

Tomás inclinó la cabeza: le pareció que semejante argumento no tenía réplica.

—Vamos, pues, á donde quieras, le contestó á poco, sólo te haré advertir que nuestros caballos están destroncados.

—Precisamente teniendo en cuenta eso, he mandado traer unos que no tardarán en llegar.

En efecto, desde por la mañana había enviado Adrián á su asistente con un recado á un amigo suyo, dueño de una hacienda inmediata, suplicándole que le mandara sus dos mejores caballos. En sus correrías se había hecho ya de muchos amigos, principalmente entre los hacendados que cuidaban más que todo de estar bien con los guerrilleros, gustando más naturalmente de que se les tratara bien que no con violencias.

Mientras llegaba el asistente con la respuesta, se retiraron del camino internándose en las profundidades del cerro más próximo, en donde pudieron todos desencillar, tomar una frugal comida y entregarse luego al descanso, colocando dos vigias en las eminencias.

A eso de las cinco de la tarde llegó el asistente acompañado de dos rancheros que llevaban estirando dos magníficos potros. Adrián y Tomás les pusieron las sillas á las dos nuevas cabalgaduras, entregando las sogas, que eran también buenas, á los mozos de la hacienda, para que se

encargarán de cuidarlas allí hasta el día siguiente en que regresarían de una expedición.

Una vez que los dos guerrilleros estuvieron tan bien montados, el jefe comunicó sus órdenes al sargento que se quedaba con el mando de la pequeña fuerza, según las que debería avanzar al oscurecer por cierto camino, hasta tocar casi los primeros corrales de la población, con las instrucciones correspondientes para obrar conforme á las circunstancias.

Una vez arreglados los detalles que Adrián consideró necesarios, picó su caballo, lo mismo hizo Tomás y ambos desaparecieron entre una nube de polvo en los momentos en que el sol iba ocultándose detrás de las montañas que circundaban el horizonte. Conocedores ambos de todos aquellos lugares que habían recorrido antes mil veces en todos sentidos, fácil les fué encontrar el sendero que buscaban y hallarse á la hora y media en el camino que conducía de Guadálajara á Santa Ana y á un kilómetro de los arrabales de la población.

—Ahora vamos combinando nuestro plan, dijo Adrián poniendo al paso su caballo.

—¿Hemos de ir juntos, ó separados? preguntó Tomás.

—Lo mejor es que nos separemos para llamar menos la atención.

—¿Sabes tú si serán conocidos estos caballos?

—Tienen que ser conocidos, una vez que viene seguido montado en ellos el mismo Rentería. Yo también he montado el alazán que traigo ahora, diversas ocasiones.

—Pues ya tienes una causa más que suficiente. . . .

—Pero no todos son tan hábiles para que conozcan los caballos en la oscuridad.

—Desde luego la manera con que se presentan y manotean, es llamativa.

—Bueno, ¿y qué? Si conocen los caballos, tanto mejor, supondrán que son gentes de Rentería las que los montan y en todo caso no conocerán á los ginetes. ¿Traes hufanda?

—Precisamente me la estoy poniendo.

—De modo que á la entrada nos separamos: yo me voy de frente á pasar por la esquina de la plaza para dar vuelta á la izquierda y llegar á la casa de Refugio, mientras tú llegas hasta la esquina de la calle por el lado opuesto. Sólo que yo te llame acudes, y en el caso de que tú seas el atacado te incorporas conmigo si puedes, y si no te escapas y yo procuraré alcanzarte á la salida. Ya conoces la contraseña.

—Yo también te haré mi señal si ocurre algo ó te observo muy entretenido.

—Corriente. Ya sabes que nuestra salvación no sólo está en nuestras pistolas sino en nuestros caballos que no los hay mejores por estos rumbos, así como en el conocimiento que tenemos del terreno; pero principalmente en la protección de Dios que no ha llegado á abandonarnos.

—Amen, murmuró Tomás.

—Ahora déjame ya y sigue tu camino.

—Dios nos saque con bien de esta aventura, murmuró Tomás que iba á ella con todo su valor, pero muy á pesar suyo, y picó su caballo torciendo á la izquierda y tomando una vereda que le había de conducir á poco por la derecha al lugar de la cita.

Apenas había avanzado Adrián por las primeras calles, cuando empezó á encontrarse con soldados que lleva-

ban sus caballos estirando, otros iban montados en pelo y más allá otros iban cargando tercios de pasturas, todo lo que le indicaba que en efecto los informes que se le habían dado, eran exactos y que había allí una pequeña guarnición, no de guerrilleros, sino de soldados de caballería, que aunque muy mal vestidos arrastraban sables y llevaban sus medias botas y sus chacos.

Adrián iba paso á paso dándose los aires de un gine-te cansado; pero mirando con toda cautela hacia uno y otro lado y sin separar la mano derecha del mango de la pistola que llevaba por delante pendiente del cinturón y recostada en la cabeza de la silla. Así llegó hasta la esquina de la plaza en que tuvo que torcer á la izquierda, siguiendo todo el costado al descubierto para entrar á la calle siguiente, que era en donde estaba la casa de Refugio.

—Que ella sepa al ménos que he estado aquí, aunque no pueda verla! decía para sí mismo no sin experimentar cierto sobresalto al observar que se quedaban mirándole con mucha atención, tanto las personas que estaban en las puertas como los transeúntes que se detenían, como si procuraran reconocerlo.

Por fortuna la noche era muy oscura, había poquísimos faroles, y él había tenido la precaución de sumirse el sombrero hasta las cejas y de ponerse la bufanda hasta las narices, no dejando descubiertos más que los ojos.

Ya iba á llegar el momento decisivo: estaba á unos cuantos pasos de la puerta de la casa de Refugio, que parecía estar cerrada, y estaba vacilando sobre si llegar y tocar ó pasarse, cuando la puerta se abrió en el momento preciso en que él se había detenido y aparecieron varias personas, entre las que estaba el mismo Pedro, cu-

ya voz había reconocido. Este, al ver un ginete allí, dijo con voz bastante fuerte:

—¿Quién es usted, amigo?

Adrián no respondió, pero buscaba ávidamente á Refugio entre las personas que estaban en la puerta, alumbradas escasamente por la luz de una vela que llevaba una criada en la mano.

—Responda usted, ¿quién es? ¿qué se le ofrece? repitió Pedro avanzando dos pasos.

Entonces Adrián no tuvo más recurso que contestar con serenidad:

—Soy Adrián Canales.

—¡Adrián! exclamaron Pedro y las personas que estaban en la puerta.

Entonces Pedro, ciego de ira, echó mano á su pistola, y Adrián habiendo observado tal movimiento, le dijo:

—Quieto, porque si disparas, me obligas á matarte.

Todas las personas que estaban en la puerta se metieron corriendo al ver brillar las armas, á la vez que Refugio, saliendo por la ventana, gritó:

—¿Qué es lo que haz hecho, Adrián? ¡huye, huye!

Pedro no pudo contenerse más, apuntó á Adrián á dos pasos de distancia, pero éste que no lo perdía de vista, metió instantáneamente espuelas á su caballo y se le echó encima derribándolo, y al mismo tiempo se le disparó la pistola que estaba preparada, al dar sobre las piernas, sin hacer daño á nadie.

—¡Huye, Adrián, huye! volvió á gritar Refugio temblando.

—No sin estrechar tu mano antes, dijo Adrián acercando el caballo á la ventana.

Ella se la tendió por entre las rejas, é inclinándose Adrián se la besó, y luego partió como un relámpago, en tanto que Pedro corria tras él disparándole los demás tiros de la pistola.

La alarma cundió luego en todo el pueblo, y principalmente entre los soldados, que se apresuraron á reunirse en la plaza, en donde tenían su cuartel. No eran cien, sino veinticinco, y de éstos estuvieron montados en unos diez minutos, cosa de una docena.

Pedro que llegó á donde estaban, casi sin alientos, montó en el primer caballo que le presentaron y se puso á la cabeza de su tropa.

Iban á trote largo por el rumbo que creyó debía seguir Adrián, cuando vió venir por el lado opuesto á un rancho montado en un caballo flaco.

—¿Encontraste á un hombre que va corriendo en un buen caballo? le preguntó Pedro.

—Encontré dos, mi amo, le contestó el rancho, y allí en la orilla están esperándolos cosa de cincuenta.

—¡Maldición! exclamó Pedro, ha vuelto á escapárseme; pero mañana lo perseguiré hasta exterminarlo.

Entre tanto Adrián y Tomás se incorporaron á sus diez hombres que les esperaban en el mismo sitio que el primero había designado.

—Hemos escapado de buena, dijo entonces Tomás respirando á plenos pulmones.

—Todo por mi amada, le contestó Adrián en medio de un suspiro.

---



## CAPITULO XXXI.

---

### *Nueve pronunciamientos.*

**T**IEMPO es de que volvamos á la Capital, para que se nos den allí las noticias de inesperados acontecimientos.

En una noche del mes de Enero de 1859, bastante fría, estaban reunidos en la casa del comerciante don Alejo Rincón, con su familia, las de su hermano don Néstor y el abogado don Domingo Benavides que habia llegado al obscurecer, con sus dos hermanas, personas todas que ya fueron presentadas á los lectores en otra parte de esta relación.

No habiendo costumbre de encender fuego en las habitaciones, aunque estuviera helando, lo que habían hecho era cerrar las vidrieras de la sala herméticamente y sentarse todos muy juntitos en torno de una mesa redon-

da donde había un candelabro con cinco velas de esperma, mientras que en dos consolas retiradas se veían dos lámparas de aceite despidiendo una luz mortecina.

—Por más grandes que sean tus deseos de que termine la guerra, dijo el comerciante don Alejo Rincón á su hermano Néstor, y que son también los míos, no veo muy despejada la situación.

—Ya todo hubiera terminado, exclamó Néstor con impetu, si el condenado de Echeagaray no hace en Ayotla su destornillado pronunciamiento.

—No fué tan destornillado, insinuó el abogado Benavides, supuesto que logró cambiar la situación sin que se derramara una gota de sangre.

—Porque Zuloaga tuvo miedo y no quiso defenderse.

—¿Pero con qué se defendía Zuloaga, si no le quedó ni un soldado?

—El supo á tiempo lo que se tramaba por el general don Manuel Robles Pezuela, actual encargado del poder ejecutivo; pero no quiso meterse en nada para no contraer responsabilidades. ¿Cómo no lo había de saber yo estando en su secretaría particular?

—Pues á tí te tuvo cuenta que cayera Zuloaga, porque ascendiste con Robles Pezuela, dijo doña Amparo la mujer de Néstor.

—Sí, obtuve un ascenso como casi todos; pero ese ascenso anda en el aire mientras no venga Miramón y pronuncie la última palabra. El ascenso hubiera sido más seguro sin tantos pronunciamientos.

—Yo no estoy muy enterada, dijo Refugio la mujer del comerciante don Alejo, ¿cuántos pronunciamientos dicen ustedes que hubo?



Benavides fué el que contestó diciendo:

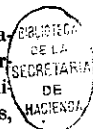
—Ha habido los siguientes conocidos. El general Manuel María de Echeagaray se pronunció en Ayotla, con su división, el 20 de Diciembre, desconociendo el gobierno de Zuloaga y proponiendo la reunión de un Congreso. El 23 del mismo Diciembre se pronunció el batallón de Celaya en San Agustín, proponiendo que una junta de notables propusiera la formación de un gobierno provisional. Al día siguiente, se pronunciaron los generales Zamborino y Robles Pezuela, reconociendo al último como general en jefe. El general Echeagaray se despronunció el 25, adhiriéndose al acta levantada en México. Siguiéron luego los pronunciamientos de Puebla, Jalapa, San Luis Potosí, Toluca, etc.

¡Ah! Los dos pronunciamientos del general Orihuela en Toluca, no deben olvidarse.

El 29 de Diciembre se pronunció don Benito Juárez en Veracruz contra los pronunciamientos anteriores, declarándolos nulos, una vez que la única ley suprema reconocida por la República, es la Constitución de 1857. De paso debo decir que el manifiesto del Presidente constitucional, es una obra maestra.

Como efectivamente tiene gran interés histórico el manifiesto de Juárez, lo insertamos á continuación:

«Creo de mi deber dirigiros la palabra para excitaros á que redobléis vuestros esfuerzos á fin de poner término á la anarquía, restableciendo el imperio de la legalidad, única garantía de una paz duradera de nuestro país, único valladar que se puede oponer á las ambiciones bastardas de los que han fundado su bienestar en los abusos y elegido la escala de los motines para ascender á los



altos, puestos de la República. Fuera de la Constitución que la nación se ha dado por el voto libre y espontáneo de sus representantes, todo es desorden. Cualquier plan que se adopte, cualquiera promesa que se haga saliéndose de la ley fundamental, nos conducirá indefectiblemente á la anarquía y á la perdición de la patria, sean cuales fueren los antecedentes y la posición de los hombres que la ofrezcan.

« Profundamente convencido de esta verdad, y cumpliendo un deber que la ley me imponía, no vacilé en recoger la bandera constitucional que D. Ignacio Comonfort había arrojado en las manos criminales de la reacción. Consideré que una vez perdida la vía de la legalidad se entronizaba la anarquía entre nosotros, porque los hombres de Tacubaya, sin la guía impasible de la ley, serían conducidos por las pasiones desencadenadas de un crimen á otro crimen, de un motín á otro motín, llevándose de encuentro el honor, la vida y los intereses de sus compatriotas y la paz de la República. Así ha sucedido. Los últimos sucesos de la capital vienen á confirmar esta triste verdad, y á convencernos de que en los hombres que mantienen la rebelión es imposible la paz. Demasiado orgullosos para someterse al yugo de la autoridad, ponen y quitan gobernantes á su arbitrio, si éstos no satisfacen sus ambiciosas pretensiones. Traicionando sus juramentos destruyeron el orden constitucional, colocando á D. Ignacio Comonfort en la silla presidencial de la República, y á los pocos días se rebelaron contra él y lo depusieron. Colocaron en su lugar á D. Félix Zuloaga, y á los pocos meses fué desconocido por D. Miguel Echeagaray, declarándose él mismo primer magistrado de la nación. A los tres días, D. Manuel Robles Pezuela modificó

el plan de Echeagaray, haciéndose jefe del motin de la capital, y tal vez á la fecha habrá tomado el título de presidente de la República, que le será arrancado mañana por otro motin, porque ésta es la suerte de los hombres que ascienden al mando supremo por el capricho de las facciones y no por la voluntad de la nación.

• Mexicanos: Meditad bien estos sucesos y decid si la República tendrá paz, libertad y garantías con tales hombres, que reaccionarios no respetan sus propias hechuras, y gobernantes ni tienen el prestigio ni la fuerza para hacerse obedecer.

• Militares: ciudadanos todos, que habéis sostenido y sostenéis con heroica constancia el orden constitucional, seguid el camino que habéis elegido, porque es el camino de la justicia y de la ley. Los sucesos de la ciudad de México os dicen muy alto que allí están el desorden y la anarquía, y que vosotros defendéis la buena causa, la causa de la ley, de la justicia y de la moralidad.

• Y vosotros, los que guiados por una sana intención prestáis ayuda á los hombres extraviados de la capital, compadeceos de nuestra infeliz patria volviendo sobre vuestros pasos, unid vuestros esfuerzos á los del gobierno legítimo, para que en breves días renazca la paz y la concordia.—Palacio del gobierno nacional en Veracruz, á 29 de Diciembre de 1858.—*Benito Juárez.*

—Y por último, continuó diciendo Benavides, la junta de notables se pronunció la semana pasada en favor de Miramón, dejando á Robles Pezuela con un palmo de narices.

—Robles Pezuela es el actual Presidente, saltó diciendo Néstor.

—Sí, mientras llega Miramón: ahora sólo falta que éste venga y haga su pronunciamiento, que de seguro lo hará, según empiezan á decirlo algunas personas que se consideran bien enteradas.

—Y á propósito de Miramón, preguntó doña Refugio, ¿qué noticia gritaban ahora de Guadalajara?

—¡Ah! ¿no la saben ustedes? exclamó Néstor, recibimos hoy en palacio un extraordinario, en que se comunica que Miramón y Márquez estuvieron á punto de perecer el día 1° del corriente.

—¿Cómo estuvo eso? preguntó don Alejo.

—Se encontraban los jefes mencionados con otros muchos de los que acababan de llegar victoriosos de Colima, reunidos en los salones del palacio de gobierno, cuando voló el edificio con una explosión de pólvora. . . .

—Seguro que los demagogos pusieron alguna mina, exclamó doña Amparo.

—Eso se había creído al principio y eso creyó el pueblo tapatío que quiso luego castigar por su mano á los que consideraba culpables, contestó Néstor, pero Miramón procuró inmediatamente tranquilizar á todos, asegurando que el incendio del parque fué casual. Así lo ha comunicado al general Robles Pezuela.

—Si Miramón escribió la carta, ¿cómo es que voló el edificio? ó mejor dicho, si voló el edificio, ¿cómo es que está vivo Miramón? preguntó Benavides.

—En el gobierno se supone que solamente voló una ala del palacio.

—¿Y han publicado la carta de Miramón en que explica cómo estuvo el suceso?

—El gobierno acordó que se publicara la noticia diciendo solamente que Miramón, Márquez y sus oficiales

escaparon milagrosamente de ser volados, dejando en duda el punto de si el parque se incendió solo ó lo incendiaron los enemigos, pues que al fin y al cabo en tiempo de guerra no hay misericordia.

—Pero si Miramón dice en su carta que el parque se incendió sin que hubiera mina alguna, es porque ha mandado hacer reconocimientos y está seguro de lo que dice, tanto más cuanto que si tuviera la menor sospecha contra alguno, no dejaría de hacerla valer.

—Miramón tiene una alma grande y generosa, se apresuró á decir doña Amparo.

—El gobierno por lo mismo no ha querido hacer otra cosa más que dar á conocer la protección que dispensa el cielo á sus hombres, y respecto de las circunstancias que hayan rodeado al suceso, espera que el tiempo sea el que venga á señalar la verdad, pues no debo ocultar á ustedes que los señores ministros, á lo menos algunos; dicen que tienen datos diversos para sospechar que fueron los liberales los que dejaron minado el palacio de Guadalajara.

—A mí me parece que se obra con extraordinaria perfidia si se deja en la oscuridad la declaración del jefe del ejército, principalmente si tenía por mira tranquilizar los ánimos, exclamó Benavides.

—Ya veremos, ya veremos, dijo don Alejo queriendo así cortar la cuestión, estábamos en los pronunciamientos.

—Ya referi los que ha habido, siguió diciendo el abogado, ahora sólo me falta agregar que Miramón, que es hoy por hoy el árbitro de la República, escribió el 2 del presente censurando acremente la conducta de Echeagaray, al cual acusa además de haber estado en connivencia con los li-

berales de Veracruz, por cuyo motivo no ha emprendido una campaña formal contra el puerto, y proclamando que Zuloaga ha sido un inepto que no supo aprovechar sus elementos para impedir los escándalos que está dando el partido reaccionario, queriendo meterse á organizar un gobierno cuando todavía tiene delante de sí al enemigo.

—¿A cuál enemigo? preguntó Néstor con cierto des-  
plante.

—Pues hombre, sería necesario no leer los periódicos para no saber que todos los días está habiendo combates desde Sonora hasta Yucatán.

—En el ministerio de la guerra, se cree que con la derrota de Degollado en San Joaquín, la cuestión de la guerra está terminada.

—Pero nosotros, tú y yo, no somos tan candorosos para creer lo que cuentan en el ministerio de la guerra, cuando sabemos que todavía no están muertos, ni siquiera prisioneros, Degollado y sus generales del Sur de Jalisco, Vidaurri y sus generales y coroneles de la frontera, Huerta, Pueblita y los temibles guerrilleros de Michoacán, Juárez y sus sostenedores en Oriente, lo mismo que otros y otros que como hormigas se mueven en toda la República, todos los que son emprendedores y tenaces. En cambio el gobierno ex-tacubayista no cuenta con más general activo que Miramón, el cual, por más que se multiplique, no puede acabar con todos y quien á estas fechas no se sabe si estará conforme con los cambios políticos que se han efectuado sin su consentimiento.

—No me creo autorizado, contestó Néstor, para entrar en ciertos pormenores que se consideran como reservados en los respectivos departamentos; pero se puede asegurar ya que el general Miramón no sólo aprueba la sepa-

ración de Zuloaga del frente del gobierno, sino que acudirá á tomar el mando de las tropas de Oriente para dar el golpe decisivo á la revolución.

—Sí creo que viniendo él se hará con más actividad la campaña de Veracruz; pero los liberales del resto del país, ¿se quedarán con los brazos cruzados?

—¿Y qué podrán hacer cuando han perdido todos sus elementos y cuando se quedaron por allí para no dejarlos moverse Márquez y Mejía con poderosos ejércitos?

—Allá vamos, allá veremos.

—Lo mejor es que no se hable ya de política, dijo Elena, la interesante hija del comerciante don Alejo Rincón.

—La verdad es que de ninguna otra cosa puede hablarse en la actualidad, contestó éste, una vez que á todos nos interesa que el país se pacifique. La agricultura y el comercio están sufriendo mucho con esas luchas estériles.

—¿Y quién tiene la culpa? preguntó doña Amparo, los demagogos, que por fuerza se empeñan en mandar cuando nadie quiere que manden.

—Si no fuera porque atacan la religión, nosotras veríamos con indiferencia que ellos mandaran, dijo Tomasa.

—En efecto, afirmó Francisca la otra hermana de Benayides, nosotras no nos metemos en política, y lo único que queremos es que no se mezclen para nada con la religión de nuestros padres.

—Pero creo que los liberales dejan libertad á todos para que profesen las creencias que gusten.

—Eso es lo malo, exclamó doña Amparo, esa tolerancia de cultos.

—¿Por qué ha de ser mala la tolerancia de cultos?

—En primer lugar, porque vienen los extranjeros, y

en segundo lugar, porque en un país católico no debe haber más que católicos. Por algo la Inquisición quemó tantos herejes.

Los hombres se sonrieron sin tomarse el trabajo de rebatir á la mujer de Néstor, considerándolo inútil, una vez que estaba tan vivamente aferrada á su fanatismo, y sólo Benavides, que era el novio correspondido de Elena, por complacer á ésta, dijo:

—Es cosa entendida que todo lo que platicamos aquí es por pasar el tiempo, sin que nuestro modo particular de apreciar las cosas públicas sirva para entibiar en lo más mínimo la estimación que nos profesamos.

Amparo y Néstor se dirigieron una mirada de inteligencia, y don Alejo se apresuró á decir:

—Ya saben ustedes que mi casa es un campo neutral, en donde todos nos vemos además como miembros de una familia.

—Una familia que no deja de enseñarse los dientes, murmuró Néstor Rincón.

—¡Llevamos tantos años de tratarnos! agregó doña Refugio sin hacer caso de las palabras de Néstor, ó mejor para desvanecer la mala impresión que pudieran producir en Benavides y sus hermanas.

Mientras tanto éste se había levantado y buscaba la manera de acercarse á Elena para deslizarla una cartita que llevaba ya lista en el bolsillo de los pantalones.

Doña Refugio también se levantó, y dijo antes de poner en planta su pensamiento:

—¿Quieren ustedes que traigan aquí el té, ó lo vamos á tomar al comedor?

—Es mejor aquí, contestó don Alejo, porque el comedor debe estar helado.



—Sí, sí, aquí lo tomaremos, aprobaron Néstor y su mujer que no querían que Domingo y Elena encontraran oportunidad de sentarse juntos.

Pero cuando la criada trajo las tazas, Benavides se apresuró á ayudar á servir las, y después de ofrecer una á doña Refugio, llenó la otra y la llevó á Elena. Debajo del platillo iba la carta hecha muchos dobleces, de la cual se apoderó la joven hábilmente, haciéndola desaparecer en el seno.

Doña Amparo observó algo, y dijo aparte á doña Refugio que se había dirigido al extremo de la sala para acercarse una mesita:

—Es necesario que tengas cuidado con Elena: me parece que están muy avanzadas las relaciones entre ella y Benavides.

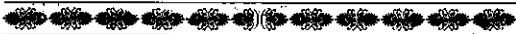
—Mi marido lo quiere mucho, es su abogado, su hombre de confianza, y . . . . te diré, me parece que está algo enterado de que los dos se quieren.

—¡Jesús nos ampare! Qué sería de nosotros si entrara un impío como ese en nuestra familia!

—Ya hablaremos, contestó doña Refugio prudentemente, nos están observando. .

Tomaron el té y se despidieron á poco las tres familias con la cordialidad de siempre, como si las opiniones políticas no estuvieran minando profundamente el antiguo cariño que se profesaban.

---



## CAPITULO XXXII.

*Cambio de decoración.*

**A**MPLIANDO los informes que se nos acaban de dar en el capítulo anterior, á grandes pinceladas diremos lo que había sucedido hasta el 20 de Enero de 1859, momento histórico de que se va á dar cuenta á los lectores de este libro.

Luego que el Presidente Zuloaga fué á esconderse en una legación, el general Robles Pezuela, reconocido por la guarnición de México y de sus alrededores como jefe del poder ejecutivo provisional, nombró una comisión en que figuraban el general Salas, el gobernador Azcárate, el general Casanova y otros de sus amigos, para que á su vez nombraran á las personas que habían de formar una gran junta electoral para nombrar Presidente conforme á los nuevos planes y proponer las bases de gobierno, y expidió

proclamas y comunicaciones, invitando á todos los partidos á la concordia.

Poco más ó menos les decía: sométanse todos, vengan á rodearme, échense en mis brazos y veán qué bien se arreglan las cosas.

Sólo que como los demás querían lo mismo, que se les rodearan y se les sometieran para gozar del poder tranquilamente, sólo obtuvo ó negativas ó indiferencia.

Juárez, Miramón, Echeagaray, Salas, Zuloaga, no había uno que no quisiera el poder para sí, ¿cómo habían de prestarse á que lo disfrutara un intruso que por pura casualidad le tocaba representar un papel principal en la escena? Por tal de que lo dejaran al frente de la situación, ofrecía el oro y el moro á los contendientes; pero Juárez despachó con cajas destempladas á los comisionados que fueron á hacerle ofrecimientos á Veracruz, y Miramón, que se había hecho ya el primer general reaccionario á fuerza de su brazo, no era fácil, como no lo fué, que consintiera en deponer su actitud belicosa.

El día 30 del mes de Diciembre de 1858, cuando se llevaba un año de estarse derramando sangre mexicana á consecuencia del infame pronunciamiento de Tacubaya, se quería dar comienzo de nuevo al desbarajuste conservador, iniciando sus funciones la junta electoral bajo la presidencia de don Mariano Riva Palacio.

Aquí es necesario advertir que, como Robles Pezuela fingía el deseo de hacer la fusión de los partidos, en la junta figuraban toda clase de personas, hasta varios liberales conocidos, que también querían ver si pescaban algo en el río revuelto.

La junta electoral, después de instalada y de discutir varios asuntos que no tuvieron importancia, nombró una

comisión para que formulara las bases de gobierno á que había de sujetarse la nueva administración, y con ese fin, fueron designados los señores don José María Cuevas, don Pedro Escudero y Echanove, don José María Covarrubias, don Ponciano Arriaga y el general don José Ugarte.

Pronto terminaron su trabajo, que se redujo á la convocación de un congreso constituyente, que se había de hacer, y á un consejo de gobierno que se había de nombrar, y mientras tanto, se regiría el gobierno por unos estatutos que había de publicar en el término de un mes, y los cuales él mismo se haría á su gusto.

¡Y pobre país éste, se nos ocurre exclamar en presencia de tantas infamias que se han sucedido, cómo lo han hecho su juguete tantos ambiciosos, sin conciencia y sin corazón!

La junta electoral volvió á reunirse el día 1.º de Enero de 1859, y después de ocho horas de un trabajo parlamentario, completamente estéril, porque la dichosa junta estaba bordando en el vacío, bajo la candorosa creencia de que los puros, moderados, clericales y monarquistas, (en aquel tiempo ya los había) iban á darse un estrecho abrazo, á la una y media de la mañana del día 2, puso término á su laboriosa gestación, dando á luz el nombramiento de Miramón para Presidente interino de la República.

A las once y media de la noche, mientras la junta deliberaba en los salones que habían servido para el congreso cuando lo había, los de la Presidencia que estaban lujosamente iluminados, también se veían muy concurridos. Todos los hombres de la política, entre los que no dejaban de verse algunos eclesiásticos, interesados en co-

rocero pronto las graves cuestiones que iba á resolver la junta electoral, se habfan agolpado al palacio, y como las puertas de los departamentos en que funcionaban los notables estaban cerradas, y además hacia mucho frio en los corredores, se habían invadido las antecámaras de Robles Pezuela, quien estaba en su despacho conocido con el nombre de «El Baluarte,» rodeado de unos pocos amigos, todos militares, menos Azcárate que era el Prefecto superior del Distrito. Robles Pezuela no podía estarse sentado en su sillón, sino que se levantaba, se cruzaba las manos por la espalda y daba vueltas casi circulares, en razón de que una mesa que había en el centro de la pieza, le impedía pasearse en línea recta.

De repente se abrió la puerta del gabinete y apareció el general Salas.

—¿Qué hay? le preguntó Robles Pezuela saliéndole al encuentro.

—Hemos votado cuatro veces, sin que ninguno de los candidatos obtenga mayoría.

—¿Quiénes han obtenido los votos?

—En primer lugar, Su Excelencia, y en seguida Miramón, Zuloaga, Márquez, yo, y hasta Su Ilma. el señor Arzobispo.

—¿Y ahora?

—Ahora sé nos acaban de conceder diez minutos de descanso, para que nos pongamos de acuerdo, á fin de que la votación sólo quede entre los dos candidatos que han obtenido más votos, esto es, entre V. E. y Miramón.

—¿Y usted qué cree, general?

—Yo creo que V. E., tiene que triunfar por tres ó cuatro votos, aunque en estos momentos los miramonistas, estando á la cabeza don Crispiniano del<sup>o</sup> Castillo y el

mismo hermano de Miramón, don Bernardo, están moviéndose de un modo vertiginoso. Emplean tanto las promesas como las amenazas. Aseguran que si el general Miramón no sale electo Presidente, declararán nulo todo lo que se ha hecho y volverá Zuloaga á la presidencia.

Robles Pezuela se apretó una mano contra otra, haciéndose tronar los dedos y dijo nerviosamente á Salas:

—Vaya usted, general, vaya usted, y que la Providencia Divina sea la que inspire los actos de la junta.

Azcárate, que comprendió la posición delicada de Robles Pezuela, que no quería recomendarse á sí mismo con un hombre tan severo como el general Salas, intervino en la conversación diciendo:

—De la decisión de la junta depende el porvenir de la República. Si acaso elige al general Miramón, no habrá transacciones con los partidos y seguirá la guerra.

—Ese es el argumento que se hace valer por los amigos del señor Presidente, respondió Salas que no quería dar color en la cuestión, dicen que él es quien ha iniciado la concordia, que bajo esa inteligencia se han acordado las bases de gobierno, las cuales serían completamente inútiles si triunfara la candidatura del señor Miramón, que aseguran es intransigente con el elemento liberal.

—Es lo que está diciendo siempre Miramón, acentuó Azcárate, que aniquila á los liberales ó lo aniquilan á él, sin aceptar con ellos transacción de ninguna especie.

—Yo creo, dijo Robles Pezuela, que esa es una intransigencia irracional. Los dos partidos que están en lucha, tienen casi las mismas fuerzas: se puede decir que la

mitad de la República está combatiendo contra la otra mitad, de modo que será necesario que se derramen torrentes de sangre para que uno de los dos partidos se sobreponga al otro, ¿y debemos consentir todos en el aniquilamiento de nuestra Patria? No, señores; es preciso hacer algo para evitar ya los horrores de la guerra civil. ¿Dicen que Juárez no se someterá cuando se le abran los brazos? Entonces de él será la responsabilidad de la sangre que se derrame y probablemente su mismo partido le echará en cara su necio capricho. Pero no es tiempo de hablar de estas cosas, cuando se está jugando un albur de tanta importancia en el seno de la junta. Vaya usted, general Salas, vaya usted, que debe hacer falta su voto.

El general Salas, salió diciendo para sus adentros:

—Si supieras cuál va á ser mi voto, no tendrías tal empeño en mandarme á votar.

En efecto, el general Salas estaba ya comprometido con los miramonistas, y lo mismo que los demás militares creía que todo aquello que se estaba haciendo era una farsa, una vez que no podía haber más voluntad que la de Miramón, para que el ejército sostuviera el plan que á aquel se le antojara al final de cuentas.

Y todos los demás lo comprendían así, pero les gustaba estar jugando á la política, tanto para figurar, como por lo que pudiera venir más adelante.

Una vez que se alejó Salas, se aproximaron á Robles Pezuela los generales Rosas Landa y Gamboa. El primero dijo con toda franqueza:

—Si el general Miramón ha reprobado los pronunciamientos, es probable que también repruebe lo que se haga en la junta.

—Pero el general Miramón, lo que dice es que va á venir para formar juicio de los acontecimientos. A quienes censuró fué á Zuloaga y á Echeagaray en sus primeros actos; pero las notas que ha seguido cambiando después conmigo han sido de lo más cordiales.

—De todas maneras, dijo por su parte Gamboa, lo que haga la junta tendrá tal vez que ser modificado por lo que disponga el general Miramón.

—Hay rumores, agregó Azcárate de que el general Miramón piensa hacernos retroceder al plan de Tacubaya.

—Eso sería ridículo, murmuró el Presidente:

—Y más, después de la declaración que hizo el «Boletín Oficial.»

—¿Qué declaración? preguntó Rosas Landa.

—Esta, contestó Azcárate desdoblando el periódico: . . . el restablecimiento en la Presidencia de la República del señor Zuloaga, *es una especie que dudamos pueda ahogar á persona alguna;* y al fin del artículo: *«Tan despreciables especies no merecen otra refutación que la que llevan en sí mismas.»*

El coloquio fué interrumpido por la noticia que cayó como bomba entre los amigos del Presidente, y que á él le dejó aplastado, de que Miramón había sido electo en la junta por una mayoría de cincuenta y un votós contra cuarenta y seis que obtuvo Robles Pezuela.

Lo gracioso fué que todos empezaron á alejarse de éste desde luego, como si estuviera apestado, y aun los mismos que estaban en su despacho, éncotraron pretextos para ausentarse, dejándolo sumido en las reflexiones que inspiran á los desengañados las vanidades de este mundo.



—¡Vamos! exclamaba cuando estaba metiéndose en su lecho á la madrugada del día 2, yo estaba soñando en la unión y en la paz, en ser un presidente conciliador y abnegado, y sólo seguiré siendo tal vez un instrumento del bando sediento de sangre que dirigen las gentes de Iglesia!

Siguieron dieciocho días de inmortal incertidumbre, sin que fuera turbada la calma aparente que reinaba aún, con el despronunciamiento de Orihuela en Toluca que proclamó otra vez el plan de Tacubaya y la obediencia de las tropas al general Miramón.

El día 20 en la noche, fué cuando estalló la bomba.

Se recibió el correo del interior haciendo estallar la mina paláciega.

Robles Pezuela se encontraba en su despacho, rodeado de los principales personajes de la política que ya esperaban algo sensacional. El Presidente no pudo ocultarles los mensajes, una vez que para conocerlos estaban allí, y tuvo que mandar leer en voz alta uno muy extenso de Miramón, firmado el día anterior en Querétaro, en el cual decía en substancia: que no podía aceptarse lo que se había hecho en México, porque los dos partidos que luchaban eran irreconciliables y ya el partido liberal estaba casi vencido, de modo que para nada eran necesarios los hombres que lo formaban en las esferas de la política; que su primer movimiento cuando supo el escándalo de los pronunciamientos, había sido volar á la capital para enderezar las cosas; pero que por una parte no quiso aumentar las dificultades, y por otra no podía alejarse sin que se organizaran antes los Estados de Occidente, ya que tanta sangre le habían costado sus últimas victorias, ni podía tampoco

dejar el país á merced de los bandidos que seguramente se habrían envalentonado con su ausencia; que no había hecho renuncia desde luego del nombramiento que habían dado en su favor para Presidente de la República, por no desairar á tantos como le decían que él solo era el que podría dirigir en aquellas circunstancias la nave del Estado, y cuando el mismo Zuloaga, dando ejemplo de abnegación, le instaba para que acudiera á encargarse del mando, no obstante todo lo que quería que se restableciera en todo su vigor el plan de Tacubaya, volviendo las cosas al estado que guardaban, reprobando naturalmente todo lo que se había hecho sin su anuencia, por más que se le arguyera que se trataba de hechos consumados, y por último, que lo único á que aspiraba para dar buena dirección á la guerra, era á que se le nombrara y reconociera como general en jefe de todo el ejército, en cuyo sentido escribía ya á todos los jefes que tenían mando de armas.

¡Ya se deben suponer los lectores qué cara pondrían todos aquellos personajes que habían hecho sus pronunciamientos, sus juntas y sus elecciones sin contar con la huésped!

—¡Pues la amolamos! exclamó Rodríguez de San Miguel que era muy francote.

—Yo lo había anunciado, dijo Rosas Landa, y me lo sospechaba, no por el general Miramón que seguramente no aspira á la presidencia, sino por las gentes que lo dominan.

—Lo cual quiere decir que habla por boca de ganso, murmuró Gamboa.

Por fortuna todos estaban preocupados y no se fijaron en estas palabras, tanto más cuanto que en esos mo-

mentos Robles Pezuela, que se había quedado pensativo, exclamó:

—Quiere decir que nosotros tendremos que retirarnos.

—Naturalmente, apoyó Rodríguez de San Miguel: mañana ó pasado llegará Miramón y nombrará su Presidente y su ministerio.

—No tiene que nombrarlo: el Presidente es el general Zuloaga, repuso Robles Pezuela, el mismo á quien nosotros hemos derribado por inepto.

—La cosa no puede ser más ridícula, agregó Casanova.

—Lo más gracioso será que Zuloaga, una vez en el poder, dijo Azcárate, nos ponga en la cárcel y nos mande formar causa.

—Estaría en su más perfecto derecho, contestó Robles Pezuela, una vez que estamos declarados rebeldes.

En esos momentos recibió una misiva del general Salas, en que le decía que los jefes de la guarnición estaban reunidos en su casa y que iban á mandarle dos comisionados para comunicarle un asunto importante.

Media hora después se presentaron los generales Calleja y Valle que eran los comisionados, y el negocio que llevaban, era comunicarle que el general Miramón ordenaba por telégrafo tres cosas: primera que la guarnición lo reconociera sin dudas ni vacilaciones como general en jefe del ejército; segunda, que se proclamara desde luego, también sin vacilaciones, el restablecimiento del plan de Tacubaya, y tercera, que se entregara la Presidencia interinamente, sin excusa ni pretexto, al general Mariano Salas.

Esto dicho así de corrido en estas cuantas líneas, los comisionados lo dijeron en tres horas, y fué necesario que Robles Pezuela mandara escribir una larga exposición, buscando para todo ello las buenas formas, aunque en la esencia vino á ser lo mismo. Para redondear el punto se estuvieron cruzando telegramas con Miramón, hasta la una de la mañana, hora en que quedó resuelto que Robles Pezuela entregara el poder al general don Mariano Salas, que sería Presidente provisional mientras llegaba el general en jefe del ejército.

La entrega del poder se verificó á la una y media de la mañana.

Con ese motivo el «Diario de Avisos,» publicó la siguiente observación, respecto á coincidencias: «... á la misma hora salió el general Zuloaga del Palacio nacional el 24 de Diciembre: á la misma hora fué nombrado Presidente Miramón el 2 de Enero, y por último la restauración del orden de cosas, creado por el plan de Tacubaya, se verificó á la una y media de la mañana el 21 de Enero de 1859, exactamente al año cumplido hora por hora del triunfo del mismo plan en 1858.»

De manera que en un año sólo se había representado un acto de comedia presidencial, volviendo á presentarse el mismo escenario al levantarse el telón en 1859. y para llegar al mismo punto de partida, se habían sacrificado miles de hombres, se habían destruido grandes propiedades y se habían gastado muchos millones de pesos.

El asunto como trágico, visto por el lado cruento no podía menos que lamentarse, ya era un río de sangre el que había corrido; pero como sainete no pudo menos

que hacer reír á las personas imparciales aquella Presidencia de Robles Pezuela que sólo duró veintiocho días; y todos aquellos generales, con sus pronunciamientos, todas aquellas ciento y tantas personas con su junta electoral, todo aquel consejo de gobierno, todo aquel castillo de naipes desvaneciéndose al soplo de un solo hombre que, con un golpe de audacia, supo poner á toda aquella gente ambiciosa de rodillas ante su voluntad.





CAPITULO XXXIII.

---

*Los cuatro Presidentes.*

¿Qué cañonazos son esos, vecina? ¿hay pronunciamiento?

—¡Qué pronunciamiento ni qué ojo de hacha! Pues que! ¿no sabe usted?

—No sé nada.

—El joven héroe, á quien llaman el Macabeo, acaba de llegar.

—¿Ha llegado Miramón á México?

—Eso creía toda la gente, y por eso los balcones y las azoteas están llenas á pesar de la lluvia; pero mi marido, que pertenece á las cocinas de palacio, se fué desde las doce á Chapultepec para ayudar á preparar la cena.

—¿Va á haber, pues, cena esta noche en Chapultepec?

—En la que estarán juntos los cuatro Presidentes.

—¿Cuáles son los cuatro Presidentes?

—¡Válgame Dios, vecina! Está usted muy atrasada de noticias. Los cuatro Presidentes son Zuloaga, Robles Pezuela, Salas y el general Miramón.

—Pero Miramón no es Presidente.

—Pues sepa usted que es el mero Presidente; primero, porque lo nombró la junta electoral, y segundo, porque es el que manda á todos.

—Y entonces, ¿por qué se va á Chapultepec?

—¡Vaya usted á preguntárselo! Se va á Chapultepec como los Virreyes se iban á la Villa de Guadalupe, y Santa-Anna y Comonfort á Tacubaya, ó para arreglar desde fuera las cosas de gobierno ó tal vez para hacer una entrada más ruidosa.

—Está bien, vecina, mil gracias, me meto porque está haciendo frío y el *chipi chipi* no se acaba.

La comadre le llamaba *chipi chipi* á la lluvia.

En efecto, á las cinco y media se había detenido en la garita la diligencia en que llegaba de Querétaro el general Miramón, y en carruaje y rodeado de su Estado Mayor y generales y seguido de una numerosa escolta, se había dirigido al castillo de Chapultepec, en donde había mandado preparar alimentos para él y para los suyos, con el propósito de no entrar á la Capital sino cuando estuvieran allí despachados los asuntos que traía entre manos.

La llegada del caudillo clerical, fué saludada con veintin cañonazos, que se dispararon en la Ciudadela.

El único que le acompañó en el coche, fué el general Salas, á quien preguntó Miramón luego que estuvieron en camino:

—¿Y qué cara han puesto por aquí los revolucionarios?

—No la han puesto muy buena, respondió Salas; pero han tenido que mostrarse dóciles ante la actitud resuelta de la guarnición.

—Por fortuna, hemos tenido que habérmolas con hombres que no tienen ninguna energía y en quienes domina el hábito de la obediencia. ¿Y Zuloaga?

—El general Zuloaga hasta ahora salió de su escondite.

—Sí, ya supe que estuvo metido en una legación . . . ¡pobre hombre!

Y al decir «¡pobre hombre!» Miramón se sonrió de un modo particular.

A poco reanudó la conversación, diciendo:

—Ya expliqué mi conducta en las notas que dirigí á ustedes y la seguiré explicando en algunos documentos públicos; pero en lo particular, tendré que ir diciendo á cada uno, que es la peor tontería que pueda hacerse, eso de andar queriendo democratizar al país y llamar á los partidos á la reconciliación. Nosotros sólo necesitamos del clero y de los ricos que son los que nos ayudan con su dinero y con su prestigio; ¿para qué diablos nos sirven los demagogos que no tienen una peseta? Si no podemos sostenernos nosotros solos, ¿para qué vamos á buscar otros á quienes mantener y que en pago no habían de darnos otra cosa que disgustos y dificultades? No, señor, para los demagogos no hay más que cuerda y machete, guerra sin cuartel, una vez que nos han tirado el guante y lo hemos recogido. Ahora ya los tenemos casi aniquilados; les daremos el último golpe en



Veracruz y ya no volverán á levantarse nunca. ¿Qué opina de esto V. E?

—Abundo en su parecer, Excelentísimo Señor, contestó Salas, tartamudeando.

—Solamente por no debilitar nuestro partido, por no hacer un escándalo mayor ante el país y ante el mundo civilizado, no hago un ejemplar con Robles Pezuela, con Echeagaray y con toda esa horda de revolucionarios de pacotilla que los acompañaron en sus calaveradas. El mal ejemplo que han dado, su inoportuna rebelión, cualquiera de sus actos, desde el día 24 de Diciembre, merecen un proceso sumario y una condenación; muchas personas respetables del clero y del capital, me han estado inclinando al castigo; pero tendría que ser éste fuerte y extensivo á muchos para que fuera eficaz, y he concluido por opinar como Zuloaga, por el disimulo ó por el perdón.

—Excelentísimo señor, dijo Salas inclinando la cabeza, el perdonar es propio de los corazones generosos y grandes.

Y así conversando, llegaron los dos Presidentes á Chapultepec.

Salas, el otro Presidente, hizo allí los honores de la casa. Introdujo á Miramón á sus habitaciones para que se hiciera la toilette, y á la media hora se presentó ya vestido y remosado en el salón, donde lo esperaba la concurrencia. Refirió los episodios de sus últimas campañas, el incidente del incendio del parque en el palacio de Guadalajara, que produjo grandes exclamaciones y aspavientos y refirió cómo dejaba organizados política y militarmente los departamentos del interior.

Todos se despidieron menos Zuloaga, ya porque Mi-

ramón le hubiera hecho un signo de inteligencia, ya porque aquél quisiera hacer explicaciones.

—Ya estamos solos, le dijo Miramón. Cuénteme usted lo que ha pasado, general, y suprimamos los Excelentísimos que me cargan en la intimidad.

—Ya usted lo sabe todo, general, no había uno que no quisiera ser Presidente, juzgando la ocasión oportuna porque se figuraban que usted no saldría de Jalisco.

—Pero es maravilloso que sin que hubiera un solo tiro, se verificaran nueve ó diez pronunciamientos en veinte días; ¿pero usted por qué no paró el golpe?

—Todas fueron sorpresas, general: yo no podía figurarme que estuviera rodeado de hombres falsos y egoístas, de verdaderos traidores, pues hasta aquellos en quienes tenía más confianza, me traicionaron.

—Pues ahora el principal castigo que van á sufrir, será ponerlos á sus piés.

—¡Cómo!

—Volviendo usted á la Presidencia.

—¡Oh!

Zuloaga en vez de decir ¡No! como cualquiera otro, dijo: ¡Oh! con lo cual no quería decir nada.

—Pero antes necesitamos acordar las medidas que deben dictarse al volver usted al Palacio nacional. Estoy muy desvelado; dos noches no he dormido. Hoy descanso y mañana hablaremos.

Zuloaga se despidió, y el héroe se metió en el lecho poco después, alhagado con la facilidad con que había vuelto á sus quicios el *orden legal*. Creta ó fingía creer que la legalidad estaba invivita en el plan de Tacubaya, que era la bandera de la reacción.

En dos días se estuvo preparando el pastel, y el 24, por bando solemne, se declaró el plan de Tacubaya en todo su vigor, y Zuloaga volvió al Palacio Nacional, de donde había sido echado casi ignominiosamente, un mes antes.

Hubo ceremonia y discursos. El chicotazo más feroz que recibieron los generales y cuerpos de ejército que se pronunciaron contra Zuloaga, fué el del general Parra, que habló á nombre de la guarnición diciendo entre otras lindezas: «Si abrimos la historia de todos las naciones, no encontraremos ciertamente en sus anales ejemplo alguno de una defección tan escandalosa como la que hoy hace un mes lanzara á Vuestra Excelencia del poder supremo; pero la *Divina Providencia* ha querido que la restauración del orden y de los *principios*, juntamente con la persona de Vuestra Excelencia, se efectuara precisamente por el mismo general que había sido llamado á suceder á Vuestra Excelencia en la suprema magistratura.»

Lo más chusco fué que estaban presentes muchos de aquellos á quienes iba dirigido el zurriagazo.

El primer acto del Presidente repuesto, fué declarar nulos todos los actos de Robles Pezuela.

Y como de todas maneras Zuloaga estaba predestinado á salir de la Presidencia, pero sin pronunciamientos, se le obligó á que expidiera otro decreto diciendo: «Es prerrogativa del Presidente interino nombrar otro Presidente interino.»

Con ese fácil sistema de expedir leyes, podían decretarse cuantas prerrogativas se quisiera, á pesar de todos los planes de Tacubaya.

Pero allí estaba Miramón pegado, para decirle lo que había de decretar.

Zuloaga le dijo muy candorosamente:

—Yo no sé qué fin puede tener ese decreto que he publicado.

—¿El de la prerrogativa? le preguntó Miramón.

—Sí, señor. ¿Qué necesidad hay de que yo pueda nombrar un Presidente sustituto, si no se necesita?

—Al contrario: va á necesitarse.

—Estando yo aquí, parece que es lo suficiente.

—No, general: Vuestra Excelencia y yo tenemos que mostrar deferencia á la opinión.

—Ya la mostramos declarando en vigor el plan de Tacubaya.

—No basta eso: necesita usted salir de la Presidencia, pero por la puerta no por la ventana.

—¿Yo, señor general?

—Es lo convenido con el círculo que nos apoya.

—De modo que.

—De modo que me vá usted á hacer el obsequio de nombrarme en virtud de ese decreto, y así salen las cosas legales.

—Pero siendo Vuestra Excelencia el general en jefe de todo el ejército.

—Tengo que ser el Presidente de la República también. . . no importa que con el nombre de interino.

—¿Pero para qué vine entonces si tengo que volver á salir?

—Para cubrir las formas, señor Presidente.

—¿Y no me pondré yo en ridículo?

—No, Señor Presidente. Usted va á ganar muchísimo en la opinión, porque lo llamarán el abnegado. Usted me nombra por un decreto: yo me hago del rogar diciendo que tengo que salir á campaña; pero usted, quiere

decir, Vuestra Excelencia, se empeñará mucho en que yo conserve tal investidura en donde quiera que me encuentre, para que la autoridad sea una é indivisible, y sobre todo, para que no me vuelva á dejar por allá sin recursos, como ha sucedido.

De tal manera le fué estrechando el círculo Miramón, que Zuloaga, á pesar de sus escrúpulos y resistencias, tuvo que dar el decreto de 31 de Enero, declarando á Miramón Presidente. Esto es, se llegó á lo mismo que se había hecho antes, pero por otros caminos, sacrificando al estaférmo, al caballo blanco, al pobre de Zuloaga, de quien todos se rieron á mandíbula baltiente.

El día 2 de Febrero, fué la ceremonia de la toma de posesión del nuevo Presidente interino. Se levantó un altar en el salón de recepciones, se invitó á la nobleza y al clero, pues ya entonces habían empezado á salir algunos nobles de pacotilla, y Miramón, revestido de todas sus insignias, pronunció arrodillado ante el altar el solemne juramento que era de moda entonces:

Y para acabar de poner en berlina al pobre general Zuloaga, le dirigió la siguiente filípica:

«Muy pocos días ha que con una marcha firme, puse término á la última revolución y volví á poner en las manos de V. E., á quien consideraba la única persona legítima para gobernar el país, el poder que se había pretendido confiarme. Lejos estuvo de mi previsión la posibilidad, digo mal, la probabilidad de que nuevas dificultades complicaran la situación; creí que podría consagrar toda mi atención á la grandiosa empresa que me parece la primera entre las que hoy pueden acometerse en la República, la pacificación del país, la extinción del último foco de la guerra civil que lo consume.

Por desgracia V. E., sabe cuántos obstáculos se han presentado á la administración á cada paso; V. E. sabe que nada se ha avanzado en el arreglo de la expedición de Veracruz; V. E. sabe que ninguna esperanza de adquirir recursos para llevar á cabo la ocupación de esa plaza importante, ha podido formarse hasta aquí; V. E. sabe que han llegado á calificarse de exigencias, mis justas peticiones en este respecto, y en fin, V. E. me entrega el mando supremo, considerando este paso como el único medio de que se obtengan los elementos para la campaña, y sólo en este sentido lo admito. »

Al oír toda esta cáfila de regaños, el pobre general Zuloaga, parecía que le echaban agua fría por todo el cuerpo, empezó á sudar, á cambiar de color y á sentir que la cabeza le daba vueltas. Se quedó todo alelado con la boca abierta y sin decir nada, hasta que su ministro de la Guerra, el general Parra, que era el que estaba más cerca, le estiró la casaca y le murmuró al oído este consejo:

—Láncele usted un viva.

Entonces el pobre general Zuloaga, gritó atragantándose:

—¡Viva el Excelentísimo Presidente interino!

Y acabó así la farsa, teniendo que salir el pobre general Zuloaga del palacio, con la cola entre las piernas, y parodiando el discurso del general Parra del día 24 de Enero, murmuraba:

—¡Abriendo los anales del mundo no encuentro un caso semejante!

Los concurrentes á la ceremonia, se quedaron diciendo unos á otros:

—¡Vaya, siempre se fué de aquí la calabaza!

En cambio los propietarios de México, empezaron á temblar luego que supieron que Miramón, en su discurso de toma de posesión, había indicado que su objeto al tomar el poder, era hacerse de recursos para la campaña de Veracruz.

—Es seguro, decían, que el clero no ha de querer desatar mucho los cordones de la bolsa y que sobre nosotros se vendrá el chubasco de los empréstitos y las contribuciones.

Así fué, en efecto, como luego veremos; pero lo que importaba era de pronto implorar las bendiciones del cielo y con ese objeto se celebró el día 6 una fiesta suntuosa en la Catedral, á que concurrieron las gentes de más campanillas.

El orador sagrado pronosticó la victoria para el joven héroe, que iba á combatir la impiedad, y que después de esa fácil campaña vendrían días venturosos para la iglesia.

Después de los dos préstamos que se mandaron imponer en Guadalajara y Guanajuato, de cien mil pesos cada uno, se decretó la contribución del uno al millar sobre toda clase de capitales, y el día 8 ya hubo fondos para que se pudiera dar un banquete de ciento y tantos cubiertos en el edificio de Minería, que se engalanó lujosamente.

Un licenciado, don José María Aguilar, ofreció el banquete á Miramón, con un brindis en que descollaron como muy notables las siguientes palabras que pueden ser aplicadas á los gobernantes de todas las épocas:

•Vuestra Excelencia que conoce y está en aptitud de medir la profundidad del abismo á que fuera conducida la nación si se adoptase una marcha menos sabia y

prudente en el delicado predicamento que guarda nuestra sociedad, sabrá sin duda conservar el apoyo moral que hoy le presta tan decididamente la opinión pública, *docilitándose* no sólo á oír la con benevolencia, sino también á corresponder á sus insinuaciones. Nada es más funesto para los pueblos; que un gobierno cuando se encierra en el estrecho círculo de su propio consejo, porque la verdad no penetra nunca en la atmósfera que lo rodea, y pocas veces la sabiduría toma parte en sus resoluciones: sólo el orgullo es egoísta; el patriotismo es expansivo, y en su entusiasmo puro busca á quien comunicarse y no descansa sino en la aprobación de todos los buenos ciudadanos.»

—¡Caracoles con el licenciado Aguilar! murmuraron los mochos más recalcitrantes, éste quiere nada menos que la libertad de la prensa, que el dominio de la opinión de las masas, que la demagogia. ¡caracoles con el licenciado Aguilar!

Y Miramón dijo para sus adentros:

—¡Vaya un mono que quiere venir á darme lecciones de buen gobierno!

Y sólo por eso, no lo nombró ministro, sino que compuso su gabinete del modo siguiente:

Gobernación: Teófilo Marín, mocho.

Fomento: Octaviano Muñoz Ledo, moderado.

Guerra: general Severo del Castillo, muy mocho.

Hacienda: Gabriel de Zagaceta, moderado.

Los clericales no quedaron muy contentos con este ministerio que lo consideraron de transacción con el antiguo partido comonforista, del cual quedaban en el poder algunas mijajas.

El día 14 se formó el ejército, compuesto de unos seis mil hombres, en el Paseo Nuevo, y Miramón, seguido



de un vistoso Estado Mayor le pasó revista, más por lucirse que por conocer sus elementos de guerra que conocía como los dedos de su mano.

El 15, por la tarde, reunió á sus ministros y les dijo:

—Señores Secretarios del despacho: se puede decir que está arreglada la situación pública, ó por lo menos vencidas las principales dificultades con que se estaba tropezando para llegar al fin que se propuso el plan salvador que proclamamos en Tacubaya. Están sometidos los conspiradores y descontentos, sin que se haya derramado una gota de sangre, está fuera del poder el hombre inepto que lo enervaba, contamos con los indispensables recursos para el ejército y siguen una marcha ordenada los demás ramos de la administración. Yo salgo mañana, como ustedes saben, sin dejar la Presidencia: Zuloaga, que era quien debía nombrar substituto conforme á la ley, ha declarado que no es incompatible el cargo con la campaña que voy á emprender á Veracruz. Desde luego puedo jurar á vuestras excelencias, que volveré victorioso, como lo tengo por costumbre, ya que me acompaña el Dios de los ejércitos; pero durante mi ausencia, vuestras excelencias despacharán los negocios, reduciéndose mi principal recomendación á que no me dejen de mandar dinero y municiones: todo el dinero que se reuna, todas las municiones que se fabriquen: es lo único que yo necesito para triunfar. Dentro de un mes, fíjense bien en lo que les digo, dentro de un mes Veracruz estará en mi poder con todo y el ridículo gobierno de Juárez, con tal que no me falten los recursos. Vuestras excelencias me comunicarán sólo los asuntos graves, y yo los despacharé, á cuyo efecto me llevo á mi ministro de la Guerra y una secretaria de la Pre-

sidencia muy bien dotada. Ahora, ¡adios! y hasta mi vuelta.

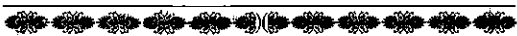
No les dió tiempo de hacer observación alguna, porque se levantó y salió del despacho presidencial para ir á despedirse de algunas familias que le dispensaban su confianza y su intimidad.

Era joven, buen mozo y afortunado.

Al día siguiente se ocupó en ver desfilar su ejército, y por la noche fué á incorporarse con él, llegando el 18 á Puebla, en donde lo recibieron con arcos de flores y músicas.

¡Oh! cómo iba lleno de ilusiones y de esperanzas el joven general al acometer aquella campaña de Veracruz!





## CAPITULO XXXIV.

### *Lago de sangre.*

QUE Miramón era militar entendido para su época, que era valiente, que era arrojado, y que al mismo tiempo estaba recibiendo las caricias de la fortuna, eso nadie puede negarlo; así es que no sólo tenía fé él en su estrella y en sus conocimientos, sino que la hacía tener á los demás que ya sabían que á donde quiera que fuera lo había de acompañar su buen hado, por lo que él y los demás, contándose entre ellos sus ministros, su partido y aun sus mismos contrarios juzgaron que, como César, diría antes de un mes al estar de regreso en México: «llegué, vi y vencí,» que su campaña de Veracruz sería un agradable paseo militar y que el gobierno de la reacción á pocas fojas quedaría enteramente consolidado.

En efecto, de etapa en etapa fué recibiendo ovaciones, y cuando se empezó á encontrar con partidas de libe-

rales, le fué tan fácil arrollarlas, como beberse un vaso de agua.

Apenas traspuso la zona que se conoce con el nombre de «La Esperanza» y entró al terreno quebrado donde empezaba á encontrarse con serias resistencias, los partes de sus triunfos fueron continuados: el 22 de Febrero dió aviso de que había ocupado á Orizaba, habiendo huido el enemigo; el 2 de Marzo ocupó Córdoba con la mayor facilidad; el 12 comunicó por telégrafo que había sido tomado á fuego y sangre el cerro del Chiquihuite; casi al mismo tiempo le causó una terrible derrota al enemigo en la Soledad, haciéndole cien prisioneros, entre los que estaba un norte-americano que había volado tres puentes y que en el acto fué pasado por las armas.

También es verdad que Miramón llevaba ya un ejército de cerca de ocho mil hombres con cuarenta piezas de artillería, y las partidas que defendían los pasos disputados se componían de doscientos y trescientos voluntarios.

En donde se tropezaría con más grandes dificultades, sería frente á las murallas de Veracruz, en el caso de que la plaza no estuviera ocupada ya por los ingleses y franceses que la bloqueaban, pues es necesario tener en cuenta que para el éxito se contaba de antemano con un poderoso auxiliar que la diplomacia reaccionaria se había proporcionado en el exterior.

Hay que explicar esto, aunque sea someramente, para los lectores que no lo recuerden.

En principios de Enero, dos escuadras, la una francesa y la otra inglesa, se habían presentado en las aguas de Veracruz; y los respectivos comandantes se habían dirigido al gobierno de Juárez con la insolencia que enton-

ces era habitual, tratándose de una Nación débil y desahogada, haciéndole dos reclamaciones que importaban en sí una bicoca; pero que en las circunstancias eran gravísimas por las dificultades materiales que había para satisfacerlas, y más aún, porque se comprendía que se tomaban como pretexto á fin de ayudar á la caída de una administración que les era antipática, y más que todo, á las segundas miras que ya se tenían respecto de México en los gabinetes europeos. Las reclamaciones eran: la una por la contribución extraordinaria impuesta por el comandante Garza, en Tampico, que había originado protestas de los súbditos extranjeros y algunos atropellos á éstos por sus resistencias para el pago, y la otra por haberse dispuesto en Veracruz de los fondos correspondientes á la Convención de Londres.

Se hicieron sacrificios, se sacó el dinero de donde se pudo, jugó la diplomacia, y el gobierno de Juárez logró dejar satisfechos á los reclamantes por más dispuestos que estuvieran á no satisfacerse. El ministro Ocampo, explicó lo que había pasado en notas muy amplias y muy elocuentes escritas á los gobernadores, felicitándose de que el gobierno hubiera podido salir de la celada que se le había puesto en los momentos más críticos, esto es, cuando el Macabeo se dirigía con su poderoso ejército para reducir á polvo el último baluarte de los libres, y entonces los defensores de la plaza de Veracruz, pudieron dictar sus medidas para esperar el ataque, contándose entre ellas la de establecer una corte marcial que sentenciara á muerte á todo aquel que hablara de capitular ó de rendirse luego que se presentara el enemigo. La plaza contaba con unos dos mil hombres de tropa regular y con unos mil más de las guerrillas que se habían replegado, y

los reclutas y simpatizadores de la causa liberal, presentados á última hora; pero con esa reducida guarnición que no alcanzaba á cubrir ni medianamente las murallas y los fuertes, se resolvió el gobierno á combatir hasta quemar el último cartucho, que sería cuando la ciudad estuviera reducida á escombros y debajo de ellos todos sus defensores.

Miramón, por su parte, brioso como era, atrevido como era, perspicaz como era también para sus maniobras y sobre todo llevando á cuestras un prestigio que le hacía valer por veinte generales, no se le dió un bledo que hubiera ante sus huestes vencedoras fortalezas artilladas, y desde luego tomó posiciones, hizo reconocimientos y nombró columnas de ataque, concibiendo al efecto planes que le parecían infalibles. Unas cien hombas lanzadas sobre los parapetos, anchas brechas practicadas por dos ó tres puntos, un ataque, simulado por uno de ellos y luego el asalto por los otros dos, sería cuestión solamente de cuatro ó cinco horas de cañoneo y una media hora de combate. Ya tenía escrito su mensaje:

«La plaza de Veracruz tomada por asalto: mis tropas han combatido con bizarría cubriéndose de gloria.—  
Miramón.»

Y como tenía tropas de sobra, no le importó desprenderse de una división que, mandada por Casanova, debía atacar simultáneamente la plaza de Alvarado, ocupada también por los liberales.

Robles Pezuela, Ramírez Arellano, Herrán, Cobos, todos tenían ya sus puntos designados el día 24 en los médanos del Perro y del Encanto, en la Casa Mata, etc., etc., con las instrucciones necesarias para operar sobre la plaza

el día 25, que fué el designado para la demolición y la ocupación.

Pero como sucede en este mundo que muchas veces las resoluciones mejor tomadas suelen derrumbarse por causas imprevistas. los proyectos de Miramón, tan bien ideados y que tan bien se estaban llevando á la práctica, quedaron desvanecidos como el humo cuando le llegaron dos mensajes el uno detrás del otro, en que se le decía que el convoy que esperaba con dinero y con municiones no había llegado á Puebla, y que Degollado, con un poderoso ejército, estaba asediando á la Capital.

—¡Mil rayos partan á esas gentes! exclamó Miramón lleno de rabia, ahora vamos á tener que retirarnos.

—Señor, le dijo el general Castillo, que también era intrépido y que quería lucirse como ministro de la Guerra, vamos atacando.

—¿Y con qué atacamos?

—Con las bombas.

—Qué bombas ni qué demonio, si falta la pólvora para lanzarlas.

—Sin embargo.

—¡Quite usted allá, señor general Castillo! un ejército sin dinero y sin municiones, vale un serenado cuerno. Y luego ese Degollado que saca tropas de las piedras.

¿de dónde diablos ha salido ese hombre de quien no tuvimos noticias, para que se encuentre ya sobre la Capital?

—El caso es que las columnas están listas para el asalto.

—Pues que ahora se alistén para marchar. . .

—¿A dónde?

—¡Al infierno! Nos retiramos, porque esos estúpidos ministros no han cumplido con el único encargo que les

dejé mandarme pólvora y recursos. Desengañese usted, señor general Castillo, yo solo, sin tener quien me ayude, es imposible que esté en todas partes ni que lo haga todo. Mande usted volver á Casanova, y que á primera hora mañana se verifique la contramarcha en el mejor orden.

—Como lo disponga Vuestra Excelencia.

—Así lo dispongo. Me cubren de ridículo, pero ya me la pagarán.

Y así fué cómo se salvó la plaza de Veracruz y cómo los Supremos Poderes federales pudieron ya seguir funcionando sin ningún estorbo.

Al día siguiente, cuando fueron á ver á Juárez, Zamora, Iglesias y sus demás hombres de guerra, y le dieron la noticia de que el ejército de Miramón había tomado otra vez el camino de México, aquel les contestó con toda tranquilidad:

—Ya me lo esperaba: nuestros amigos del interior no nos abandonan. De allá nos ha de venir el triunfo definitivo más tarde ó más temprano. Tengo fé en nuestra causa, porque es justa y buena, y ha de hacer porque nuestros sacrificios sean recompensados.

Después de estas palabras, que en la boca de don Benito fueron un torrente, pues que no era locuaz ni en el trato particular, calló y dejó que sus ministros hablaran, no volviendo él á pronunciar en algún tiempo, sino las palabras estrictamente necesarias.

Miramón, que como ya se ha dicho, traía consigo á su otro rival Robles Pezuela, sea para darle una muestra de confianza ó para quitarse á un hombre que podía estorbarle en la Capital, le formó la división de Oriente con



tres mil hombres y veinte piezas para que prosiguiera la campaña de Veracruz, de cuyos terrenos todavía le costó trabajo salir porque ya tenía cortada la retaguardia por Lallave que se había situado en las Cumbres de Aculcingo con mil quinientos hombres, sobre el cual tuvieron que emprenderse operaciones en toda forma con ocho mil quinientos hombres, logrando derrotarlo.

Después de la acción desgraciada para el jefe liberal en que se le dispersó su gente, perdiendo sus cañones y varios muertos y heridos, al siguiente día, que fué el 9 de Abril, se cogió en un camino al ayudante de Lallave don Juan Oscar Robert, que andaba extraviado, y mandó fusilarlo Miramón para dar realce á la victoria de Robles Pezuela, pues este fué el que la había alcanzado en Lagunilla sobre los liberales, quienes de paso agregaremos, habían conseguido su objeto que era entorpecer y retardar la vuelta de Miramón á la Capital.

Una vez libre el caudillo de la reacción de esas dificultades, ya pudo dirigirse á Puebla con escoltas y salir de allí el 10 por la noche, al saber que sus ministros en México se encontraban en grandes apuros.

¿Qué era, pues, lo que había sucedido en el Interior? Una cosa muy sencilla: que el general don Santos Degollado, que entre otras cosas, lo que menos tenía era ser general, reconocido como mi ístro de la Guerra de Juárez, con facultades amplísimas y muy estimado por sus cualidades de buen ciudadano y buen patriota, con su actividad acostumbrada había dado cita á todas las partidas sueltas que operaban en los Estados del centro de la República, á fin de formar un núcleo de tropas de cualquiera consideración que fuera para poderse acercar á la Capital con el fin de hacer que la expedición de Miramón á Vera-

cruz fracasara. Al frente, pues, de tropas de la frontera mandadas por don Ignacio Zaragoza y del interior mandadas á su vez por Iniestra, Régules, Pinzón, Pueblita y otros en número de algo más de tres mil hombres, salió de Querétaro, teniendo que trabar desde luego una acción con el reaccionario Mejía en Calamanda en que hubo pérdidas por ambas partes, sin que la victoria completa quedara por alguno de ellos, teniendo Mejía que huir hacia San Luis, por habersele dispersado uno de sus principales cuerpos.

Una vez libre Degollado del obstáculo puesto por Mejía en Calamanda, pudo continuar su marcha sobre la Capital con menos de tres mil hombres, esperando llegar con siete ú ocho mil, si acaso se le incorporaban las demás fuerzas con que creía poder contar para dar un golpe definitivo á la reacción.

Habiéndose ocupado por los liberales á Zacatecas, Aguascalientes, Durango, Colima, Guanajuato y Querétaro, ya en el Interior no quedaban más que Mejía en San Luis, algo destrozado, y Márquez en Guadalajara con unos cuatro mil hombres para oponerse á la expansión de aquellos, pues ya á esas fechas don Joaquín Miramón, hermano del héroe, había sido echado á pique con toda su división volante.

Don Santos Degollado pudo, pues, llegar con unos cuatro mil hombres, incluidos los pocos que se le fueron incorporando en el camino, á los alrededores de la Capital, extendiéndose desde Tlalpam hasta San Angel y Lomas de Santa fé, llegando sus avanzadas á Tacubaya. En estas posiciones permaneció el ejército de Degollado doce días, sin emprender operación alguna formal sino simples escaramuzas en que los suyos llevaron la peor parte, una vez

que las tropas defensoras de la plaza eran de línea y se encontraban bien disciplinadas.

Este tiempo lo aprovecharon bien los de la plaza, reforzando sus trincheras y reconcentrando guarniciones que aumentaron su número considerablemente, llamando además á Márquez y á Miramón para que protegieran la Capital, que estaba en inminente peligro de caer en poder de los liberales.

Por fin el general Degollado, que desgraciadamente no era muy entendido militar, dispuso dar un ataque por el rumbo de San Cosme para probar fortuna, y según dijo Zaragoza en una modesta carta, en esa vez sí pudo tomarse la plaza, porque los sitiados echaron mano hasta de sus *últimas reservas*, si hubieran cooperado las demás tropas sitiadoras que permanecieron bastante lejos descansando sobre las armas.

En la guerra, pues, no bastan el valor, la audacia, la temeridad si se quiere, se necesitan además el buen ojo, la pericia, la oportunidad del ataque y la defensa y las disposiciones violentas, enérgicas y decisivas. Don Santitos era activo para organizar, era diestro para el manejo de los papeles y sabía discurrir buenos planes, pero le faltaban las dotes necesarias para ejecutarlos.

Llamado el general Leonardo Márquez violentamente y teniendo tanto tiempo como tuvo para moverse, fácil le fué salir con una fuerte escolta de Guadalajara y reunir hasta mil quinientos hombres en el camino, aunque dejando desguarnecidas todas las poblaciones que se sostenían en el interior adictas al plan de Tacubaya, comprendiendo que aunque se perdiera todo, lo que más interesaba era salvar la Capital.

¿Por qué Degollado no mandó unos dos ó tres

mil hombres á interceptar el camino de Márquez, por qué estuvo dejando que entraran á la plaza de México las fuerzas que iban llegando de todas partes teniendo que recorrer muy largas distancias? ¿Por qué después del ataque dado con tan buen éxito el 2 de Abril, no lo repitió al día siguiente, por qué permaneció aún ocho días al frente de la plaza, sosteniendo tiroteos insignificantes, por qué no se retiró, si como se dijo después el parque estaba consumido, por qué se esperó á que los sitiados que estaban ya más fuertes tomaran la iniciativa? Ya lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo, don Santitos, como le llamaba la tropa, era un gran caracter, pero le faltaban muchas de las facultades que necesita un buen militar.

Márquez salió de la plaza, tomó la retaguardia á las fuerzas liberales, desde más allá de las Lomas de Santa Fé, las vino envolviendo hasta encerrarlas en un círculo de bocas de fuego y las derrotó, como era natural que sucediera, en los alrededores de Tacubaya y Chapultepec.

Se perdieron la artillería y los carros de municiones; pero se salvaron muchas tropas, dispersándose en varias direcciones, yendo á formar el cuartel general en Maravatío, en donde antes de ocho días ya había unas tres ó cuatro brigadas de las tres armas. Hubo pocos prisioneros relativamente; el que cayó todo en poder de Márquez, fué el cuerpo médico de los liberales, porque estaban, los que lo componían, en Tacubaya en el hospital general curando á los heridos de los dos partidos. También cayeron allí, sin saberse por qué causa, dos ó tres paisanos y dos ó tres niños. A todos mandó Márquez que se les fusilara sin identificar las personas conforme á la ley de conspiradores, expedida por los hombres de gabinete, preci-

samente para eso, para que se derramara lo más que se pudiera la sangre de los mexicanos.

La hecatombe de Tacubaya, aquellos fusilamientos en masa que se hicieron á un lado del camino que va á San Angel, ordenados por Márquez y Miramón, pues éste último llegó de Puebla á la Capital en los momentos en que Márquez triunfaba, semejante carnicería, cuando podía bastar con el placer de la victoria, fué terriblemente descrita en un folleto que circuló con profusión en la República, y en el cual se leen los siguientes párrafos que todavía hoy hacen erizar los cabellos:

«No es el gobierno de la República, decía, el que se complace en bañarse en sangre; no es tampoco un partido político; no es el ejército nacional. No, mil veces no; el país no ha consentido en darse un gobierno compuesto de truhanes, tahures, ladrones y asesinos. Una facción inmunda ha asaltado el poder en la capital; pero esto no es gobierno, es una camarilla compuesta de las heces de los garitos, de la escoria de los cuerpos de guardia y de las sacristías. No; no hay en México un partido político cuyo dogma sea el asesinato: los que azotan á las mujeres, los que fusilan á los heridos, los que niegan un confesor á los raoribundos, los que asesinan á los médicos y á los niños y después insultan sus cadáveres, no forman, no, ni pueden formar una comunión política; forman, sí, una turba de malhechores, que á soldada de los interesados en los abusos, intentan volver el país á la barbarie. No; no es el ejército nacional el culpable de estos crímenes; el soldado mexicano fué siempre noble y generoso en la victoria: el ejército que consumó la independencia, que sostuvo la libertad y defendió la integridad del territorio, si fué valien-

te en el combate, miró como hermanos á los vencidos y no confundió la lucha leal y magnánima con el asesinato proditorio.»

Hacia luego una pavorosa narración de lo acaecido, y concluía de esta manera:

«¡Dios de las naciones! Haz que el crimen tenga expiación; permite que este pueblo se lave del baldón de sus opresores, haciendo reinar la paz, la justicia y la virtud, y haz, por fin, que este pueblo oprimido quebrante sus cadenas y sea el terrible instrumento de tu justicia inexorable!—¡Ay de los asesinos! ¡Ay de los verdugos! ¡Ay de los modernos fariseos! ¡Malditos serán sobre la tierra que regaron con sangre inocente, con sangre de sus hermanos que vertieron con crueldad y alevosía!!!»

He aquí los nombres de algunas de las víctimas que fueron allí sacrificadas: Lic. Marcial Lazcano, Tenientes coroneles, Genaro Villagrán y José María Arteaga; Dr. Manuel Sánchez, jefe del cuerpo médico; los médicos cirujanos Juan Duval, José M. Sánchez, Gabriel Rivera, Ildelfonso Portugal, Juan Díaz Còvarrubias y Alberto Abad; capitanes: Ignacio Sierra y José López; los licenciados y paisanos Agustín Jáuregui, Manuel Mateos, Saberío Fische, Eugenio Quisen y Miguel Neira. Entre los fusilados estaban dos niños de quince años, y era tal la confusión cuando se verificaba aquella matanza, que lograron salirse del cuadro don Feliciano Chavarria, que después fué general y otros tres ó cuatro compañeros, salvándose milagrosamente.

Tacubaya lleva por eso en memoria de tan infausto acontecimiento el nombre de «Ciudad de los Mártires,» lo mismo que mientras haya mexicanos sobre la tierra,

no dejarán de considerar como un oprobio para nuestra historia tales asesinatos, ni de pronunciar con estremecimientos de indignación los nombres de los verdugos.

Un pequeño monumento, con su jardín, rodeado de una verja de hierro cerca de la Estación del ferrocarril que lleva por el mismo suceso el nombre significativo de « Los Mártires, » enseñan al viajero el lugar en que de la manera más salvaje se sacrificó á los médicos y á los niños por los generales Márquez y Miramón, que estaban al servicio del bando clerical.





## CAPITULO XXXV.

### *Las leyes de Reforma.*

Lo que estuvo solemne, fué el Te Deum de la Catedral, al día siguiente de la hecatombe de Tacubaya, con grande orquesta, grandes cánticos, concurrencia escogida y mucho lujo en la vestimenta de los sacerdotes, quienes llamaron *soldados de Dios* á los que habían derramado la sangre de los médicos, de los practicantes, de los niños y de los paisanos, todos hijos de México, todos miembros de la misma familia.

Pero dejaremos ahora á los personajes de la Iglesia con sus regocijos, con sus ilusiones, con sus esperanzas, con los triunfos repetidos de sus corifeos, con sus devociones impías y con sus vastos proyectos de dominación y exterminio, para ver en lo que se ocupaban los que formaban el gobierno liberal en Veracruz.

Parece que fué don Melchor Ocampo el que inició la



conversación, cuando estaban los ministros reunidos en la habitación de don Benito Juárez, que servía de despacho á la Presidencia; la idea no era nueva, fluctuaba en todos los espíritus y en algunos tenía firme asiento, no faltando más que un ligero toque para que se produjera la chispa eléctrica.

—Yo también creo, afirmó don Miguel Lerdo de Tejada, que debemos presentar á la República, una situación definida.

—Nuestros contrarios, dijo por su parte don Manuel Ruiz, ofrecen religión, ofrecen fueros y privilegios, ofrecen orden, ofrecen monarquía y ofrecen hasta la gloria eterna; ¿nosotros qué ofrecemos?

—Nosotros ofrecemos poner en vigor la Constitución de 57, contestó don Benito Juárez.

—Es mucho y es poco, murmuró Ocampo.

—¿Cómo!

—Es mucho que tengamos una ley suprema; pero es poco dar lo que ya se tiene. Necesitamos dar al país lo que falta para completar la obra, una vez que somos revolucionarios.

—Nosotros no somos revolucionarios, sino que representamos la legalidad, dijo Juárez.

—Pues si no lo somos, tenemos que serlo para valer algo.

—Por supuesto que no me opongo á la reforma, se apresuró á decir Juárez, ustedes saben que es mi ideal; pero ¿podemos dictarla nosotros? ¿tenemos facultades para legislar?

—Desde el momento en que nos convertimos en revolucionarios.

—¿Pero no perderemos nuestros títulos, no descenderemos voluntariamente de nuestro pedestal?

—Al país es al que toca resolver el punto, sosteniéndonos ó abandonándonos.

—¿Y si nos abandona?

—Otros vendrán más tarde á hacer lo que no pudimos hacer nosotros.

—Lo único que podría hacernos vacilar, es que ahora estamos más débiles que nunca, observó don Manuel Ruiz. En todas partes han sido derrotadas las fuerzas liberales. La reacción domina en los Estados del interior y sólo nos ha dejado los puertos.

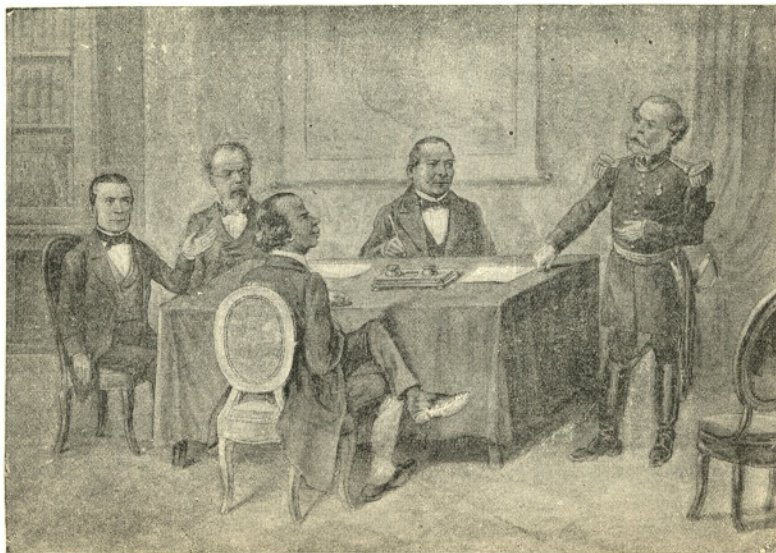
—Precisamente por eso tengo confianza en que es el momento oportuno, afirmó Ocampo. Un golpe de audacia como ese, llenará de pavor á nuestros enemigos y fortalecerá á nuestros amigos.

—Tiene mucha razón el señor Ocampo, exclamó con entusiasmo Lerdo de Tejada.

—Sí la tiene, afirmó Juárez, y tan lo creo así, que yo por mi parte había adelantado algo sobre el asunto.

Y después de decir esto, levantó una carpeta que estaba sobre la mesa y presentó á sus ministros algunos apuntamientos que tenía escritos, respecto de las reformas que en su opinión debían plantearse para afianzar un sistema completo de libertades públicas.

—Entrego á ustedes ese depósito, continuó diciendo don Benito Juárez, para que ustedes se sirvan completar lo que falta en lo que llevo hecho y me presenten un trabajo más acabado, tan pronto como sea posible. Esas no son más que notas que me he ocupado de escribir en los ratos perdidos.



—*Entrego á ustedes ese depósito, continuó diciendo don Benito Juárez.....*

Los ministros celebraron con alborozo que el Presidente les saliera al encuentro con sus notas ya formadas, cuando creían tener que sostener con él una lucha formidable para convencerlo de que era preciso ofrecer al país algo que conmoviera sus entrañas; y desde luego se pusieron á elaborar un Manifiesto del gobierno que había de servir de precursor á las leyes de Reforma que ya tenían bien enclavadas en el cacúmen.

Esto pasaba en los últimos días de Junio, cuando en efecto los encuentros que habían tenido lugar casi diariamente en los dos meses pasados, en la mayor parte de los Estados, habían sido desfavorables para las armas de los constitucionalistas; sólo dos plazas habían tomado, las de Colima y Mazatlán; pero en cambio habían perdido las del interior, desde Tepic hasta Jalapa, no contando á la vez más que con casi todos los puertos desde Veracruz hasta Guaymas, según lo había dicho, en la conversación que hemos descrito, uno de los ministros.

También hubo algo chusco que debemos mencionar, antes de que pasemos adelante, que prueba el amor que se profesaba en las poblaciones á los caudillos de la reacción. Cuando Márquez regresaba á Guadalajara, después de su sangriento triunfo de Tacubaya y de haber realizado algunas otras hazañas en el camino, la Prefectura de aquella ciudad, publicó un bando diciendo que todos los vecinos estaban obligados á alegrarse y á adornar sus casas á la llegada del general Márquez á Guadalajara, y que ya la policía tenía orden de tomar nota de los que no lo hicieran, para hacerles sufrir algún castigo más adelante.

En los primeros días de Julio, apareció el Manifiesto del gobierno constitucional, que por ser muy extenso, no

se inserta íntegro, pero del cual se toma lo siguiente, que es la parte capital para el fin que tiene este relato:

Con un lenguaje sobrio y mesurado, el gobierno de Juárez comenzaba por trazar un breve cuadro de la situación en que la República se hallaba en aquellos momentos; hablaba del silencio que había guardado acerca de los pensamientos que abrigaba para curar radicalmente los males de la sociedad; mas cuando los autores del motín de Tacubaya se obstinaban en sostenerlo, apoyados únicamente en la decidida protección del alto clero y en la fuerza de las bayonetas que tenían á sus órdenes, creía faltar á uno de los primeros deberes que la misma situación le imponía, si suspendiera por más tiempo la pública manifestación de sus ideas, no sólo acerca de las graves cuestiones que se ventilaban en el terreno de las armas, sino sobre la marcha que se proponía seguir en los diversos ramos de la administración pública.

Manifestaba en seguida que nada tenía que decir acerca de la organización política del país, pues estaba resuelta en la Constitución de 1857, ni tampoco acerca de los principios en ella establecidos; mas como quiera que esos principios, añadía, á pesar de haber sido consignados ya con más ó menos extensión en los diversos códigos políticos que ha tenido el país desde su independencia, y últimamente en la Constitución de 1857, no han podido ni podrán arraigarse en la nación, mientras que en su modo de ser social y administrativo se conserven los diversos elementos de despotismo, de hipocresía, de inmoralidad y de desorden que los contrarían, el gobierno cree que, sin apartarse esencialmente de los principios constitutivos, está en el deber de ocuparse muy seriamente en hacer de-

saparecer estos elementos, bien convencido ya, por la dilatada experiencia de todo lo ocurrido hasta aquí, de que entretanto ellos subsistan, no hay orden ni libertad posibles.»

Exponía luego las medidas que se proponía realizar para dar unidad al pensamiento de la reforma social, colocando en primer término las siguientes, que creía indispensables para desarmar de una vez al clero, de los elementos que servían de apoyo á su funesta dominación:

«1.º Adoptar como regla general invariable la más perfecta independencia entre los negocios del Estado y los puramente eclesiásticos.

«2.º Suprimir todas las corporaciones de regulares del sexo masculino, sin excepción alguna, secularizándose los sacerdotes que actualmente habia en ellas.

«3.º Extinguir igualmente las cofradías, archicofradías, hermandades y en general todas las corporaciones ó congregaciones que existieran de esa naturaleza.

«4.º Cerrar los noviciados de los conventos de monjas, conservándose las que actualmente existieran en ellos con los capitales ó dotes que cada una hubiera introducido, y con la asignación de lo necesario para el servicio del culto en sus respectivos templos.

«5.º Declarar que han sido y son propiedad de la nación todos los bienes que administraba el clero secular y regular, con diversos títulos, así como el excedente que tuvieran los conventos de monjas, deduciendo el monto de sus dotes, y enajenar dichos bienes, admitiendo, en pago de una parte de su valor, títulos de la deuda pública y de capitalización de empleos.

«6.º Declarar, por último, que la remuneración que dan los fieles á los sacerdotes, así por la administración

de los sacramentos como por todos los demás servicios eclesiásticos, y cuyo producto anual, bien distribuido, bastaba para atender ampliamente al sostenimiento del culto y de sus ministros, siendo objeto de convenios libres entre unos y otros, sin que para nada intervenga en ellos la autoridad civil.

«Además de estas medidas, sigue diciendo el manifiesto, que en concepto del gobierno son las únicas que pueden dar por resultado la sumisión del clero á la potestad civil en sus negocios temporales, dejándolo, sin embargo, con todos los medios necesarios para que pueda consagrarse exclusivamente, como es debido, al ejercicio de su sagrado ministerio, cree también indispensable proteger en la República con toda su autoridad, la libertad religiosa, por ser ésta necesaria para su prosperidad y engrandecimiento, á la vez que una exigencia de la civilización actual.»

Seguía luego una extensa exposición de las saludables reformas que el gobierno se proponía establecer en los diversos ramos de la administración pública, y que se hallaban consignadas como principios en la ley fundamental, ó bien eran consecuencias lógicas de dichos principios. Excusado es añadir que tales reformas obedecían á un espíritu eminentemente liberal y reformista, y que sus benéficos resultados sólo podían ocultarse á los intransigentes partidarios de un régimen, cuyo sostenimiento no reconocía por origen más que un conjunto de lamentables preocupaciones y una absoluta ignorancia de las necesidades de la época. Hé aquí cómo terminaba el manifiesto:

«En otro tiempo podría acaso haberse estimado imprudente la franqueza con que el gobierno actual manifiesta sus ideas para resolver algunas de las graves cuestiones

que ha tanto tiempo agitan á nuestra desgraciada sociedad; pero hoy que el bando rebelde ha desafiado descaradamente á la nación, negándole hasta el derecho de mejorar su situación; hoy que ese mismo bando, dejándose gufar únicamente por sus instintos salvajes, para conservar los errores y abusos en que tiene fincado su patrimonio, ha atropellado los más sagrados derechos de los ciudadanos, sofocando toda discusión sobre los intereses públicos, y calumniando vilmente las intenciones de todos los hombres que no se prestan á acatar su brutal dominación; hoy que ese funesto bando ha llevado ya sus excesos á un extremo de que no se encuentra ejemplo en los anales del más desenfrenado despotismo, y que con un insolente menosprecio de los graves males que su obstinación está causando á la sociedad, parece resuelto á continuar su carrera de crímenes y maldades, el gobierno legal de la República, lo mismo que la numerosa mayoría de los ciudadanos cuyas ideas representa, no pueden sino ganar en exponer claramente á la faz del mundo entero cuáles son sus miras y tendencias.

• Así logrará desvanecer victoriosamente las torpes imputaciones con que á cada paso procuran desconcepcionarlo sus contrarios, atribuyéndole ideas disolventes de todo orden social.

• Así dejará ver á todo el mundo que sus pensamientos sobre todos los negocios relativos á la política y á la administración pública, no se encaminan sino á destruir los errores y abusos que se oponen al bienestar de la nación, y así se demostrará, en fin, que el programa de lo que se intitula el partido liberal de la República, cuyas ideas tiene hoy el gobierno la honra de representar, no es la bandera de una de esas facciones que en medio de



las revueltas intestinas aparecen en la arena política para trabajar exclusivamente en provecho de los individuos que la forman, sino el símbolo de la razón, del orden, de la justicia y de la civilización, á la vez que la expresión franca y genuina de las necesidades de la sociedad.

«Con la conciencia del que marcha por un buen camino, el gobierno actual se propone ir dictando, en el sentido que ahora manifiesta, todas aquellas medidas que sean más oportunas para terminar la sangrienta lucha que hoy aflige á la República, y para asegurar en seguida el sólido triunfo de los buenos principios. Al obrar así, lo hará con la ciega confianza que inspira una causa tan santa como la que está encargado de sostener; y si por desgracia de los hombres que hoy tienen la honra de personificar como gobierno el pensamiento de esa misma causa, no lograsen conseguir que sus esfuerzos den por resultado el triunfo que ella ha de alcanzar un día infaliblemente, podrán consolarse siempre con la convicción de haber hecho lo que estaba de su parte para lograrlo, y cualquiera que sea el éxito de sus afanes, cualesquiera que sean las vicisitudes que tengan que sufrir en la prosecución de su patriótico y humanitario empeño, creen al menos tener derecho para que sean de algún modo estimadas sus buenas intenciones, y para que todos los hombres honrados y sinceros, que por fortuna abundan todavía en nuestra desgraciada sociedad, digan si quiera al recordarlos: *esos hombres deseaban el bien de su patria y hacían cuanto les era posible para obtenerlo.*»

Apenas empezó á conocerse tan interesante documento en la República, causando una sensación incref-

ble, pues todo el mundo quería leerlo y se agotaban cuantas ediciones se hacían en las poblaciones ocupadas por los liberales, apareció otro Manifiesto de Miramón, fechado en Chapultepec el 12 de Julio, que aunque muy extenso, se notaba muy vacío, muy falto de nervio y de novedad, en que además, de algunas confesiones sobre la poca importancia del gobierno lacubayista, nada nuevo se ofrecía fuera del programa conservador, ya muy conocido de religión y fueros, privilegios y distinciones, ejército y clero, orden y gazmoñería, sin que nada notable ni nada trascendental, ni nada que tuviera el menor atractivo, se ofreciera.

Así es que mientras el manifiesto de Juárez despertaba los patriotismos adormecidos, daba aliento á las virilidades desfallecidas, comunicaba vigor y entusiasmo, enardecía y exaltaba, el de Miramón producía cansancio y modorra. No es la pasión la que hace marcar este contraste. ¿qué pasión puede haber ahora ya sobre esas cosas? Es que así sucedió en efecto: que mientras la obra escrita de Miramón, no dejó ningún rastro y murió en medio de la mayor indiferencia, la del gobierno de Juárez, electrizó á las masas y los mismos conservadores se quedaron atónitos, viendo aquello como las palabras fatídicas, puestas por Dante en la puerta del infierno:

*Lasciate <sup>ogni</sup> ~~ogni~~ speranza.*

Al pálido manifiesto de Chapultepec, contestaron entonces las hombres de la nueva revolución reformista con una serie de leyes de caracteres imborrables, que constituyeron las siguientes bases:

Independencia absoluta entre la Iglesia y el Estado.  
Tolerancia de cultos.

Desamortización de bienes eclesiásticos, entrando por completo al dominio de la Nación.

Clausura de conventos de varones y extinción parcial de los de monjas.

El contrato civil para el matrimonio y el registro para los nacimientos y defunciones, con la derogación de las obvenciones parroquiales.

Secularización de los cementerios.

Y finalmente, cesación de relaciones diplomáticas con el Vaticano, una vez que ya no podían volver á tener objeto.

Todo esto como era natural, y más en aquellas circunstancias, produjo una sensación inmensa entre los clericales; ni un terremoto, ni una lluvia de rayos y de bombas, ni un cataclismo hubiera podido producir más grande polvareda: se levantó un chubasco de cartas pastorales, de protestas y de excomuniones, y hasta á las señoras más encopetadas se las hizo salir á bailar en manifestaciones iracundas y ortodoxas; pero en cambio el pueblo, el verdadero pueblo, la gran mayoría de los ciudadanos, los gremios inteligentes, aplaudieron el paso atrevido del gobierno, considerándolo necesario y oportuno y nadie se atrevió á poner en duda que los hombres de Veracruz no tuvieran facultades para legislar sobre tan importantes materias, quedando sus disposiciones grabadas para siempre con letras de bronce en el porvenir político de México.

Desde ese momento el grito de los liberales de todo el país, ya no fué solamente ¡viva la Constitución de 57! sino el más enérgico aún, de ¡viva la Reforma!





## CAPITULO XXXVI.

---

*¡Suya ó de nadie!*

**E**L pueblo de Santa Ana Acatlán, situado en el camino de Guadalajara á Colima y Zapotlán, había tenido que sufrir mucho, como sufrieron las poblaciones del Sur de Jalisco, y más aún que aquellas, con las entradas y salidas de los contendientes, siendo el teatro de una multitud de luchas y de un sin fin de acontecimientos notables. Era la piedra de toque entre todos aquellos lugares, y más que la piedra de toque, el yunque en que iban á dar de martillazos todos los cíclopes de la revolución.

Los varones, casi todos, unos por la fuerza y otros por su voluntad, habían ido á engrosar las filas de los liberales y los conservadores, de modo que no quedaban allí más que las mujeres, siendo muy contados los hombres, entre los que figuraban: el cura, el barbero, el médico, el licenciado, los dependientes de las tiendas, los viejos,

los muchachos de quince años, así como algunos tímidos que se fingían enfermos para no militar ni en el uno ni en el otro bando de los dos que estaban haciéndose pedazos materialmente.

Cuando no había tropas en Santa Ana Acatlán, las calles presentaban un aspecto siniestro, tan solas, tan llenas las casas de las huellas del combate, tan sucias las banquetas, y tan calladas hasta las campanas de la iglesia que antes causaban fastidio de tan sonadoras y tan alegres.

Era un domingo después de la misa en que juntos se habían ido para la casa de Refugio que estaba nada más allí á la vuelta de la parroquia, don Simón Espinosa y su familia, el licenciado Quiñones y la suya, escoltados por el boticario y el maestro de escuelas. El cielo estaba cubierto de nubes y el frío era intenso en aquella mañana, como una excepción al estado normal de la temperatura, así es que todos entraron muy de prisa y casi se acurrucaron en los asientos, habiendo antes Refugio cerrado las ventanas para que los circunstantes estuvieran más abrigados.

—Ya estamos en familia y podemos platicar, dijo don Simón.

—Ahora estamos en familia en cualquiera parte, contestó el maestro de escuelas, siendo tan contados los que nos hemos quedado en el pueblo. Hasta los muchachos parece que se han ido á la revolución.

—Si no se han ido no es por falta de ganas, afirmó Quiñones, pues todas las tardes tocan cornetas, marchan como soldados y practican la guerra á pedradas en donde quiera que se encuentran los beligerantes.

Se siguió hablando de la manera bizarra cómo los chicos imitaban á los grandes en sus porfiadas luchas, quedando interrumpida la conversación con la llegada del señor cura, que dijo después de saludar y sentarse:

—¿Ya saben ustedes que llegó Miramón á Guadala-jara?

—¡Dios nos ampare! exclamó doña Juana la madre de Refugio, quiere decir que vendrán las tropas y tendremos las molestias consiguientes.

—Ya Ogazón y los suyos estuvieron aquí tanto tiempo, dijo el boticario, justo es que vengan los otros para variar.

—Ya hemos variado mucho, observó el abogado, y casi se puede decir que en dos años es la primera vez que no tenemos tropas en Santa Ana.

—Siempre es bonito que haya tropas: lo malo es que vengan chusmas como la de Rojas, repuso el párroco, porque entonces no sabe uno á qué horas lo sacarán de su casa para fusilarlo.

—En obsequio de la verdad, dijo Refugio con voz argentina, aquí han cometido muy pocos abusos los liberales y los conservadores que nos han visitado.

—Gracias á Adrián Canales que está listo á venir á cuidarnos con toda solicitud siempre que vienen tropas liberales, dijo el abogado.

—Y á Pedro Ordóñez, continuó don Simón, que hace lo mismo cuando vienen los conservadores.

—¿Decía usted, señor cura, que Miramón ha llegado á Guadala-jara? preguntó el licenciado Quiñones.

—Sí, después de haber derrotado como siempre á Degollado en un punto del Interior, creo que cerca de Querétaro, que se llama Estancia de las Vacas.

—El pobre general Degollado forma á cada rato ejércitos con las partidas que otros levantan á fuerza de constancia y trabajos, y va y los entrega por mayor, dijo el boticario, no parece sino que está jugando á la guerra de entrego.

—Es natural que así suceda, dijo con tono reposado Quiñones, Miramón manda tropas veteranas, bien instruidas, bien armadas y bien disciplinadas, tiene además prestigio de general hábil y valiente, mientras que las que van con Degollado, ya van con la convicción de que han de perder, y luego los ejércitos de este último son improvisados con campesinos, no tienen buena oficialidad, ni buenas municiones de guerra. Mucho hace con estar presentando tan seguido batallas sin elementos, lo cual prueba que es audaz y abunda en disposiciones. Lo único que le falta es la oportunidad para presentarse al frente del enemigo, con lo cual sacrifica vidas inutilmente.

Se oyeron en estos momentos pisadas de caballos, y como todo ruido en aquel pueblo silencioso causaba alarma, el cura dijo:

—¿Quiénes serán?

Refugio cambió de color, y sin ser dueño de contenerse corrió á la ventana, y luego que vió quiénes se habían apeado del caballo, informó á los de la sala diciéndoles:

—Es don Patricio con sus mozos.

—Mi hermano que llega de Guadalajara, exclamó Quiñones.

Efectivamente, don Patricio iba á la casa de su hermano; pero le dijeron que estaba de visita en la de la familia de don Simón, y prefirió ir á apearse allí para dar las noticias que llevaba de Guadalajara.

Después de saludar, produjo de un hilo la siguiente relación:

Como ya todos sabían, don Leonardo Márquez se había apoderado en Guadalajara de una conducta de seiscientos mil pesos, pertenecientes en su mayor parte á casas extranjeras; este abuso había indignado extraordinariamente al Presidente Miramón, quien le había ordenado que sin excusa ni pretexto devolviera los caudales, á cuya orden contestó Márquez con una nota muy insolente, publicando además un manifiesto en que dijo mil cosas para justificar el asalto á los fondos, y entre otras, estas palabras notables: «Privados mis oficiales de sus mezuquinos sueldos, con los piés descalzos, vestidos de harapos, sin mantas con que abrigarse en la fuerza de las lluvias, sujetos á un escaso rancho y sin socorros muchos días mis beneméritos soldados, más de una vez me han arrancado gritos de exasperación.»

Siguió refiriendo don Patricio que Márquez se quejaba de que los obispos, en vez de dinero no daban más que bendiciones, alegando que ya habían dado toda la plata de las iglesias y todo el numerario de que disponían, no quedándoles más que las casas, sobre las que nadie quería hacer negocios; que por lo mismo el Presidente se había apresurado á salir de México ordenando á Márquez que se le incorporara en el Bajío, orden que también desobedeció con frívolos pretextos; que entonces Miramón aventuró la acción sin tener suficientes fuerzas, y tuvo la fortuna de derrotar á Degollado en la Estancia de las Vacas; que luego tomó la diligencia, se vino á Guadalajara y sorprendió á Márquez, quien se quedó tamañito y casi sin habla, porque lo primero que hizo Miramón fué reprenderle sus desobediencias, tanto por no haber mandado



tropas al Bajío, como por no haber devuelto la conducta; que también le hizo cargo de que no hubiera protegido á Tepic y que todavía permitiera que se encontrara allí Coronado á sus anchas, lo mismo que Ogazón en Zacoalco, sin emprender las operaciones debidas; que como consecuencia de todo esto, le había dicho que quedaba preso bajo su palabra y que debía preparar su viaje para ir á la Capital á fin de que se le formara causa.

Los conservadores de Guadalajara que idolatran á Márquez, según se dice, porque se han comprendido y han acordado que la guerra debe ser de exterminio y no debe haber ninguna transacción con los liberales, ellos los más prominentes, habían aconsejado á Márquez que supuesto que él era el jefe de las tropas que había en Guadalajara, y era muy querido de ellas, no debía dejarse aprehender, pues que no era un muñeco sino un general ameritado, á quien no se debía tratar como lo estaba tratando Miramón, sino que era mejor que cambiara los papeles y que lo asegurara y lo sustituyera él en la Presidencia, á lo que estuvo á punto de acceder Márquez, si no fuera por temor á las responsabilidades, y que prefirió obedecer el mandato, en el cual se mantuvo firme Miramón á pesar de las representaciones que se le hicieron y de que todas las gentes le rogaron con las lágrimas en los ojos que no procesara á un general tan grande, que era, según se podía afirmar, la segunda espada de la reacción; que por fin había tenido Márquez que obedecer la orden de irse á presentar á México para que se le formara proceso, quedándose ahora Miramón en Guadalajara con el objeto seguro de arreglar una nueva expedición á Colima, pues se están embargando acémilas y cogiéndose gente

por los suburbios y por los ranchos, de tal manera que ya reventan los cuarteles.

Don Patricio respiró con fuerza y terminó diciendo:

—Estas eran las interesantes noticias que quería comunicar á ustedes y á mi hermano.

—Según eso, dijo el cura, va á pasar por aquí otra vez el general Miramón.

—Con todas sus tropas, sí, señor cura.

—Y yéndose Márquez, ¿quién se queda en Guadalajara de gobernador y comandante militar?

—Va á quedarse un general francés que se llama don Adrián Woll.

—¡Ah, sí! el general Woll que tanto hemos oído nombrar, dijo el abogado.

—¿Y en Guadalajara le han hecho festejos á Miramón? preguntó doña Juana.

—No hubo repique cuando llegó, ni Te Deum por la victoria que alcanzó en la Estancia de las Vacas. . . dicen que están medio ladeados él y el clero.

—Pero por qué si siempre han estado á partir un piñón?

—Porque dicen que Miramón se ha hecho algo liberal, que no quiere á los mochos que son tan feroces como Márquez, y que por eso. . .

—¿Qué está usted diciendo allí, don Patricio? preguntó el cura, ¿por qué llama usted mocho y feroz al señor general Márquez?

—No, si ya yo se que el señor general Márquez es muy buena persona, se apresuró á rectificar don Patricio, lo que hago es repetir lo que se platica en Guadalajara.

—Usted ha de haber platicado con los puros.

—Yo he hablado sólo con comerciantes y personas

de negocios, señor cura, las cuales, entre paréntesis diré á usted, que están renegando con tantos préstamos, con tantas contribuciones, y más que todo, con tan grande paralización de los negocios.

—¡Qué pueblo de la República no ha sufrido con esta guerra tan larga! murmuró don Simón.

—Pero más que todos, Jalisco, que ha tenido que estar manteniendo diez mil hombres durante dos años, dijo el abogado, cinco mil poco más ó menos en Guadalupe y otros cinco mil en los pueblos desde Zapotlán hasta Tepic.

—Y no sería tanto, si se les mantuviera ordenadamente, prosiguió don Patricio; pero para cada uno se hacen gastos como para cuatro.

—¿En qué consiste eso? preguntó doña Juana.

—Pues consiste en que todos piden préstamos, forrajes, reses, acémilas, armas, parque y cuanto se les ocurre; de modo que con lo que gastan los propietarios de haciendas y comercios en mantener diez mil hombres por ejemplo, se podrían mantener cuarenta ó cincuenta mil hombres con mucho desahogo, siempre que hubiera método.

Y como don Patricio estaba aún con las espuelas, el abogado consideró conveniente invitarlo á que tocaran retirada y le dijo:

—Parece que están los caballos allá afuera ensillados; será bueno mandarlos desensillar y que nos vayamos nosotros á casa para que descanses del viaje.

Don Patricio aprobó la determinación y se despidieron ambos hermanos. Acto continuo se despidió también el cura diciendo á los que se quedaron:

—Estos Quiñones son muy buenas personas, es lástima que el licenciado sea tan *hachero*.

—Es una lástima, contestaron los allí presentes, menos el boticario que cambió una mirada rápida con Refugio.

Como toda la familia se fué á acompañar al cura á la puerta, se aprovechó el boticario para acercarse á Refugio y darle una carta.

—La recibí ahora en la mañana.

—Mil gracias, mil gracias, dijo ella poniéndose muy colorada luego que vió el sobre y guardándola en el bolsillo rápidamente.

A poco se despidieron las demás visitas, y Refugio quiso también retirarse, ansiosa de leer su carta, pero su padre la contuvo diciéndole:

—Espera un poco, hija, tu madre y yo queremos hablarte.

La joven pensó: «quieren volver á las andadas» y volvió á sentarse con aire resignado.

—Ahora que viene Miramón, pasará por aquí también Pedro que está con la guarnición de Guadalajara é insistirá en que se le dé la respuesta que tiene pedida, le dijo don Simón con tono resuelto.

—¿Sobre qué? preguntó ella candorosamente.

—Sobre sus pretensiones que cuentan ya, si no me equivoco, unos nueve meses. Ha pedido ya tu mano: nosotros, tu madre y yo, aprobamos el matrimonio y sólo esperamos que tú nos obedezcas.

—¿Tú también, mamá, tienes empeño en eso?

—Yo. . . . empeño. lo que se llama empeño no lo tengo, dijo doña Juana con alguna timidez, lo que

—digo es que me parece que Pedro es mejor partido que Adrián. . . y que si tú quieres. . .

—Ustedes los dos saben que yo no quiero á Pedro ni puedo quererlo.

—Pero nosotros tenemos mucho miedo á Adrián, que si no es un bandido anda con bandidos, y necesitamos ponerte bajo la custodia de un hombre fuerte que te defienda de sus acechanzas.

—Yo, si no me caso con Adrián, no me caso con nadie, dijo refugio con firmeza. Le he jurado no ser de otro mientras viva.

—Y nosotros hemos jurado que no te casarás con Adrián, dijo don Simón resueltamente.

—Quiere decir que con nadie me casaré.

—¿De manera que te rebelas contra nosotros?

—¡Oh, no! ni menos contra mi mamá que me ha dicho muchas veces que ella no quiere sacrificarme: usted, padre, es el único que está preocupado y me hace daño sin saberlo y sin quererlo, puesto que tiene tan buen corazón.

—Ello es que Adrián no tiene creencias religiosas, dijo don Simón por decir algo, pues sentía que le daba vergüenza su obstinación.

—Bueno, será así, aunque no lo creo; en todo caso como dice muy bien el licenciado Quiñones, ahora que estamos en guerra no se pueden tratar asuntos de matrimonio. Ustedes no tienen otra cosa que decir á Pedro, sino que es imposible que se case conmigo siendo militar.

—Es un militar de circunstancias.

—Lo mismo que Adrián; pero el caso es que no son libres, y menos Pedro que pertenece al ejército regular, como dice el licenciado Quiñones.

—Bien me acatarás con tu licenciado Quiñones.

—El caso es que si no fuera por sus buenos consejos . .

—Mira, dijo doña Juana á don Simón, viendo en el semblante de éste marcadas algunas vacilaciones; me parece que hay justicia en lo que dicen Refugio y el licenciado Quiñones. Mientras haya guerra, es una locura hablar de casamientos: ni siquiera los paisanos se casan, menos los que tienen las armas en la mano. Refugio está muy muchacha, tú estás fuerte, de modo que no puedes tener prisa en establecerla.

—Si no tengo prisa, lo que hay es que tengo ofrecido á Pedró darle ya una resolución para que se case cuando se pueda.

El resultado fué que don Simón casi quedó convencido de que había que esperar.

La carta que Refugio recibió de manos del boticario, era de Adrián, como se comprende. Cuando ya estuvo sola la leyó. He aquí el contenido:

• Estoy encargado de vigilar de cerca los movimientos del enemigo, de modo que me paso para los alrededores de Guadalajara sin tocar á Santa Ana, para que no se sepa que ando por aquí; pero á mí vuelta, aunque sea un minuto quiero verte, amor mío, pero no en tu casa, sino en la botica, para lo cual te avisaré, procurando que sea por la mañana. Te amo con toda mi alma. Hasta muy pronto. Tu Adrián. •

Refugio besó la carta y renovó su juramento.

—¡Tuya ó de nadie, Adrián!





## CAPITULO XXXVII.

---

*¡Solo contra cuatro mil!*

**E**FECTIVAMENTE, Adrián había pasado con su guerrilla la noche anterior, á una legua de Santa Ana; había mandado sus emisarios á la Botica con la carta para Refugio, evitando entrar al pueblo porque así lo exigía el sigilo de las operaciones. Iba á la cabeza de veinte hombres bien montados y armados, siendo siempre su segundo Tomás Ramírez, que era tan obediente subalterno como fiel amigo de Adrián.

El Sur de Jalisco, no obstante las tres grandes derrotas que habían sufrido los liberales en aquel rumbo, se encontraba como siempre, atestado de fuerzas que obedecían entonces como jefe al gobernador del Estado Licenciado Pedro Ogazón, que como Degollado, no era militar, pero que tenía sin embargo algunas buenas dotes, y entre ellas la de hacerse querer y respetar hasta de los bandidos de la peor especie.

Hacia apenas dos meses que había enviado una fuerte reprimenda al coronel Antonio Rojas, afeando las fechorías que estaban cometiendo sus hombres en Tepic, y las enérgicas comunicaciones que trataron de ese asunto verdaderamente enojoso, fueron publicadas en los periódicos de los liberales. Esto hacía suponer que Rojas, acostumbrado á la vida independiente, y de pillaje, no volvería más á ponerse á las órdenes de Ogazón.

Sin embargo, apenas fué llamado por considerarse necesarios sus servicios contra la campaña que se preveía iba á abrir Miramón, se apresuró á marchar, obedeciendo sin chistar el mandato, y antes bien, llegando muy sumiso y casi avergonzado de haber incurrido en el desagrado de su jefe.

Cuando estuvo en presencia del general Ogazón, éste le dijo con la seriedad que le era característica:

—Señor coronel Rojas: he tenido muchas quejas de su sección.

La fuerza que mandaba este jefe no se llamaba ya guerrilla, porque llegaba casi á mil hombres, ni tampoco brigada porque era hacerle mucho honor, y se le distinguía con el nombre de «Sección Rojas.»

—Señor general Ogazón, es posible que mis muchachos no se hayan portado como la gente, contestó Rojas con el descaro que le era peculiar.

—Yo quiero que nuestra causa no sufra desprestigio.

—Nuestra causa nada tiene que ver con los desórdenes que comete una tropa que no pertenece al ejército. Unas son las bellaquerías de los muchachos que no pueden contenerse, y otra es la Constitución que está por encima de todas esas pequeñeces.



Ogazón, con ser tan serio, estuvo á punto de reírse, y replicó:

—Ya mandé á usted una nota, señor coronel Rojas, previéndole que establezca mejor disciplina en sus soldados.

—La recibí, señor licenciado, contestó Rojas como equivocándose, y le contesté á usted que ya se mandaba poner en conocimiento de la tropa. Esa noche se me desertaron sesenta hombres.

—Mejor que se hayan ido si eran insubordinados.

—Pero eran los más valientes, y me han hecho mucha falta.

—Bien, ¿y qué fuerza es que roben, que maten y que violen mujeres?

—Señor gobernador, la revolución no se hace con ángeles.

—Es mejor no hacerla si se ha de hacer con pillos. ¿No ve usted cómo nos llaman los conservadores en su prensa?

—¿Cómo?

—Latro-liberales, hacheros, salteadores y bandidos.

—¿Pues acaso no hacen ellos peores cosas que nosotros? ¿No se han robado las conductas, no se han sacado la plata de las iglesias, no han matado á toda clase de prisioneros, hasta médicos, niños y practicantes de medicina? Yo lo único que hago es dejar manos libres á los muchachos cuando entramos en pueblos hostiles.

—No es mi objeto discutir, sino ordenar, concluyó diciendo Ogazón. Ordeno á usted que establezca la mejor disciplina en su sección, principalmente mientras se encuentre al lado de las tropas de Jalisco, porque de otra

manera, me veré precisado á castigar ejemplarmente á cuantos tengan una conducta relajada.

Rojas se inclinó, sonriéndose, como queriendo decir:

—Falta que yo te deje hacer tus ejemplares.

—Ahora refiérame usted algunos pormenores de lo que ha sucedido en Tepic.

—Pues nada, que fui allá como se me ordenó y logré darles soberanas tundas á los lozadeños y á los de Rivas, que son peores que todos los nuestros, porque esos sí roban y matan que es un primor. Otra de esas zurras la llevó Calatuyud, general mocho hasta los tacos, luego vino Coronado y entramos á la ciudad á sangre y fuego. En menos de dos meses tres grandes victorias. Por eso aumentó mi sección á mil hombres, y cuento ahora con los mejores caballos y las mejores armas.

—¿Y cómo hizo usted para separarse de Coronado?

—La verdad es que me costó mucho trabajo venirme, porque no quería que me separara de Tepic; pero en primer lugar, á mi no me gusta encerrarme en las poblaciones, luego él no daba ningunas trazas de emprender operación alguna, y por último, recibí las órdenes de usted y le manifesté que eran á las que debía obediencia. Aquí no hacemos nada, le dije, y allá sí tenemos que verles la cara pronto á Márquez ó á Miramón.

—Márquez ha sido separado del ejército de la reacción.

—Sí, ya sé que lo mandaron preso á México.

—Ahora el que va á venir á atacarnos muy pronto es Miramón.

—Pues lo siento, porque á ese no le ha llegado aún su turno de que lo derrotemos.

—Pero le ha de llegar.

—No creo que será ahora, mi señor general Ogazón.

—¿Por qué?

—Porque siempre que viene trae el doble de tropa que la nuestra y muchos mejores elementos de guerra.

—Así es; pero con todo y eso nunca ha podido causarnos una derrota definitiva, y menos nos la causará ahora que no hay uno solo de nuestros hombres que no tenga fé en la causa que defendemos.

—Lo cual quiere decir que nos dispersará, pero no nos vencerá. ¿Y en dónde le presentaremos acción si es que viene?

—Como no podemos presentarle batalla campal, tal vez tengamos que retirarnos más al Sur, donde encontraremos las ventajas del terreno. Es un punto que no está resuelto todavía.

—Si se resuelve la batalla campal, mis muchachos darán una buena carga.

—No tenemos artillería para combatir con la de Miramón, y además, hay entre los infantes muchos reclutas, apenas buenos para defender posiciones. En fin, ya veremos lo que puede hacerse, según lo que nos comuniquen nuestros exploradores. Entre tanto, vaya usted á descansar á su alojamiento, sin dejar de recomendar la buena conducta á sus muchachos.

—Este don Pedrito, se salió diciendo Rojas entre dientes, está creyendo seguramente que andamos haciendo la guerra con monges ó con escuelantes.

El general Miramón, entre tanto, no perdía su tiempo en Guadalajara. Fuera de los cuatro mil hombres que componían la guarnición, todos fogueados, todos prácticos en la guerra, había hecho que se reconcentrarán otros tantos, dejando desguarnecidas temporalmente muchas

poblaciones del interior, porque quería en esta vez destruir por completo el foco revolucionario del Sur de Jalisco, no sólo derrotando á las fuerzas que estaban allí reunidas, sino dejando fuertes destacamentos en los puntos conquistados á fin de evitar toda reunión ulterior.

Cuando llegó á Guadalajara el general Woll, que era uno de los jefes más distinguidos en el ejército tacubayista, le dijo Miramón:

—General Woll, á usted solo esperaba para dejarlo aquí, mientras yo voy á pacificar el Sur del Estado y Colima.

—Exmo. señor, le contestó Woll, estaba en la creencia de que á mí era á quien iba á encomendarme esa campaña, porque . . . en fin, todo el mundo dice que el señor Presidente no debe prodigarse en los combates ni sufrir tantas fatigas.

Miramón se sonrió por el principio de adulación fina que había en aquellas palabras, y porque no tenía fé más que en sí mismo, y contestó:

—Señor general Woll, usted se queda aquí con una misión más importante: cubrirme la retaguardia, defender esta plaza y gobernar este Estado que es la llave para la pacificación de toda la República.

—Señor Presidente, contestó Woll inclinándose, yo acato como debo las disposiciones de vuestra excelencia, y si me he permitido aventurar una idea, fué sólo en servicio del supremo gobierno.

—Yo le agradezco mucho, general, sus buenas intenciones; pero tengo mis planes para esa campaña que sólo va á ser para mí un juego de niños, una diversión, una especie de paseo en que se me quisiera poner por obstáculo una tropa de soldaditos de barro.

Woll volvió á inclinarse. Miramón continuó diciendo:

—Le dejo á usted una situación, si no bonancible, al menos bastante pasadera. Consigné ya para el pago de la conducta que se robó Márquez, el producto de las aduanas del Pacífico que voy á conquistar. Ya nos pertenece San Blas, una vez que fué derrotado y muerto Coronado en Tepic por las tropas de Lozada, y pronto, según mis noticias, serán nuestros otra vez Mazatlán y Acapulco. Aquí el clero no quería soltar los cordones de la bolsa, so pretexto de que ya se han vaciado sus arcas, pero ya arreglé que usted tenga fondos de esa procedencia en cualquier momento apurado.

—Yo digo una cosa, señor Presidente, interrumpió casi Woll, si es el clero el que ha hecho esta revolución desde el plan de Tacubaya, si es público que él sostiene la guerra, si está interesado como nadie en la destrucción del liberalismo, ¿por qué hace tanto *refilión* cada vez que se le pide dinero?

—Son comedias, contestó el señor Presidente. Al clero le gusta sacar la castaña con la mano del gato. Con gusto vería que metiéramos á todos los sacerdotes á la cárcel para poder decir que había cedido á la violencia. Quiere la guerra, la provoca, la sostiene, la atiza, nos ha lanzado á ella á todos los hombres de acción que tenemos algún interés político que satisfacer ó algún rencor que vengar, daría la mitad de sus millones por tal de que se hiciera real el exterminio de los juaristas; pero como no tiene mucha fé en el éxito, teme las represalias: eso es todo: si tuviera seguridad en nuestro triunfo, y que después de nuestro triunfo fuera para él todo ó la mayor parte del poder, no procedería con esa cautela, con esa timidez,

con esa gazmoñería. . . En suma, tiene mucho miedo á la reacción liberal.

—¿Pero no lo comprometen bastante los *Te Deum* y demás manifestaciones religiosas, todas esas protestas y pastorales que se han lanzado al público, y todos sus demás actos en que manifiesta el odio más vehemente contra los juaristas?

—Nuestro clero es así, amigo mío, y es necesario tomarlo ó dejarlo. Nosotros ya lo tomamos y vamos adelante. Hoy entrará usted en posesión de su importante cargo para que me ayude á expeditar mi marcha.

Woll empuñó las riendas del gobierno, impuso el préstamo respectivo, mandó coger de leva los hombres que se necesitaron para cubrir las bajas de los cuerpos, dispuso que se embargaran carros y acémilas, y antes de ocho días estuvieron todos los preparativos hechos para que el joven Macabeo pudiera ponerse en campaña.

Ogazón estaba muy al corriente de cuanto sucedía en Guadalajara, tanto porque mantenía buenas inteligencias con algunos liberales que estaban dentro de la plaza, como porque las guerrillas exploradoras que llegaban hasta muy cerca, destacaban á algunos hombres disfrazados de carboneros para que se procuraran noticias.

Algunas veces sucedió que estos guerrilleros disfrazados eran cogidos de leva, y tenían que militar contra su opinión en las filas tacubayistas, mientras llegaba la oportunidad de que pudieran escaparse.

Entre los jefes de guerrilla que pululaban en los contornos de Guadalajara atrapando correos, cogiendo caballos que pertenecían al enemigo y dando buenos sustos á las autoridades tacubayistas con los *albazos* que recibían, el que más se señalaba por sus atrevimientos era Adrián

Canales, que solía llegar hasta las garitas. Nunca se logró hacerlo caer en las emboscadas que se le ponían, porque cuando se le esperaba por un lado, aparecía en el opuesto á diez ó doce leguas de distancia, y á veces aparecía casi simultáneamente en dos puntos diferentes, como si tuviera el don de la ubicuidad. Estos movimientos y vigilancias ejercidos tenazmente sobre la plaza, le daban facilidad para estar comunicando á Ogazón quiénes entraban y quiénes salían, cuántos carros, cañones, hombres y caballos, poco más ó menos, iban á moverse y cuáles jefes formarían en la expedición: hasta que llegó un día en que le dijo: «Mañana salen unos seis mil hombres con cuarenta piezas, al mando de Miramón, con dirección á Zapotlán y Colima.»

En efecto, el día 8 de Diciembre, muy temprano, desfiló una lucida división, muy bien equipada, que fué á pernoctar al pueblo llamado San Agustín, á unas tres ó cuatro leguas al Sur de Guadalajara. Establecido allí el campamento, al oscurecer se encendieron las fogatas en una grande extensión, y á las diez de la noche, después que se había tocado silencio, comenzaron los tiroteos y las alarmas: era que las guerrillas de los liberales se acercaban para inquietar al enemigo. Como ya se sabía que no se podía temer ningún combate serio, bastaba con las contraguerrillas para despejar el terreno; pero sin embargo, la tropa no podía entregarse al sueño tranquilamente.

Al otro día continuó su marcha la división, las guerrillas habían tomado ya la delantera y se distinguían á lo lejos por el polvo que iban levantando en distintas direcciones.

Adrián Canales cumplió el ofrecimiento que había

hecho á Refugio: la mandó aviso de que iba á llegar para que lo esperara en la Botica. Entró con su guerrilla á la plaza, no estaba Refugio y tuvo que esperarla, á pesar de que las tropas enemigas estaban ya entrando á la población.

—Vete con los hombres á esperarme en la salida de la población, dijo á Tomás. Yo tengo que ver á Refugio, luego te alcanzo.

—Es que no podemos dejarte solo: el enemigo está encima.

—Precisamente: para no llamar la atención. Ya te sigo: pronto, pronto.

Ya se oían el tropel de caballos cerca y los toques de cornetas lejos.

Tomás obedeció, yéndose con la gente, y casi al mismo tiempo llegó Refugio acompañada de una sirvienta. Estaba desolada, llena de fatiga, pálida, llorosa.

—Vete, Adrián, no expongas tu vida: yo por poco no vengo, y es seguro que mi padre me sigue. ya están allí los soldados. ¡por Dios te lo pido! No estés más aquí.

—Ha de venir Pedro en esa fuerza, dijo Adrián tranquilamente teniendo siempre su caballo de la brida, te dejo encargado mi honor. fío en tu firmeza.

—Nada tienes que temer, te lo juro; pero vete.

En ese momento desembocó la primera partida de hombres armados: eran los exploradores mandados por Pedro Ordóñez.

—Pues bien, ¡adios! exclamó Adrián abrazándola y brincando sobre el caballo, entra á la Botica y cierra la puerta para que no veas lo que va á pasar.

—¡Adrián, Adrián mío! pudo apenas decir la



joven que fué arrastrada para el interior por el boticario.

Se habian oído ya los primeros tiros.

Como en esos momentos Pedro y los suyos partieron al galope para apoderarse de Adrián, éste ya no pudo echar á correr sin grave peligro de ser tocado por la multitud de balas que se le disparaban, y prefirió parapetarse tras una pilastra, haciendo fuego con su pistola. Tenía tres pistolas, la del cinto y dos de la silla: dieciocho tiros disponibles. Los primeros los aprovechó bien: dos hombres cayeron y los demás se detuvieron ó se replegaron. Toda la columna de cuatro mil hombres que venía en marcha, tuvo que detenerse.

Unos preguntaban:

—¿Son muchos?

Otros sólo decían:

—¡El enemigo! ¡el enemigo! y preparaban sus fusiles como para dar una descarga.

Los jefes mandaban á sus ayudantes para que se informaran de lo que pasaba.

Pedro gritaba en medio de la confusión general:

—Es uno solo. vamos á cogerlo. ¡avancen!

Pero en el momento en que se ponía al frente de sus hombres, cayó herido su caballo y gritó:

—¡Condenación! siempre ese hombre me ha de burlar.

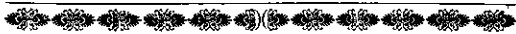
Adrián se aprovechó de este momento de vacilaciones y de desorden para salir á escape de la población.

El solo se había defendido de cuatro mil hombres, ó por lo menos había logrado que cundiera entre ellos la alarma. Los otros dos mil formaban la extrema retaguardia.

---



*Uno contra cinco mil.*



## CAPITULO XXXVIII.

### *El hombre-piedra.*

OGAZÓN era un hombre sereno y valiente, pero no era soldado. Escogió los puntos más formidables para esperar al enemigo. El terreno áspero, lleno de abismos profundos y de cimas poderosas habría servido á cualquiera otro, si no para triunfar, al menos para no ser vencido; si no para sostener un combate serio, siquiera para ganar el tiempo que se quisiera con marchas y escaramuzas que habria sido imposible que no acabaran con un ejército nada ligero que necesitaba estar siempre compacto. Ogazón escogió las posiciones y cubrió los pasos, como si aquellos solos hubiera y como si entre los contrarios no se encontraran muchos expertos que conocian al dedillo las veredas más ocultas; de manera que fué fácil á Miramón evitar la entrada de frente y hacer una marcha de flanco por el cerro de los Pericos.

Así pudo derrotar, primero á Pueblita que le presentó acción con ochocientos hombres en el punto nombrado, y luego á Rojas en el paso de Taxinaxtla que tenía que cubrir con mil hombres, y que no lo cubrió porque antes fué alcanzado y envuelto, pareciendo inverosímiles dos cosas: primero, que se hubiera confiado á secciones pequeñas la misión de detener á todo un ejército que por fuerza tenía que abatirlos, y segundo, que no hubieran éstos tenido tiempo de colocarse en los puntos que iban á defender, con la debida anticipación.

Sea como fuere, sin duda porque no estaba escrito que se eclipsara aún la buena estrella de Miramón, las muchas torpezas de los liberales hicieron que aquel consiguiera una de las más fáciles victorias en toda la línea. Primero arrolló á Pueblita y á Rojas, según hemos dicho, como era natural que los arrollara, en seguida entró á Colima que le fué abandonado por el gobernador Contreras Medellín, y por último, para coronar la obra, se encontró al grueso del ejército contrario, muy mermado ya, al lado opuesto de la Barranca de Beltrán dispuesto á presentarle batalla, lo cual le hizo exclamar:

—¡Bendito sea Dios! Mucho me temía que hubieran huido ó se hubieran fraccionado.

La resistencia que hicieron los liberales fué enorme, y aunque no llegaron á conseguir que el éxito del combate pareciera dudoso, sí hicieron que la derrota fuera á costa de trescientos hombres de los tacubayistas que quedaron en el campo muertos ó heridos. Después de que los liberales perdieron su artillería, que era entonces la principal señal de la pérdida de una batalla, cada jefe se retiró por donde pudo con la gente que quiso seguirle, para irse á reu-

nir en la costa ó donde podían, para tener á los dos meses un nuevo ejército más ó menos bien organizado.

El que no tuvo suerte en está vez fué el general don Juan N. Rocha, quien mandaba el famoso 5º batallón de línea desde la época de Comonfort: Rocha fué muerto en la huida por sus mismos soldados, ya fuera por robarlo ó porque se les hubiera hecho odioso por su carácter irrasible y el mucho rigor á que era afecto.

Miramón volvió á México más glorioso que nunca, menudeándose á su paso por las poblaciones que tuvo que recorrer los repiques, los arcos truinfales, los discursos de felicitación, los banquetes y las fiestas religiosas en todas las catedrales, en las que se le recibió como si fuera el Mesías verdadero.

La nota saliente en los brindis, felicitaciones y manifestos, fué ésta:

«Ya todo está bien encaminado: ahora lo que importa es aniquilar á los traidores de Veracruz.»

Esto decían Miramón, los ministros, los eclesiásticos y los periodistas encargados del bombo.

Indicados así los anhelos del bando conservador, apenas pasaron los brindis, discursos, felicitaciones, disticos y manifiestos, se comenzaron los preparativos de la nueva campaña, siendo el primero el de los recursos. Se convocó á los ricos comprometiéndoseles á que soltaran doscientos cincuenta mil pesos, porque el clero, siempre que podía se quitaba la *lazada*. Todo estuvo listo para que el soldado de Dios saliera de México el día 8 de Febrero, al frente de unò de los más poderosos ejércitos que hasta entonces habian podido organizarse. Muchos hombres de á pié y de á caballo, muchos cañones, muchos carros, mu-

chas mulas, mucho dinero y mucho entusiasmo para apoderarse del primer puerto de la República.

—Y qué tal, general, preguntó el Arzobispo al general Presidente al despedirse, ¿cree usted que en esta vez caerá la plaza de Veracruz?

—Tengo un plan infalible, contestó Miramón sonriéndose.

—¿Puede saberse siquiera una parte?

—Es mi secreto.

El secreto era éste: el gobierno tacubayista, con el mayor sigilo, había mandado al ministro don Tomás Marín á la Habana con el encargo de comprar unos barcos de guerra, y encontrarse á mediados de Febrero bloqueando con ellos á Veracruz, de modo que el puerto pudiera ser atacado por mar y por tierra al mismo tiempo. De esta manera Juárez y los suyos tenían uno de tres caminos, capitular, rendirse ó sucumbir. Lo probable sería que quedarán sepultados en los escombros.

El plan no podía ser más maravillosamente concebido.

Pero sucede que los mejores planes tienen sus contratiempos. Hay que calcular que aquellos contra quienes se dirigen no se han de estar con los brazos cruzados si los conocen ó los sospechan.

Así fué que el gobierno de Juárez, que tenía buenos amigos, supo lo de los barcos y dió aviso al de los Estados Unidos manifestándole que no sería responsable de los daños que causaran, porque no teniendo bandera autorizada, deberían considerarse como corsarios.

El día, pues, en que deberían comenzar las operaciones sobre Veracruz, después de que Miramón había mandado marinos y tropa á don Tomás Marín, estaba sobre

los médanos nuestro Macabeo esperando que su flotilla apareciera en el horizonte. Estaban con él sus principales jefes y oficiales, y entre ellos el ex-Presidente Robles Pezuela, á quien por lo que pudiera suceder, siempre lo conservaba á su lado.

—Anoche estuvo anclado Marín en Antón Lizardo, según lo convenido, dijo Miramón inquieto, ¿por qué no se presentó aún en la bahía?

—Me parece que esta ausencia de Marín debe estar relacionada con el tiroteo que escuchamos anoche, dijo Robles Pezuela.

—Debió mandarme un aviso, murmuró Miramón.

—¿Y si se le han sublevado las tripulaciones?

—Siendo los hombres en su mayor parte extranjeros, no es probable.

—Tal vez los cien hombres que se le mandaron.

—Tampoco, porque llevaban oficiales de confianza.

—Pues entonces.

Robles Pezuela fué interrumpido por un correo que llegó.

El aviso llegaba de Alvarado y sus términos eran concisos, pero aclaraban el misterio terminantemente: la flotilla de don Tomás Marín había sido capturada la noche anterior por un buque de guerra americano.

—¡Traición! murmuró Miramón poniéndose cárdeno.

—¡Traición! exclamaron también los generales que lo rodeaban.

Y siguieron los comentarios, que tan terribles eran para los americanos como para Juárez y su gobierno. Aquello era un atentado inaudito, era una humillación impuesta, no al partido conservador, sino á la República, pues aunque los buquecitos procedentes de la Habana no

tuvieran bandera, ni pertenecieran á la marina mexicana, llevaban oficiales mexicanos, que de todas maneras pertenecían á uno de los partidos beligerantes, respecto de cuyas luchas debía guardar la más estricta neutralidad el gobierno americano, aunque no la hubiera guardado de ningún modo el capitán general de la isla de Cuba.

Y como casi á esas mismas horas aparecieron en la boca de la bahía una corbeta de guerra americana y los vapores el «Wave» y el «Indianola», estos últimos con bandera mexicana, en virtud de haber sido comprados por Juárez, llevando presos al «Marqués de la Habana» y al «Miramón» que componían la flotilla de Marín, los comentarios fueron más agrios, y entonces fué cuando lleno de ira exclamó el Presidente tacubayista:

—Ya me la pagarán los de la plaza: voy á convertir ésta en cenizas.

¡Y la hubiera convertido en pavezas si hubiera podido!

Lo de Antón Lizardo, pues en el puerto de Antón Lizardo pasó el suceso, fué una cosa muy sencilla, de cualquiera de los dos modos que se considere: ó realmente se tomaron por buques de piratas los de don Tomás Marín, una vez que al pasar frente á Veracruz se les conminó á que izaran bandera y no la mostraron, ó los americanos quisieron prestar esa ayuda á Juárez como republicanos, en contraposición á las *valeduras* que les estaban haciendo á los conservadores las monarquías que los habían reconocido como gobierno, y los estaban fortaleciendo no sólo moralmente, sino con auxilios que se trajeron en empréstitos y buques procedentes de la Habana.

El «Marqués de la Habana» el «General Mira-



món, armados en guerra, pasaron por frente á Veracruz sin querer izar pabellón, fueron denunciados como corsarios, anclaron en Antón Lizardo, mientras se ponian de acuerdo para principiar las operaciones, y á las once y media de la noche se vieron atacados por la corbeta Saratoga y tuvieron que rendirse, siendo llevados los tripulantes á Nueva Orleans en calidad de piratas, en donde todos fueron puestos inmediatamente en libertad, de modo que solo se consiguió que por el momento fracasara una gran empresa.

Miramón, sin embargo de ese contratiempo, que le quitaba sólo una probabilidad de ocupar la plaza y muchas de coger prisioneros á don Benito Juárez y sus ministros, como tenía ocho mil hombres y muchas piezas de artillería dotadas de toda clase de proyectiles, entre los que se contaban buen número de bombas de á placa, mandó establecer desde luego sus baterías y su campo de combate para sitiar á Veracruz en toda regla.

Aunque era algo impaciente y gustaba de despachar pronto esa clase de asuntos, se propuso gastar una ó dos semanas á lo más en realizar su intento.

El día 6 de Marzo en la noche habia sido lo de Antón Lizardo, y el 7 se recibió la noticia en el campo de los sitiadores. El 8 se recibieron los fuegos de la plaza sin con-testarlos. El 9 se establecieron fogatas de trabajadores para levantar contra-fuertes y fueron ametralladas. El 10 se trabó una ligera refriega fuera de las fortificaciones. El 11 continuaron las escaramuzas, y los sitiados mandaron algunas bombas de catorce pulgadas, con buena dirección, á la Casa Mata ocupada por el Cuartel general de los sitiadores, no sin causar algunas pérdidas. El 12 hicieron un cañoneo muy vivo los de la plaza, para impedir las obras

de los sitiadores que continuaron bajo los fuegos enemigos con toda la violencia que era posible.

El 13 y el 14 se suspendieron las hostilidades y se abrieron las negociaciones de paz á solicitud de algunos diplomáticos extranjeros, pór medio del capitán del buque de guerra inglés el « Valorous, » surto en la bahía. El referido capitán, Mr. W. Cornwallis Aldham, se acercó al gobierno de Juárez con una nota del ministro inglés, manifestando que la Gran Bretaña deseaba que se celebrara un armisticio de seis meses, para que una asamblea fuera reunida y resolviera las dificultades.

Juárez dijo que aceptaba todo cuanto se propusiera, con tal de que el convocado fuera el Congreso Constitucional, conforme á la Carta de 1857.

Miramón, por su parte, dijo que los comisionados para el armisticio serían los que dirían de qué manera se convocaría á la nación para decidir las cuestiones pendientes, y que mientras se estableciera un gobierno provisional.

Naturalmente, no quiso ceder ninguno, y el día 15, durante dos horas y media, se estuvo bombardeando la plaza de un modo terrible.

Se dijo entonces que los sitiadores se habían aprovechado del armisticio para establecer sus baterías. El fuego fué contestado también de un modo vigoroso.

El 16, el 17 y el 18 siguió el bombardeo, notándose con cierta admiración que no se trataba de abrir brecha ni de destacar columnas para atacar la plaza, sino de destruirla con los proyectiles que todos iban al centro de la población.

Con ese motivo, el capitán Aldham dirigió una nota á Miramón, diciéndole que era bárbara la forma en que se



*En efecto, el día 21 se dispararon los últimos cañonazos.*

estaba batiendo la plaza de Veracruz, pues no se dirigían las bombas sobre los fuertes, sino sobre las casas de los particulares, causando graves perjuicios á las familias nacionales y extranjeras.

«Ese modo de hacer la guerra, le decía el capitán, es á la vez bárbaro é inusitado, contrario á las reglas observadas por las naciones civilizadas, é indigno del corazón de un soldado cristiano.»

Miramón contestó que nadie tenía la culpa más que la obstinación de Juárez, que debía rendirse á fin de que la paz fuera ya establecida en toda la República. A sus generales les dijo:

—La verdad es que nuestros cañones no pueden nada contra esas dobles murallas, y que necesitaríamos perder la mitad de nuestra fuerza para entrar en la plaza.

—Pero si hemos de entrar. . . dijo Robles Pezuela.

—¿Usted cree que nos dejarán salir? preguntó Miramón.

—Entonces.

—Entonces tendremos necesidad de retirarnos mañana.

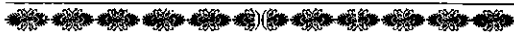
En efecto, el día 21 se dispararon los últimos cañonazos, y luego comenzó á retirarse el ejército conservador, sin que hubiera en la plaza fuerzas de caballería para molestarlo en su fuga.

Cuando Miramón llegó á la Capital, después del acostumbrado *Te Deum* en la Catedral, le preguntó el Arzobispo:

—¿Qué es lo que ha pasado por fin en Veracruz?

—Que me he encontrado allí con el hombre-piedra, contestó Miramón.

—————



## CAPITULO XXXIX.

### *Cómo se ganan las Presidencias.*

**A**DELA Rincón, la hija de don Alejo Rincón, no era completamente hermosa en la extensión que tiene la palabra; pero era graciosa, agradable al oírla hablar por su timbre de voz cadencioso, tenía unos ojos garzos muy expresivos, bonitos dientes, y sobre todo, un soberbio cuerpo que medía más de siete cuartas con leve cintura y anchas caderas, que era lo que más encantaba al abogado Domingo Benavides, hombre práctico y positivista.

Adela Rincón, además, no era una muchacha adocenada, sino que había recibido una regular educación y había cultivado las relaciones de personas distinguidas, por cuya razón conocía el trato social y solía ser notada por sus felices ocurrencias. No era una joven muy instrui-

da, ni de talento colosal, pero tenía las perspicacias y las circunstancias que reunen en lo general las personas cuidadosamente educadas. Había tenido buenos maestros y había sabido aprovechar las lecciones con aplicación.

Mientras ella pasaba algo de los veinte años, su novio el abogado había llegado á los treinta.

No necesitamos detenernos en las particularidades del noviazgo. El señor Rincón había tenido algunos asuntos litigiosos; le había sacado de ellos con buen éxito el letrado y de allí intimaron relaciones que se habían ido estrechando de tal modo entre las dos familias, que casi se consideraban como una sola, sin que ninguna de las dos hiciera nada sin que la otra lo supiera, marchando las dos y enteniéndose al unisono hasta en algunas particularidades que fueran muy propias de alguna de ellas. Habiendo tal intimidad, siendo Benavides joven, de buena presencia y de talento, y Adela guapa y llena de atractivos tenía que suceder, y sucedió, que á fuerza de verse se quisieron y á fuerza de quererse se entendieron, sin que de pronto hubiera para ello ninguna dificultad: sólo cuando las opiniones de partido empezaron á ser exaltadas, cuando el otro Rincón y su mujer, que eran muy clericales, empezaron á observar que Benavides simpatizaba con los liberales, empezó también éste á caer de su gracia y le fueron hostiles. De pronto, con indirectas algo inofensivas, con trabajos muy velados en el seno de la familia de don Alejo, con algunas palabras de doble intención que dejaban caer como al descuido en los oídos de la joven; pero ya al observar que el noviazgo iba tomando un aspecto formal, la oposición se volvió más acentuada, y de las escaramuzas, se pasaron á verdaderas batallas como la siguiente:

Un día del mes de Mayo de 1860, que era precisa-

mente cuando el bando conservador estaba más apurado porque no sabía ya de dónde sacar dinero, ni cómo componérselas con tantas partidas de liberales más ó menos numerosas que surgían por todas partes, y cuando la retirada inoportuna de Veracruz había hecho cundir el desconcierto, Benavides se había permitido soltar esta frase en presencia de todas las personas de la casa reunidas en la sala de Rincón el comerciante:

—Pues ahora si el clero no sigue aflojando los cordones de la bolsa, lo mejor que pueden hacer Miramón y los suyos es retirarse, una vez que no pueden con la situación. El país les agradecería mucho que le devolvieran su tranquilidad.

Por supuesto hubo enérgicas protestas de parte de Amparo y Néstor Rincón; y Benavides, lo que consideró más prudente, fué retirarse con sus hermanas, fingiendo cualquier pretexto, para evitar una discusión desagradable.

Pero de esta retirada se aprovecharon luego Néstor y Amparo. El primero dijo:

—Este abogadillo no considera que yo formo parte de la administración.

—¡Tiene una lengua! exclamó la segunda.

Adela salió á su defensa diciendo:

—Domingo no hace más que repetir lo que dice todo el mundo en México. No hay quien no crea que la guerra que se está haciendo al gobierno legítimo de Juárez, es una guerra absurda.

—¡Vamos! ¡vamos! interrumpió doña Refugio queriendo apaciguar los ánimos.

—Lo que yo veo con dolor, dijo doña Amparo, es

que el abogado está infiltrando sus ideas perniciosas á esta criatura.

—Francamente, continuó diciendo Néstor, la presencia tan frecuente aquí de Benavides, es muy perjudicial.

—¡Oh! es mi abogado, y además es mi amigo íntimo, dijo el comerciante.

—Dios quiera que no te hayas echado una víbora en el seno, exclamó Amparo.

—¿Por qué?

—Porque nadie de nosotros es ciego para no comprender que Benavides es novio de Adela, y ¡qué desgracia que se fuera á introducir en nuestra familia! exclamó doña Amparo con chocante vehemencia.

—Pues de hecho está introducido en nuestra familia, contestó con calma don Alejo, una vez que ve ésta como su casa.

—Como amigo es una cosa, pero como marido de Adela es otra cosa muy diferente. Las cosas claras: á mí no me gusta Benavides para Adela porque es irreligioso, porque es liberal.

—Hasta hoy, que yo sepa, vive independiente de la política, tornó á contestar don Alejo.

—¿Pero no lo oyes hablar? ¿No estuvo aquí hace poco vociferando contra Miramón y su partido?

—No ha vociferado, ha emitido una sencilla opinión.

—¡Ah! pues si lo defiendes, quiere decir que estás por el ~~M~~aro.

—No estoy por el ~~M~~aro, soy justo.

—¿Pero qué haces si te pide la mano de Adela? le preguntó su hermano.



—No sé. si ella quiere.. Domingo es un hombre honrado, es trabajador, tiene una posición.

—Pero sus ideas difieren de las nuestras.

—Yo no tengo ideas. yo reniego de todos los que luchan, porque con la guerra perjudican mis intereses.

Como Adela tomó el partido de salirse luego que vió la cuestión tan empeñada, Amparo se aprovechó para decir:

—Ya que la sobrina no está presente, tengo que manifestarte que Néstor y yo consideramos como una inmensa desgracia que ella se esté impresionando con el abogado, y opinamos porque se ponga algún remedio á ese mal, ahora que todavía es tiempo.

—Sí, continuó diciendo Néstor, ¿qué dirían todas nuestras relaciones en México cuando vieran que Adela se casaba con un descamisado? ¿quién concurriría á la boda?

Alejo Rincón y su mujer se quedaron un momento pensativos, hasta que ésta última dijo:

—No hay nada serio todavía, y aun dudo de que Benavides se haya declarado; pero ofrecemos á ustedes meditar en lo que han dicho, y tomar las providencias que el caso exija.

Ante aquella promesa Néstor y Amparo se despidieron, y se fueron á su casa muy satisfechos de la bomba que habían hecho extallar en la sala del comerciante.

Los hechos vinieron á confirmar las opiniones que apenas había exbosado Domingo Benavides en la pequeña reunión, pues al día siguiente aparecieron unos carteles en las esquinas, en que se leía con estupor por el público una especie de decreto de Zuloaga, declarando que volvía á tomar á su cargo la Presidencia.

—¡Cómo! decían los montones de curiosos que se estacionaban en las esquinas ante aquel impreso, pues ¿y Miramón?

—¿No ven ustedes? Es destituido del cargo.

—Ahora tendremos dos Presidentes.

—Miramón era el que debía dar el decreto llamando á Zuloaga.

—Pero es que Zuloaga reasume su soberanía.

—Yo no entiendo esto.

—Ni yo tampoco.

Ni nadie podía entender lo que pasaba, porque si Miramón quería que Zuloaga fuera el Presidente, ¿por qué no lo decía? y si Zuloaga obraba por su cuenta, era necesario suponerlo loco, una vez que no tenía de su parte ni la fuerza ni la opinión.

Quando llegó á Palacio aquella inesperada noticia, el mismo Miramón dijo al que se la comunicó:

—No lo creo.

Fué necesario que le llevaran uno de aquellos impresos para que se convenciera.

Entonces, fuera de sí, pidió su kepi y su espada, y sin permitir que nadie lo acompañara, se dirigió á la casa de Zuloaga, dando sólo estas órdenes á sus ayudantes al ir bajando las escaleras:

—¡Que se forme toda la guarnición en el Paseo para pasarle revista!

Zuloaga estaba en su casa rodeado de varios amigos, quienes al ver á Miramón trataron de escurrirse ó de procurar que se abriera la tierra para que se los tragara.

—Quietos, señores, les dijo Miramón, sólo vengo á invitar al general Zuloaga para que me acompañe á pasar revista á las tropas.

—En ese caso, dijo el general Mora, nosotros podemos retirarnos.

—Los que tengan caballo listo pueden acompañarnos también, contestó Miramón.

Y luego, dirigiéndose á Zuloaga, le dijo con sorna:

—Señor Presidente, mande usted ensillar luego, pero inmediatamente, para que se venga conmigo.

—¿A dónde? preguntó Zuloaga casi sin aliento.

—Ya lo dije: á pasar revista á las tropas de su Exce-  
lencia.

Zuloaga dijo al ayudante que mandara ensillar los caballos, é invitó á Miramón á que se sentara y le preguntó si quería tomar alguna cosa.

—No tomo nada, contestó Miramón, porque ya me desayuné, ni tampoco me siento.

Y empezó á dar vueltas frenéticamente por la sala.

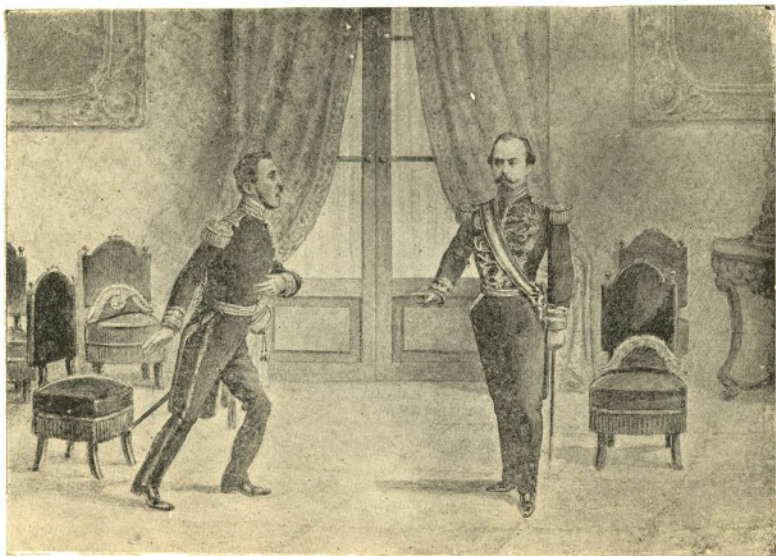
Algunos jefes hicieron ademán de querer despedirse.

—Nadie se mueva, les gritó casi Miramón, quiero que se sepa por todo el mundo que he estado aquí en el foco de la misma conspiración sin tener miedo.

—Aquí no hay conspiración ninguna, señor general Miramón, murmuró Zuloaga, aquí todos somos amigos y correligionarios.

—Bueno, bueno. Diga usted que ensillen aprisa, y á ver si puede usted proporcionar caballos á todos estos señores.

De los ocho ó diez que estaban allí, sólo tres estuvieron listos y más dos ayudantes de Zuloaga. Como en tanto había llegado el Estado Mayor de Miramón, más de veinte personas juntas se dirigieron en tropel al Paseo, en donde estaban ya formándose los ocho mil hombres de la guarnición.



*—Mande usted ensillar luego..... pero inmediatamente para que se venga conmigo.*

Todos los jefes se acercaron á hacer honores militares á Miramón, sin fijarse casi en Zuloaga, que iba formando parte de su acompañamiento.

Luego que comenzó la revista, dijo Miramón en voz alta á Zuloaga en presencia de un gran número de personas, para que fuera mayor la humillación:

—¿Ve usted todas estas tropas, general Zuloaga? Pues con estas tropas mías, que las he formado con grandes esfuerzos, con éstas tropas mías, repito, voy á enseñar á usted cómo se ganan las Presidencias.

El ex-Presidente quiso dar algunas explicaciones sobre su conducta: deseaba manifestar que aquel aviso imprudente había sido inspirado, más bien exigido por los partidarios impacientes, quienes le habían hecho creer que Miramón se alegraría de soltar aquella carga tan pesada.

Pero éste le cortó la palabra volviendo á repetirle:

—Con estas tropas voy á enseñar á usted cómo se ganan las Presidencias.

Y después de la revista le significó que quedaba á su lado como su prisionero, como incrustado en su Estado Mayor, aunque sin ningún cargo militar: un *attaché*, ó discípulo, ó cualquier cosa, sin otra obligación que la de no separársele.

Por de pronto, los oficiales que presenciaron la escena, sólo dejaron oír algunos murmullos de sorpresa; pero cuando estuvieron libres de la presencia de los dos Presidentes, se rieron á carcajadas, principalmente recordando la cara que había puesto el pobre hombre Zuloaga.

Las tropas, después de la revista, se pusieron en marcha para el Interior; pero los dos Presidentes sólo debían partir con su acompañamiento después de la siesta, por cuyo motivo el pobre Zuloaga tuvo aún que

sufrir una nueva humillación. En vez de comer en la mesa del general Miramón, comió con sus ayudantes, es decir, ni siquiera comió, pues en aquella vez con lo que le había pasado, no tenía ningún apetito.

Los caudillos del retroceso salieron, pues, de la Capital aquella tarde, y mientras se hacían comentarios allí, y los diplomáticos se reunían para convenir en que no había gobierno con quien entenderse, los primeros hacían sus jornadas tranquilamente, estableciéndose por fin con un numeroso ejército en Irapuato, para acudir sin demora á donde los llamaran los acontecimientos.

Por aquellas fechas ya los liberales que continuaban moviéndose con una actividad vertiginosa, habían formado tres centros de fuerza, á cual más considerable: uno al mando de Uraga, que maniobraba en el Bajío, y era el que se encontraba más inmediato á Miramón; otro al mando de González Ortega, que se extendía de Zacatecas á Durango, y otro en el Sur de Jalisco al mando del general Ogazón, que estaba aproximándose muy amenazador á la ciudad de Guadalajara.

Ninguno de los tres estaba en condiciones de cruzar las armas con Miramón, que llevaba consigo las mejores tropas y la mejor artillería con que contaba la reacción; pero unidos, era probable que lo hubieran derrotado. La dificultad estaba en que pudieran verificar tal reunión, no tanto porque se opusiera á ella el enemigo, que por lo general estaba en poco número encerrado en las poblaciones, cuanto porque no había aún ninguno entre ellos que fuera reconocido como general en jefe. Así fué como Uraga, en vez de llamar á González Ortega para librar batalla en cualquier punto del Bajío, se dirigió á marchas forzadas para Guadalajara, con el propósito loco, según



*Miramón enseñando á Zuloaga á ganar las Presidencias.*

unos, de atacar una ciudad fortificada, que no podría tomar en veinticuatro horas, puesto que Miramón marchaba atrás de él para auxiliarla, y según otros, como una manobra hábil y atrevida que, lograda en todas sus partes, daría al traste de un solo golpe con la reacción.

El hecho fué que Uraga, no obstante que fué ayudado eficazmente por Ogazón, fracasó en Guadalajara, no sólo por haber sido rechazados sus ataques por los mil quinientos hombres que mandaba Woll, sino por haber caído herido y prisionero.

Los liberales entonces no tuvieron otro recurso que retirarse á gran prisa para las escabrosidades del Sur.

Entonces, cuando Miramón alistó sus tropas para emprender la ya tantas veces conocida y llevada á buen término campaña del Sur, fué cuando volvió á decir á Zuolaaga:

—Ahora, ahora es cuando va usted á aprender cómo se ganan las Presidencias.







## CAPITULO XL

---

### *Eclipse del astro.*

AUNQUE el numeroso ejército que se puso á las órdenes del general Uruga para atacar á la capital de Jalisco, defendida por una corta guarnición que mandaba Woll, jefe entendido y valiente, y que sabía además que Miramón venía picando la retaguardia de los liberales, aunque aquel numeroso ejército que pasaba de catorce mil hombres, repetimos, no fué derrotado sino puramente rechazado, las pérdidas fueron enormes por haber caído heridos el general en jefe, el general Leandro Valle y algunos otros, y por haber muerto el general Contreras Medellín, gobernador de Colima, y los valientes coroneles Langlois, Bravo, Avila y más de trescientos oficiales y soldados; y por tal motivo la retirada se hizo ineludible.

Los defensores de la plaza también tuvieron más de ochenta hombres fuera de combate, entre ellos varios je-

fes que quedaron muertos, y el mismo general Woll que fué herido, aunque no de mucha gravedad.

Debemos agregar que el combate del 24 de Mayo en Guadalajara, fué uno de los más sangrientos, de los más tenaces, de los más terribles: presenciado por el autor de este libro con la curiosidad de un adolescente que nada quería dejar de ver, puede recordar ahora que desde la llegada de las tropas se inició con un ruido ensordecedor por el rodar de tantos cañones, por el tropel de los cuerpos de caballería que cruzaban las calles, de los jefes con sus estados mayores que atravesaban las boca-calles al galope, y sobre todo, por el tronar de más de cien bocas de fuego que incesantemente estuvieron lanzando proyectiles, los sitiados sobre los sitiadores y los sitiadores sobre los sitiados, con una rabia, con un apresuramiento, con una tenacidad, que no parecía sino que lo que más se quería era ver cuál aniquilaba á su contrario primero.

Después del cañoneo terrible que duró más de una hora, sin que se interrumpiera un instante, cañoneo que no tenía más objeto visible que aturdir, que causar intimidación y espanto, porque sólo se tiraban á la ventura, á los edificios diera donde diera, al aventón, sin abrir brechas ni desmontar cañones, las columnas fueron lanzadas en plena luz del día, presentándose á pecho descubierto ante las fortificaciones, sin otra perspectiva más que la muerte, como si algún genio del mal hubiera gritado á todos aquellos grupos inconscientes: ¡Vayan, vayan todos á que los maten!

Todavía hay quien recuerde que por una de las calles cercanas al templo de Santo Domingo, apareció la columna que mandaba el joven general Leandro Valle: á su lado iban Adolfo Lancaster Jones, Lauro Angulo y otros



jóvenes pertenecientes á familias distinguidas de Guadalajara.

Intrépidos todos de ordinario, en esa vez se conocía que se adelantaban también con su valor acostumbrado, pero llevando en su misma serenidad las señales de la resignación, porque ninguno dejaba de comprender que marchaba sólo al sacrificio estéril, porque tenían que ser barridos, como lo fueron á los pocos minutos, por unos cuantos botes de metralla.

En suma, fué aquella una de las impericias militares más sensibles de tantas cuantas hubo en aquella época, sensible no solamente porque costó muchas vidas preciosas, sino porque fué llevada á efecto por uno de los generales de mayor prestigio.

Por fortuna para las tropas liberales y para la causa de la Constitución, la falta del general Uruga fué bien suplida por el general Zaragoza, que apenas empezaba á dar á conocer sus altos vuelos, y este jefe, que unía á su modestia republicana, serenidad de ánimo, prudencia y dón de mando, ordenó una retirada en regla, que no fué una huida en masa como otras veces, sino una verdadera retirada con el orden de un ejército observante de la disciplina, pudiéndose lograr que fuera de las vidas ya sacrificadas, no se perdiera una sola carga de parque.

Miramón llegó el día siguiente de la hecatombe, y tras él llegaron sus seis mil hombres flamantes, que desde su salida de México no habían tenido ningún encuentro desagradable, y dejando en la plaza una guarnición suficiente, se apresuró á salir con unos siete mil soldados y con un gran número de piezas de artillería, con la seguridad de hacer morder el polvo una vez más á un enemigo que consideraba iba huyendo completamente desmoraliza-

do después de su derrota; pero al llegar á Sayula, tuvo el disgusto de saber que tal enemigo lo estaba esperando allí mismo á una media jornada, en la cuesta, camino para Zapotlán, en cuya cuesta había tomado muy regulares posiciones.

Aquí le pasó á Miramón lo mismo que le había pasado en Veracruz: su actividad natural, su carácter violento, tuvieron que doblegarse ante las dificultades materiales, y con asombro de todos se puso á meditar con calma lo que debía de hacer, cuando se convenció en dos ó tres reconocimientos de que las posiciones del enemigo eran formidables.

Ya estaba al frente de los liberales un hombre que sabía lo que traía entre manos. Este calculó muy bien que era imprudente, que era desacertado, que era locura correr á guarecerse en las barrancas de Atenquíque y el Platanar, ó en los vericuetos de la Albarrada ó San Joaquín, para maltratar sus tropas, su parque y su artillería, y verse obligado á sostener combates con soldados faltos de moral por las frecuentes retiradas, prefiriendo esperar á pié firme en el primer lugar que le pareció conveniente.

Miramón, que era sagaz, comprendió que tenía al frente un militar entendido, y no quiso aventurar ninguno de sus golpes audaces. ¿Para qué? ¿Para verse cuando menos rechazado con pérdidas, de aquellas ventajosas posiciones que había tomado el enemigo? Entonces pensó: «ya bajará: viendo que no se le ataca, se engreirá con su superioridad y tendrá que venir á buscarme. Hay allí más tropas, más cañones y buen número de jefes valientes. Ellos vendrán á buscarme.»

Entonces se puso á esperar y esperó diez días; pero Zaragoza también era listo, y pensó á su vez: «quiere

Miramón que bajemos á batirlo; pero no haremos tal, porque despues de nuestro descalabro de Guadalajara, no estamos en condiciones de hacer tentativas peligrosas. Es verdad que tenemos la ventaja de contar más hombres y más bocas de fuego; pero Miramón tiene allí los más fogueados cuerpos de su brillante ejército. No caeremos en la tentación; ó que nos ataque él ó que se vaya.»

Y sucedió lo último: Miramón tuvo que retirarse de Sayula, como se dice vulgarmente, con la cola entre las piernas, y lo que es más, perseguido por una infinidad de guerrillas que le perdieron el respeto, y entre ellas la de Adrián Canales, que llevó su audacia hasta atravesar de un lado á otro por el centro de la columna tacubayista, ó conservadora ó clerical, como se llamaba entonces á los que componían la legión sagrada de Miramón.

Es cierto que Adrián no pescó lo que quería pescar, que era al mismo Miramón, que decia iba precisamente en el centro de la columna; pero sí dejó asombrados á todos con su temeridad, y no sufrió su fuerza daño alguno, merced á la sorpresa, á lo impetuoso y repentino de su aparición, así como á la velocidad de los caballos que no dejaron entre los soldados de la columna más que nubes de polvo. Cuando los infantes atropellados recibieron orden de hacer fuego, ya la guerrilla se había perdido de vista entre los matorrales.

Otro guerrillero que había hecho fortuna, que andaba en vísperas de ser nombrado general de Brigada, si no lo había sido ya en esas fechas, Antotónio Rojas, había hecho por Tepic una expedición de las más felices; sostuvo varios combates con fuerzas de Lozada, saliendo siempre victorioso, y últimamente había derrotado y muerto al general Calatayud, uno de los jefes importantes de la reacción

en Santiago Ixcuintla. Le había hecho muchos muertos y prisioneros y le había quitado seis piezas de artillería desde el 9 de Mayo, noticia desagradable para Miramón y los suyos, que la recibieron cuando estaban en Sayula. Pero más desagradables aún fueron otras dos noticias: una, que el principal servicio que había hecho Rojas á los liberales, era entretener á Lozada y sus tropas, mientras pasaban unos cinco mil hombres que mandaban como contingente para la campaña del Interior los Estados de Sonora y Sinaloa, y la otra noticia, que Rojas acababa de aparecer en Zacoalco con más de dos mil hombres, y que no solamente amenazaba al ejército reaccionario de ponerlo en una situación difícil, entre dos fuegos, sino apoderarse de una conducta de caudales que iba custodiando con quinientos hombres el general Prudencio Romero.

Esta fué la disculpa principal que dió Miramón para hacer una retirada al frente del enemigo que nadie se esperaba, conocida como era su audacia y su valentía; y el *Diario Oficial* la elogió calurosamente, calificándola como el mayor acto de prudencia que podía darse en aquellas circunstancias; pero los conservadores sensatos, que después de todo siempre ha habido algunos, aunque en escaso número, se hicieron en seguida estas reflexiones: ya son dos retiradas, una al frente de Veracruz y otra al frente de la cuesta de Sayula: las dos retiradas las ha verificado el caudillo que tenemos y con el ejército casi entero de que se puede disponer. Los de Veracruz no se han quedado con los brazos cruzados, lo mismo que no se quedarán sin emprender nada los de Sayula; y entonces, si Miramón no destruye ese enemigo y lo deja robustecerse tanto en Veracruz como en el Sur de Jalisco, pues entonces ¿para qué sirven Miramón y su brillante ejército? Si

en esta vez, después del fracaso de los liberales sufrido ante los muros de Guadalajara, en que perdieron á su general en jefe y á muchos de sus mejores oficiales y su moral, Miramón no puede atacarlos en la cuesta de Sayula, ¿con qué los derrotará cuando se les reúnan los de Rojas y los que vienen de Sinaloa y tal vez los que trae González Ortega de Durango y Zacatecas? ¿Qué hará Miramón con sus seis mil hombres cuando le tomen á Guadalajara y se le presenten al frente de la Capital veinte ó treinta mil hombres armados?

Esto discurrían los personajes sensatos del partido conservador: los que no lo eran tanto como Zuloaga, se contentaban con murmurar y es fama que este dijo muy *soto vocce* á algunos oficiales de su confianza:

—Pues no he aprendido nada de lo que me quería enseñar Miramón.

El día 3 de Agosto se fugó Zuloaga del lado de Miramón, desesperado de que nada le enseñara.

Apenas siete días después se presentó una oportunidad, pero fué más desgraciada aún que la de Jalisco.

He aquí lo que había pasado. Miramón salió de Guadalajara despidiéndose con una proclama, y se situó en Lagos con un brillante ejército para acudir con él á donde fuera necesario.

Zaragoza se movió sobre Guadalajara, y don Severo del Castillo, que mandaba en la plaza, se propuso resistirlo; pero aquel dejó á Ogazón con seis mil hombres, y él con otros tantos tomó el rumbo de Oriente y fué á incorporarse con González Ortega en Silao. Allí era, pues, donde estaba el mayor núcleo de liberales, y allí fué á donde se encaminó Miramón con la fé que tenía en su estrella y en sus buenos oficiales y tropa; pero ya se encon-

tró con otros jefes diferentes de los que antes había vencido y con otros soldados de mejor organización y más disciplina.

En la madrugada del día 1°. de Agosto se empeñó la batalla en Calpulalpan, una batalla terrible, porque era de vida ó de muerte para los beligerantes, y Miramón, por la primera vez, quedó completamente derrotado, perdiendo todos sus trenes y quedando deshecho todo su ejército.

Al llegar á México pocos días después, pues que corrió hacia allá desesperado y con un pequeño séquito, su entrada no se pareció á las anteriores. todavía en un entierro puede verse mayor alegría.

El día 14, una comisión compuesta de los señores Zagaceta, Zárate, Mora y Villamil, Arriola y Campos, fueron á notificarle que había sido nombrado Presidente interino por la junta de notables, en lugar de Zuloaga.

Miramón murmuró entre dientes:

—*Tarde piace!*







## CAPITULO XLI.

---

*¡Victori*

LAS relaciones entre el licenciado Domingo Benavides y Néstor Rincón, se habían entibiado un poco, tanto porque el primero había sabido por Adela que la familia del segundo era hostil al noviazgo, como porque las reyertas sobre política se hacían de día en día más agrias; pero seguían encontrándose en un campo neutral que era la casa del comerciante don Alejo, quien lo mismo que su esposa, observaban una gran prudencia entre ambos contendientes, procurando siempre que la fiesta siguiera en paz. Por otra parte, cada cual sabía fijarse sus linderos, y hasta la fecha en que vamos á encontrarlos otra vez reunidos, no había habido ningún disgusto serio, sin embargo de que los que ocupaban los puestos extremos en los partidos, se querían como si fueran ya cuñados, esto es, se mascaban, pero no se tragaban.

—¿Y qué hay ahora de nuevo por el mi isterio de la guerra? preguntó don Alejo con cierta inoportunidad por el momento.

La pregunta iba dirigida á su hermano. Este contestó:

—Nada que sea muy importante. Ordenes como siempre para nuevos movimientos militares y noticias de las derrotas que están sufriendo los juaristas.

—Y á propósito, interrumpió el abogado que quiso aprovechar la ocasión para dar un buen mordisco, ¿no se hizo el cange de prisioneros que propuso González Ortega?

—No consintieron ni el general Miramón ni sus ministros, contestó Néstor.

—¿Pero cuál cange? preguntó don Alejo. Yo lo que sé es lo que sabe todo el mundo: que González Ortega, luego que recibió la negativa de Miramón, puso libres sin condición ninguna, y aun dándoles dinero, al general Díaz de la Vega, y á sesenta oficiales y jefes que tenía prisioneros.

—Quijotadas de González Ortega, agregó Néstor con gran desplante, ¿cómo había de soltarles Miramón á Uraga ni por veinte Díaz de la Vega?

—Yo no hablaba de ese cange, sino de otro que ha propuesto últimamente con los prisioneros de Silao.

—Pues ese tampoco lo admite el Presidente.

—¿Ni después de la gran derrota que sufrió en el mismo Silao?

—No fué una gran derrota, no fué sino un descalabro.

—Pero dicen que perdió allí toda la artillería.

—Pues si destruyeron el ejército, ¿cómo no se vienen los liberales á la Capital?

—Ya vendrán. Dicen que González Ortega está en Querétaro con veinte mil hombres. ¿Quién lo resistirá cuando venga?

—¡A qué no viene!

—Yo creo, dijo el abogado con toda naturalidad, sin que entre en mi opinión ningún espíritu de partido, que el gobierno tacubayista no podrá ya sostenerse contando sólo con tres plazas fortificadas: Puebla, México y Guadalupe.

—Amen de las fuerzas expedicionarias que suben á diez mil hombres.

El abogado se sonrió.

—No lo crea usted, Benavides; pero esos son los datos oficiales, agregó Nestor.

—¿Qué número de fuerzas tiene, pues, el gobierno tacubayista?

—A más de esos diez mil hombres que se replegarán á donde sea necesario, tiene tres mil hombres en Guadalupe, cuatro mil en Puebla y ocho mil en México.

—Suponiendo que esas cifras sean exactas, ¿cuál de esas plazas, cuál de esas fuerzas resistirá el ataque de veinte mil hombres que tiene González Ortega?

—Son chusmas que se desbandarán luego que el general Miramón se les eche encima con sus columnas mandadas por jefes como Mejía, Márquez, Negrete, Herrán y Vélez. Ese es el golpe que se prepara.

Y siguió hablándose con más ó menos calor de los sucesos del día, tales como la llegada del embajador español don Joaquín Francisco Pacheco, que el 22 de Agosto fué recibido en Palacio por el Presidente Miramón y su

corte con inusitada pompa; del nuevo gabinete compuesto, como se decía entonces, del extracto de la *conserva*, esto es, de los señores Almonte, Lares, Díaz, Marín y Sagaceta: el que pasaba como una de tantas nulidades era el ministro de la guerra general Antonio Corona. Se habló de la representación de los capitalistas en favor de la paz, que fué recibida con desdén por el gremio de los políticos y por el clero; de los trabajos diplomáticos en favor de un avenimiento, y por último, de la resolución de la iglesia para ayudar con los metales preciosos de los templos y las joyas de los santos á sostener la santa guerra de la reacción contra los liberales y sus leyes de Reforma. Ese sacrificio heroico lo elogió mucho Néstor Rincón entre las sonrisas de Benavides y de sus mismas hermanas que no podían tragar una píldora tan gorda, á pesar de ser buenas cristianas y quizás por esa misma razón.

Así es que el abogado no pudo menos que decir:

—Ustedes convendrán en que es repugnante que el venerable clero, que es el depositario de la fé religiosa, que debía ser el primero en dar el ejemplo de buen cristiano, de caritativo, de humano y de justo, contribuya de tan buena voluntad con sus tesoros para que siga la feroz contienda y se siga derramando sangre mexicana, la misma sangre de sus hermanos.

—Eso es falso, se apresuró á decir Néstor impetuosamente.

—¿Qué cosa es falso? preguntó Benavides con tranquilidad.

—Que el clero presta sus recursos para la guerra.

—No los presta, los da. Yo he tenido en mis manos la comunicación del administrador de la Alduana don Ignacio de la Barrera, y en ella he leído una cláusula, creo

que es la quinta, que dice poco más ó menos: «Que por lo tocante á las alhajas que se han de entregar directamente á la Administración, se haga factura muy explicada del número de piezas, con sus nombres de *hilo de perlas*, aretes, cintillos de brillantes, si son rocas, tablas, rubíes, esmeraldas, etc., porque estas alhajas van á recibirlas otras personas en garantía de las sumas que han de facilitarse al supremo gobierno.» Pues bien, continuó diciendo Benavides, indigna que se haga esto, porque es un robo que se hace á las imágenes y un crimen sancionado por el clero el que se comete en los templos, para cometer otro crimen mayor que es el de dar recursos para la guerra.

Don Alejo y su esposa intervinieron con su acostumbrada prudencia para que no siguiera la discusión adelante, que ofrecía encenderse mucho, y el licenciado calló obedeciendo más bien á Adela que había tenido oportunidad al repartir las tazas de té, de estrecharle la mano deslizándole un papel en que por la vigésima vez le juraba ser su esposa, según habían convenido, luego que se aplacaran las calamidades públicas.

Ahora, dejando á nuestros amigos de México haciendo constantemente comentarios sobre la situación, según sus propias impresiones y simpatías, nos tenemos que transportar á Querétaro, convertido en el campo de operaciones de los liberales.

Se encontraban en el alojamiento de don Santos Degollado, que era el ministro de la guerra, pero sin mando de tropas, los generales González Ortega, Zaragoza, Blanco, Berriozábal, Doblado y otros, convocados para tratar de asuntos militares en lo general, y en lo particular para tomar el pulso íntimamente al estado de angustia en que

se sentían con un ejército de veinte mil hombres, sin elementos para provisionarlo.

González Ortega fué el que dijo:

—Encontrándose aquí el señor Degollado, que es el ministro de la guerra, y de consiguiente el jefe de las tropas liberales, lo primero que me toca hacer es entregarle las que tengo á mi mando, lo cual efectúo con verdadera satisfacción.

González Ortega, aunque era ambicioso, quería una de dos cosas: ó salvarse de una inmensa responsabilidad, ó estrechar al ministro á que lo sostuviera con medidas desesperadas.

Don Santos Degollado, que no observó las miradas de espanto que se dirigieron los generales ante la amenaza de volverlo á tener como jefe, se apresuró á responder:

—De ninguna manera acepto el mando en jefe de este ejército que ha formado el general González Ortega, después de tres victorias; en primer lugar, porque no tengo sus aptitudes militares ni su buena estrella, y en segundo lugar, porque no se puede ser ministro y general en campaña al mismo tiempo, cuya incompatibilidad he venido palpando en las épocas anteriores. Me niego terminantemente á recibir un mando de tropas que no me corresponde por esos y por otros motivos.

Doblado y Zaragoza elogiaron la nobleza de sentimientos de los dos generales, y expusieron la necesidad de tomar determinaciones prontas, tanto respecto del movimiento que debía emprenderse, como respecto de la manera de proporcionarse recursos.

—El movimiento está indicado, dijo el ministro de la

guerra: debemos de marchar sobre México, antes que Miramón se reponga de la derrota que acaba de sufrir en Silao.

—Tanto más, agregó Doblado, cuanto que tiene generales que son muy activos y el clero que le proporciona recursos inagotables.

—Yo también era de la misma opinión, dijo González Ortega, y en ese sentido había escrito á los ministros y tomado disposiciones para la marcha; pero el general Zaragoza me ha insinuado con muy buenas razones que no debemos dejar ese enemigo débil, pero siempre enemigo, á retaguardia, y hemos casi convenido en dirigir nuestras operaciones sobre la capital de Jalisco.

—Dejando siempre un enemigo á retaguardia que no es débil, hizo observar Doblado, pues que Miramón y Márquez se apresurarán como siempre á sacar todos sus elementos de México para seguirnos.

Aunque se dieron tan buenas razones en uno como en otro sentido, se adoptó el extremo de atacar á Guadalajara, tanto porque era empresa que se consideraba más fácil, como porque á la vez que se aprovechaban las fuerzas de Ogazón y de Régules para el sitio, había manera de dejar un buen cuerpo de ejército en observación de México, y aun de destacar otro más al encuentro del enemigo en caso de que alguno hubiese que pudiera seguir aquel inesperado movimiento.

Pero quedaba la segunda parte, que era el punto negro de la cuestión: ¿con qué dinero se emprendía aquella campaña indispensable cuando no había un peso en las cajas?

—¿Cuánto dinero se necesita? preguntó Degollado.

—Veinte mil pesos diarios, poco más ó menos, con-

testó González Ortega; eso si hay recursos, continuó diciendo; pero en caso de no haberlos, con las reses necesarias para el rancho y con unos cinco ó seis mil pesos para la oficialidad, correos, exploradores, etc.

Doblado, que se había quedado meditabundo, dijo de pronto:

—Podemos tener en tres días un millón, siempre que queramos asumir una gran responsabilidad.

—Yo las asumo todas con tal de poder moverme, dijo González Ortega.

—Eso me toca á mí, contestó Degollado, puesto que soy el ministro de la guerra. ¿De qué se trata? preguntó á Doblado.

—Simplemente de apoderarnos de la conducta de caudales pertenecientes á ciertas casas extranjeras, que está en marcha para Tampico.

Todos se estremecieron y algunos cambiaron de color.

Doblado continuó diciendo tranquilamente:

—Sería un robo si no tuviéramos con qué pagar ese dinero; pero yo me comprometo á saldar las cuentas con más de tres millones de bienes de manos muertas que hay en Guanajuato.

—Sí, podrá pagarse tarde ó temprano, murmuró Zaragoza; pero de pronto se nos llamará ladrones y se nos pondrá al nivel de Márquez, que también se echó sobre una conducta en Guadalajara.

—Y quien fué castigado duramente por Miramón, murmuró el ministro de la guerra.

—No tan duramente, repuso González Ortega; pero en fin, hubo las apariencias de un castigo.

—Y bien, ¿qué opina usted de eso, usted que es el general en jefe? ¿se atreve á hacer la campaña con ese dinero?



—Yo la hago con cualquier dinero que se me dé, venga de donde viniere.

—Pues yo asumo toda la responsabilidad, dijo resueltamente Degollado: explicaré mi conducta ante la Nación y ante el gobierno, y absuélvaseme ó no, haré el sacrificio de mi reputación en aras de la patria.

Se aplaudieron los dos actos del ministro de la guerra: el de su renuncia al mando supremo del ejército, más que por falta de aptitud por falta de suerte, y el de apechugar con la grita que había de levantarse por el secuestro de la conducta, como propios de aquella época de hierro, y se pusieron en planta las dos resoluciones.

Se ocupó la conducta, produciéndose el escándalo consiguiente entre las casas extranjeras, al grado de que á los ingleses se les devolvieron cuatrocientos mil pesos, porque fueron los que más gritaron y amenazaron, sirviendo los seiscientos mil pesos restantes, para hacer el movimiento de las tropas sobre Guadalajara.

Degollado se situó en Lagos con una escolta, poniendo además cuatro mil hombres de observación en Querétaro, mandados por los generales Quijano y Berriozábal.

Entonces se exageraba mucho el número de las tropas: en realidad González Ortega se acercó á la plaza de Guadalajara con unos ocho mil hombres, habiéndosele incorporado además otros cinco mil con los que mandaban Ogazón, Doblado, Huerta y Régules.

En la plaza había de tres á cuatro mil hombres de linea, más unos dos mil tomados de leva y que se habían colocado en las fortificaciones como carne de cañón.

El general don Severo del Castillo, uno de los militares más entendidos de la reacción, había pretendido dar

una batalla campal, en la creencia de que venían tropas de México á la retaguardia del ejército liberal y que éste podía ser cogido entre dos fuegos: vió pronto que su plan era irrealizable, y ocupando el recinto amurallado, á la intimación de González Ortega para que se rindiera, contestó sin baladronadas que esperaba tranquilo el resultado de la contienda.

Esto pasaba el 25 de Septiembre, y el 26 comenzaron las hostilidades, estableciéndose en los tres días siguientes, una línea perfecta de circunvalación.

Como entonces las operaciones de la guerra marchaban muy despacio, el gobierno de Miramón tuvo tiempo de reunir un ejército de ocho mil hombres, pagado por el clero, el cual salió de la Capital, al mando de Márquez, con todos sus trenes el 19 de Octubre, época en que continuaba el sitio de Guadalajara con mucha parsimonia, sin que se hubiera intentado abrir brecha en los fuertes, ni se pensara en dar un ataque serio con columnas bien organizadas.

La noticia del movimiento de Márquez fué lo que obligó á González Ortega á desplegar mayor actividad; pero desgraciadamente, ó tal vez por fortuna, cayó enfermo en cama y le substituyó en el mando el general Zaragoza el día 19, cuando ya Márquez tenía nueve días de camino y se encontraba con todas sus tropas en Irapuato. Se contaba, pues, con otros ocho ó nueve días, siempre que el cuerpo de ejército que venía replegándose, al mando de Berriozábal, supiera obrar con astucia para detener la marcha resuelta de un enemigo engreído con su superioridad táctica.

Pasaron los nueve días en preparativos, es decir, en estrechar el cerco con obras de *aproche* por medio de

horadaciones en las manzanas de las casas, y se resolvió el ataque para el 29 de Octubre, nombrándose las columnas que debían dar el asalto á los fuertes mejor artillados, fuera de otras columnas que debían simular otros ataques á los puntos débiles, ardid de la guerra, que dió en buena parte los resultados que se esperaban como luego veremos.

Los puntos objetivos del ataque verdadero fueron los conventos é iglesias del Carmen y de Santo Domingo, situados en el Poniente y Norte de la ciudad, siendo falsos ataques los de Santa María de Gracia, San Francisco, San Felipe y la casa del Cobre.

A las seis de la mañana ciento veinticinco bocas de fuego vomitaban proyectiles sobre la ciudad, causando estragos horribles á las casas convertidas en fortalezas y á las torres de las iglesias, haciendo poco daño á las gruesas trincheras formadas de adobes, tierra floja y costales rellenos de arena. La plaza parecía desierta y defendida mecánicamente por los fúsiles que aparecían en las dobles series de troneras que había por todos lados y por los cañones que simulaban dispararse solos en los fortines, sin que se viera ni un artillero. El aspecto que presentaba así la plaza era pavoroso, por su inmovilidad, por su quietismo, por su calma. El cañoneo duró tres horas y media, sin que los sitiados manifestasen el menor sobresalto, respondiendo á la lluvia de balas y granadas con parsimonia desesperante.

Concluido el cañoneo, que no fué más que un alarde de fuerza para causar intimidación, porque no se abrió ninguna brecha, se desembozaron las columnas nombradas para dar principio al ataque verdadero de los dos puntos principales, con el apoyo de seis ó siete falsos que

también se dieron con ímpetu, sirviendo mucho para distraer la atención del enemigo: Santo Domingo fué atacado por la columna que mandaba el general Lamadrid, compuesta de los cuerpos de Zapadores, Cazadores y Rifleros del Norte. El general Valle, á su vez, mandaba una columna paralela, y ambas penetraron por la espalda y costado del convento, encontrándose una gran línea de fuertes todos artillados y todos defendidos por gran número de soldados que cruzaban los fuegos por una infinidad de troneras practicadas en todos los muros. Allí tenía que perecer fusilada toda la columna si no se tomaba una decisión rápida y salvadora, y esta correspondió al general Valle, quien dijo al capitán de Zapadores don Adolfo Garza:

—Ocupe usted, capitán, esa altura con su compañía, cueste lo que cueste.

Garza hizo un saludo militar y ejecutó la orden en medio de una granizada de balas que le puso fuera de combate la mitad de su gente; pero la situación estaba salvada, porque de aquella altura era de donde recibían más daño los asaltantes. Sin embargo, allí mismo se trabó un combate encarnizado porque el enemigo se empeñó en mantener la posición; pero se aplicaron al parapeto multitud de escaleras de mano, subiendo por ellas otra compañía de Zapadores y tuvieron que morir uno á uno todos los defensores, quedando punto tan interesante en poder de los liberales.

La manzana de casas paralela al convento á la derecha, fué ocupada á viva fuerza por los comandantes don Miguel Palacios y don Marcelino Esparza; pero la lateral de la izquierda ofrecía una resistencia que pareció invencible ante los más grandes esfuerzos.

Con desesperado ahinco logró llegar á media manzana,

encontrándose allí todavía las casas terraplenadas y convertidas en espesas murallas erizadas de defensores bien armados y resueltos á mantenerse hasta el último extremo. Los asaltantes no se detuvieron ante ese obstáculo imprevisto: unos aplicando escalas, otros sirviendo de escalas ellos mismos á sus compañeros, lograron subir tan rápidamente como era posible á los parapetos, y dejando atrás muchos heridos y muertos los que lograron llegar sin ser tocados, emprendieron una lucha desigual al principio á la bayoneta, que bien pronto se convirtió en encarnizada y sangrienta. Los sitiados recibieron refuerzos mandados por el jefe de la guarnición en persona, quien con ojo perspicaz había visto que esta podía ser la llave de la ocupación de la plaza, y las tropas que condujo de refresco llegaron esparciendo la desolación y el espanto entre los que, con otro impulso más, iban á ser los vencedores, y considerándose perdidos pensaban ya en la fuga ó en la rendición, cuando de repente se oyó una voz muy conocida de los soldados, que grita:

—¡Valientes zacatecanos! ¡valientes potosinos! ¡viva Juárez! ¡viva la libertad! ¡á ellos!

—¡A ellos! repite con furor la muchedumbre de hombres armados que forman sobre el parapeto una masa compacta compuesta de unos y otros contendientes, entre los cuales ya no se puede saber cuáles son los amigos y cuáles son los enemigos.

Pero como el combate arrecia en otras partes, y Castillo, el jefe de la plaza, es el que tiene que vigilarlas todas, deja encomendada la defensa de la posición á un jefe de confianza y él se retira seguido de sus oficiales.

Sucedió lo que debía de suceder: decayó el brio de los defensores del parapeto, y los que pudieron escapar

escaparon, dejando allí un obús de á doce y una bandera. Esta la empuñó Zaragoza, y volvió á gritar con todos sus pulmones:

—¡Viva la libertad!

Y las bandas, en el mismo momento, tocaron diapas en toda la línea, significando que se había obtenido la victoria.

Sin embargo, la victoria que se había conquistado allí, era realmente insignificante y muy costosa: murieron distinguidos oficiales como Echeverría, Talancón, Gaitán, Martínez, Anguiano, Ortega y Campa, y ni siquiera se habían ocupado las iglesias de Santo Domingo y el Carmen, que se veían completamente cercadas, es cierto, pero defendidas aún por sus mermadas guarniciones, que en caso de tener parque suficiente, se sostendrían por muchas horas aún, hasta haber quemado su último cartucho.

Había comenzado el combate á las seis de la mañana, eran ya las siete de la noche, y durante esas trece horas nadie había bebido un trago de nada, ni nadie se había llevado alimento alguno á la boca; tanto los defensores de la plaza como los asaltantes, estaban estenuados de fatiga, y una tregua necesaria fué dictada por el mismo cansancio; pero á esa hora ya no había quien tuviera alientos de combatir. Cualquiera que en ese momento hubiera tenido mil hombres de refresco, habría triunfado con la mayor facilidad; pero los que no habían estado personalmente en las trincheras, habían estado corriendo adentro y afuera, de unos sitios á otros, para entrar en combate á la hora que se necesitara. Las reservas tampoco habían estado inactivas y de consiguiente experimentaban el mismo cansancio.

A las ocho de la noche, cuando reinaba el silencio

en ambos campos, no obstante que entre sitiados y sitiadores no había más que unos cuantos metros, y en algunos puntos sólo estaban separados por una pared, á esas horas, decimos, en que no se oían más ruidos que los diálogos á media voz, el acompasado andar de los centinelas y de los oficiales de vigilancia y el tropel de las diferentes escoltas de hombres armados que adentro y afuera de las trincheras recorrían la ciudad, á esa hora, decimos, apareció la luna en todo su esplendor en un cielo límpido, alumbrando las ruinas y los escombros de los edificios que ya no existían, los regueros de sangre que en el Carmen había corrido por las canales de las azoteas, y los muchos cadáveres que quedaban insepultos en las calles y sobre los parapetos.

El aspecto de la ciudad era de los más tristes y de los más patéticos, olía no sólo á pólvora sino á sangre, y tantas ruinas por todas partes amontonadas presentaban el espectáculo siniestro de un huracán, de un terremoto, de un cataclismo de la naturaleza que hubiera paseado por allí todas sus violencias y todos sus furores.

Los liberales habían gastado en el ataque de todo ese día, cuatro ó cinco mil proyectiles de cañón y cerca de medio millón de tiros de fusil, es decir, habían agotado sus municiones, y al día siguiente no podrían continuar el ataque sino al arma blanca, como en la época de los romanos.

Ya tenían la llave de la plaza en su poder, ya no les quedaba que hacer otra cosa más que arrollar pequeños obstáculos para conquistar la última victoria. Y era preciso conquistarla, porque Márquez, con ocho mil hombres de lo más florido del ejército conservador, estaba ya á unas cuantas leguas de Guadalajara. Dos jornadas á lo más, y

apresurándose un poco podría quizás llegar al día siguiente en la noche. ¡Qué conflicto! había que tomar la plaza á la madrugada y no había parque. Había también que salir al encuentro á Márquez, y no había parque tampoco. Una situación magnífica, una situación que se parecía tanto al triunfo, estaba á punto de convertirse en la más desastrosa de las derrotas. Todo eso quería decir que los sacrificios, que el robo de la conducta, que tantos buenos planes, que cuanto se había hecho en tres años, iba á convertirse en humo en unas cuantas horas.

—Pero ¡oh milagro de la Providencia! como habrían exclamado los conservadores si se han encontrado en el caso, á las once de la noche, cuando se estaba ya tratando de la retirada en el campo liberal, la plaza pide parlamento. . . ¿Por qué pidió parlamento la plaza? Porque estaba en peor situación, porque no sólo había agotado sus municiones, sino porque los soldados estaban muertos de hambre, de sed y de fatiga, y ya no querían que continuara aquella lucha brutal y fratricida, sostenida ya solamente con el dinero del clero mexicano por parte de los que llevaban su bandera.

El parlamento se aceptó, se convino en que ambos beligerantes se retirarían á Oriente y Occidente. Castillo no cumplió aquel pacto, sino que se quedó en Guadalajara; pero en cambio todo el ejército liberal salió á encontrar á Márquez, lo cual no fué necesario, pues que las tropas que se habían quedado de reserva, y que habían venido replegándose paso á paso ayudadas por las guerrillas, bastaron para hacer que toda la fuerza del general reaccionario se desvaneciera como la bruma, quedándose en el campo donde se verificó la estampida, únicamente el material de guerra que fué de mucha consideración. Es decir, las fuer-



zas de Márquez se desbandaron luego que supieron que Guadalajara había secumbido y que el ejército liberal, compuesto de más de veinte mil hombres, se les echaba encima.

Conviene hacer presente que nuestro amigo Adrián Canales estuvo con su guerrilla pié á tierra en el ataque del Carmen que costó tanta sangre á los hijos de Jalisco, y luego fué de los primeros en lanzarse al encuentro de Márquez, sobre que iba sirviendo al ejército de guerrilla exploradora, habiendo tomado él y los suyos un cuantioso botín compuesto no sólo de armas y caballos, sino de carretelas, papeles, dinero y hasta concubinas, de las que no conducían escaso número los jefes y oficiales. Solamente seis de los coches iban ocupados por generalas.

En cambio los ciento cincuenta jefes y oficiales que se hicieron prisioneros en esta magnífica jornada, fueron puestos en libertad por orden del general González Ortega.

El general don Severo del Castillo, que había faltado á la capitulación quedándose en Guadalajara, no obstante que para evacuar la plaza recibió de los sitiadores los recursos necesarios, huyó de allí luego que supo que el ejército de Márquez había sido deshecho, corriendo por su lado la misma suerte, una vez que hasta sus principales jefes los generales Quintanilla y Montenegro se pusieron con sus fuerzas á disposición del vencedor.

Zaragoza, que seguía al frente del ejército liberal, ganó con aquellos dos hechos de armas más de sesenta piezas de artillería, bastantes municiones, mucho armamento y unos cinco mil hombres de tropa excelente.

Todo esto pasaba en los primeros días del mes de Noviembre de 1860, en cuyo mes también reunidos todos los obispos de la República con Miramón, acorda-

ron defender á todo trance, y costara lo que costara, la ciudad de México, jurando á la vez destruirla antes que dejarla ni por un momento en poder de los liberales.

Como una muestra de lo que podían hacer Miramón y los suyos, su edecan el general Márquez que en Guadalajara había sido terriblemente castigado porque se robó una conducta, fué á quien comisionó aquel Presidente para que se echara sobre los fondos de la convención inglesa que estaban en su legación, destruyéndose los sellos de las cajas fuertes por el oficial Antonio Jáuregui.

Los seiscientos sesenta mil pesos sacados de la legación inglesa, atentado inaudito que no justificaban ni las circunstancias cuando todos calificaban ya de insensatez la resistencia, produjeron desde luego una grita espantosa, y más tarde la intervención europea que costó tanto dinero, tantas vidas y tantas lágrimas!

En Guadalajara, entre tanto, pasaba un incidente muy curioso. Uraga, que se encontraba antes prisionero, quedó en libertad; pero no conforme con esto pidió y obtuvo del general Degollado una orden para que se le entregara el mando del ejército, y Zaragoza, que no reconocía ya autoridad en el miistro de la guerra, rehusó entregarlo, é hizo muy bien.

¿Por qué no se reconocía ya la autoridad de don Santos Degollado? Porque antes del asedio de aquella plaza había propuesto un avenimiento con la reacción que pareció vergonzoso á los liberales, y no sólo rechazaron el proyecto, sino que convinieron todos los que tenían las armas en la mano, excepto unos cuantos, en quitar á aquel su investidura.

Nunca fué tan inoportuno el pobre don Santitos, como lo llamaba Rojas, como en aquella vez en que el par-

tido liberal, es decir, Juárez, es decir, la Constitución, estaba ya triunfante ó por lo menos en vísperas de estarlo de un modo indudable.

Una vez allanadas las dificultades en Jalisco y establecido el nuevo gobierno, á la cabeza del que fué puesto el licenciado don Pedro Ogazón, el ejército liberal, á cuyo frente se puso ya el general González Ortega restablecido de la fiebre que sufrió, bastante peligrosa, y de cuya epidemia murieron casi tantos soldados como de las balas, marchó con banderas desplegadas y tambor batiente para la Capital. Dicho ejército se componía á la fecha, según algunos, de treinta mil hombres y más de ciento veinte piezas de artillería, no muy bien provistas de municiones. Lo que parecía mejor era la caballería, que constaba de unos dos mil rifles del Norte y de otros dos mil lanceros de los demás Estados.

Como no podía ir tanta gente reunida, que hubiera agotado las escasas provisiones de los pueblos y haciendas del Interior, salieron por delante las divisiones que habían sido de retaguardia y ahora eran de vanguardia, esto es, las que mandaban Berriozábal y Doblado respectivamente. La primera llegó á Toluca, en donde fué sorprendida por Miramón, y la segunda llegó sin novedad á Guanajuato, en donde se le recibió con indecible entusiasmo.

En la sorpresa de Toluca fueron hechos prisioneros Degollado, Berriozábal y otra multitud de jefes y oficiales que se escaparon de ser fusilados, según lo publicó después don Leopardo Márquez, como llamaban entonces á don Leonardo del mismo apellido, debido á él únicamente.

¡Admirable cosa debió ser que un hombre tan cruel

se hubiera desentendido de las órdenes de Miramón, para no fusilar á los prisioneros y que hubiera esperado á que los diplomáticos se interesaran por ellos para resolverse á dejarlos con vida!

Lo que hubo de verdad, según parece, es que los conservadores en esa vez tuvieron miedo y vergüenza: miedo, porque ya los liberales estaban poderosos y podían ejercer terribles represalias. Vergüenza, porque era ya una indignidad, una cobardía, una vileza, una canallada en suma, fusilar á alguien cuando los liberales estaban mostrándose no sólo magnánimos y generosos con los prisioneros, sino en realidad fraternales, pues además de perdonarles la vida les daban recursos ó colocación bajo sus banderas cuando la pedían. Allí estaban Parra, Echeagaray, Quintanilla y otros que fueron recibidos con los brazos abiertos.

Los conservadores se reanimaron un poco con la victoria de Toluca y con el dinero de los ingleses, de tal modo que Miramón pudo aún organizar un ejército de ocho mil hombres con más de treinta bocas de fuego, con cuyos elementos salió de la Capital llevando el propósito de derrotar á González Ortega, y fué á detener su marcha triunfal en las lomas de Calpulalpam. —

—Oye, Miguel, le dijo el ministro don Isidro Díaz, que era su principal consejero, cuando ya iban en camino, sería mejor defender la Capital mientras se organiza un ejército en Puebla que venga en nuestro auxilio. González Ortega tiene, según dicen, más de veinte mil hombres.

—No tiene ahora más que diez y seis mil, le contestó Miramón, y se componen de chusmas. Ya sabes que tengo buenos informes.

—Sí, los tienes buenos; pero de todas maneras tus tropas son muy inferiores á las del enemigo.

—Son inferiores en número, pero no en disciplina. Además, están mandadas por jefes como Márquez, Vélez, Negrete, Ayestarán y Cobos. Son estos generales para mí lo que fueron Ney y Muratt para Napoleón.

—Todos nuestros amigos de México, los mismos dignatarios de la iglesia, me manifestaron celos por los resultados de esta campaña.

—Escribelés ahora mismo diciéndoles que tengo seguridad, però plena seguridad de que mañana á estas horas ya habré hecho morçer el polvo á González Ortega y á sus veinte mil *chinacates* en caso de que lleguen á ese número, que precisamente, esto te lo digo á tí, es lo que quiero evitar, que lleguen ó pasen, una vez que todavía no se les incorporan más de diez mil hombres que vienen en camino por distintos rumbos. Derrotado el grueso del ejército, los demás se desbandarán como codornices.

—Te concedo la razón, Miguel, se ve que tienes genio militar.

Y don Isidro, desde ese instante, también creyó en el éxito.

Entre tanto los jefes liberales por su parte, resolvieron celebrar una junta de guerra.

—Viene Miramón, y quizás mañana estará á la vista de nuestro campo, dijo González Ortega, trae de ocho á nueve mil hombres de buena tropa, mandada por sus mejores generales y más de treinta piezas de artillería. Tenemos varios caminos, todos buenos: ó vamos á su encuentro y le presentamos batalla campal con muchas probabilidades de derrotarlo, ó nos retiramos para esperar las divisiones que vienen en marcha para envolverlo luego con todas

nuestras fuerzas y lo destruimos con plena seguridad, ó finalmente nos fraccionamos y vamos por diversos caminos á ocupar su retaguardia, y entonces hasta es facil que pierda la plaza de México sin combatir.

—Debemos batirlo desde luego, opinó Valle.

—Sin duda alguna que tenemos magnificos elementos para librarle batalla campal, apoyó Zaragoza.

Y sin que hubiera más discusión, todos los demás generales repitieron:

—¡Batalla campal! ¡batalla campal!

—Pues tendremos batalla campal mañana, exclamó González Ortega entusiasmado: esto es precisamente lo que yo deseo.

Y á renglón seguido dictó sus disposiciones respecto de la colocación de las fuerzas, no sin oír el consejo del general Zaragoza que tenia la investidura de Cuartel Maestro y segundo en jefe.

Al amanecer se desocuparon los alojamientos que tenían los diferentes cuerpos de Jalisco, Zacatecas, San Luis, Guanajuato y Michoacán en las haciendas, y se situaron en las lomas de San Miguel Calpulalpam, dando el frente al rumbo que se sabia llevaba Miramón. Este apareció con sus columnas ya formadas á las seis de la mañana, las que hicieron alto, mientras él, como lo tenia de costumbre, hacia un rápido reconocimiento acompañado solamente de algunos oficiales de su Estado Mayor.

Volvió á su campamento satisfecho y dijo á Isidro Diaz:

—No tienen por cierto una posición formidable. Coje tu reloj y cuenta una hora desde que se dispare el primer cañonazo. En esa hora habré dado cuenta de ese ejército, si nuestra caballería cumple con su deber.

La mañana era fría, nebulosa y triste. El viento muy ténue que soplabá parecía oler á sangre. Los soldados de uno y otro bando que estaban en pié desde las tres de la mañana tenían los miembros helados, y apenas podían tener el fusil en las manos, faltos de tacto. Así es que Miramón no sólo juzgó necesario esperar una hora todavía para que el sol calentara un poco, sino que además mandó dar una ración de armada. Y cuando esto se hacía recorría las filas diciendo en voz alta de modo que lo oyera el mayor número:

—¡Son muchos, son más que nosotros, no importa, son chusmas indisciplinadas! Todo consiste en que les demos una buena carga y los derrotaremos.

Pero Miramón era solo para electrizar á su tropa, en tanto que los jefes liberales, entusiastas y además valientes, eran muchos más.

González Ortega, Zaragoza y Valle, también recorrían las filas y decían á sus soldados:

—¡Vamos á triunfar de esas tropas desmoralizadas! Si hemos deshecho á Márquez que llevaba un florido ejército, cómo no hemos de derrotar á esas tropas improvisadas recientemente? Todo consiste en esperar el ataque á pié firme, rechazarlos y después destruirlos. ¡Animo, valientes! Esta es la única victoria que necesitamos para entrar á la Capital.

A las ocho de la mañana se levantó una inmensa polvareda en el campo de Miramón. Era que las columnas se habían puesto en marcha. El primer cañonazo se disparó en el centro de la línea de combate de González Ortega. Isidro Díaz sacó su reloj para ver la hora: marcaba las ocho y cinco minutos.

Aquel cañonazo fué la señal de una serie de dispa-

ros que se hicieron en ambos campos, á la vez que se iban estrechando las distancias. Todas las lomas estaban erizadas de cañones que hacían llover fuego y plomo sobre las columnas reaccionarias: estas iban avanzando lentamente, tanto para dar lugar á que las baterías se emplazaran, como para que se pudiera observar cuál era el punto débil que debería sufrir la carga principal.

Miramón, con el corazón palpitante y sin despegarse el antejo de campaña, de pie en una pequeña eminencia desde donde todo se dominaba, veía con suma atención los fuegos del enemigo sin que nada los descubriera: el frente estaba sin embargo bien cubierto, sostenida la artillería con muy pocos cuerpos de infantería que estaban descansando sobre las armas y la mayor parte colocados pecho á tierra; los flancos sí se veían cubiertos con respetables trozos de caballería.

Es verdad que la línea era extensa, pero bien sostenida, diferenciándose en esto de las otras batallas que le habían presentado los liberales, en que siempre le habían ofrecido lados vulnerables. Las lomas tenían suficientes cañones que se protegían mutuamente para cruzar sus fuegos en caso necesario, y continuaba la línea compacta en los claros con cuerpos de infantería, en orden estendido de modo que con facilidad podían replegarse y formar columnas de ataque.

Las reservas estaban formadas en orden cerrado por brigadas y pecho á tierra, como hemos dicho, viéndose sólo á vanguardia las líneas de tiradores.

—Se conoce que hay allí un militar entendido, murmuró Miramón.

Y en el mismo momento pudo observar con su ojo perspicaz, que el flanco izquierdo se encontraba débil, tan-



to porque la artillería tenía poco alcance, como porque los soldados hicieron un movimiento desordenadamente.

—¡Allí está la victoria! exclamó.

Y montando á caballo se lanzó él mismo seguido de su Estado Mayor en busca de Márquez, al cual dijo luego que lo alcanzó:

—Al flanco izquierdo, general Márquez, al flanco izquierdo.

Ya Márquez había tenido la misma idea y mandado dar el ataque al flanco izquierdo del enemigo, el cual fué casi instantáneo y terrible. Las fuerzas de Michoacán que sostenían el punto no pudieron resistir el choque, y se pusieron en fuga; pero fueron reemplazadas con una rapidez extraordinaria por la brigada de Jalisco que restableció la línea de combate, y no sólo rechazó á Márquez, sino que hizo prisionero al 6° Batallón de línea que mandaba el general Negrete.

Zaragoza, que dirigía el combate como Cuartel Maestre, mandó que en el instante mismo cargaran los tres mil ginetes que ocupaban el flanco derecho, sobre el enemigo, con la seguridad de consumir su derrota; pero el general que los mandaba contestó que no era posible ejecutar la maniobra porque el terreno se encontraba obstruido por los magueyes. No han querido dar las historias el nombre de ese general, que al día siguiente fué dado de baja, con la nota de cobardía.

A pesar del descalabro de Miramón en el flanco izquierdo, en que fué rechazado con pérdidas, dejando un batallón prisionero, la batalla continuó encarnizada en toda la línea, perdiendo los liberales las lomas que ocupaban en el centro, que eran la llave de sus posiciones, siéndoles capturadas veinte piezas de artillería.

Era este el momento crítico.

Miramón echó mano de los mil caballos que mandaba su hermano don Joaquín para dar en su concepto la carga final. Ese jefe, que también era hizarro, se precipitó como una ola sobre los cuerpos que parecían huir en desorden, y cuando aquel había rebasado la línea, aquellos se recobraron, á la vez que se levantaban los cuerpos de reserva que estaban pecho á tierra, y la caballería reaccionaria se vió prisionera, á la vez que el jefe de un cuerpo dió un grito á la libertad y se pasó al enemigo. Los que pudieron salir de la emboscada volvieron grupas, emprendiendo una carrera desesperada que fué á desorganizar las columnas de los infantes.

La victoria en esos momentos hubiera sido completa para los liberales, tan completa, que hubieran quedado prisioneros Miramón y todos los suyos, si el jefe de la caballería que permanecía impassible en el flanco derecho hubiera obedecido la nueva orden que se le mandó para que cargara.

Alegó el mismo pretexto que antes para estarse quieto: ¡los magueyes!

Se tuvo que prescindir, pues, de esa caballería, y los infantes no sólo recobraron las posiciones y artillería perdidas, sino que tomaron todos cuantos trenes llevaba Miramón, pudiendo escapar éste apenas en un magnífico caballo dorado que era muy conocido de sus subalternos y que en esta vez sirvió para que fueran á rodearlo unos quinientos hombres como resto de todo su poderoso ejército.

Isidro Díaz, al echar á correr, miró su reloj que marcaba las once.

En tres horas se había perdido todo.

Miramón fué el primero en sorprender á las gentes ansiosas que esperaban en México noticias, con la muy fatal de su derrota. La consternación fué inmensa. Miramón, Márquez, Zuloaga y demás jefes comprometidos, formaron una fuerza de mil quinientos hombres y huyeron. Al salir se les desbandó la gente, y el primero se volvió á la Capital á esconderse; mientras los otros se fueron con lo poco que pudieron á probar fortuna.

Esto pasaba el 24 por la noche, el día siguiente, 25 de Diciembre de 1860, á las diez de la mañana empezó á desfilar el ejército victorioso por las principales calles en medio de repiques, cohetes y músicas. El júbilo fué inmenso. Todavía en la noche se estaba repicando y grupos del pueblo recorrían la ciudad con músicas gritando: ¡Viva Juárez! ¡viva la Constitución de 57!

Degollado y Berriozábal que estaban prisioneros, quedaron en libertad al huir Miramón. Cuando González Ortega los vió en unos balcones, los hizo bajar, los abrazó públicamente y entregó al primero la bandera que empuñaba, como digno de tal honor, por sus servicios anteriores.

Puebla se rindió, el gobierno constitucional quedó establecido en toda la República, Juárez y sus ministros fueron llamados á México, y entre tanto Gonzáles Ortega dió de baja por medio de un decreto al ejército infiel que había vuelto sus armas contra la libertad, y por medio de otro decreto promulgó las leyes de Reforma con aplauso del pueblo mexicano.



FIN DE LA PRIMERA PARTE.



*Conzález Ortega entrega la bandera á Don Santos Degollada.*

# INDICE

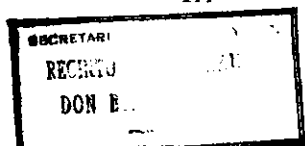
DE

los Capítulos que contiene este Tomo.

---

Capítulos.		Págs.
	INTRODUCCIÓN	3
I.	Guelatao	9
II.	Se cierra el prólogo	17
III.	La dictadura de Santa-Anna.	23
IV.	Incienso y lágrimas.	35
V.	Nubes y relámpagos.	44
VI.	Ayutla	53
VII.	El incendio del Sur.	64
VIII.	Húndimiento del Dictador	73
IX.	Convulsiones de la fiera.	85
X.	El patriarca del Sur	96
XI.	El gran banquete.	106
XII.	La Constitución de 1857. *	117
XIII.	La política de antaño.	128
XIV.	Estalla la bomba.	139
XV.	Surgen los macabeos.	149
XVI.	Don Benito con su bandera.	158
XVII.	Derrota de la coalición.	167
XVIII.	Idilio.	177

816



INDICE.

Capítulos.		Págs.
XIX.	Presagios de Tormenta.	185
XX.	Los Supremos Poderes.	194
XXI.	Los pequeños valientes.	208
XXII.	Nueva peregrinación.	220
XXIII.	Expiación.	231
XXIV.	En las altas esferas.	242
XXV.	El nuevo guerrillero	254
XXVI.	Un asesinato	266
XXVII.	La campana del correo	282
XXVIII.	El castigo.	294
XXIX.	La reacción triunfante	306
XXX.	Todo por mi amada	319
XXXI.	Nueve pronunciamientos	331
XXXII.	Cambio de decoración	342
XXXIII.	Los cuatro Presidentes.	354
XXXIV.	Lago de sangre.	367
XXXV.	Las leyes de Reforma .	380
XXXVI.	¡Suya ó de nadie!	391
XXXVII.	¡Solo contra cuatro mil!	402
XXXVIII.	El hombre piedra	413
XXXIX.	Cómo se ganan las Presidencias	422
XL.	Eclipse del astro.	432
XLI.	¡Victoria!	440

# INDICE

PABA

## la colocación de las láminas del Tomo I.

---

	<u>Págs.</u>
—¿De dónde vienes, Benito Pablo?	10
—El indito de Guelatao tiene la túnica de Cristo, dijo el secretario	22
Baile en Palacio en honor de su Alteza Serenísima.	39
El coronel Villarreal gritó desde lo alto del caballo que montaba:—Muchachos ¡viva la libertad!	63
—Espero no olvidarán ustedes que he venido á brin- darles con la oliva de la paz.	111
Jura el Presidente Comonfort la Constitución de 1857.	126
Idilio	177
Guillermo Prieto salvando á Juárez	205
El combate fué rápido.	218
Aprehensión del Dr. Ignacio Herrera y Cairo	274
Inicua ejecución de Herrera y Cairo	281
Pielágo ahorcado en Guadalajara	304

LÁMINAS DEL TOMO I.

—Entrego á ustedes ese depósito, continuó diciendo don Benito Juárez	382
Uno contra cinco mil	412
En efecto, el día 21 se dispararon los últimos ca- ñonazos.	421
—Mande usted ensillar luego, pero inmediata- mente para que se venga conmigo	428
Miramón enseñando á Zuloaga á ganar las Presi- dencias	431
González Ortega entrega la bandera á don Santos Degollado	466





